

L U I S D E L G A D O

El navío *Triunfante*

TEMPORAL EN LA BAHÍA DE ROSAS

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



El libro narra los luctuosos sucesos de la conocida como Guerra de la Convención. La Francia revolucionaria, plena de ardor republicano, guerrea contra todo el mundo monárquico. Gravina, Ricardos, Aranda, Valdés, nombres de importancia en la historia española del momento, presiden los hechos que se desarrollan en esta novela sobre las nuevas aventuras de Leñanza.



Luis M. Delgado Bañon

El navío «Triunfante»

Una saga marinera española - 07

ePub r1.0

Titivillus 26.10.15

Título original: *El navío Triunfante*
Luis M. Delgado Bañon, 2004

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Amén, y Dios nos dé las buenas noches; buen viaje; buen pasaje haga
la nao, señor capitán y maestro, y buena compañía.*

Exclamaban los pajes a bordo de las naves en el siglo XVI, después de elevar la
oración al ocaso.

*Bendita sea la hora en que Dios nació, Santa María que le parió, San
Juan que le bautizó. La guardia es tomada, la ampolleta muele; buen viaje
haremos, si Dios quisiere.*

Recitaban los pajes cuando entraban a velar la ampolleta^[1].

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Para mi hermana Leli, en exclusiva.

Prólogo

Siete ataques necesité para vencer al moro en aquella sangrienta jornada, decía el esforzado y aguerrido general de mar don Antonio Barceló, en uno de sus informes cuando navegaba al corso por el Mediterráneo, rindiendo naves berberiscas con el chuzo de abordaje al cinto y el valor encastrado en las venas. Viene al caso la frase anterior, porque en estos momentos acometo el séptimo volumen de mi serie de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, aunque el riesgo para encarar esta empresa sea menos peligroso que el demostrado por el bravo marino mallorquín en sus campañas. Pero también hay que luchar para sacar adelante una obra literaria, que la tentación de arriar el pabellón, arribar para abrir distancias, o dejar para mañana el ataque son prendas en permanente circulación por la cabeza de todo escritor.

Para reforzar el valor simbólico del siete que aparece orgulloso en el lomo de este volumen, debo recordar que fue un número con importantísimo papel entre astrólogos y alquimistas en tiempos pretéritos, al representar con fidelidad el número de planetas y metales a éstos correspondientes; oro y Sol, plata y Luna, estaño y Júpiter, cobre y Venus, plomo y Saturno, hierro y Marte, para finalizar con Hermes o Mercurio en plena concordancia. Creo que es razón suficiente para encarar esta obra con ilusión y esperanza, sin contar que, además, el siete fue mi número de suerte y amparo durante muchos años.

Como en las anteriores entregas, intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, que pueda ser leído con independencia aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos acaecidos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nueva obra.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos vividos en los seis ejemplares anteriores. De esta forma, el lector que acomete un nuevo volumen sin experiencias previas en la colección, puede hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano de tierra adentro, que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que, presos de este ardor aventurero, perdido por desgracia en nuestros días, engrandecieron su patria y su nombre.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en

aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que, sin embargo, tanta gloria y miseria encerraron entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, *La cañonera 23*, el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigante por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera sufrido por su progenitor a temprana edad, esa especial llamada de la mar a la que sucumbieron tantos recios hombres de secano, hasta alcanzar algunos de ellos los más altos empleos en la Armada. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo sienta plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar el necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo, para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, *La flotante «San Cristóbal»*, basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes, cascos de viejos mercantes acondicionados con las ideas del inventor francés monsieur D'Argon. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan alargada fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, El jabeque «Murciano», tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, en forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, Gigante para nosotros, se recupera de las heridas sufridas en la jornada de las flotantes, una vez contraído matrimonio con la hermana del gran amigo.

Repuesto de cuerpo y alma, amansados sus amores y extrañando la mar desde la dehesa extremeña, Gigante sigue los consejos de su admirado general Barceló y embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

Como fue diario acaecer en los buques de la Real Armada, asistimos en este volumen a encarnizados combates, duros temporales y alguna de las sorpresas, épicas muchas de ellas, que siempre la mar y la guerra acechan en sus aguas a cualquier embarcación.

En el quinto volumen, La Fragata «Princesa», llevo a cabo un brusco cambio en el escenario geográfico, trasladando al ya teniente de fragata Leñanza a las Indias, al departamento marítimo de San Blas, en la costa mejicana actual. Como foco histórico principal he tomado los últimos descubrimientos y exploraciones llevados a cabo en la costa americana del Pacífico, cuando nuestra Armada redondea el círculo mágico del descubrimiento americano en sus costas del noroeste.

Tras un azaroso y alargado viaje por los mares del Norte y del Sur, Gigante arriba al apostadero de San Blas, para tomar el mando de su departamento marítimo y dirigir las expediciones hacia el Norte, embarcado en la fragata Princesa, con la decisiva intención de posesionar, fortificar y poblar nuevas tierras para España. Y es precisamente en las islas Nutka, donde surgen los problemas con los intereses británicos y los buques destacados a tal efecto, que llevaron a las dos poderosas naciones a una situación cercana al rompimiento de hostilidades.

El sexto volumen, La fragata «Sirena», ofrece un trueque de amistades, impensable años atrás. Con Francia en plena orgía revolucionaria, la Convención declara la guerra a medio mundo. De esta suerte, entramos en alianza inesperada y de conveniencia con los británicos, tras luchar contra ellos a lo largo del siglo que agonizaba. Corren los primeros meses de 1793 cuando Gigante, ya en el empleo de teniente de navío, embarca en la fragata Santa Casilda como segundo comandante, unidad que forma parte de la escuadra del Mediterráneo, bajo el mando del teniente general don Francisco de Borja. A bordo de este buque asiste a las jornadas de Cerdeña, donde es apresada la fragata francesa Helène, que servirá en nuestra Armada con el nombre de Sirena.

Gigante transborda a la fragata Sirena, encuadrada en la escuadra del Océano, bajo el mando del teniente general Lángara, que en unión de la británica a las órdenes

del almirante Hood, acuden al puerto de Tolón en auxilio de los realistas franceses. Leñanza queda una vez más bajo el amparo del jefe de escuadra don Federico Gravina, con quien desembarca para defender la plaza de los ataques revolucionarios. Luchas por mar y tierra se suceden en este volumen, como fue norma general de las unidades de la Armada, que no sólo en las aguas debían batirse tambores.

Y por fin, en este nuevo volumen que llega a sus manos, continúa la guerra con Francia, aunque 1794 y 1795 fueron años aciagos en la contienda, empeñada la Armada en apoyar las operaciones del Ejército, que sufre los acosos del francés. Gigante, aparte las importantes novedades familiares acaecidas, se verá envuelto, como tantas otras veces, en duros combates con sangre corrida en cubierta, apoyos a tierra y fuertes temporales lo que, en definitiva, ha sido el día a día en la Real Armada a lo largo de muchos siglos.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra Historia Naval y, por lo tanto, de España. Como siempre he preconizado con absoluta sinceridad, mantengo la obligada premisa de ofrecer el máximo rigor histórico en mis narraciones, porque no considero permisible frivolar con temas tan serios como la Historia.

Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva al lector. Mi querido personaje, el segundo de los Gigante, luce ya el empleo de capitán de navío y adquiere funciones de mayor importancia a bordo, así como el inseparable compañero Pecas, cuya carrera continúa amadrinada a la suya.

De acuerdo con la norma establecida en las obras de esta serie, les adelanto que el próximo volumen lucirá en su título el navío Santísima Trinidad, el buque de mayor poder naval en su época y único de cuatro puentes en el mundo. Las acciones tendrán lugar una vez regresados a la situación normal de guerrear contra el inglés, tras la paz de Basilea. Y me seduce esa etapa que comenzaré en el volumen octavo, donde mi personaje se encontrará inmerso en verdaderos combates de escuadra, batallas navales trascendentales, aunque sean de luctuosa memoria para nuestras armas. Pero debo callar en este punto y dejarles, de momento, con Gigante en 1794.

Luis M. Delgado Bañón

1. Mar negra

Les sería difícil comprender el esfuerzo de lomos empeñado para retomar estas páginas, créanme porque lo siento a fondo entre carnes y venas, consciente de entrar en ambiente de arenas turbias que pueden entablar mi espíritu en la desesperanza más absoluta. Aunque intento escribir estos viejos recuerdos, perdidos en la memoria del tiempo, para que permanezca mi verdad sobre una parte importante de nuestra historia naval, la que yo he vivido en primera persona y con balas calientes, no es posible desprenderse de los sentimientos personales, que bien dentro se encuentran amodorrados pero listos a disparar andanada de calibre.

Aunque trasnochados y escondidos en el más alejado rincón del alma, algunos recuerdos como los que he de encarar a continuación, saltan con fuerza en el cerebro, al punto de remover las aguas tranquilas del corazón hasta ampollarlas en furioso temporal. Pero debo abordar esta mar oscura con valor y decisión, que no anda el cuerpo para conceder periodos alargados de descanso, salvo peligro de caer en la incapacidad definitiva y no poder cubrir los importantes huecos que restan por exponer en el acontecer marineroy personal de mi alargada vida.

Si leyeron en oportunidad mis anteriores experiencias, pensarían que rematé el último cuadernillo con prisa incontenible, como quien lacra un recado a mecha de disparo para entregarlo al correo de postas con extrema urgencia. No erraban quien así lo consideraron en acertada premonición. Pero no fue por razón de desglosar fases determinantes de mi vida o acciones navales de importancia, separadas por periodo de sesteo campero como en otras ocasiones y concederme un ligero descanso entre cuadernillos. El motivo verdadero de aquel cierre apretado se ceñía a la necesidad de abordar sin falta uno de los momentos más tenebrosos, de aguas negras, que hube de atravesar en mi vida, unas singladuras que desearía haber borrado del cuaderno de bitácora personal^[2], si me hubiese sido concedida tal posibilidad.

Quienes me conocen saben de esa sempiterna afición mía al uso del refrán popular, sabios como cátedra celestial o gálibos de maestros en un elevado tanto por ciento, de forma especial los que atañen al manejo del buque en la mar, por ser escuela práctica y de verdad incontestable. En este caso particular que debí afrontar, sería tarea fácil aplicar alguno de ellos, como aquel que dice: no sabemos apreciar los bienes a disposición, hasta perderlos sin remisión. Otros muchos vendrían al caso, pero no es cuestión de extendernos en el refranero entre veredas abiertas, que pronto comprenderán las razones por las claras y en directo.

Cerré las anteriores anotaciones cuando me dirigía en compañía de mi gran amigo, compañero de armas y cuñado, Pecas, hacia la hacienda familiar de Santa Rosalía, cercana a la villa de Cehegín, entrados en los primeros días del año 1794, segundo de la contienda entablada por nuestro Señor don Carlos contra la Francia revolucionaria. Habíamos arribado con la escuadra del Océano a Cartagena, una vez

finalizadas las operaciones de guerra en el puerto francés de Tolón, donde se llevó a cabo la necesaria evacuación de las tropas coaligadas tras el infructuoso intento de mantener la plaza a favor de los realistas, así como las operaciones de destrucción en buques y arsenal para rebajar las fuerzas contrarias en jugosa proporción.

En cuanto a mi situación profesional, continuaba disfrutando del mando de la fragata Sirena, con la promesa dictada en ley de palabra por el teniente general don Federico Gravina, que tanto me había beneficiado en los últimos meses, de no cesar en el destino por causa de la pierna maltrecha y la necesaria convalecencia. Y aunque todavía andaba mi cuerpo renqueante por la herida sufrida en la parte alta del muslo durante el sangriento ataque en las crestas del monte Faraón, que cerca anduvo de enviarme al panteón marítimo sin flores ni menciones necrológicas en la Gaceta de Madrid, era grande la dicha al embocar el encuentro con la familia y reponer las fuerzas perdidas hasta conseguir mi plena recuperación. Todo ello pensando en el habitual descanso que se producía en las operaciones de guerra por la necesaria invernada de los ejércitos, tal y como se anunciaba en firme, aunque nos mantuviéramos preparados para salir hacia nuestras unidades respectivas a toque de rebato si se estimaba necesario.

Disfrutamos del trayecto tantas veces repetido desde la capital departamental hacia las estribaciones de Cehegín, con obligatoria parada en la venta Miñambres, donde abrimos velos de corte en buen yantar, generosos caldos, bromas y chanzas propias de momentos dulces, lejos de sospechar la manta negra que se abría por barlovento a escasas millas y sin remisión. Aunque fracasáramos en la defensa de la plaza francesa contra los revolucionarios, que sabía a derrota sin merecerlo, suponía un éxito clamoroso en la contienda haber machacado en llamas la flota francesa del Mediterráneo, así como destruir su mejor arsenal también con chispas y fuegos, objetivo pretendido por los britanos a las claras desde el primer momento, y al que nos sometimos como última salida de orden y en honor de guerra. El pavoroso incendio del arsenal y buques surtos llevado a cabo por nuestros hombres y los ingleses en feliz conjunción, dejaba a los revolucionarios sin fuerzas de mar en el Mediterráneo, punto capital en la guerra que continuaba.

En estos temas, tan acordes a nuestra profesión como oficiales de guerra de la Real Armada, centramos la amena conversación, hasta convencernos en razón de ley que se trataba de regreso triunfal y meritorio de armas nuestra arribada a puerto, lo que quedaba demostrado bien a la vista con las honrosas heridas recibidas en nuestros cuerpos durante las acciones de combate en tierra, porque también mi compañero de armas mostraba cicatrices a la vista. Y sin olvidar como glorioso remate el ascenso de Pecas a capitán de fragata, así como el mío en andanada doble hasta el de capitán de navío, que nos elevaba con rapidez a los más altos grados de la Real Armada. Y era broma repetida mi adelanto de empleo en el escalafón, que el pequeño protestaba en falso para mantener la disputa. Debemos recordar que Pecas acababa de cumplir 27 años días atrás, mientras yo andaba con 28 largos corridos.

Pero bien saben los hombres de mar que el medio en permanente movimiento es cambiante como capricho de cortesana, y la vida fiel reflejo de las aguas en todos sus cuarteles. Las risas y los comentarios felices cayeron a la cubierta baja como bala de a 36 por escotilla abierta, cuando encaramos los primeros metros de la vereda que daba paso a la hacienda familiar. Los dos picachos que semejaban antiguos mojones del reino y franqueaban la entrada al predio con suntuosa nobleza, lucían amplios crespones negros, collarines de enlutado tafetán en lazo de singular tamaño, símbolo inequívoco de muerte y desolación en la casa. Fue Pecas el primero en exclamar con grito desgarrado, al tiempo que intentaba cubrir sus ojos con la mano, como si deseara alejar la visión.

—¡Dios bendito y la Santa Virgen María nos amparen! ¡Crespones de luto! ¡Qué ha podido suceder en nuestra ausencia!

Un sentimiento de absoluta desolación se hizo dueño de mis entrañas a cerrazón y en segundos porque, sin razón aparente e imposibilidad de una mínima explicación, no atisbaba duda alguna sobre los sucesos que marcaban el pendón de la desgracia. Otras veces en la vida se me había abierto la clarividencia del suceso en forma anterior y parecida, especialmente con noticias negras de sangre propia, sin posibilidad de duda ni error posterior. El rostro de Cristina, mi querida y joven mujer, se hizo presente con extraordinaria nitidez en el cerebro, con la seguridad de que nunca más volvería a observarlo con vida. Por esta razón, aseguré en voz llana, como venida de lejos y sin asomo de duda en mis palabras.

—Cristina ha muerto.

Setum, mi criado, secretario y amigo, el fiel africano a quien tantas vidas debía, me dirigió una mirada preñada de tristeza. También él debía haber sentido el suceso, acorde con sus hábitos tribales más cercanos a la brujería, porque se mantuvo en silencio, con el rostro apagado a velas y los ojos en brillo como jamás lo había observado. Por el contrario, Pecas se negaba a aceptarlo en redondo, dado el inmenso amor que profesaba a su única hermana, aunque la figura de su pequeño hijo Francisco debía entrarle en el macabro sorteo mental.

—Ni lo pienses siquiera, Gigante, que son muchas las posibilidades en oferta. Se deberá, sin duda, al fallecimiento de algún familiar más o menos cercano, o miembro de la Casa Real.

—Que Alá escuche sus palabras si a bien lo tiene, don Santiago —murmuró Setum en oración encubierta, sin expresar convicción alguna en sus palabras.

Tras las negras impresiones iniciales, se impuso un silencio de tumba abierta, con las gargantas secas y la mirada perdida hacia proa, conforme cubríamos el trayecto hasta El Castillo, edificio central de la hacienda. Esos metros abiertos en tablas de cereal, viñedos y profusos olivares, que tantas veces habíamos recorrido con la alegre esperanza de encontrar a las personas queridas en pocos segundos, se deslizaban ahora por nuestros costados como pesada losa, deseando quizás su alargamiento hasta el infinito, vano intento de retrasar los golpes que la vida nos ofrece a su capricho. Y

aunque dirigíamos la mirada con ansiedad hacia ambas bandas, ningún trabajador de la casa aparecía a tiro de pregunta. De tal forma, alcanzamos la fachada principal, donde diferentes parterres de flores formaban caprichosos dibujos, que en esta ocasión quedaban difuminados en gris, un color que cobró nueva fuerza en mi vida.

Entre la tensión creada y como jugarreta inesperada del destino, se apareció en mi atormentado cerebro la que siempre había considerado celestial visión, la primera vez que observé a Cristina bajando las escaleras laterales que daban acceso a la entrada, con vestido blanco de grandes vuelos en permanente movimiento. Sin embargo, no casaba el sueño con la realidad que ahora se mecía a la vista. Pronto pudimos observar la figura de mi cuñada María Antonia, enmagrecida de cuerpo y alma, ojos cerrados en círculos rojos, ofreciendo un rostro triste y demacrado, indicador de alargada vigilia. Para disipar las dudas al ras, vestía traje de falda entablada en negro riguroso, mientras se apoyaba al desmayo bajo el arco de la puerta, actitud que ratificaba mis más desgraciados pensamientos.

Una vez apeados del carruaje, Pecas dudaba en acercarse a su mujer, temiendo quizás la pérdida de su pequeño como mal mayor, aunque cualquier otra podía ser de grado alto. Con inesperada serenidad, fondeada mi alma en un fatalismo alejado de mi norma habitual, lancé la palabra que se mantenía encajada en mi garganta aunque, en el último momento, le acoplara una entonación interrogante, última posibilidad de abrigo para el naufrago.

—¿Cristina?

María Antonia bajó la cabeza en desconsolado asentimiento, al tiempo que llevaba el pañuelo prendido en la mano hacia sus ojos, acción que debía haber repetido mil y una veces en las últimas horas. No eran necesarias más palabras para comprenderlo. De nuevo se abrió el silencio, con los presentes en rígida postura, como si el más leve movimiento pudiese romper lo que más parecía un hechizo diabólico. Por mi parte, aunque el presentimiento se había abierto paso por largo en los últimos minutos, la certificación clavó agujas en la pierna herida, aunque parezca torpe e indigno tal recuerdo que me llega con nitidez a la memoria tantos años después. Pero se trataba solamente del comienzo de la profunda caída, que la cuesta por recorrer era de muchas millas y con mar de proa.

Sin mediar palabra, Pecas se abrazó a mí con fuerza. Y entre sollozos ahogados, comenzó a regar mi casaca con ríos que brotaban de sus ojos, gotas de dolor en recuerdo de la persona que más había querido a lo largo de su vida. Pero también se desangraba de pena por mí, por el amor perdido, un sentimiento que se abría por claros al sentir la presión de sus brazos. Sin embargo, me mantenía sin mover un solo músculo, paralizado como estatua esculpida en piedra. Ni una lágrima pudo brotar de mis ojos, conforme el dolor se extendía por el cuerpo en oleadas, como nos acomete en frío tras recibir herida de fuego. Bien sabe Dios que lloraba por dentro como grifo de fondo, gotas de sangre en doloroso recorrido mientras el rostro de Cristina se abría en mi cerebro con extraordinaria claridad. Y esas lágrimas son las que, para nuestra

desgracia, quedan dentro del alma toda la vida, esas que no somos capaces de ofrecer al viento.

Cristina había muerto la noche anterior, tras cuatro días de espantoso tormento y penosa agonía que no merecía persona tan bondadosa, bien lo conoce Dios en su sabiduría. Ni siquiera el maldito destino me había concedido la oportunidad de una postrera despedida, de un beso frío al final del camino. Los dolores de vientre, desaparecidos semanas atrás, cuando Pecas y yo nos hacíamos a la mar con la escuadra del Océano hacia la costa catalana, regresaron a fuerza de tambor sin ofrecer un segundo de consuelo. Avisado con extrema urgencia, nada pudo ofrecer el galeno familiar venido desde la próxima villa de Cehegín, salvo llevar a cabo purga de remisión y sangrado de fuerza por dos veces consecutivas, sumando las evacuaciones hasta catorce onzas de sangre, intentando aliviar su espesura. Por fin, remitió sus acciones a la administración de láudano en suficiente cantidad, mientras gesticulaba con su rostro en forma expresiva y desconsoladora. El vientre de la enferma acabó por abultar como mujer a punto de engendrar, inflado como pellejo de vino, hasta la última mañana en que decreció por llano, al tiempo que parecían cesar los dolores. Pero nadie se engañó en la hacienda, porque la mejoría de la muerte entraba en danza y, según palabras de María Antonia, Cristina acabó por entregar su alma a Nuestro Señor con beatitud en el rostro y sin dolor aparente.

Escuchaba aquellas palabras de la mujer de Pecas, a la que tanto favor debo agradecer, cursadas con especial cariño hacia mi persona, como si me llegaran de muy lejos, desde mares jamás surcados por el ser humano. Ni siquiera la visión de mis hijos y la triste congoja de Santiago, el primogénito, quien con sus nueve años de edad parecía comprender la terrible realidad, conseguían hacerme regresar al mundo de los vivos. Porque, sin duda, mi cerebro y mi corazón navegaban perdidos en otra estadía, barco sin trapo^[3] en mar sin agua.

Comenzaron a pasar los días con desesperante lentitud, cual navegación de fragata ligera en calmería^[4], aunque me pareciese imposible condición que la luz y las tinieblas continuaran su curso como si nada hubiese sucedido. Enterramos a Cristina en ceremonia familiar bajo la pequeña ermita de la hacienda, única acción en la que tomé parte, al decidirla sin dudarle un momento entre las posibles opciones ofrecidas por Pecas. Estaba seguro de que ella así lo habría deseado; reposar para siempre en su tierra más querida, donde nos habíamos conocido, amado con intensidad y nacido sus tres hijos. Tan sólo el párroco de la iglesia parroquial de Santa María Magdalena en la cercana villa de Cehegín, don Constantino Cifuentes, que solía acudir a la hacienda con regularidad y ofreció a Cristina los últimos sacramentos, comentó en voz queda la necesidad de obtener permiso arzobispal para llevar a cabo la inhumación en ermita sin cripta consagrada a tal efecto. Bastó, sin embargo, una desafiante mirada de mi cuñado, para que excusara en escapada de fortuna y accediera a una petición o consulta posterior. De esta forma cayó la tierra sobre ella, alejándola de mí para siempre, la condición más dura de aceptar, al punto

de no llegar a creerla todavía como una real posibilidad.

No es tarea fácil describir los sentimientos que cruzaban por mi cabeza en aquellos primeros días de solitaria viudedad porque, en verdad, andaba mi alma metida en paisaje de tinieblas, envuelto en una niebla espesa y cerrada sin clareo posible. Solamente recuerdo con nitidez la sensación de culpa por no haber cumplido aquello que estimaba necesario. Echaba en falta, sin razón verdadera, acciones posibles y no realizadas hacia la persona querida. Y cada una de ellas, en aquel macabro repaso, me producía una cuchillada interior que dolía más que cualquiera de las heridas recibidas en combate. En especial, no podía apartar la visión de mis últimos momentos junto a Cristina, con la duda abierta de no haber demostrado mi gran amor tal y como debía, no haberle repetido una y mil veces mis verdaderos sentimientos, aunque los conociera con largura. Y aunque les parezca locura sin remisión posible, llegué a sentir dolor en la mano izquierda, tallada en madera americana por Setum, como si quisiera engendrar brotes de sufrimiento.

Inmerso en esa raya de dolor que parecía buscado, llegué al punto de recriminarme haber concedido escasa atención a la enfermedad sufrida por Cristina meses atrás, que relacionaba con su muerte en forma directa, como si mi ausencia o falta de cuidados hubiesen precipitado la desgracia. Cual desventurado conjunto, todo se mezclaba en un penoso ir y venir sobre las mismas ideas, que me sumían en la más absoluta desesperanza y oscuridad, al punto de dejarme llevar como veleta al viento, sin ánimo para retomar el rumbo de mi vida, al que tan escasa importancia concedía en aquellos momentos.

Durante las dos semanas siguientes deambulé por la hacienda como alma en pena, sin llegar a dormir más de dos horas seguidas ni necesitarlo, contestando pésames y condolencias con escasos monosílabos, mientras mantenía el rostro encastrado en espesa cuarentena. Abrazaba a mis hijos con tristeza, mientras el dolor se mantenía abierto en cuadernas, especialmente cuando Santiago, el pequeño Gigante, apretaba mi mano con desesperado fervor y me formulaba preguntas sin respuesta. Y no era menor el sufrimiento al sentir las lágrimas de la pequeña Rosalía sobre mi pecho, en cuyo rostro rastreaba con claridad y perdida envidia el de su madre.

Ni siquiera los intentos de Pecas y Setum, tan cercanos a mí a lo largo de muchos años, conseguían ofrecerme el soplo de vida que parecía despreciar. La verdad es que repasaba mi vida con Cristina en silencio y hasta el mínimo detalle, segundo a segundo, desde aquellas lejanas navidades de 1781, cuando apareció en mi vida por primera vez. Y llegué a tal extremo de compenetración con su rostro, que creía verla en cada esquina de la casa y de la hacienda, como si me hubiese sometido a un macabro juego infantil. Incluso intenté hablar con ella a veces, acción que más entraba en la cercana desesperación.

Creo que abordábamos la última semana de enero, cuando Pecas y Setum me entraron por barlovento y sin las consideraciones ofrecidas hasta el momento. Los vi llegar de lejos y me barrunté el ataque, que aún mantenía suficiente cordura para

entender caras y gestos. Mi cuñado y compañero no esperó un solo segundo para largar lo que mucho debía haber meditado.

—¿Cuándo piensas regresar al mundo de los vivos, Gigante? —Pecas entonaba con cierta dureza, como padre que decide tomar las riendas del hijo desviado—. Han transcurrido más de dos semanas.

Lo miré a los ojos en muda interrogación, como si no comprendiese sus palabras. Y las mías brotaron en libertad, sin decisión por mi parte.

—Cristina no volverá.

—Ya sé que no volverá, amigo mío —Pecas luchaba en su interior para no caer derrotado en su intento. Lo creí ver cercano al llanto, aunque se sobrepuso con rapidez e inesperada fortaleza—. Quería a mi hermana con extrema devoción y, como bien sabes, fue mi tabla de salvación durante muchos años. Comprendo tu dolor, que es el mío parejo. Y serías libre de lanzarte al vacío desde los riscos del Garbanzal para unirse con ella en los cielos, si no fuera por un pequeño detalle. Tienes tres hijos, y por ellos has de superar este terrible momento. ¿No ves el dolor en los ojos de Santiago y Rosalía? También ellos han sufrido una terrible pérdida, aunque saldrán del vacío con rapidez, que así es la juventud para su bien. Pero ahora mismo te necesitan.

No sabía lo que debía responder. Creo que es en los momentos de intenso dolor cuando menos gusta escuchar la verdad, cuando ésta duele más a fondo y en troneras. Me mantuve en silencio, situación que suelen otorgar por llano los cobardes. Pero también mi negro africano entró a fuego por la banda contraria.

—Aunque le suene a tópico y molesto de escuchar, señor, la vida continúa al paso de la muerte porque, después de todo, ésta es la prolongación de aquella. Nadie podrá reemplazar a la señora, es tan cierto como la existencia de mi Dios, pero como dice don Santiago, ha de regresar a esta vida sin remedio. Tiene a sus hijos, debe cuidar por sus vidas e intereses. Y usted es joven, aunque se vea anciano de espíritu en estos momentos. A mí me separaron de todo y de todos por la fuerza, como bien sabe. Y sobreviví. Es necesario sobrevivir.

—Y sigues siendo un oficial de la Real Armada, que manda buque en situación de guerra abierta, un aspecto que no puedes olvidar —Pecas volvió a elevar el tono de su voz.

—Nada me importa la guerra ni la paz —conseguí declarar con el rostro a vueltas.

—Mira, Gigante, ni Cristina, que se encuentra en el cielo, ni tu padre, que también te observa desde allí en su compañía, aprobarían esta conducta.

El rostro de mi gran amigo no podía ser más expresivo. Supe que había mencionado a mi padre con extrema decisión, como el cable postrero del rezón salvador, aunque le costara un penoso esfuerzo lanzar ese disparo. Y dio en la diana por derecho, he de declararlo. A la visión de Cristina se sumó ahora el rostro de mi progenitor, orgulloso hasta la cresta por mi ingreso en la Real Armada, tras haber sufrido mil penalidades que sólo yo y Cristina, en teoría, conocíamos. Como siempre

había sospechado, Pecas estaba al tanto de aquella lejana verdad escondida y me azotaba con ella como última posibilidad. De forma inesperada, me abracé al buen amigo con fuerza, busqué refugio en su pecho que, aun de reducidas proporciones, encontré de tamaño descomunal en aquellos momentos. Logré farfullar con sentimiento un inesperado deseo.

—Tienes razón, amigo mío. Debo regresar a la mar. Sólo allí puedo encontrar consuelo.

Pecas se separó lo suficiente para mirarme a los ojos con extraña seriedad, y así nos mantuvimos alargados segundos. Era fácil comprobar que aferraba sus lágrimas por corto, mientras Setum, el fuerte africano inmune al dolor, se derrumbaba hasta llevar las manos hacia su rostro para ocultar las rendidas emociones. Pero mi pequeño amigo era más hombre de lo que podíamos imaginar.

—De acuerdo. Dedicar unos días a tus hijos y deja en regla los asuntos de testamentaría con mi ayuda. Después, podrás regresar a tu fragata y solicitar una comisión de mar, aunque hayas de pagar de tu bolsillo las raciones de boca. María Antonia y yo cuidaremos de los niños como si se tratara de los nuestros, bien lo sabes.

—Gracias a los dos, no sé que sería de mí sin vuestra ayuda.

—Los agradecimientos son moneda de dos veredas, Gigante, y labraste la tuya con holgura.

Siempre recordaré aquella intensa conversación con todo detalle porque, sin asomo de duda, es la más emocionante y desgarradora que mantuve a lo largo de mi dilatada vida. Había perdido a Cristina lo que, en esos momentos de triste locura, significaba haber perdido todo. Pero aquellos dos hombres, tanto sus obras como sus silencios, me demostraron que otros sentimientos tan profundos como el amor pueden enderezar nuestra existencia cuando la creemos truncada sin remedio.

En los días siguientes cambié de actitud. Seguía soñando con el rostro de Cristina, retocada en ángulo con la sonrisa de mi padre, pero me dediqué a mis hijos por completo, en cuerpo y alma. Sin embargo, en el fondo se divisaba la mar como salida, y en ella debía refugiarme sin remedio.

2. Triste retorno

El segundo día de febrero de 1794, abandoné la hacienda de Santa Rosalía en dirección a la capital del departamento marítimo, esa ciudad de Cartagena a la que, desde mis primeros días en la Real Armada, me sentía unido por lazos muy especiales. Y aunque lo necesitaba como el aire para respirar, no fue sencilla la despedida. En verdad que eran demasiados los factores entablados al corte, hasta cubrir el escenario con telones muy diferentes a los habituales. No fui despedido por Cristina desde la ventana de nuestra alcoba como en anteriores ocasiones, su rostro de oro cubierto por empalmetado de visillos, en ese intento de enmascarar los rastros del dolor. Aunque todavía costaba creerlo como marea sin retorno, ella no existía, evaporada de mi vida para siempre.

En la escalinata de acceso abracé con especial dolor a mi buen amigo Pecas, que me despidió con unas escasas palabras, llenas de sentido y profundo cariño. El destino parecía haber ofrecido un trueque de papeles en nuestras vidas, siendo yo ahora quien necesitaba de permanente protección y auxilio.

—Ve con Dios, Francisco. Estiba el alma en sosiego y no te preocupes por tus hijos y bienes, que los mantendremos en cuidado. Ya sabes que para nosotros son tres hijos más.

—Ya lo sé, Santiago, amigo mío.

Me abracé a él con fuerza, único madero a flote y disposición. Todo parecía haber cambiado a machamartillo en modos y colores. Hasta los pequeños detalles tronaban a desencanto. Caí en la cuenta que mi inseparable compañero había utilizado en sus palabras mi nombre, Francisco, evitando el mote impuesto por él mismo en los primeros días de nuestra estancia en la Escuela Naval, ese Gigante que parecía haber muerto pocos días atrás. Después de todo, seguía la norma de la pobre Cristina, que había desplazado dicho alias para el pequeño Santiago. Por esa razón, también yo lo llamé por su nombre por primera vez, trasladando el de Pecas a su pequeño, que todo era heredad con el discurrir del tiempo.

Pero no acabó aquí el suplicio, porque hube de enfrentarme a una extraña conversación con mi hijo mayor, Gigante, la primera en la que lo consideraba como un hombre, aunque contara solamente con nueve años de edad. Sin embargo, la pequeña Rosalía continuaba preguntando por su madre, como si esperara su regreso en cualquier momento. Por mucho que mi cuñada María Antonia le explicara que nos bendecía cada día desde el cielo, ella volvía a preguntar cada mañana por ella. El pequeño Francisco, para su bien, nada comprendía con sus cinco años de edad. Sin embargo, Santiago, el tercer Gigante de la familia, lo entendió al detalle, hasta asumirlo con claridad desde el primer momento. Creo que fue en aquellos días cuando dejó de ser un niño aunque, a su edad, todavía debiera andar con juegos de rayas y rongigatas en la mano. Me impresionaron sus palabras cuando lo tomé por los

hombros en la despedida.

—¿Cuándo podré acompañarle a los buques de la Armada, padre? Quiero guerrear con el francés o el inglés, como usted. Mi sitio está a su lado.

Mientras acariciaba su cabello con cariño, creí notar un tono de inesperada madurez en su voz. Era alto y fuerte para su edad, aunque algunos gestos recordaban al niño de las jugarretas permanentes. Por mucho que intentara dissociar la visión de Cristina a la de mis hijos y, de esta forma, conseguir que no se desarbolara el aparejo interior en equilibrio inestable, fue tarea difícil en aquellos momentos, cuando se me anudó la garganta como vuelta de encapilladura.

—Es pronto todavía, Gigante. Debes crecer, estudiar y aprender. Pero llegará pronto el momento, antes de lo que puedes imaginar, que el tiempo vuela como una fragata ligera navegando a un largo. Ahora que tu madre se ha ido, debes comprender que asumes importantes obligaciones en mi ausencia. Respeta a tus tíos y cuida de tus hermanos, que todavía no han comprendido bien lo sucedido. Y aplícate con el preceptor, que cuando sientes plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas y acudas al Colegio Naval, deberás ser hombre instruido en matemáticas y humanidades, por lo que debes esforzarte en el estudio del latín y la filosofía, por mucho que te disguste. Todo ello sin olvidar las disciplinas inherentes a todo caballero, como son la esgrima, la equitación y el baile. Incluso no estaría de más que fueses diestro en tañer la guitarra, puntear la vihuela o pulsar el pianoforte, que nunca están de más tales méritos en la Corte.

—No gusto mucho de la música, padre —el rapaz inclinó la cabeza con pesar—, y usted me ha dicho siempre que no debemos imitar a los cortesanos, que poco fían en el propio valor y merecimiento.

—Ya lo sé, hijo mío, y tienes razón sobrada. Pero sí que debes incidir en las ciencias y humanidades, así como la equitación, esgrima y uso de las armas de fuego, que te serán imprescindibles en tu carrera de las armas. Pero debes ser paciente, que todo llegará en su momento.

—En ese caso, he de esperar cuatro años y medio para entrar en la Armada —parecía desconsolado, como si se tratara de un espacio de tiempo inalcanzable.

—Como eres fuerte y grande, es posible que consigamos pliego de excepción y puedas sentar plaza en la Real Compañía algunos meses antes. Pero ahora debes dedicar el mayor esfuerzo a velar por tus hermanos. Y cuando tu padrino regrese a la mar y quede la tía María Antonia como única cuidadora en casa, ayúdala como un hombre hecho y derecho, que son muchos y pesados los cargos caídos sobre sus hombros.

—No se preocupe, padre. Puede marchar tranquilo que obedeceré en todo a los padrinos y me ocuparé de los problemas en nuestra casa. Ya soy un hombre.

El nudo se apretó con fuerza al escuchar estas palabras, mientras el rostro de Cristina se aparejaba una vez más a la escena. Lo abracé a fondo con extremo cariño.

—Ya lo sé, Gigante, y estoy muy orgulloso de ti, como lo estará tu madre desde

allá arriba.

Partimos por fin de la hacienda, una más de esas separaciones que deseamos acelerar sin sentido por el movimiento de la sangre. Conforme el carruaje corría millas hacia la mar, me repetía esa última escena que tan cerca estuvo de propiciar el naufragio de mi alma. Por suerte, el pequeño Gigante parecía haber salido de gradas con buenas maderas, en especial esa responsabilidad que no le había observado hasta el momento. Suele suceder en la vida cuando menos lo esperamos. La cortina desaparece como por encanto y descubrimos un tesoro velado a la vista hasta el momento. Pero intenté desechar todo rastro familiar del cerebro, dejarlo en blanco una vez más para evitar el sufrimiento que se abría en carnes, empresa de difícil solución. Setum, silencioso en su asiento y leyendo mis pensamientos como tantas otras veces en los muchos años que navegaba a mi vera, entró al quite con seriedad.

—El temporal que sufre amainará por llano, señor, aunque estas olas que le atacan sean de orden y necesiten de tiempo corrido para alargarse en marea. Después de todo, es hombre de suerte, esa estrella que siempre le ha acompañado.

—¿Suerte, dices? —Lo miré a los ojos con inicial severidad, aunque mudé con rapidez, consciente de su afecto—. Por Dios todopoderoso que no puedo creer como ciertas tus palabras.

—Así es, aunque le parezca un contrasentido inexplicable. Sé lo mucho que adoraba a la señora, porque seguí los rastros de su amor desde los primeros momentos. Pero la vida es así, blanco y negro en repetida sucesión. Tiene tres hijos con sangre de doña Cristina y eso debe reconfortarlo. La señora María Antonia hará de madre con fervor, bien lo sabe, y nada faltará a los pequeños. También don Santiago se encontrará al quite por si aparece la negra. Y el pequeño Gigante andará pronto por las cubiertas de los buques, para su orgullo. La señora se fue, pero dejó el campo bien abonado, cualidad que no siempre sucede.

Mantuve su mirada durante alargados segundos. Mucho debía a aquel hombre, incluida la vida en repetidas ocasiones, desde que su existencia se amadrinara a la mía durante el cautiverio africano, en mis primeras andaduras como guardiamarina. Y debo reconocer que siempre hablaba con sabiduría y verdad.

—Gracias por tus palabras, buen amigo. Pero no es fácil el trago. Aunque mi gran pasión desde la infancia haya sido la mar y el servicio en la Real Armada, mi vida se ha movido alrededor de esa gran mujer que se ha marchado para siempre. Me encuentro como barco sin cuadernas, con la estructura en falso y dispuesto a naufragar en cuanto encapille alguna ola de mediano orden.

—No diga eso, aunque lo sienta en el corazón, señor. He vivido su amor por doña Cristina, a la que quería como a una hija, bien lo sabe. Pero sus cuadernas se encuentran en su sitio y tan sólo necesitan una ligera carena. No es cosa de apretar la entrada en dique, pero puede estar seguro de que saldrá con los fondos limpios y bien forrados de cobre. Todos le ayudaremos en la empresa, comenzando por don Santiago, que también daría su vida por usted.

—Ya lo sé, Setum. Pero todo parece haber mudado en negro, como si una mano poderosa e invisible abocara el mundo a vuelta. El pasado queda como surgidero^[5] transfretano, sin posibilidad de atravesar el brazo de mar que nos separa. Ni siquiera don Santiago me llamó Gigante en nuestra despedida, como siempre. ¿Hemos comenzado una nueva estadía de nuestra vida? ¿Habremos envejecido en unas semanas?

—Una generación achucha por detrás, señor, y así navega la vida sin remedio. El verdadero Gigante es ya el pequeño Santiago, sangre de su sangre pareja. Pero ya verá cómo el ambiente a bordo de la fragata Sirena le entrará por cruces y en aliento. Nada más incorporarnos, deberá solicitar una comisión y navegar algunos días sin vistas a tierra, que de ahí nos llegan siempre los males al cuerpo y al alma. La mar y los vientos despejarán su mente. Nada como la naturaleza en real dureza para calmar los desalientos.

—Pareces filósofo, una nueva cualidad desconocida por mi parte —la extrema seriedad de Setum me hizo sonreír, un ejercicio que no realizaba desde muchos días atrás—. Pero no será fácil que me autoricen a salir a la mar. Una vez regresados de las operaciones en Tolón, me reincorporo a la escuadra del Mediterráneo, que sigue bajo el mando de don Francisco de Borja. No creo que tras la terrible epidemia de tifus que sufrió cuando intentaba cruzar por las costas del Var, haya podido recomponer sus dotaciones, porque las últimas levas se aplicaron en fuego a la escuadra de Lángara. Y, sin duda, no habrá un ochavo para bastimentos y dietas de boca.

—Deberá mover los hilos con fuerza, como hizo en otros momentos de necesidad. Acuda a su protector, el brigadier don José Girón, o al mismísimo general Gravina en demanda de auxilio por su situación personal.

—No debe afectar nuestra situación familiar al servicio, Setum, que así rezan con claridad las ordenanzas. Además, don Federico Gravina partió para Murcia a convalecer de su herida en la pierna, que no marcaba a las claras, y no creo que haya regresado.

—Ya verá cómo las millas discurren por labios abiertos, señor, y con facilidad. Como bien sabe, no suelo errar en mis predicciones. El orto acaba por abrir siempre en su dirección. Todo esta escrito...

—En el libro del destino —rematé la frase lapidaria con la que solía finalizar sus argumentaciones—. Ya veremos qué nos depara ese destino al que tanto aludes.

Tomamos el necesario barqueo en el muelle de levante del arsenal para dirigirnos a la fragata Sirena, mi querida dama ensamblada entre baos^[6] y cuadernas^[7], fondeada en abrigo frente a las murallas cartageneras a la altura de la puerta del muelle. Una vez con la lancha en movimiento, sentí la primera y esperada brisa marítima que batía sobre mi rostro, lo que pareció tender el ánimo en sorpresa hacia los fondos, condición difícil de creer en mi normal actitud. Ni siquiera la visión de la unidad más airosa de la Armada, esa fragata con nombre de bonanza sensual que

abanicara mi mente en oros meses atrás, remataba al alza los vientos entablados en el cerebro. Por el contrario, la dulce estampa grabada se cubría ahora por hilachas de bruma, prueba de que todo en esta vida sufre del vaivén al que nos somete el corazón.

Por fin, pisé la cubierta de mi fragata a conciencia, al tiempo que elevaba la vista hacia la galleta de los palos, allí donde se funden con los cielos en perfecta armonía, momento en el que creí percibir el primer ramalazo de placer en muchos días, una sensación casi olvidada. Y como a bordo nada sabían de los tristes sucesos acaecidos a mi persona, el segundo comandante se presentó para ofrecerme la preceptiva novedad por cantos alegres y con sonrisa abierta.

—Sin novedad a bordo, señor comandante. Regresa usted antes de lo previsto, pero ya se sabe que el calor de la mar es más fuerte que el de la familia, según rezan las coplillas marineras.

—No es el caso en estos momentos, segundo, puede estar seguro.

Para aclarar la situación y evitar mayores contrasentidos, puse al día al teniente de navío Sebastián de Orzeta de lo acaecido durante las últimas semanas en la hacienda de Santa Rosalía. Palideció el pobre a las claras conforme avanzaba el relato, hasta convencerse de haber cometido el mayor de los insultos con la alegre bienvenida, por lo que me vi obligado a tranquilizarlo con rapidez y a la llana. Por fin, me ofreció el pésame con sinceridad y tristeza, un esfuerzo ante noticia tan inesperada, que acepté por mi parte con agradecimiento. Y aunque intentara escurrir el bulto y dejarme en la deseada soledad, le inquirí por nuevas sobre la guerra y las escuadras, que el servicio obliga por norma y deber.

—Poca o ninguna novedad digna de mención se ha producido en su ausencia, señor. A bordo solamente sufrimos la baja de tres marineros, cuatro grumetes y un paje, por diversas enfermedades que obligaron a su evacuación hacia el Real Hospital de Antiguones. La causa, como puede suponer, no es otra que los fríos intensos y la escasa o nula vestimenta que sufren gran parte de nuestros hombres, algunos casi desnudos, con calenturas en alza y bien agarradas al pecho. Aunque solicité el preceptivo reemplazo en oficio dirigido a la Mayoría General, nada se me ha comunicado ni en verdad lo espero, que andan todas las unidades con claros en equipaje y guarnición^[8]. Pero una noticia le alegrará, sin duda.

—Bien que lo necesito.

—El alférez de fragata Barceló, quien anduvo con usted de guardiamarina a bordo de la fragata Santa Casilda, ha embarcado voluntario. No sé cómo pudo mover los hilos en la Mayoría General para conseguirlo, si no disfruta de padrino en las alturas. Parece que le tiene en gran estima y desea servir bajo sus órdenes una vez más.

—Me alegro de contar con él a bordo, porque es un joven trabajador, listo como un grillo y valiente a los fuegos como el que más. Pero continúe con las nuevas, si las hay.

—De la guerra, pocas nos alcanzan. Según se comenta entre ayudantes y al socaire, el general Ricardos se mantiene en los cuarteles de invierno, preparando la

próxima campaña que deberá iniciarse en primavera. También parece que intenta reorganizar sus fuerzas y recibir socorros que se prevén difíciles, con el estado de penuria que sufre la Real Hacienda. La división naval de apoyo establecida en Rosas, cuyo apostadero quedó bajo el mando de don Bruno de Heceta, recién ascendido a brigadier, con insignia a bordo del navío San Julián, fue reforzada la semana pasada con dos fragatas, tres jabeques y un bergantín, aunque en estos días no colabore la mar a cualquier empresa de mar, que andan las nortadas a disposición de muerte.

—¿Y las escuadras?

—Tal y como se encontraban en el momento de su partida o, más bien, tendidas a peor —hizo un gesto de pesadumbre con sus manos—. La del Mediterráneo anda medio descompuesta por falta de personal, como quedara tras la epidemia de tifus, aunque el teniente general don Francisco de Borja mantenga su insignia en el navío Real Carlos y reclame hombres y armas. La del Océano, a las órdenes del general Lángara, también anda con peticiones de leva forzosa, víveres y bastimentos que no aparecen ni de lejos. Recordará que fueron muchas las bajas en las operaciones de Tolón, entre pérdidas y heridos. Según se comenta en corrillos, con voz apagada pero a las negras, todo el esfuerzo del gobierno se centra al ciento en apoyo del Ejército, aunque se considere escaso y lastimoso de medios con tres frentes abiertos, dejando a la Armada desasistida de palos y lonas.

—Ya se había abierto ese camino a las claras.

—No tiene más que dirigir la mirada hacia el arsenal para comprobarlo. Los diques andan con portas abiertas, las gradas de construcción en desconsuelo de maderas, y algunas unidades en demanda urgente de carena sin aprobación por falta de fondos. Y de salidas a la mar para ejercicios, maniobras u operaciones de mar, nada de nada, aunque en el estado que se encuentran algunos buques, más les vale andar a la callada. Para colmo de males, se aumentó la requisa de fusilería para el Ejército, debiendo entregar las unidades a flote un tercio de las existencias, en general.

—¿Un tercio? ¿También nosotros? ¿Cuántos?

—Se trataba de orden de la Mayoría General de la escuadra, señor, a la que no podía negarme —bajó el tono de sus palabras, como si temiese una reprimenda por mi parte—. El mayor requerimiento en concreto era el de fusiles, aunque los nuestros del modelo francés^[9] debíamos entregarlos al navío San Hermenegildo en camuflaje, para que se trocaran en el monto correspondiente del modelo Ripollés. En cuanto al armamento portátil hemos quedado, en definitiva, con 4 esmeriles, 21 fusiles franceses, 63 pistolas, 80 espadas, 51 chuzos y 52 hachuelas de abordaje, 200 granadas a mano, 60 frascos de fuego y 64 quintales de pólvora.

—¡Sálvenos el cielo! Si llegamos a situación de combate en abordaje, deberán asistirnos los santos en bendita conjunción para no acabar rendidos.

—Razón tiene, señor, y así se apunta desde todas las unidades. Pero no parecen afectar los llantos a las altas magistraturas, según parece. Nunca sufrimos tal merma

en nuestros buques.

No cuadraban las noticias para elevar el espíritu, que ya caminaba por senda de espinos. Y para hurgar en herida abierta, corrida la noticia de mis pesares a bordo, debí sufrir el recibo de pésame y condolencia de los oficiales de guerra y mayores, así como del contra maestre primero, don Ginés Paredes, en nombre de los oficiales de mar. Aunque se intente con tales expresiones consolar en bienaventuranza a la persona atormentada por el sufrimiento, nunca me alentó tal circunstancia, sino que debí sufrirla como mal aparejado y de orden superior.

Por fin, pude quedar recluido con la necesaria soledad en mi cámara, cuyo ambiente comenzó a ejercer un beneficioso alivio. Sin embargo, mi cerebro, en involuntario juego, entraba en comparación de situaciones parejas con el paso del tiempo, un ejercicio que en poco beneficiaba el espíritu. Al repasar cualquier detalle de la fragata cuyo mando había calmado mis expectativas profesionales por las nubes, recordaba que en el momento de recibir tan inesperado don, Cristina andaba con vida y yo mantenía los sueños en alto. Y de la misma forma se armaban las cruces con cualquier detalle que alcanzara la memoria. Se trataba de una absurda maniobra mental, un intento imposible de hacer retroceder el tiempo, aunque el ejercicio cuadrara por brasas en mi corazón.

Permanecí un día más a bordo sin ánimos ni voluntad para intentar la gestión proyectada en la mayoría. Deambulaba por la cubierta como duende perdido en jardines, pensamientos de ida y vuelta y a las negras que remataban por norma en la misma diana. Tan sólo cuando dirigía la mirada a la mar parecían alejarse los miasmas cerebrales algunas pulgadas, para retornar con fuerza al observar las murallas. Llegué al convencimiento de que era allí, por fuera de puntas y entrado en las aguas sin más compañía que la mar y el cielo, donde podría encontrar el buscado reposo y el inicio de la curación, si es que tal posibilidad existía.

Debo recordarles que la fragata Sirena, cuyo mando había caído como precioso e inesperado regalo sobre mis manos, tras su apresamiento en aguas de Cerdeña a la marina revolucionaria francesa, quedaba encuadrada en las de segunda clase, con un porte de 34 cañones. Y aunque estos eran de calibre de a 12^[10] ya solamente, se trataba de montajes magníficos, recién fundidos y con fuego de chispa. Además, la dama cifraba su poder en la velocidad, porque era ligera de alas y capaz de ceñir^[11] al palmo como ninguna, aunque peque de una mínima exageración, propia de todo comandante. Pero, en general, era de características similares a las españolas de igual porte, aunque algo más estilizada de líneas.

Su dotación, aparejada con voluntarios de otras unidades, tras su captura en el mes de mayo del año anterior, había trabajado a fondo hasta poder ser considerada como de buena línea, aunque la falta de mar siempre entra de canto en los hombres y reduce la efectividad. Tras las bajas habidas, contaba con los oficiales de guerra y mayores al completo, oficiales de mar desparejados pero con número redondo, y falta de orden en marineros, grumetes y artilleros experimentados. No alcanzábamos el

total de los 282 hombres de dotación que marcaban los reglamentos, pero sólo debía faltarnos una decena aproximadamente, si no aumentaban las bajas tan difíciles de reponer en aquellos días de penuria. Y si nos bendijeran los mandos con un par de meses de navegación abierta, con ejercicios de mar y guerra a diario, podíamos conseguir un conjunto excelente para llegar a batirnos con cualquier enemigo y en absoluta confianza.

Decidí no esperar más, ante el peligro de que mi alma navegase al garette por tiempo indefinido. De esta forma, en la mañana del día 4 tomé la falúa con Setum a la caña, orgullo que ya nadie le discutía, para dirigirme a tierra. Empeñaba mis esperanzas en conseguir una comisión de mar, sin importarme la causa o el destino, aunque aventuraba la gestión como hartamente complicada, por no decir imposible, ante las noticias desgranadas por el segundo. Y habría sido difícil lanzarme a la empresa de pedir favores de costadillo en otros tiempos, con mi habitual pudor al solicitar prebendas en primera persona. Pero he de reconocer que, sin advertirlo, mucho había cambiado en las últimas semanas mi conducta y percepción de las cosas, dando por perdida la batalla si no disparaba andanadas por ambas bandas.

Sin pensarlo dos veces, dirigí mis pasos hacia la Mayoría General del departamento marítimo. Y no era ésta mi primera decisión, sino hacerlo a la correspondiente de la escuadra del Mediterráneo, de quien dependía por reglamento y razón. Pero una vez en conocimiento de que el general Gravina se mantenía en convalecencia y que el brigadier Girón, uno de mis valedores desde que embarcara en el jabeque Murciano bajo su mando, se había incorporado a dicho destino departamental, no lo dudé un instante. Salí del Arsenal y encaminé mis pasos con decisión en demanda del edificio de la Mayoría. Y ya atravesaba sus puertas cuando todavía no había decidido el razonamiento a seguir en mi petición, que no cuadraba en forma ni lugar.

Como es normal en los asuntos del servicio, aunque ya era todo un capitán de navío con mando de buque, que mostraba los galones en las vueltas con innegable orgullo, debí rendir minutos de recibo en la sala de ayudantes, antes de ser autorizado para atacar por derecho a don José Girón en su despacho. Y entré con decisión al concederme la venia, sin dudarle un segundo y dispuesto a todo. De entrada, me dispuse a llevar a cabo la formularia presentación.

—Señor brigadier, se presenta ante vos el capitán de navío...

—Mucho me alegro de verle de nuevo, Leñanza —cortó la protocolaria frase, estrechando mi mano con alegría—. Y más todavía con sus nuevos galones, bien ganados a las bravas en los duros combates del monte Faraón, según me llegaron las noticias. Pero tenía entendido que acabó sus hazañas herido de gravedad en la pierna —intentaba dirigir su mirada a la zona expuesta, oculta por su mesa—. ¿Se repuso del todo sin mermas?

—Me repuse de la pierna pero enfermé del alma con la misma rapidez, señor, y en proporciones de granada. Perdóneme que le haga perder un tiempo del que no suele

disponer, pero debo pedirle un favor de la mayor importancia.

—Muy importante ha de ser su pena para que me hable de esa forma, que le conozco bien y no suele navegar por esas derrotas. Pero tome asiento sin preocupación, que esta mañana nada importante espero, salvo pedidos imposibles de solucionar, y no lo tome como negativa adelantada a su petición —abrió una sonrisa bonachona que me tranquilizó—. Cuénteme sus desventuras, que las apareja bien a las claras en el rostro.

Aunque no era mi intención presentar mis problemas personales y familiares para abordar una petición de servicio, me encontré narrando los sufrimientos padecidos en las últimas semanas con detalle, como cuando confesamos los pecados al sacerdote o buscamos el consejo paterno con extrema necesidad. Y créanme si les digo que me resultó beneficiosa aquella descarga emocional, como si largara un fardo pesado de los lomos. Don José Girón me dejó hablar por largo, al tiempo que ensombrecía su rostro por mi dolor, porque siempre fue hombre sensible a los pesares ajenos y me tenía en alta estima. Cuando di término a lo que consideraba en mis tripas como extensa perorata, entré en silencio mientras movía las manos de forma nerviosa. Había vaciado el buche y quedaba mi cuerpo en blanco, como guerrero sin espada. Escuché su voz como si llegara de muy lejos.

—Siento mucho sus penas y le acompaño en el dolor con toda sinceridad, amigo mío. Por desgracia, esas pruebas las sufrimos casi todos los cristianos tarde o temprano, que también yo las purgué en su momento y se repetirán en el futuro como norma de vida. Pero ya verá cómo pasa el sufrimiento y languidece poco a poco, como la pasión misma. Por fortuna o desgracia, que nunca podemos asegurarlo, todo sentimiento extremo tiende a la llana como la mar tras temporal corrido. Es usted joven y puede rehacer su vida, especialmente por sus hijos, pensando en su carrera que lo mantendrá fuera del hogar durante mucho tiempo. Pero, dígame. ¿Qué favor tan importante deseaba pedirme? Ya sabe que si está en mis manos...

Dejó el final de la frase en el aire, como si se tratara de una negativa anticipada. Pero estaba dispuesto a rematar la faena, una vez emprendida la maniobra. Creo que pocas veces en mi vida empleé un tono tan seguro, mezcla de petición y exigencia.

—Señor, he de salir a la mar en mi fragata a no tardar. Necesito navegar, alejarme de tierra e intentar apartar los negros sentimientos que cruzan por mi alma. Lo necesito como el moribundo reclama los sacramentos, y ya me sabe poco propenso a la exageración.

El brigadier Girón quedó en silencio durante un tiempo que me pareció largo como una eternidad, sin apartar sus ojos de los míos.

—No es fácil lo que solicita en estos tiempos que corren.

—Ya lo sé, señor.

Se hizo un nuevo y alargado silencio, como si don José sopesara las condiciones a favor y en contra.

—Le hablaré con extrema claridad, Leñanza. La situación en nuestro arsenal es

de penuria casi absoluta, razón por la que pocas unidades se encuentran en disposición de poder llevar a cabo una comisión de mar con ciertas garantías. Además, su fragata se encuentra encuadrada por firme en la escuadra del general Borja.

Me mantuve en silencio porque poco podía decir, que la información se encontraba abierta y a las claras. Girón movió la cabeza hacia ambos lados.

—En pocos días debe salir un buque a la mar, hacia el puerto de Mahón, para recoger tropas del Ejército, casi todas las que allí permanecen, e incorporarlas a las fuerzas del general Ricardos. Y digo buque sin especificar, porque aún no he decidido si debe tratarse de una fragata u otro de porte^[12] parecido.

—¿Hacia algún puerto del Rosellón?

—Rosas es el destino elegido. Deberemos transportar una compañía de las milicias de Mahón al completo, si es que disponen de su armamento, cosa que dudo. Aunque es posible que aparezcan otras fuerzas de distinta procedencia, lo que es condición normal en estos transportes que se alargan en el tiempo. Pero al tratarse su fragata...

Volvió a dejar el final de la frase en el aire. Decidí retrasar sus razonamientos, entrando en comentarios sobre la situación general de la guerra.

—¿Andan mal las operaciones de nuestro Ejército en los frentes abiertos?

—Nada de eso. Podemos asegurar que las campañas de 1793 han sido de gran mérito para nuestras armas. Y no son de despreciar en modo alguno porque es muy fuerte la Francia, que ha conseguido poner en orden de guerra un millón de hombres.

—¿Un millón? —Mi extrañeza era auténtica—. No calculaba ningún ejército de tal entidad.

—Así es, aunque con mucha vocación revolucionaria y escasos de adiestramiento. Pero todo se aprende y en la guerra con mayor celeridad. Es cierto que, en este caso, cuando nos vimos abocados a la contienda, también se produjo una amplia voluntariedad de nuestras fuerzas, así como extraordinarios donativos de prelados, títulos y diferentes corporaciones que hicieron posible su armamento muy por alto. Como decía el panegírico oficial, todas las bolsas fueron abiertas y todos los brazos ofrecidos para la campaña. Fue una suerte porque no andaba la Real Hacienda para gastos muy extraordinarios. Y una sabia decisión la de escoger al general don Antonio Ricardos para el frente de mayor enjundia, el catalán, porque se trata del mejor entre los del Ejército.

—Entonces, continúan en su poder las zonas ocupadas del Rosellón.

—Desde luego, aunque se hayan sufrido los normales avances y retrocesos. Fue audaz la maniobra de nuestro general, porque invadió la tierra francesa con 3000 hombres, mientras los franceses oponían 16.000. Y ya a finales de julio eran dueños de los llanos del Rosellón, hasta el Tet, no quedando en poder de los franceses más que Perpiñán y sus alrededores. Por suerte, que siempre es necesaria, en alguno de los combates más importantes, como el habido en Treseres, se llegó a hacer

impresionante acopio de armas, artillería, carros y bestias de carga, forrajes y hasta 30 buques cargados. Poco después cayó en sus manos el arsenal de Collioure, y como remate de conjunto unos 12 000 prisioneros. Pero no debemos olvidar, aunque no aparezca mucho en la Gaceta de Madrid, que la Armada ha colaborado desde el primer momento, tanto en traslado de fuerzas como en los bombardeos de posiciones enemigas en la costa. Bueno, usted mismo andaba con su fragata por aquella zona. Pero mucho preocupa a nuestros jefes superiores, que cada vez se silencie más o se distorsione nuestra labor, lo que indica un camino de escasas luces para nuestra Institución.

—No sabía de éxitos tan señalados —manejé por la parte positiva, para no trastocar el ambiente.

—Para orgullo nacional, al dar término la campaña del pasado año, la línea de los pirineos orientales era la única frontera en que no se había concluido la campaña gloriosamente para las armas de la Francia republicana. Debe recordar que nuestros antiguos aliados del norte se encontraban en guerra con toda Europa, habiendo derrotado a los ingleses en Hondtschoote y vencido a los alemanes en Watignies, aparte de conseguir arrojar a los austríacos y prusianos de las líneas de Wisemburg, lanzar a los piemonteses más allá de los Alpes y derrotar en dos ocasiones a los vendeanos. Sin olvidar que otro ejército republicano sitió y tomó Tolón a nuestras fuerzas coaligadas con los britanos, donde usted peleó al lado del general Gravina con probado valor. Se ha demostrado, sin duda, de lo que es capaz el Ejército francés bajo cualquier régimen. De ahí mi miedo cuando pienso en el próximo futuro.

—¿Miedo?

—Miedo a que algunas naciones en guerra con la Francia, consigan una paz ventajosa por separado. En ese caso, podrían acometernos los franceses con unidades renovadas. Según parece, las potencias nórdicas no están dispuestas a seguir sufriendo pérdidas y los austríacos emplean fuerzas en Polonia, al tiempo que disminuye el temor al contagio de ideas revolucionarias. Si a eso le sumamos que las campañas del año pasado nos dejaron casi en la ruina y no será fácil reponer las mermas habidas, puede comprender mi escepticismo al atisbar el futuro. Una vez asesinado el rey Luis y sin posibilidad de retorno al régimen monárquico, según parece, no sería mala cosa buscar una paz ahora que tenemos la sartén por el mango. Pero ya veremos lo que decide la Corte o, mejor dicho, el favorito de la Reina y valido de nuestro Señor.

Me extrañó el tono ácido y extremadamente negativo empleado por don José para aludir a don Manuel Godoy, elevado a la más alta magistratura del Estado con voces cerradas en contra, que aludían al escándalo de sus relaciones personales con las reales personas. Aunque tras las experiencias conjuntas a bordo del jabeque Murciano, me dispensara especial confianza, nunca había escuchado una crítica tan directa a las alturas. Y así pareció entenderlo para rectificar a la baja.

—No tome estas últimas palabras como opinión personal. Me limito a repetir lo

que es comidilla de corte, que así llaman a nuestro Secretario de Estado, el duque de la Alcudia, desde todas las marcaciones.

—Ya escuché rumores de parecida índole o, incluso, peores, señor.

—Ya lo supongo, que también yo las callo por vergüenza propia.

Regresamos una vez más al silencio, como si se tratara de norma establecida en aquel especial y poco rutinario recibo. Aunque intentara retrasar por mi parte el veredicto final, éste se acercaba sin remedio. En esta ocasión, me pareció entrever una ligera sonrisa en el rostro del brigadier.

—Ya veo que teme una negativa por mi parte en cuanto a su extrema petición. Y así debería ser. Sin embargo, he de reconocer que me conmueve su dolor, Leñanza, aunque haya debido dejar correr demasiado bajo mi mirada a lo largo de los años. No debo olvidar que gracias a su pericia y valor nos libramos de caer en poder de la fragata argelina —esbozó una ligera sonrisa que me abrió esperanzas—. Sin su heroica acción, en vez de un ascenso habría ganado prisión en una cárcel africana. Como acabo de desembarcar de la Mayoría General de su escuadra, todavía poseo cables suficientes en sus razones. La verdad es que para la comisión mencionada intentaba solicitar una unidad a don Francisco de Borja, y lo haré en el sentido de que se nombre a la fragata Sirena si es posible.

No esperaba una victoria tan sencilla, por lo que el sentimiento de felicidad fue mayor si cabe. Me disponía a agradecer en altares, cuando levantó su mano para mantenerme en silencio.

—No se lo garantizo, porque no puedo. He dicho solamente que lo intentaré. Pero por si acaso le entra la marea a favor, mantenga preparado su buque para salir a la mar en dos o tres días. Pero no me pida mano negra en otras necesidades, ya sean de armas, víveres o bastimentos, que deberá apañar por su cuenta con la mano izquierda, aunque la luzca de madera —volvió a esbozar una sonrisa, mientras señalaba mi extremidad mutilada—. La comisión no ha de durar más de tres o cuatro semanas, aunque la mar pueda darle algún disgusto en estos días, con tramontanas y sudestes abiertos en contra. Sin embargo y a favor, poca oposición encontrará por parte francesa, que sólo es capaz de movilizar unos pocos navíos y fragatas en el Mediterráneo, y estos días de invierno se mantendrán al resguardo. Además, por esa razón elegí el puerto de Rosas, al sur de la posible presencia enemiga.

—No se preocupe, señor, que la Sirena es ligera como pluma al viento y no sería fácil darle caza.

—Pero, por favor, no tome como segura una posibilidad, que después escuece la herida.

—Lo comprendo, señor.

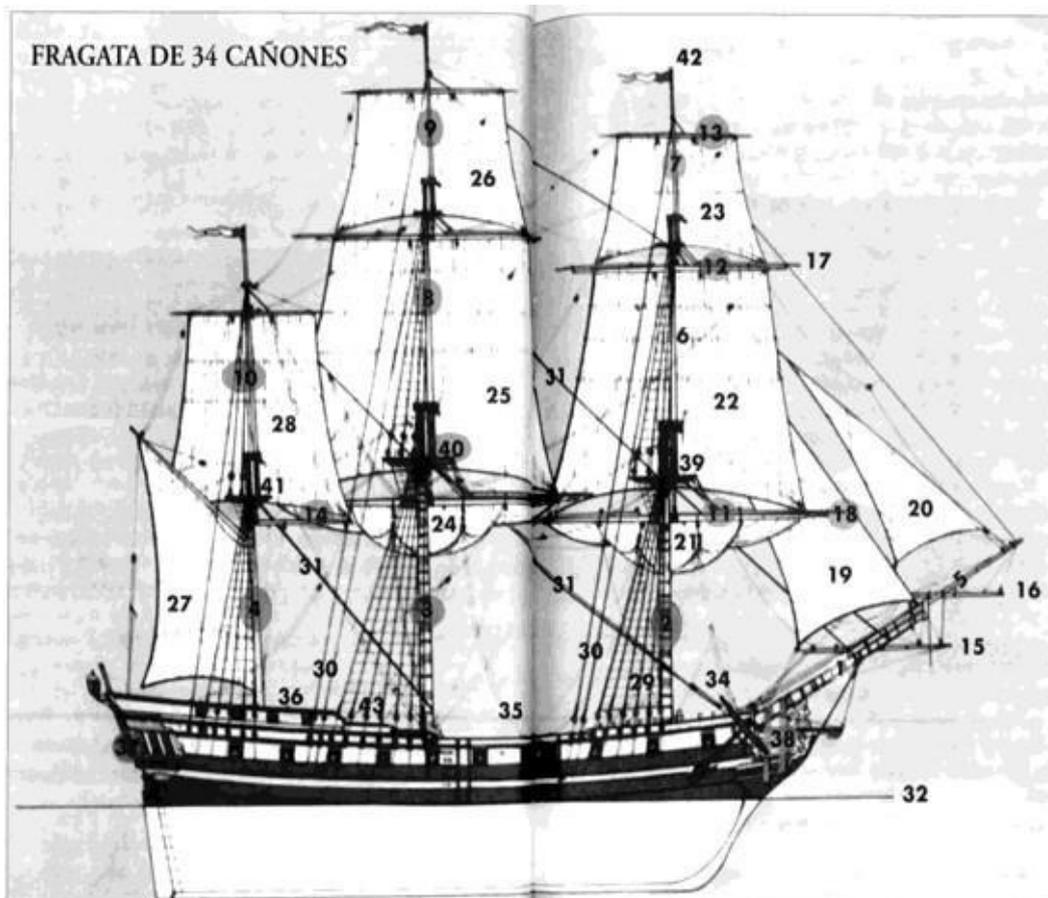
—Ya que me habla de su fragata, recuerdo perfectamente cuando recibió su mando en los islotes de Cerdeña, maniobra en la que también puse mi grano de arena —volvió a sonreír con rostro paternal—. Pero en este caso, navegará bien cargada a los lomos. Bueno, en caso de que consiga ser elegido para la comisión.

Continuamos de charla algunos minutos más, porque parecía desearlo don José con entera libertad. Pero ya mis oídos se cerraban a las bandas y la imaginación cabalgaba por la mar, ese escenario que tanto necesitaba para superar las aguas negras de mi espíritu.

3. Bálsamo marítimo

Con las primeras luces del 6 de febrero de 1794, segundo año de guerra con la Francia revolucionaria que tantos gérmenes de miseria y deshonor plantaría en nuestra historia, decidí levar las anclas y abandonar el recogido fondeadero que las murallas de Cartagena ofrecen al navegante. Ordené izar los foques cuando la grímpola^[13] marcaba con desgana un ligero gregal^[14], de forma que nos acariciara la proa en arribada de amparo, hasta alistarnos en posición de largar mayores y gavias. Y el milagro de la mar que siempre abre surcos en la piel cobró su efecto, porque la Sirena comenzó a beber las aguas con cuerpo suficiente para maniobrar en el puerto, y dejar la punta de la Navidad bien pegada al costado de estribor por palmos de suspiro.

Una vez fuera de puntas, entablado el nordeste con seriedad y fresquito de fuerza, izamos el resto del aparejo hasta cerrar las nubes con nuestro trapo. Aunque mis hombres llevaban algunas semanas sin oler la maniobra ni de lejos, sentí un agradable rumor en las venas al escuchar los pitos de los nostramos^[15] y un escaso murmullo de voces, mientras la Sirena ofrecía su propio lenguaje por encima de las crestas, que es fácil reconocer cada embarcación por los sonidos de su natural garganta. Y de esta forma, en silencio de orquesta comenzó a navegar la señora como cortesana en ejercicio de alcoba, que así ha de suceder en todo buque de la Real Armada que tal nombre merezca.



Fragata de 24 cañones. 1. Bauprés; 2. Palo trinquete; 3. Palo mayor; 4. Palo mesana; 5. Tormentín; 6. Mastelero de velacho; 7. Mastelero de juanete de proa; 8. Mastelero mayor o de gavia; 9. Mastelero de juanete mayor; 10. Mastelero de sobremesana; 11. Verga del trinquete; 12. Verga del velacho; 13. Verga del juanete; 14. Verga de gata o verga seca; 15. Verga de cebadera; 16. Verga de sobrecebadera; 17. Botalón de ala del trinquete; 18. Botalón de rastrera; 19. Foque; 20. Contrafoque; 21. Trinquete (vela); 22. Velacho; 23. Juanete de proa; 24. Mayor (vela); 25. Gavia; 26. Juanete mayor; 27. Cangreja; 28. Sobremesana; 29. Jarcia; 30. Obenques; 31. Estayes; 32. Línea de flotación; 33. Portas para la artillería; 34. Castillo; 35. Combés; 36. Toldilla; 37. Jardín (servicios oficiales); 38. Beque (servicios de marinería); 39. Cofa del trinquete; 40. Cofa del mayor; 41. Cofa del mesana; 42. Galleta del palo trinquete; 43. Alcázar.

La mañana se presentaba con horizontes claros, cielos despejados y suave marejada del nordeste. El frío preñado de humedad se metía bien dentro de los huesos, lo que sentía en verdad por la marinería, cubierta con escasa ropa o miserables harapos acopiados al quite. No era más que una palpable desidia de nuestra Institución, porque no parecían capaces de remediar tal asignatura las más altas magistraturas de nuestra Marina, aun estando descritos en los reglamentos lo que ha de recibir el marinero y grumete en concepto de vestuario. Pero en este punto he de declarar con cierto pesar, que a lo largo de mis muchos años corridos en la Armada, repasé primorosos reglamentos y reales disposiciones que jamás se

cumplían a rajatabla, como debería ser con toda prescripción firmada por Su Majestad o algún Secretario por su delegación.

Tras la visita girada a don José Girón, me había mantenido en alerta activa porque confiaba a fe ciega en recibir la orden de salir a la mar. De esta forma, bajé al arsenal para pedir favores por el almacén general y el de pólvoras, súplicas de alma corta que algún beneficio ofrecieron. En especial volvió a cobrar efecto la ayuda del ya contador de navío don Francisco Puerto y Borja, hombre dicharachero y bonachón con quien coincidiera a bordo del jabeque Murciano, cuya amistosa oferta recababa una vez más sin pudor y con alas cerradas. Al menos, salíamos a la mar con la pipería^[16] en seguridad, víveres para seis semanas y el cargo de munición al completo. Sin embargo, he de declarar que el único vino recibido en bendición fueron doce barriles de ese vino espeso y duro de Pozoamargo, que ya catáramos con aprecio a bordo en anteriores navegaciones. Y ya se sabe que en caso de necesidad, hasta la mazamorra^[17] conforma vianda de palacio.

Como en la orden recibida de la Mayoría General de la escuadra se especificaba la necesidad de dirigirnos al puerto de Mahón a la mayor brevedad posible, una vez la fragata tanto avante con la isla de Escombreras, aproamos al límite de la bolina^[18] sin torcer pensamientos, con lo que fue posible mantener un rumbo leste cuarta al sueste^[19] y establecer la derrota base más directa posible hacia la isla de Menorca. Además, estos bordos que preveía necesarios nos harían dejar las islas a barlovento, con lo que podríamos conseguir el socaire de tierra si las nortadas que se anunciaban llegaban a sufrirse a escotillón.

Tal y como presentía en mis adentros, una vez perdida la línea de tierra por nuestra aleta y entrados en aguas redondas, comencé a respirar en profundidad, que hasta el aliento se mantenía encerrado en copo. La mar es bálsamo mágico para los males del hombre, bien lo sabe Dios, y hasta conforma el más generoso láudano para mentes estragadas por el dolor. No quiero decir que el rostro de Cristina y los tristes acaecimientos sufridos se borrarán al ciento de mi cerebro, pero sentía la sangre correr por sus ríos y eso era ya condición de alivio.

Por fortuna, no sólo la mar se mantuvo en una marejada limpia, sino que el viento acabó por entablarse en fresco y del cuarto cuadrante, lo que nos hizo rendir millas a espuelas en la dirección deseada. Pero como era exigencia de todo buque en la mar tras periodo alargado en puerto, retomamos los ejercicios de mar y guerra que tiende el alma a la llana y calienta los cuerpos, aunque algunas veces se cruzaran al vies en los primeros momentos. No debíamos olvidar que nos manteníamos en situación de guerra y siempre es posible el encuentro en la mar con unidad enemiga o corsario en prenda, por lo que se deben mantener los cuatro ojos repartidos por todo el horizonte.

La navegación se mantuvo sin alarmas ni sobresaltos, como si la mar deseara ofrecerme un pequeño homenaje en desagravio. Sin avistar más que algún pesquero en la distancia, divisamos a suficientes millas la isla de Formentera. Poco después, corregida la estima y enmendada la proa a babor en bordo de recalada, repasamos la

costa oriental de Mallorca hasta embocar el freu^[20], esa tobera donde se bate la tramontana con furia y fatal insistencia para mal de muchos navegantes. Y fue en las últimas millas de este brazo de mar cuando comenzaron a crecer las barbas de Eolo en bucles. Cercanos a la isla del Are, pocas islas aparecen en nuestra geografía con tan acertado nombre, aumentó el viento a cascarrón^[21], rolando a sudeste y con malos augurios, pero ya la Sirena se engolfaba a levante de la costa y tomábamos la hermosa ría de Mahón, para largar el ferrocarril en la tarde del 13 de febrero frente a su recogido arsenal.

Debo reconocer que en contra de la norma habitual en mi conducta, pocas conversaciones mantuve en esta navegación, que resultó cura moral de emergencia y con buenos resultados. Como si se hubiera establecido por invisible voluntad superior, ningún oficial me entró en comentarios, salvo los de necesidad profesional y marinera. Hasta mi buen Setum, tan propenso al consejo y el proverbio oportuno, se mantuvo al paio de palabras, aunque su mirada fuera hartamente elocuente para mí. Y agradecí aquella silenciosa deferencia, porque así la mar llevó a cabo su efecto sanador con mayor impulso.

Una vez fondeados en abrigo y con dos anclas, aunque dentro de la ría se gozara de socaire benefactor, plantado en el alcázar junto a la timonera, me dirigí al teniente de navío Orzeta, que seguía ganando enteros cada día por haberse convertido en un magnífico colaborador.

—No nos podemos quejar, segundo. Mar y viento a disposición de damas durante toda la navegación.

—Tiene razón, señor. Hasta el maldito freu se nos abrió en compadreo, conducta poco habitual en esta época del año. Bueno, al final parecía enmendar a malas, pero ya estaba superado el panal.

—En efecto. Espero que amaine para cuando debamos asomar la jeta por fuera de la ría, aunque podamos evitar el freu y aproar por siervas hacia nuestro destino.

—Muchas millas nos restan hacia el norte, señor, unas 150 aproximadamente. Confiemos en no entrar con los labios abiertos en una nortada de las que se dejan caer desde el golfo de León, con aguas en crestas blancas.

Me hicieron sonreír las palabras del segundo y no por su construcción tan marinera, sino por la distancia estimada.

—Le aseguro que es un suspiro esa distancia, segundo. Pero es cuestión personal desde que anduve por las Altas Californias. En nuestra costa americana del mar del Sur, cuando debíamos aproar desde el apostadero de San Blas hacia las altas latitudes, las distancias se medían en miles de millas, y esperando nordestes cortados por los hielos. Por eso me hizo esgrimir una sonrisa su observación, que todo es relativo en esta vida. Pero tiene razón, porque en esas 150 millas podemos sufrir rocciones de sal en carnes propias. Así, me parece que esta comisión se encuentra entablada en suertes.

—Nuestra Señora del Rosario le oiga, señor.

En las primeras horas de la tarde de aquel frío 8 de febrero, ordené echar la lancha al agua para dirigirme hacia la jefatura del apostadero, autoridad que al tiempo ejercía como comandante del arsenal, establecimiento heredado de los ingleses desde la recuperación de la isla, aunque con trabajos rebanados en manteca, que ya no se cuadraban buques menores en sus gradas a la vista. Y como no sabía la graduación del jefe en cuestión, ordené a Setum que preparara el uniforme grande para la ocasión. Sin embargo, cuando todavía andaba en paseo por la cubierta, me comunicaron de la llegada a bordo de oficial con lancha propia en solicitud de visita.

Recibí en el alcázar a un coronel del Ejército de corta alzada, magro de carnes y edad avanzada, acompañado por un capitán de fragata de reciente promoción y espigado de velas. Este último fue quien tomó la palabra con cortesía y respeto.

—Bienvenido al puerto de Mahón, señor comandante. Capitán de fragata Manuel Orozco, comandante en jefe del arsenal y su apostadero. Tengo el placer de presentarle al coronel don Félix del Horno, a cargo del reclutamiento del Ejército en la isla.

Tras saludarlos con la necesaria cortesía, los invité a pasar a mi cámara. El coronel, con amplio mostacho blanco y brusco de movimientos, entró por derecho sin más comentarios de sala, con un tono de mando que no cuadraba en la ocasión ni por límites.

—Aunque me encontraba en situación de separación del servicio por enfermedad reincidente, creí oportuno y de obligada razón reintegrarme a las armas por el estado de guerra que sufrimos —el tono de su voz era firme y arrogante, al tiempo que mesaba las guías de su bigote—. Faltan brazos y voluntades de fuerza en el frente del Rosellón, cuya activación se espera para las últimas semanas del próximo mes. Por esa razón alisté las antiguas milicias de Mahón, no sin esfuerzo, que serán integradas en el Batallón de Mallorca, si mis noticias son exactas. Esta fuerza, unos 150 hombres, es la que ha de ser trasladada en el buque bajo su mando al frente, en concreto a Port Vendres, con la premura que la situación impone.

—Siento comunicarle, señor coronel, que mis órdenes son las de trasladarlos hasta la bahía de Rosas, donde recibiré el barqueo oportuno para su desembarco.

No pareció gustarle mucho al que ya consideraba como sexagenario de corta respiración, pero con moral y arrogancia elevada a las nubes. Se movió nervioso antes de contestar.

—Poco le importará navegar un poco más al norte, si me permite la sugerencia — creí entrever un tono condescendiente y paternal en exceso.

—No es cuestión de que me importe o no tal detalle, sino de cumplir con exactitud las órdenes recibidas, que no ofrecen duda alguna. Les desembarcaré en la bahía de Rosas, en el punto que me indique el brigadier don Bruno Heceta, comandante de la división naval establecida en la mencionada bahía, así como de su apostadero, con insignia en el navío San Julián —también por mi parte utilicé la voz en firme y sin vacilar un palmo—. ¿Cuándo estarán listos sus hombres para

embarcar?

—Le esperamos desde hace días —movió los brazos en desagrado, como si el retardo que estimaba en la arribada de la fragata fuese adjudicado a mi actuación, sin dudarle un solo momento—. Mi tropa llegará en lanchones del arsenal en pocos minutos. Supongo que abandonaremos el puerto de inmediato, dada la urgencia del transporte.

Aunque intentaba mantener los machos amarrados por corto y no dejarme llevar en volandas de fuego, sentí correr la sangre hasta la garganta y largué mis palabras como andanada primera.

—Si, como parece, sus hombres se encuentran preparados, tomarán los lanchones necesarios para embarcar en la fragata Sirena mañana por la mañana a las diez en punto, una vez arranchado el buque en conveniencia y tomadas las medidas oportunas. En cuanto al momento de salir a la mar, es cuestión que decidiré de acuerdo a mi propio criterio.

Pude observar cómo el viejo coronel tragaba mis palabras como estopa seca por garganta. Pero no era cosa de aumentar la tensión, por lo que me dirigí al capitán de fragata, que asistía con evidente regocijo al combate verbal entablado.

—No se ve mucha actividad en su arsenal, Orozco. Supongo que también aquí llegarían los recortes de personal y material.

—No es que sea escasa la actividad, señor, sino nula en su más completa acepción. En los últimos ocho meses solamente he recibido la orden de cooperar con las tropas del Ejército para el reclutamiento voluntario o forzoso de las milicias, pero ni un ochavo para las necesidades pendientes del arsenal. En seis meses no cobramos ni la ración de boca, con lo que es fácil imaginar la moral de mis hombres, algunos de ellos con menguas en el propio vestuario que les impiden salir a tierra. Y si se encuentra necesitado de víveres o armamento, siento comunicarle que tan sólo puedo ofrecerle aguada aunque, eso sí, de excelente calidad.

—No es necesario. Aunque no ando largo de alimentos, espero que la comisión no se extienda en demasía y pueda regresar a Cartagena sin mayores problemas. De todas formas, le agradezco su ofrecimiento.

Como no era cosa de torcer las costumbres de hospitalidad habituales a bordo de los buques de la Real Armada, ofrecí a los visitantes el oportuno refrigerio, que fue negado por el coronel con rapidez, alegando infantil excusa de perentorios trabajos. Lo sentí por el joven capitán de fragata, con quien me habría gustado compartir bebida y conversación, pero se vio obligado a regresar a tierra con su atravesada compañía.

Los despedí en el portalón sin más palabras de mi parte. Y quedé con el espíritu a la mala, lo que pudo comprobar Orzeta con rapidez.

—Ese coronel parecía teniente general con mando de ejército, señor.

—Me temo que no vamos a disfrutar de agradable compañía en la próxima navegación, segundo. A este vejete hay que darle millas de resguardo, y así debe

comunicarlo a los oficiales. No deseo problemas añadidos, pero sin dejarse atravesar los pensamientos en momento alguno, que soy capaz de amarrarlo con grillos. La tropa de transporte, en número de 150, embarcará mañana por la mañana.

—¿Y la salida a la mar?

—Prepare todo para levar anclas tras el almuerzo de mañana. Que descansen nuestros hombres algunas horas, porque si se mantiene este nordeste de fuerza, nos batirá los cuerpos a modo. Y que los oficiales comprueben en persona los arranchamientos de la artillería.

—Sí, señor.

Regresado a la cámara, decidí tomar algún alimento en soledad, una costumbre nueva que tomaba fuerza día a día, en contra de mi normal proceder. Pero todavía quedaban rescoldos en humos por la sesera y no deseaba conversaciones cortadas por mis especiales sentimientos. En esta ocasión, Setum entró por fin en vereda.

—Me dieron ganas de tomar a ese engreído vejarrón por el gaznate y echarlo por la borda, señor.

—Hay que ser siempre correctos, Setum, aunque sólo sea por la Institución que representamos. Además, no debemos olvidar que es un coronel.

—Y él no debe olvidar quién manda en este buque, por todas las barraganas de Argel.

Me hizo sonreír el observar al africano ofendido hasta la cresta. Pero así era mi fiel amigo, que no admitía dardo alguno contra mi persona, ni en chanzas infantiles. En esta ocasión, me sorprendió al servirme una excelente y generosa paletilla, condimentada al estilo Tarfi^[22], como la denominaba Pecas en guasa.

—Bendito sea Dios. ¿Dónde conseguiste tanpreciado trofeo? Desprende un olorcillo capaz de atraer a toda la dotación.

—Como no estaba usted para ciertos cometidos, me encargué de aligerar algunas piezas de cordero en la hacienda para su consumo personal, aleccionado a la orden de don Santiago, que nunca olvida tan necesario menester. Lleva muchos días mal alimentado y esa situación ha de finalizar de plano. En la navegación hacia el norte nos hará sufrir la diosa de las aguas, que ya lo siento en mis huesos y esas señales no fallan. Debe salir a la mar con fuerza, o ese coronel culebrón le quitará el mando por incapacidad física.

Los dos reímos con ganas, un ejercicio que me entró como viento largo en el alma, lo que bien necesitaba. Y para rematar la jornada, sin preguntarlo, Setum también me aparejó un buen trago del famoso unguento de Cehegín, ese aguardiente capaz de elevar el espíritu de un moribundo. Aunque se trataba de material prohibido a bordo de los buques de la Armada en forma tajante, dada su facilidad de prender y originar incendios, se camuflaba en la despensa de oficiales y medicamentos del cirujano como unguento o perfume de Cehegín, por ser esa villa donde se fabricaba un aguardiente de extraordinaria calidad que solía enviarse a la Corte. Y puedo dar fe que, como en otras ocasiones, elevó mi alma en oportunidad.

Con exquisita puntualidad, a las diez de la mañana se abarloaba al tangón de la fragata el lanchón del arsenal, con los primeros hombres del intempestivo coronel. Y al tiempo, en lancha separada, pude observar cómo los bigotes alargados trepaban por el portalón con visible esfuerzo, que no parecía haber ejercitado los músculos en su convalecencia el infante.

Tras recibirlo con estricta y severa cortesía, me excusé con rapidez alegando necesidades propias. Pero lo dejé en compañía del alférez de fragata Barceló, a quien había instruido en conveniencia para que indicara al coronel sus aposentos y mostrara el buque de proa a popa si lo estimaba oportuno. De esta forma, paseé por cubierta en feliz soledad mientras continuaba el embarque de aquella milicia voluntaria que, sin embargo, más parecía tropa acoplada en leva de puerto. Y según pude observar, no abundaba en armamento, con mermas a la vista en muchos de los hombres. Pero también me extrañó la falta de oficiales pues, aparte el gruñón bigotudo, solamente apareció a bordo un teniente barbilampiño.

Decidí que se llevara a cabo el almuerzo en la cámara de oficiales con los dos invitados, para evitar una parla en solitario con del Horno que nada bueno podía aparejar. Era mejor dejar correr la marea y no complicar la situación, dadas las maneras expuestas por el personaje en su primera aparición. Siguiendo mis instrucciones, Orzeta contribuyó de forma inteligente a una conversación generalizada sobre la guerra, sin entrar en tema alguno que pudiera generar controversia o discusión. Sin embargo, pronto entró el coronel en detalle sobre las jornadas llevadas a cabo por el Ejército del general Ricardos en el frente del Rosellón, un poco exageradas en mi opinión, y sin nombrar en ningún momento el valioso y arriesgado apoyo que le prestaban las fuerzas navales en la zona. Pero no estaba dispuesto a entrar en disputa alguna y dejaba largar la maroma con sonrisas forzadas. Y ya entreveía que dábamos fin a lo que más parecía acto de servicio que agradable condumio esperado por muchos, cuando del Horno se dirigió a mí de forma directa.

—¿Ha decidido cuándo saldremos de la ría hacia nuestro destino? —Utilizaba un tono correcto, aunque con un punto de ordenanza innecesario.

—Dentro de dos horas levaremos anclas, si el viento se mantiene en acuerdo.

—¿Cuándo arribaremos a la bahía de Rosas?

—Ese es un dato que sólo los cielos le podrían proporcionar con cierta exactitud, si tiene acceso a ellos —me permití una sonrisa torcida—. En la mar, el hombre propone y Eolo dispone. En circunstancia aceptable de mar y con viento favorable, podríamos cubrir la distancia en una jornada o poco más. Pero si continúa este viento nordeste y cascarrón sucio, que parece comienza a rolar a tramontana, se puede alargar la tarea sin medida o rematar la faena en un puerto alternativo. Puedo indicarle como ejemplo —ahora era yo quien metía el dedo en la llaga con holgura—, que el bergantín Infante salió de Barcelona en correo hacia la bahía de Algeciras hace un par de meses, y arrastrado por un temporal acabó por arribar a la isla de Malta.

Pero así es la vida en la mar, dura y peligrosa en tiempos de paz o guerra. Además, le adelanto que lo pasarán mal sus hombres, a los que supongo poco habituados a la mar.

—No se preocupe, que aguantarán en firme.

—No les queda más remedio —sentencié con soniquete de trompetilla.

—Parece ser que andan escasos de armamento sus soldados, señor coronel —terció Orzeta con habilidad, al observar el nervioso movimiento de mis manos.

—En efecto. Pocos fusiles y muy escasos de munición. Pensaba que recibiríamos algunos de los asignados a este buque. Según...

—¿Armamento de este buque? —corté sin recato, al tiempo que mi sonrisa se alargaba como la superficie de las aguas—. Debe andar mal informado. No espere ni una sola bala, por mucho que lo sienta.

—Pues según tengo entendido, se ordenó por la Superioridad que armamento ligero de la Armada fuese entregado a las tropas del Ejército —el vejete volvía al tono arrogante sin remisión.

—Tiene razón y ya entregamos un tercio de nuestros cargos, con grave pesar en nuestras almas. No consideran las altas magistraturas de la Armada tal medida como acertada, que mal lo pasaríamos si tuviéramos que entrar en combate a corta distancia o abordaje con el enemigo.

—No debe temer tal situación. La Marina francesa en el Mediterráneo dejó de existir tras el incendio de Tolón —volvió a mostrar la sonrisa de superioridad que me hacía apretar la mano de madera con fuerza.

—No temo ninguna situación de combate, norma de conducta habitual en todo oficial de la Armada, como debe saber. Y puedo asegurarle que tengo algunas marcas de fuego en el cuerpo, recibidas tanto en la mar como en tierra. Pero anda usted equivocado al ciento en ese sentido, coronel. Según me comunicó la Mayoría General de mi escuadra, los franceses han puesto en servicio cinco navíos y diez fragatas con extrema rapidez, enviadas al corso algunas de ellas.

—Y trasladan fuerzas desde Marsella hasta sus puertos cercanos al frente, al igual que nosotros con las tropas del general Ricardos —entró el teniente de fragata Carlos Venturini con cierto soniquete en el tono de su voz.

Como la tensión parecía aumentar y no deseaba quebrar cenizas a la primera llama, di por finalizada la sesión sin aderezos especiales.

—Bien, coronel, si le parece damos fin a este agradable almuerzo —sin esperar respuesta, me giré hacia Orzeta—. Segundo, que los oficiales lleven a cabo las disposiciones para salir a la mar en una hora. Con este viento encajonado podemos abandonar la ría en confianza.

—Muy bien, señor.

Comenzaban a caer finas gotas de lluvia cuando ordené levar. Por fortuna, conseguimos que el personal del Ejército arrancara sin estorbar la maniobra en demasía, que siempre es bala espesa estibar en conveniencia tanta alma en buque de

mediano porte. Poco después comenzábamos a abandonar con mayores y gavias la preciosa ría de Mahón, brecha de mar trenzada en lanza hacia tierra por la mano de Dios. El cielo entraba en negro y la lluvia aumentaba su ritmo, señal de posible amparo en cuanto a viento y mar. De todas formas, cuando barajábamos la costa de la Mola al palmo y doblamos la punta S'Esperó, la mar nos tomó de través y ampollada en blanco. Con el viento en nortada dura y tendencia hacia el primer cuadrante, decidí barloventear con rapidez aunque nos moliera los huesos, que no era cuestión de entrar en palabras mayores con la costa a pocas millas por sotavento.

Por fin, separados de tierra a distancia conveniente, cumplimos el primer bordo en demanda larga del cabo Favaritx, ayudados por un viento que, para sorpresa general de grumetes y nostramos, rolaba en franquía al levante y con clara tendencia a rebajar los humos. De esta forma, la Sirena se puso al galope tendido como dama de corte, aumentando el andar conforme largábamos trapo, en acuerdo con la caída del viento. Y picaba la campana para la guardia de prima cuando quedó el levante entablado en firme y de todas las velas^[23], con lo que largamos el aparejo al copo y enmendamos la proa al norte cuarta al leste, directos a la bahía donde podríamos desembarcar al culebrón de los bigotes, cuya compañía tan poco deseaba.

4. La bahía de Rosas

A pesar de las previsiones generales, incluidas las reseñadas por Setum, que rara vez solía fallar en sus personales augurios, la navegación hasta la bahía de Rosas se abrió en su conjunto con perfiles azules, barlovento ganado en sobras y proa a disposición de reyes, todo lo que cualquier ser humano entrado a la mar puede pedir a los dioses en benevolencia sin límite. Tan sólo la discrepancia entre la dirección del viento, entablado en levante firme, y los rescoldos de la marea^[24] lejana del norte incomodaban los cuerpos poco avezados al movimiento permanente, con balances de orden en repetidas ocasiones. Por esta razón, gran parte de la tropa embarcada del Ejército se vio obligada a acudir a la borda en permanencia, para largar hasta las primeras papillas ingeridas en la tierna infancia, con evidente regocijo y chufra de la gente de mar. Y aunque no sea de recibo cabal alegrarse del mal ajeno en ninguna ocasión, también el coronel del Horno hubo de pasar por la cinta, lo que redujo sus huesos al catre de forma casi permanente, con la piel de su cara emparejada al tono de los bigotes, una bienaventuranza tan deseada por mis oficiales como la mar a disposición galana.

Las condiciones propias y ajenas eran inmejorables para la labor, razón por la que no perdimos el tiempo y arreciamos con los ejercicios de mar y guerra, tan necesarios para mantener a los hombres en permanente alerta de cuerpo y espíritu. Como no era cosa de olvidar la situación de guerra abierta y la posibilidad de buques franceses en la zona, conforme ganábamos latitud hacia el norte reforzamos los vigías^[25] en las cofas del mayor y trinquete, aleccionados en su misión con las necesarias amenazas. Pero de forma especial dedicamos el tiempo a las brigadas de artillería, intentando rebajar los tiempos entre andanadas. Una y otra vez ordenábamos disparar, cargar y meter el cañón de nuevo en batería, esa permanente asignatura en la que los britanos destacaban por largo. Para nuestra desgracia, se trataba de adiestramiento sin fuego, que no sobraba la pólvora del Rey a disposición, como habría asegurado el general Barceló en una de sus más conocidas frases.

De todas formas, me permití el lujo de una andanada con fuego real a cada brigada artillera, aunque en futuros debiera aclarar la situación del cargo. Por fin se escuchó el estruendo del infierno, ese monstruoso aldabonazo que abre los corazones al sitio y aclara la realidad del combate, incluso mudando las piezas de a 6 en el castillo y alcázar a la banda de barlofuego^[26] con repetida y poco deseada insistencia de los artilleros. Debo recordarles que la fragata Sirena montaba 26 cañones de a 12 en la batería principal, mientras los 8 restantes de a 6, cuatro por banda, podían mudarse de un costado a otro para aumentar las piezas a disposición, tarea que necesitaba de su tiempo y especial esfuerzo cuando se solicita con urgencia.

Y sin más noticias que reseñar, conforme se abrían las luces en la mañana del 11 de febrero, recalamos al norte del golfo de Rosas, reconociendo el piloto segundo don

Pedro Mendoza sin dudarle un segundo la punta de la Figuera, afilado espolón de tierra lanzado al sudeste, momento en el que enmendamos proa a babor para barajar la punta de la Creu y la Falconera con la necesaria discreción, porque son muchos los islotes y piedras que velan en esas líneas para favor del dios Neptuno, que tanto gusta de tragar madera. Nos ceñimos después a estribor con referencia a la punta del Blancals, donde ya se divisaban los fuertes y el castillo de la Trinidad.

Por fin, engolfados en la recogida bahía que tan seguro resguardo ofrece a las habituales tramontanas, pero abierta a los sudestes, comprobé la presencia de diversos buques de nuestra Armada y, con especial regocijo, la del navío San Julián, insignia de la agrupación allí estacionada. Y como debía rendir novedad al Jefe del Apostadero, por su costado de babor y a distancia de seguridad largué los ferros^[27] en abrigo, que si el viento caía más al sur podía atormentar la faena en espeso.

Una vez el buque encalmado sobre dulces aguas de leche, apareció en cubierta el coronel del Horno con rostro encerado y espolones caídos, aunque intentara mantener la dignidad a los aires. Y como todos anidamos alguna ración de maldad en nuestros corazones, me acerqué a él con una sonrisa terciada y palabra obsequiosa.

—Ha tenido usted suerte, coronel. No podíamos elegir mejores condiciones de mar para esta navegación, con aguas y vientos más propios de doncellas.

Creo que no debió gustarle mi entrada en chanza, porque su mirada echaba fuego de humos sulfurosos, al tiempo que intentaba recomponer las dañadas guías de su mostacho con evidente nerviosismo.

—No es el mar sitio adecuado para la infantería. Lo nuestro es coronar crestas y batirnos con saña en tierra firme contra el enemigo.

—De eso no me cabe duda. También entra esa misión para los hombres de la Armada. Fue precisamente en las crestas del monte Faraón, junto al jefe de escuadra Gravina que mandaba las tropas en tierra, donde recibí la última de mis heridas.

Creo que me excedí en los comentarios, por el tono empleado y la línea perseguida, pero ya me cargaba la pólvora hasta las orejas. El coronel pareció no haber escuchado mis últimas palabras.

—No debemos perder tiempo. ¿Cuándo nos enviarán las lanchas para desembarcar?

—Cuando así lo ordene el Jefe del Apostadero, brigadier de la Armada don Bruno de Heceta, a quien espero cumplimentar a bordo del buque insignia en breve, si a bien lo tiene.

En efecto, pocos segundos después me avisaba el guardiamarina Moneada de las señales procedentes del navío San Julián, en contestación afirmativa a mi anterior petición de recibo. Y como ya se hallaba Setum con la lancha lista y acoderada al portalón, no esperé más tiempo y salté a ella con agilidad. Debo recordarles que aunque hubiera perdido la mano izquierda allá por las Altas Californias, y ofreciera a la vista con orgullo una de madera enguantada, ya me manejaba con ella sin vacilaciones.

Desde tiempo atrás tenía marcado interés en conocer personalmente al brigadier don Bruno de Heceta. Como recordarán quienes leyeran los viejos recuerdos sobre mi estancia y aventuras en las Californias^[28], era éste uno de los personajes que, en el empleo de teniente de navío, había mandado el Departamento Marítimo de San Blas, de inolvidable recuerdo para mí. Y como me narrara el piloto Perona con amplios detalles en mi primera y larga navegación por los mares del Sur, fue el oficial que mandó la expedición de descubrimiento y posesión hacia el norte, en la que resolvió retornar a Monterrey alegando enfermedad del gran piloto Juan Fernández, mientras el osado alférez de navío Juan Francisco de la Bodega y Cuadra, desobedeciendo sus órdenes y al mando de la pequeña goleta Sonora, continuaba la expedición de descubrimiento hacia el norte, llevando a cabo una gesta digna de especial mención en los anales de la navegación. Perona achacaba a Heceta la falta de ese arranque tan necesario cuando, en muchas ocasiones, el oficial de guerra de la Armada se encuentra por las aguas de Ultramar, a miles de millas de cualquier oficial superior, momento en el que la propia decisión de quien manda debe encontrarse por encima de las instrucciones recibidas. Sin embargo, también lo consideraba buena persona y hombre de ley.

El Jefe del Apostadero me recibió en su cámara a bordo del navío San Julián sin espera y con excelente cordialidad. Tras expresarle mi felicitación por su ascenso y el entorchado adosado en las vueltas, me puse a sus órdenes con extremo respeto, no sólo por el empleo en que me aventajaba, sino por llevarme más de doce años de servicio y sentirme disminuido ante él por la diferencia de edad. Sin embargo, su cortesía y amabilidad fueron extremas, tratándome con la exquisita deferencia que siempre es de agradecer.

Aparte de establecer el necesario barqueo para las tropas de tierra embarcadas en mi fragata y endosarme abundante correspondencia, pliegos oficiales y peticiones concretas que serían difíciles de corresponder por las autoridades de su escuadra, recordamos con agrado nuestras experiencias por las costas occidentales americanas. Por fortuna, siempre quedan los buenos recuerdos en la saca cerebral, mientras los negros vuelan a las cofas del pensamiento para perderse en sedas. Heceta fue cordial y agasajador, ofreciéndome un excelente almuerzo donde destacaban por las claras unos caldos de la región catalana que en mucho mejoraban los de la Sirena, y que alabé al punto de recibir en obsequio una docena de frascas.

Por fin, llegamos a la despedida mientras se abría en mi pecho un sentimiento de frustración difícil de explicar. Posiblemente, anidaba la esperanza que de aquella entrevista surgiera algún motivo o necesidad para mi buque, alguna perentoria misión que me alejara del necesario tornaviaje a Cartagena, una ilusión sin declarar pero estibada en firme. Así pareció entenderlo el jefe de la división emplazada en la zona, al requerirme en dicho sentido.

—¿Desea algo en concreto, Leñanza? Bien sabe que no puedo ofrecerle auxilio en víveres o armamento porque andamos al límite. Pero si en cualquier otro aspecto

necesita de mi ayuda, no dude en formularlo con toda confianza.

—No se trata de ninguna petición concreta, señor. La verdad es que no me seduce la idea del retorno a la capital del departamento y volver a estar mano sobre mano. Y no sólo es mi dotación la que necesita mar y ejercicios, que también yo desearía continuar en cualquier comisión, aunque deba llevar correo urgente al mismo infierno.

Heceta pareció comprender mis sentimientos con perfección, como si leyera en mi cerebro los problemas de ánimo que me aquejaban. Me tomó por el hombro con extrema confianza, mientras me acompañaba hacia la cubierta.

—Siento no poder largarle un cable de auxilio en ese sentido, pero no dispongo de jurisdicción para tal exigencia, como bien lo sabe. Pero no estime que andará con paño cerrado en puerto durante alargado tiempo. En un par de meses comenzará este frente a necesitar de todos nuestros auxilios y deberemos echar el resto a borbotones, si mis sospechas se confirman. Según parece, los franceses refuerzan tropas y armamento en cantidad más que considerable. De esta forma, vaticino tiempos difíciles para nuestro Ejército en los tres frentes abiertos, especialmente en éste que llaman del Rosellón. Menos mal que al mando se encuentra quien estimo como mejor general sin posible comparación, don Antonio Ricardos. Porque en confianza le diré que los generales subalternos no le alcanzan al tacón de sus zapatos.

—Espero que tenga razón, señor. En ese caso, si no tiene inconveniente ni orden en cualquier sentido, mañana por la mañana emprenderé el necesario tornaviaje hacia el sur.

—Cierre el trapo en conveniencia. Según el piloto mayor de esta división, con mucha mar a su espalda, se prevé maestra^[29] de fuerza y no es viento de buena compañía. Aunque si se ve obligado a entrar en capa, alargará los días de mar como es su deseo —abrió una sonrisa de condescendencia y complicidad.

—Tampoco deseo llegar a Cartagena desparejado en bruces y con plumas al viento. De todas formas, señor, muchas gracias por su apoyo y generosidad. Me alegro de haberle conocido.

—Lo mismo le digo, Leñanza. Los que corrimos aventuras desde San Blas hacia el norte estamos unidos por un especial sentimiento. Ya nos encontraremos en los próximos meses por estas aguas.

—Eso espero.

Regresé a mi fragata con el ánimo elevado y corroborando en mi subconsciente las lejanas palabras de Perona sobre el oficial, aquel sabio piloto que pocas veces marraba en sus apreciaciones. Y según creí entrever, andaba ya Heceta hasta la galleta de las peticiones del Ejército. Por desgracia, no siempre discurren en nuestra España con la necesaria disposición y en común acuerdo las operaciones entre los hombres de mar y tierra, con piques excesivos y ofensas escondidas que sólo consiguen enturbiar el fin común, como ya pudiera comprobar durante el Gran Sitio de Gibraltar. Después de todo, era un mal típico y extendido entre las gentes de

nuestra tierra que, según se comentaba en años anteriores, era la cuestión que más enfadaba a nuestro señor don Carlos III.

Cuando me incorporé a la fragata bajo mi mando, ya se encontraba el desembarco de las tropas en plena faena, con visible alegría de mis hombres al comprobar que se devolvía la normalidad a bordo y cada uno podía arrancar con la necesaria comodidad, si podía llamarse así a colgar el humilde coy arracimados entre cañones. Pero tuve tiempo de despedir al coronel entreverado, acción que llevé a cabo con la cortesía que se exige en la Armada y sin comentarios de última hora, por mucho que lo mereciera el personaje y así me tirara el pellejo. Cuando se alejaba su figura a bordo de mi lancha, puesta a su disposición, escuché las palabras del segundo comandante a mis espaldas.

—Una verdadera lástima perder de vista a tan simpático coronel, señor.

—Razón tiene, Orzeta. Habría sido compañía ideal para navegación ultramarina a las islas Filipinas o más allá. Vaya un viejo resabiado y culebrón. Mucho debí contenerme para no sobrepasar los lindes.

—Ya lo pude comprobar —el segundo sonreía con alegría—, aunque le endosó algunos comentarios dignos de ser grabados en el mesana y que aplaudimos en comentarios. No creo que vuelva a pisar la cubierta de un buque, si le es posible evitarlo. Aunque está magro de carnes como don Quijote, ha debido perder algunos kilos en esta experiencia marinera.

—El mal de la mar^[30] suele atacar a casi todos los no iniciados, y mucho les hace sufrir. En especial, fue de mortal efecto esa marea de través que nos torció el hocico en la primera noche.

—Llegamos a dar balances de respeto y preocupación, que acabaron por partir la trinca de proa en el bote. Y como le informé, un fogón se desencajó por las bravas, con algunos ladrillos sueltos.

—De todas formas, ha sido una buena y positiva experiencia. Así comprenderán los del Ejército que no siempre es posible acceder a sus deseos; esos momentos en los que nos exigen con alarmante premura apoyos y bombardeos a objetivos en tierra, sin comprender que se trata de acción imposible con la mar ampollada por alto y los buques en danza. Además, esta última navegación corrobora lo poco que sabemos de la mar y sus circunstancias. Parece mentira que calmara la tramontana con tal rapidez y nos entrara ese levante, que no es norma de ración en los vientos mediterráneos.

—Los vientos son como las mujeres, señor. Cuando menos se espera, saltan sobre las crestas y nadie es capaz de comprenderlas.

—Es posible que tenga razón. Bueno, segundo, esta tarde cenaré con los oficiales en su cámara. Y que le entregue Setum algunas frascas de vino de las ofrecidas a mi persona por el brigadier don Bruno de Heceta, aunque luego me arrepienta de este arranque generoso.

—Muchas gracias, señor. Se lo agradecerán muy por alto, que ya rasca demasiado la garganta ese caldo de Pozoamargo, aunque se deja beber con cierto gusto. ¿Alguna

disposición especial para el tornaviaje?

—Nada especial por desgracia. Que duerma el personal a pierna suelta y con guardia rebajada. Mañana, cuando remate la guardia de alba, echaremos las alas hacia Cartagena. Y con más ejercicios, que las brigadas artilleras continúan flojas de piernas y manos.

—Estoy de acuerdo, señor. Pero si me permite un comentario sincero, estimo que pocas dotaciones de nuestra Armada conseguirían un ritmo de fuego superior.

—Ya lo sé, segundo. Pero debemos seguir cargando la mano en ese sentido.

Como la tarde era fría, pero agradable y abierta a los claros, paseé por cubierta con cierta felicidad. Para mis adentros pensaba en lo acertado de la medida al solicitar la comisión de mar, porque entre las aguas había comenzado a encontrar esa paz que tanto necesitaba, al punto de alejar los pesares de mi cabeza durante horas, el mejor ungüento para mis males. Pero también caí en la cuenta que por primera vez en las muchas navegaciones corridas, no había trepado a la cofa del trinquete como había sido norma habitual desde los tiempos de guardiamarina, izarme a los cielos para observar el mundo en infinita extensión, una maravillosa visión difícil de comparar con cualquier otra. Debía ser un paso más que cerraba mi vida anterior, como comencé a denominar la etapa previa a la conmoción sufrida. Decidí que era Gigante quien subía por la jarcia, y ese alegre y juvenil Gigante había muerto con Cristina, para dar paso a Francisco Leñanza. Sin embargo, este pensamiento me inundó de tristeza. Las palabras de Setum llegaron en oportuno consuelo.

—¿Debo entregar todas las frascas acopiadas en el buque insignia para la cena que ofrece a sus oficiales, señor?

Aunque Setum mantenía sus preceptos musulmanes y no probaba el alcohol, era celoso de mis pertenencias hasta el límite.

—Creo que media docena serán suficientes para la ocasión —le guiñé un ojo en señal de complicidad—. Guarda las demás a buen recaudo, por si se presenta alguna necesidad.

—Es usted demasiado generoso, siempre lo he dicho, al igual que don Santiago. Otros comandantes que conocí a su lado en buques de la Armada, las habrían guardado con cerrojo para su uso exclusivo y personal.

—No debemos imitar las malas costumbres.

Quedamos en silencio durante unos segundos, situados en el castillo, oteando la mar hacia el sudeste. Setum cambió el tono de su voz al proseguir.

—La mar está curando sus heridas poco a poco, señor. Setum es sabio y ya se lo anunció.

—Tienes toda la razón, como de costumbre —le ofrecí una cariñosa palmada en la espalda—. Eso mismo pensaba hace unos minutos. Más vale mantener los pensamientos en permanente movimiento, que anclarlos una vez más en las mismas imágenes que sólo producen dolor.

—También ese dolor irá remansando su fuerza como la marea, hasta quedar

flotando en un dulce recuerdo. Así es nuestra vida, para bien o para mal. Es usted joven y fuerte, aunque le falte esa mano izquierda que debí cortarle con la hachuela —se abrió en sonrisas al recordar nuestros pesares a bordo de aquella preciosa goleta por aguas americanas—. Ya sólo le falta una pierna de madera para convertirse en la clásica estampa de un verdadero héroe de la mar. Si tal caso se produce, le tallaré una nueva en pino de la sierra del Segura, menos pesada que el roble, que le permitirá correr con agilidad.

—Prefiero tallarte yo una cabeza de repuesto, africano del demonio —golpeé su hombro con fuerza—. Y mañana partimos de necesario retorno a Cartagena, lo que me produce terror.

—Se abrirán los horizontes, ya lo verá. Cuando el Ejército comience las operaciones en primavera, deberá presentarse la escuadra por estas aguas. Dicen que ya se han visto unidades navales francesas por el norte, señal de que habrá pelea por mar y tierra.

—Serán acciones navales de poca monta, si llegan a producirse. No olvides que también anda por las costas francesas mediterráneas la escuadra britana, y es mucho pescado para los revolucionarios. Bueno, voy a cambiar las ropas en comodidad.

—Tiene todo preparado en su cámara.

Al día siguiente, levamos anclas para abandonar ese precioso golfo de Rosas que, en el futuro, marcaría momentos importantes y decisivos en mi vida, aunque ya llegará el momento y no debo adelantarme. La situación de mar y viento se mantenía, aunque el levante tendía a nordeste, prosiguiendo el role hasta el cuarto cuadrante, mientras las nubes se arracimaban de lejos. Pero ya nadie era capaz de emitir juicio, ni siquiera el pilotín gaditano, Juan Rubio, que presumía de aventurar mares y vientos con extrema precisión.

—Es posible que tenga razón el piloto mayor, señor —contestó al informarle de las previsiones expuestas por Heceta—. Si se entabla este noroeste, aumentará de fuerza por largo.

—Siento comunicarle que no confío mucho en las previsiones de los pilotos. Y le hablo por experiencia propia.

—Y hace usted bien, señor —era el piloto segundo, don Pedro Mendoza, quien entraba en la conversación de buen humor—. Especialmente si se trata de pilotines con escasa experiencia.

—No es materia de experiencia solamente. Recuerde las previsiones del piloto mayor de la escuadra de don Francisco de Borja en aguas de Cerdeña, que no acertó una previsión en varias semanas.

—Debe tener en cuenta que se trataba de persona con demasiados años a la espalda. En el punto medio se encuentra la perfección.

Todos reímos junto a la timonera, mientras repasábamos los cielos, que las nubes en negro racimo se acolchaban con demasiada velocidad.

El viento acabó por cuajar en noroeste, aunque todavía inestable y con colores

inciertos, lo que nos abría rumbo con franquea hacia el sur. De esta forma, una vez estibadas las anclas y escotillas a buen viaje, abandonamos la recogida bahía y el golfo de Rosas con mayores y gavias. Al encontrarnos tanto avante con las islas Medas, y como nunca me gustó divisar las piedras de cerca con vientos al deseo de los dioses, enmendamos en empopada de lujo, aunque sin destapar el trapo alto a las claras, que era mucha la nube negra y ninguna la necesidad. Ya sabemos cómo algunos racimos esconden vientos que largan metralla sobre la superficie con excesiva velocidad. Fue el momento escogido por el pilotín, experto en refranes de vientos, para exclamar en voz alta: ¡Viento en popa es medio puerto, señor comandante!

—Que así sea si lo bendice nuestra Señora del Rosario, señor pilotín.

Establecido el rumbo franco al sudeste, comenzó a aumentar el viento noroeste poco a poco, hasta convencerme de la necesidad de mantener las velas altas en cuarentena y prevención. Aún así, como era fresco de fuerza y con tintes de aumentar en colores, la Sirena calzaba las aguas con alegría, aunque a veces nos levantarán la popa los ángeles con demasiada energía. Bien es cierto que no pintaban en oros ni luces los cielos y las aguas, pero tampoco esperábamos que los infiernos nos esperaran a proa con la guadaña en sus manos.

5. Tornaviaje alargado

Aunque me repita en exceso con demasiada asiduidad mientras pergeño a mano alzada y temblorosa estas memorias, que intento aparejar con velas bajas y en las últimas singladuras de mi existencia, traigo de nuevo por escrito aquella definición del gran general de mar que fue don Antonio Barceló, cuando aseguraba que la mar era caprichosa y cambiante al gusto, cual cortesana de alcoba dorada, una verdad de calibre como palo mayor y sin contestación posible. En mi personal opinión, contraria a otras más eruditas sin duda, es la mar, ese medio prodigioso que da suspiro a nuestras vidas, quien comanda el entorno de cielos y vientos en los que se ve envuelta y no al contrario. Declaro convencido que es ella quien mueve los hilos por alto y por bajo a su propia querencia, para mostrar las muchas posibilidades que su entorno ofrece al navegante, una relación de cariño rendido y odio afilado tan normal entre grandes y empecinados enamoramientos.

Si en la navegación anterior hasta el golfo de Rosas el viento se había mostrado variable y esquivo para rematar en bonanza por el anca^[31], ahora ese maestral que acariciaba nuestras velas en venturosa empopada se mantenía terco desde el cuarto cuadrante, aumentando su fuerza en forma paulatina, como enemigo que oculta las armas en espera de ofrecer el ataque mortal. Si en las primeras horas de la mañana Eolo soplaba en dulce, para ofrecerse a la mar bonancible^[32], cambiaba sin pausa a fresco, para atravesar a continuación las diversas estadías de frescachón, momento en que arriamos juanetes, cascarrón, que nos obligó a tomar las primeras fajas de rizos a las gavias, para hacerse ventarrón y quedar con mayores solamente. Era el momento en el que suponíamos entrado el sol en la meridiana, por cubrirse el cielo a tabla con algodones negros y en capas espesas.

Aunque el contra maestre primero, don Ginés Paredes, echaba sus cruces y jaculatorias hacia la galleta de los palos para que no se atravesara el listón a negras, vieja y enraizada costumbre de los viejos nostramos, esa mar caprichosa y rabizona no estaba dispuesta a repetir la compañía galana de las anteriores singladuras. Y como me vaticinaron las tripas en silencio, comenzaban a caer las luces de aquel 12 de febrero cuando mar y viento nos mostraron por las claras aviso de temporal en orden y sin remisión, por lo que, sin pérdida de tiempo, establecimos tal situación en el aparejo; velas de fuerza al mínimo, con trinquete en barbas, cangreja disminuida y el foque de malos vientos rajado al puño.

Por fin, se hizo la noche con mar ampollada en blancas crestas que nos barrían la cubierta a su antojo, viento aturbonado en rachas de hoz y cuchillo, mientras la Sirena se mantenía a la capa^[33] y a verlas venir, que poco más podíamos hacer salvo trincar todo elemento del buque a muerte y suspirar hacia los cielos en ventura. Por fortuna, no variaba la dirección del noroeste, con lo que el temporal nos arrastraba a su capricho pero mar afuera, condición siempre deseada, derivando la fragata al gusto de

la gran señora de los mares hacia el leste cuarta al sudeste, según los cálculos estimados del piloto, que no siempre aciertan por derecho.

Saben los que me conocen por escrito, que he sufrido temporales de venas abiertas, hasta llegar a padecer aquella manta negra que tan sólo se escucha en las coplillas de viejos marinos de puerto y que nos desarboló el jabeque Murciano en un santiamén, como si de pelele traperero se tratara. Una fragata de 34 cañones como la Sirena era capaz de aguantar en cuadernas temporal de castigo, sin duda, pero sabe el hombre con cuerpo hecho a las aguas que cuando la mar abre sus fauces, es capaz de tragarse un castillo de tres cuerpos sin sufrir una mínima ardentía. De esta forma, la Sirena comenzó a cantar los sufrimientos de proa a popa, esos especiales quejidos que brotan de su alma y que duelen tanto a bordo como andanada caliente de a 36.

Y no parecía el ambiente con ánimo de clarear a la buena sino más bien a peor, si es que tal situación era posible.

Por fortuna y en previsión habíamos calado masteleros, medida que podía parecer exagerada a media tarde y que después agradecemos, cuando la mar arbolaba montañas y nos batía en golpes de ariete romano. Sin embargo, aunque el marinero poco avezado tema la noche en la mar como infierno sin tapadera, la apetece el bragado porque oye el viento rugir entre las jarcias y los gualdrapazos del escaso trapo, pero las montañas de agua quedan en crespones blancos sin aclarar su verdadera magnitud.

Entramos en el día 13 capeando y sufriendo las primeras bajas entre nuestro personal, que siempre la mar se cobra su tributo en contusiones, destrozos y algún cuerpo poco avisado que acaba en los fondos para eterna compañía del dios Neptuno, como sucedió con un joven grumete natural de Palamós. La dotación ejercía con suficiente profesionalidad, acudía a las órdenes sin escaqueos de masa y se repasaban las trincas en cada guardia, especialmente las piezas de artillería que tanto daño pueden producir a bordo. Y aunque la dama sacaba la proa de las aguas o se tumbaba sobre ellas con señorío y agilidad, manteníamos cuatro ojos en permanente recorrida, porque una cresta de altura puede picar un palo como sierra de leñador.

El temporal se extendió en el tiempo sin medida. Si de esta experiencia me queda un imborrable recuerdo no fue por su intensidad, que lo era calzada a las nubes, sino por su insistencia, ya que parecía dispuesta la mar a mantenerse arbolada y en ampollas hasta maltratar nuestros cuerpos al límite y más allá. Porque la negra situación se alargó a las bravas durante tres días más, al extremo de alcanzar el punto sin retorno, cuando ya te consideras incapaz de distinguir de dónde te ataca la mar o el viento, porque encapillábamos olas al capricho de proa o través, mientras el escaso trapo llamaba a su voluntad.

Es fundamental en esos momentos mantenerse bien amarrado y no circular por cubierta sin barloa de abrigo, así como tomar alimentos y agua al quite, sin dejarse rendir. Para mi fortuna, Setum se movía en aquellas circunstancias como mono de feria en ejercicio y me atacaba periódicamente con cecinas y sorbos de vino que me

reconfortaban, así como cambiar el casacón que acababa empapado y con sal en las costuras en pocos minutos. Y como es de suponer, le quedaba tiempo para largar sus habituales sentencias.

—Como siga esta mar arbolada, señor, acabaremos con la más hermosa fragata de la Real Armada en los lejanos confines del Mediterráneo. Bien sabe Alá que no gustaría de acabar en aguas del turco, por si me devuelven a la esclavitud de la rueda sus jenízaros del demonio. Menos mal que en estos días, según me comentó don Santiago, son buenas las relaciones con el imperio otomano, con los que se firmaron acuerdos de paz. La verdad es que jamás sufrí temporal tan corrido en el tiempo y sin que las nubes dejen un pequeño resquicio de esperanza.

—Razón tienes, amigo mío. No siento ya el cuerpo ni los dolores, que entramos en el cuarto día de capa sin rebajar una pulgada las montañas.

—El mal se cebó a bordo y deberíamos limpiarlo con voces de razón.

—Esa es tu especialidad, brujo africano.

—No tome a chanza esas verdades, señor, que ya le salvaron la vida en alguna ocasión.

—¡Guarda a babor! —Era la voz del alférez de navío Spotorno, oficial de guardia, para indicar una más de las olas gigantescas que nos atacaban.

Encapillamos aquella montaña de agua por la aleta de babor sin misericordia, bien afirmados a los pernos y con la cabeza gacha. La Sirena se volteó en nieve como impulsada por machina infernal, hasta hincar la proa bien adentro y suspirar de dolor, pero saliendo a flote como las damas que mueven el cabello para soltar el agua adherida. Después de todo, era un espectáculo hermoso comprobar lo marinera que había sido parida aquella fragata, aunque lo fuera en gradas francesas revolucionarias. El frío azotaba la carne mojada, pero ya era condición que no hacía sufrir en exceso. Setum limpiaba el agua de su rostro mientras exhalaba una de sus peculiares sentencias, únicos momentos en los que utilizaba la lengua materna, desconocida por todos.

—Habla en cristiano, Setum, a no ser que reces a tus dioses tribales y calmen las aguas en condición.

—Estas aguas no las calma hoy ni el dios de los dioses, por lo que no es necesario gastar energías en rogatorias, señor.

—Creo que tienes razón.

—Mucho derivamos, señor comandante —era don Pedro Mendoza, el piloto, quien sentenciaba desde la timonera con el rostro en reflejo de agotamiento total.

—Ya lo veo. A este paso podemos volver a las islas Baleares sin desearlo.

—Y tal vez sobrepasarlas por el norte, que son más de tres días derivando al sudeste.

La noche del día 15 intenté descansar en el jergón de mi cámara el cuerpo molido, afirmado a las tronas entre sueños, aunque un par de horas después volvía al alcázar sin haber dormitado más que unos pocos minutos. Pero aunque les parezca extraño y

de locura encendida, llegué a disfrutar con aquel temporal al que ya no veíamos fin, olvidada la esperanza en las cofas. Quiero decir que una capa tan alargada, con frío cortante, humedad continua y golpes de magulladura sin descanso, me concedieron el bálsamo necesario para aliviar el cerebro hasta la rasa. Aunque parezca sistema demoníaco, el negro borraba la negritud, si tal efecto es posible. Así al menos me lo parecía, conforme transcurrían los días.

Y fue aquella misma noche cuando sin previo aviso, condición normal en la mar, se desató el diluvio universal sobre nuestras cabezas. Era una manta permanente, catarata sin fin, al extremo de cuidar escotillas y alistar las bombas de picar, que tampoco el torrente parecía dispuesto a descansar, rompiendo una norma más del mar Mediterráneo. Pero ya calculaba en mis adentros con alegría que aquel efecto era el principio del fin, temporal alargando estelas, como había padecido en otras ocasiones. Y no me falló la experiencia en ese caso, porque amanecía la luz triste y plomiza del día 16, cuando la fuente de lluvia cerró el grifo de golpe, al tiempo que la mar y el viento parecían desistir en el empeño de derribar a la orgullosa Sirena.

Como milagro celestial, se calmaron las aguas poco a poco en regueros, a la vez que el viento, todavía del noroeste pero con tendencia a rolar, caía en grados con velocidad. De esta forma, a mediodía largamos mayores y gavias, al tiempo que el piloto conseguía observar el sol en su meridiana^[34] por un descuido del cielo, aunque todavía la resaca formaba marea de respeto. Y como Setum estaba siempre al quite, mientras los primeros rayos de sol comenzaban a confortar nuestros enmohecidos cuerpos, apareció en el alcázar con una frasca de las acopiadas en Rosas, un vino que bebí a borbotones como miel golosa. Es en esos momentos cuando comprendes el sabio proverbio marinero que dice a las claras: el vino es necesario a bordo porque es fuente de sangre para el cuerpo, y sin sangre no es posible navegar ni combatir. Y así fue, porque sentí correr la mía por las venas a velocidad de milla tendida.

No me sorprendí en exceso cuando el piloto me mostró en la carta nuestra situación, 60 millas al nordeste del cabo Cavallería, punta septentrional de la isla de Menorca. Tal y como previera en principio, habíamos sobrepasado la longitud de las Baleares hacia levante, en una deriva de demonios locos. Así suele suceder en la mar, que sales de puerto para una derrota cercana, y acabas en el extremo del océano sin remisión. Y fue suerte celestial que don Pedro Mendoza consiguiera enhebrar aquella situación entre la estima y la meridiana calculada, porque no habían finalizado nuestras penurias navales, ni mucho menos.

El viento había caído de forma increíble y rápida a fresco en aquella misma tarde, al tiempo que remoloneaba sin decisión desde el primer cuadrante, con lo que elevamos el trapo a las nubes y aproamos hacia el sudeste en demanda del cabo de la Nao. No acuciaba la necesidad pero los temporales suelen ser perjudiciales para los abastecimientos de boca, especialmente la aguada con posibles y peligrosas mermas, así como la galleta marinera con la humedad. Sin embargo, aquella misma noche, cuando dormía como becerro engolfado entre faldas, fui despertado por Setum.

—Señor, el segundo comandante lo requiere en el alcázar.

—¿Qué sucede? ¿Avistamiento enemigo? —Aunque abotargado por el sueño, mantenía los reflejos.

—No, señor, aunque lo preferiría. Niebla espesa como muro de catedral.

Salté del catre entre juramentos poco edificantes. Ya saben quienes me hayan leído con anterioridad, que ésa es para mí la peor condición que se puede padecer en la mar, la del verdadero sufrimiento. Prefiero una y mil veces las aguas ampolladas en crestas blancas por alto, o la navegación por canales inciertos a la ventura de la lancha, que mirar hacia proa y no poder observar siquiera la cofa del palo mayor. Ya la había sufrido durante las operaciones de Cerdeña el año anterior, en circunstancias harto difíciles, y son momentos que quedan grabados en la piel a fuego y para siempre.

En efecto, nada más atacar la cubierta comprendí que la cerrazón era absoluta. Quien lo haya vivido comprenderá que mucho se acerca la situación de buque en la mar con niebla cerrada, a visión de camposanto tenebroso o infierno perdido en el más allá, de forma que acaba por espigar la piel en ronchas. En aquel preciso momento, la niebla era espesa y absoluta, sin poder distinguir las líneas de la borda cercana, sintiéndome capaz de tragar sus humos con sólo abrir la boca. A tientas llegué al portón de la timonera, donde atisé la presencia de Orzeta, en apagada charla con el contramaestre primero y el alférez de fragata Ramiro de Lerzundi.

—¿No se acabarán los males y desventuras en esta penosa travesía? —exclamé con desazón, apuntando a los cielos con mi mano de madera enguantada—. Deseaba una comisión alargada, es cierto, pero con ciertos límites de razón. Sólo nos falta varar en las piedras, para celebrar todos los accidentes que la mar ofrece al navegante.

—Tiene razón, señor —contestó el segundo—. Le advierto que ha sido aparición difícil de creer, porque entramos en esta manta oscura como quien penetra en cuarto cegado a voluntad. Atisbamos la pared cuando ya nos cerrábamos en ella sin remisión. Al menos, este efecto dejó las aguas cual patena de catedral. Hasta el viento ha caído a mínimos, un leve vagajillo^[35] de medio suspiro, y aunque no las veo con nitidez, deben andar las velas mayores emplomadas.

—¿Ordeno picar la campana en señal de niebla, señor? —apuntó el oficial de guardia.

—Nada de eso, Lerzundi —el segundo contestó de forma dura y cortante—. Debería recordar que nos mantenemos en situación de guerra declarada, situación que desaconseja tal uso por derecho.

—Perdone, señor —contestó el joven oficial, avergonzado.

—¿Situaron vigías a la baja? —pregunté mientras amoldaba mis ojos a la escasa iluminación.

—Sí, señor. Dos hombres a proa bajo el bauprés^[36].

—Bien, esperemos que levante esta masa con el alba y apriete un poco el viento.

¿Se revisó la aguada al completo?

—Sí, señor. Menos mermas de las previstas, para el alargado temporal que sufrimos. No necesitaremos racionar si no padecemos en carnes otro tortolero y nos envía a la isla de Rodas.

—Bueno, una preocupación a sotavento por lo menos. Lertzundi, intente mantener la proa establecida, aunque nuestro andar sea de tortuga.

—Sí, señor.

Me mantuve durante algunas horas en inquieto paseo por cubierta. Ni siquiera contemplé la idea de alargar el sueño cortado que tanto necesitaba, porque habría sido empresa imposible. Ya les digo que esa sensación de indefensión absoluta y hasta infantil, se aparejaba a mi cuerpo por redondo en aquellas circunstancias, la inquietud de no saber qué puede encontrarse a proa de nuestra roda^[37] o por las bandas, algo parecido al sufrimiento que debe padecer un ciego al recorrer una hermosa campiña.

Aunque esperaba que con el alba y el crepúsculo de la mañana se disiparan los crespones, no se cumplió mi deseo en una mínima pulgada. No sólo recibíamos los males de la mar en continuada exposición, sino que se alargaban con pertinaz insistencia cada uno de ellos, como castigo superior establecido por decreto para sufrimiento de mis hombres. Si cabe, era peor la sensación con luces abiertas, cuando la manta nebulosa nos envuelve en un gris lechoso que acaba por absorber el pensamiento. Al menos, el viento parecía haberse entablado en nordeste, aumentando ligeramente su fuerza a pesar de la niebla, con lo que nos empujaba en ventura hacia nuestro destino. Y aunque atacé con ganas unas generosas tajadas de tocino, gachas tibias y vino, servidos por Setum con rostro apagado de luces, entré en el nuevo día con el pie atascado en el codaste, como solía vaticinar el contraamaestre.

Creo que debíamos rondar el mediodía, con el viento mantenido del primer cuadrante y fresquito de fuerza, la niebla circulando en espesura cerrada sobre nuestras cabezas, cuando el alférez de fragata Federico Barceló nos alcanzó a la carrera en la timonera. Aunque en aquellos momentos charlaba con el piloto y el segundo comandante sobre la carta de marear, no le importó interrumpir la conversación para informar con premura.

—Señor —pareció dudar antes de continuar—, creo haber visto una sombra desfilando por la amura de estribor hacia proa.

—¿Una sombra? —Miré la cara del joven, casi un niño, con seriedad—. Explíquese un poco más si le es posible, por favor.

—Me encontraba colgado del moco^[38], explicando a los vigías de proa cómo han de escudriñar en la superficie de las aguas bajo la niebla, cuando creí observar un bulto oscuro por estribor. Se fue agrandando poco a poco, conforme desfilaba hacia la banda de babor, muy pegado a nosotros. Y..., y juraría que se trataba de una fragata francesa.

—¿Una fragata francesa? —Orzeta entró a la raya, preguntando con escepticismo y cierta dureza en el tono de su voz—. ¿Cómo ha podido distinguir la nacionalidad de

ese fantasma con esta visibilidad de media yarda, así como apreciar el tipo de buque?

El muchacho movía las manos presa del nerviosismo o, quizás, del frío que calaba su cuerpo y su alma. Ahora parecían aumentar las dudas en sus ojos, sintiéndose incapaz de contestar. Lo tomé por el hombro en confianza para rebajar la tensión.

—No se preocupe, Barceló, y explíqueme los detalles. Es normal creer ver en niebla tan cerrada como la que sufrimos todo tipo de apariciones, naturales o producto del maligno. Acaban por ser jugarretas de nuestra mente, aunque no siempre, desde luego. Contésteme con tranquilidad y sin temor alguno. ¿Por qué asegura que se trata de una fragata, y francesa de nacionalidad?

—Entre la masa gris, conforme se alejaba por babor a pocos metros de nuestra proa, creí distinguir una falsa balconada muy parecida a la de este buque. No era una popa española. Además —volvía a dudar—, juraría que llegué a escuchar un par de voces de mando con fuerza, y me parecieron voces francesas.

—No sabía que hablaba usted ese idioma —entró Orzeta por chanzas, que detuvo en seco al observar el gesto de mi cara.

Nos mantuvimos en silencio por periodo alargado en el tiempo. El segundo, sabedor del especial afecto que le brindaba al joven oficial, recién ascendido a propuesta mía por su extraordinario valor, se cerró a las bandas y no lo interpeló de nuevo como habría sido su deseo. Sin embargo, por mi parte confiaba en aquel niño que me recibiera a bordo de la fragata Santa Casilda meses atrás, y se batiera con extraordinaria valentía a mi lado, aunque se encontrara más cerca del pecho materno que del combate corrido en sangre. También es cierto que me enorgullecía su embarco voluntario en la Sirena para continuar bajo mis órdenes.

—Bien, nada perdemos por contemplar esa posibilidad como real, y así nos obliga el deber en la mar —intenté hablar con naturalidad, aunque mis pensamientos debían coincidir con los del segundo—. ¿Qué proa le ha estimado a ese buque, Barceló?

—Pues si seguimos con la nuestra firme al sudeste, señor, la fragata debía navegar hacia el sur, cuarta más o menos.

—Navegando a un largo con este viento flojito, sería posible tal posición relativa entre ambos —situaba ambas siluetas en mi cabeza—. Caigamos dos cuartas a babor y tratemos de sacar algún nudo más a esta rápida fragata. Si la aparición es cierta, volveremos a encontrarla y, posiblemente, por nuestro costado de babor. A lo mejor conseguimos cobrar presa de oportunidad, amparados en la sorpresa que nos ofrece este manto gris.

Daba el segundo las órdenes oportunas de rumbo al timonel y maniobra al contra maestre, cuando volví a la carga con decisión.

—Orzeta, ordene zafarrancho y prevención para el combate. Pero, por favor, que los hombres ocupen sus puestos sin cornetas y tambores, ni alocuciones religiosas o patrióticas. En la niebla las distancias se acortan y los sonidos se propagan con especial intensidad, por lo que debemos ejercer la necesaria discreción.

Consideremos a todos los efectos que puede tratarse de un buque enemigo a escasas yardas. Si no aparece esa fragata, nos servirá de ejercicio al menos.

El alférez de fragata Barceló se mantenía a mi lado, ocupando su puesto asignado en combate como batidor personal del comandante. Se le veía azorado y con profunda preocupación, como si fuese culpable de aquella pequeña marabunta. Volví a dirigirme a él.

—No se preocupe, Barceló. Nunca se es suficientemente precavido en la mar. Ha cumplido con su deber en oportunidad y a la raya, al informar con rapidez. Y si vuelve a encontrarse en parecida situación, obre de la misma forma. Más vale prevenir que recibir andanada caliente sin aviso previo.

Comprobé que sonreía con cierta felicidad, esos agradecimientos internos que tan importantes son a la temprana edad del oficial. Setum, pegado a mi sombra como siempre en situación de combate, sonrió condescendiente. Por su parte, el segundo me dio la novedad de encontrarse el buque alistado para el combate.

—Todo el personal en sus puestos, señor, y en escaso tiempo. ¿Ordeno cargar los cañones? —Preguntaba con cierto escepticismo, posiblemente por no haber creído una sola palabra del avistamiento.

—Por supuesto.

Aunque pensaba que en caso de nuevo avistamiento, éste se produciría por la banda de babor y a escasa distancia, no creí conveniente desplazar los cañones volantes de a 6 del alcázar y castillo a la banda de barlofuego, medida que ha de tomarse solamente en casos de absoluta seguridad. La Sirena aumentó su andar lo que el viento fresquito le ofrecía por la aleta, con todo el aparejo largado hasta la galleta y proa al sur. Se ordenó redoblar la atención a los vigiadores de proa, así como atención especial por la banda de babor. Sin embargo, la niebla espesa se mantenía en cerrados crespones grises como muralla de castillo.

El tiempo transcurría con la ampolleta cerrada al cuarto y el silencio establecido por orden. Intentábamos escudriñar a través de la niebla, especialmente el alférez de fragata Barceló que sacaba los ojos de sus órbitas en un imposible intento de aumentar el campo de visión. Y comenzaba a creer que el segundo tenía razón al estimar el avistamiento como normal efecto de la bruma en la mar, cuando escuchamos un pique repetido de campana con extrema claridad.

—¿Han oído esa campana? —pregunté con rapidez y voz queda mientras me desplazaba al costado de babor—. Parece que nos llega por esta banda.

—Así es, señor —era Orzeta quien corroboraba mis palabras, mientras enfocaba el antejo en la dirección indicada—. Y si en contra de toda norma se trata de hora picada, que en estos momentos corresponde, podemos asegurar que ese buque no es de nuestra Armada.

Observé de refilón al joven Barceló, para entrever la mayor satisfacción que un rostro puede expresar. Me alegré por él, aunque ya mis pensamientos volaban en conciencia y por futuros.

—Segundo, las piezas de babor listas para descargar dos andanadas a ritmo de muerte. Deberíamos haber cargado algunas piezas con palanqueta^[39], porque es posible que establezcamos combate a muy corta distancia.

—Todavía estamos a tiempo, señor.

—No es necesario. Si llego a ordenar fuego, que la segunda andanada sea con palanqueta sin esperar confirmación. Pero las voces en silencio y a la llana, que esa campana debe encontrarse a muy pocas yardas.

También yo comencé a sentir ese especial y conocido runruneo por el estómago, fácil de comprender. Y como me ha sucedido en tantas ocasiones, pude percibir el olor de la sangre, ese especial perfume que, según aseguran muchos hombres de mar por toda razón, acaricia la nariz con ligereza antes de entrar en combate. Como ya no albergaba muchas dudas, volví a ordenar con decisión para acercarnos al posible objetivo.

—Caña, dos cuartas a babor.

Mientras los timoneles atacaban la rueda con facilidad, diversos pensamientos cruzaban por mi cerebro a gran velocidad, esos momentos en los que el comandante de un buque queda a solas con su propia vida, llegado al momento culminante de la decisión, sólo a él reservada. ¿Y si avistábamos la sombra con escasa precisión, sin distinguir ningún punto notable de su estructura? ¿Era suficiente la información proporcionada por un joven oficial, de haber escuchado posibles voces francesas y ese especial repique de campana para abrir fuego sobre un bulto no identificado? ¿Y si se trataba de alguna unidad española, perdida tras el temporal en el banco de niebla, como nosotros? Esas vacilaciones se clavan en el alma como espuela de castigo, aunque el dolor apenas dure unas pocas fracciones de segundo. Como siempre aseguraba Pecas, entrados en materia de sangre, las dudas vuelan a la cofa con rapidez.

Tras repetir la orden en sordina, con amenaza de dar cañón^[40] al posible infractor, se consiguió que el silencio a bordo reinara como señora sobre las aguas, una imperiosa necesidad en el delicado momento que se vivía en la fragata. Por fortuna, si puede llamarse así, llegó en mi auxilio nuestra Señora de Valdelagua, porque fue entonces, próximos al mediodía, cuando se escucharon con claridad algunas voces por la banda de babor.

—¿Han comprendido alguna palabra? —pregunté sin apartar el largomira^[41] de mis ojos, enfocado ligeramente a proa de nuestro través, aunque perdida su visión entre los humos.

—No, señor —respondió Orzeta con rapidez—, pero juraría sin miedo a equivocarme que se trata de gritos de mando con inconfundible acento franchute.

—Caña una cuarta más a babor —ordené con decisión—. ¿Qué proa llevamos?

—Sudeste cuarta al sur, señor —apuntó el piloto con rapidez.

—Segundo, pasen estas órdenes en voz queda, aunque se necesite más tiempo. Brigadas artilleras listas para hacer fuego contra cubierta enemiga en la primera

andanada. Que estimen como altura de borda en el blanco la de una fragata. Recargar con palanqueta a la mayor velocidad y disparar la segunda descarga contra aparejos, sin esperar nueva orden. Quiero las dos primeras andanadas a ritmo de silbato del diablo. Pero es posible que deban realizar los disparos a ciegas. Que estimen una distancia de cien yardas.

—Sí, señor.

Los dos guardiamarinas, Moneada y Collerto, salieron con rapidez para impartir las órdenes a la voz. Pero la incertidumbre, aunque disminuida, continuaba entreverada en mi cerebro. Ese barco, probablemente francés, estaba ahí, a pocas yardas de nuestro costado, y no éramos capaces de divisar ni un miserable detalle de su estructura. Y no sólo achuchábamos al ciento con los ojos, porque sacábamos las orejas por babor como alas de gavia.

La espera se eternizaba, aunque hubieran transcurrido unos pocos minutos. Pero por fin, cuando menos lo esperaba, fue de nuevo el joven Barceló, con una vista más parecida al lince de nuestros campos, quien alertó en voz queda, al tiempo que me tocaba por el codo.

—¡Ahí, señor! Puede observar la sombra alargada por el través.

Por fin lo distinguí, siguiendo el brazo extendido por el joven oficial. En efecto, la sombra se alargaba de proa a popa, aparejada a la Sirena casi en su totalidad y adoptando caprichosas formas, cualidad normal en la niebla, aunque no era capaz de descubrir mayor detalle de su estructura. Podía ser una fragata, aunque las dudas se mantenían abiertas. ¿Y si se trataba de un navío de línea con 74 cañones, dispuesto a batirnos a muerte? Sin embargo, mientras estos pensamientos circulaban por la cabeza, brotaron mis palabras de la boca sobre la bocina, sin haberlo decidido el cerebro todavía. Es cierto que, a veces, el corazón actúa sobre las cuerdas vocales en adelanto.

—¡Fuego!

Tronó el retumbo del infierno mientras se disipaba el silencio mantenido en cuarentena. Tras el estampido pudimos escuchar con claridad el conocido sonido de los impactos sobre madera, seguidos de voces urgentes en alarma, dolor y alistamiento para el combate. Mientras el olor a pólvora se desparramaba en suaves oleadas por la cubierta, certificamos que el buque era francés al comprender alguna palabra perdida, porque la distancia era de balconada hacia calle estrecha. Me tranquilizó comprobar la nacionalidad por seguro, mientras escuchaba con claridad las órdenes de cargar a mis hombres. De esta forma, tras dos minutos de interminable espera, escuché nuestra segunda andanada con palanqueta y saquete de fuerza, nuevo trueno del demonio que produjo mayor ruido de impactos, gritos y lamentos en la silueta ensombrecida. Y habría jurado que algún palo o mastelero de orden se desgajaba sobre cubierta en el blanco, sin remisión.

Mientras se ordenaba cargar de nuevo, pude comprobar que la sombra se deslizaba con claridad hacia popa, posiblemente debido al efecto de los impactos

sobre su aparejo y la consiguiente pérdida de andar. Sin embargo, en esos momentos de cálculo mental pudimos observar los fogonazos del francés y el nuevo estruendo, disminuido en sordina por la distancia. Como era de esperar, tampoco marraron los revolucionarios, porque la andanada de balas rasas nos barrieron la cubierta como soplo de muerte. En este caso, la niebla era un favor concedido, porque evitaba contemplar el dolor y la sangre de nuestros hombres, que tanto tuerce el alma del comandante. Escuché la voz del segundo en informe de situación.

—Desbrincada la mesa de guarnición^[42] del trinquete, señor, y rendido su mastelero. Si, como suponemos, se trata de una fragata, debe ser de 40 cañones y piezas de a 18.

A pesar de los destrozos anunciados, informaciones que debían correr de boca en boca hasta mi situación, ya la sombra se había perdido a popa, dando como cierta la clara disminución de su velocidad. Me habría gustado observar su estado, los daños recibidos en su estructura y aparejo tras las dos andanadas recibidas, que esperaba de orden superior. Sin embargo, todo debía basarlo en conjeturas, porque el manto gris y lechoso se mantenía con la misma tenacidad, sin ser capaz de avistar nuestro mastelero rendido desde mi posición en el alcázar.

De forma instintiva, ordené caer tres cuartas a estribor para recuperar la proa al sur y, posteriormente, caer en vuelta sobre el mismo costado del enemigo y rematar los daños, aunque no tenía muy clara la situación en mi cerebro ni disponía del tiempo necesario para una mayor reflexión. Esperaba con impaciencia los informes de castigos a bordo, que la especial situación retrasaba por largo. Por fin, recibí las malas nuevas de boca del segundo.

—Mastelero del trinquete fuera de servicio. Se trabaja para despejar la maniobra de dicho palo con problemas, a causa de esta maldita niebla que no deja observar un miserable obenque en altura. Además, su mesa de guarnición quedó despernada por mitad y está siendo asegurada en fortuna a la mayor rapidez. Varios impactos en cubierta. Un cañón de proa destrincado y sin posibilidad de reponer con rapidez. En cuanto a los hombres, unos cuatro muertos y doce heridos, tres de ellos con cierta gravedad, aunque a ojo de boleo.

—Pienso virar a babor medio círculo para entrarle a la misma banda que debe presentar daños de altura. No me preocupa el cañón de babor porque abriremos fuego con la batería contraria. Y quiero otro par de andanadas, rasa y palanqueta, con el mismo ritmo o superior.

—Sí señor.

Recibí aquella negra cascada informativa con normal naturalidad, aunque luego, en frío, horas o días después, se sienta la responsabilidad bien adentro. Pero de momento me preocupaba muy a fondo el trinquete y, en especial, su mesa de guarnición, por los negativos efectos que podía alumbrar a la mala, aunque la escasa fuerza del viento obraba a nuestro favor. Recibí la novedad de los cañones cargados y en batería aunque, de momento, sólo había niebla contra la que disparar.

Esperé sin nervios unos pocos minutos, para separar derrotas y analizar en detalle la acción a tomar, aunque albergaba pocas dudas sobre los pasos a seguir. Quería rematar la fragata y tomar la presa si era posible, ofreciendo en aquellos momentos mi mano derecha por un poco de visibilidad. Me decidí, como había previsto en principio, por ordenar una fuerte caída a babor con toda la caña, para virar en vuelta y entrar por la misma banda al enemigo, que ya estimábamos con seguridad como fragata francesa de 40 piezas. Y en el preciso momento en el que comenzaba a soñar con una posible captura de innegable importancia y me giraba hacia el segundo para transmitirle las órdenes oportunas, el infierno se abatió sobre la fragata Sirena sin contemplación, un infierno de sangre y destrozos.

Habíamos ceñido en tan alto grado nuestra atención al costado de babor, que aparcamos sin posible perdón una premisa insoslayable en la mar, la alerta permanente que se debe mantener a las dos bandas. Escuchamos sin esperarlo nuevo retumbo de cañón, con potencia muy elevada en ruido y luces, al tiempo que clareaba entre brumas una nueva silueta por estribor. Seré sincero al decir que durante unos pocos segundos se marcó en hielo mi aliento, incapaz de comprender aquella nueva aparición. Pero el cerebro nos mueve a resorte y sin dudarle un momento, ordené disparar contra la nueva amenaza sin ofrecer mayores detalles, con bocina dorada a la boca y emisarios de fortuna.

—¡Fuego a la batería de estribor!

Dispararon nuestras piezas en tensión rebajada, primera indicación de los importantes daños recibidos en nuestras piezas, entre quejidos de dolor y aparejos desarbolados. Era consciente de que afrontábamos una situación límite, alarmante en gran medida, que sólo con ayuda de los cielos y corazones en alto podíamos superar. Al mismo tiempo, desesperaba por la escasa información disponible, que no hay peor estadía en la mar. Y para marcar cuentas a la mala, percibí un penoso ramalazo de dolor al contemplar al joven Barceló tendido en cubierta a pocas pulgadas de distancia, agarrando su muslo derecho con el brazo, donde un garfio de madera de grueso tamaño se había clavado hasta atravesarlo de parte a parte. Observé la sangre inundando cuerpo y cubierta, así como su rostro de intenso dolor, aunque el rapaz habría sido capaz de tragar mucho más sin emitir un gemido. Grité con el alma en la boca.

—¡Cirujano al alcázar con urgencia! ¡Toda la caña a babor!

Mientras mi voz se perdía entre la batahola entablada a bordo, el segundo informaba en alarma.

—Un navío a estribor, señor. Por fortuna no debe haber calculado bien nuestra sombra, aunque nos han rendido el trinquete al troncho y presentamos algunos problemas en el aparejo de la gavia, el estay mayor y las piezas artilleras.

—Segundo, proa de escape, ocho cuartas a babor. ¡Malditas sean las rabizas de Argel y las putarronas que las alumbraron desde Estambul! —Dirigía mis imprecaciones hacia los cielos—. Debemos habernos metido entre una división

francesa.

Por fortuna, todavía era ligero el andar de la Sirena, aunque se notaba la merma. Pero no era momento de entrar en otros análisis sino intentar sacar el culo de la escena a la mayor velocidad, y rezar ahora en contra para que la niebla se mantuviese en las mismas cuerdas. Debíamos evitar lo que más parecía una formación de buques franceses, que nos podían cobrar en salsa de nueces y sin mayores problemas.

Ahora los minutos circulaban a la velocidad del rayo y echábamos el resto para eliminar el peligro. La casi desaparecida sombra abierta por estribor volvió a descargar andanada de calibre, pero debía suponer rumbo firme a la Sirena, porque no nos alcanzó más que alguna rasa perdida, sin mayores efectos que aumentar la sangre en cubierta. Por fortuna, la sombra del navío francés parecía perderse a popa, momento en el que volví a enmendar el rumbo a estribor seis cuartas, intentando burlar aquellos 74 cañones que nos podían barrer sin manchar camisolas, dado el precario estado de nuestro aparejo. Escuchaba los gualdrapazos de velas perdidas a la mala, aunque tampoco me importaban en demasía, que alguien obraría en consecuencia. Por desgracia, los partes de guerra y sangre llegaban en círculos negros, con el segundo en papel de escribano notarial.

—Palo trinquete rendido y fuera de servicio, señor. Se intenta aclarar la cubierta y comprobar posibilidades. Si salimos de ésta, ya pensaremos en bandolas^[43].

—Saldremos de este berenjenal revolucionario, no lo dude —atajé con decisión —, ¿y el palo mayor?

—Mastelerillos casi a pique y que, en mi opinión, acabarán por rendir. Mesa de guarnición de estribor en ristre pero sin mayores problemas. Estay de mayor suelto de puños y sin solución rápida. El tormentín^[44] deszunchado y con peligro abierto para la maniobra de foques. Mucho trapo dañado que deberá empañarse cuando haya ocasión. En la banda de estribor seis cañones fuera de servicio, alguno reparable. Tres rasas de a 24 a la lumbré^[45], con entrada de agua. Ya trabajan los carpinteros en los tapabalazos con zoquetes y estopas. No ha entrado mucho líquido a la sentina de momento, aunque están preparadas las bombas de picar por si son necesarias.

—¿Y la dotación? —pregunté con cierta prevención, aunque sean noticias que el cerebro intenta no escuchar.

—La descarga del navío nos barrió la cubierta en riada de gorguera, señor — dudaba el segundo en dar el parte de sangre—. Hasta el momento dieciséis muertos, entre ellos el piloto, don Pedro Mendoza, caído a pocos pasos de usted con severo astillazo en el pecho, y el guardiamarina Collerto que una rasa le arrancó la pierna derecha bien en alto. Y muchos heridos, más de cuarenta, algunos de extrema gravedad.

—¿Cómo se encuentra Barceló?

—Grave. Un astillazo muy profundo en la pierna, muslo arriba, y otro en el pecho de menor consideración.

—Dígale al cirujano que como muera ese muchacho, lo enviaré al infierno con

bala adosada. ¡Lo juro por Dios! —Me sorprendí del volumen y entonación de mis palabras, más propias de deseo que otra cosa.

—Sí, señor. Pero tenga en cuenta que toda la información que le he transmitido corre sobre velas, porque la situación de niebla cerrada al copo no ayuda en ninguna empresa de reparación ni conocimiento detallado.

—Salvo para escapar de ese maldito navío francés. Debimos salir de Rosas con la negra encastrada en la badana. Hemos sufrido un temporal corrido, niebla de cerrazón y, para rematar la faena, nos metemos en la boca del lobo, entre una formación francesa de calibre. Es posible que haya más de un navío y otras fragatas.

—Es muy posible, señor. A ver si nos acompaña la suerte por una vez y se mantiene esta niebla. No quiero pensar en que levante el manto gris y nos encontremos rodeados por revolucionarios a las bandas.

También por mi cabeza pasaba esa posibilidad, aunque no disponía de tiempo suficiente para elevar los rezos. En aquel momento tropecé con un cuerpo tendido en cubierta, uno de los grumetes asignados a la caña con la muerte en el rostro y el pecho cubierto de sangre. Me limité a cerrar sus ojos.

A partir de aquel momento, con el escaso trapo a disposición intenté maniobras erráticas pero con el componente de demandar hacia poniente. Los franceses pensarían en lógica que la Sirena buscaría una derrota^[46] hacia el sur, para acercarse a las islas y componer los desperfectos en fortuna. Bajo esa premisa, debíamos obrar en contrario y establecer derrota base hacia el oeste, aunque la costa de nuestra península se abriera por largo en muchas millas. Caí en la cuenta de que la suerte me había sonreído una vez más al ciento, porque no había sufrido un solo arañazo en mi cuerpo. También Setum se mantenía intacto, aunque la sangre salpicara charcos a nuestro alrededor y embadurnara los casacones. Como siempre, el buen africano pareció adivinar mis pensamientos.

—Nos rondó cerca la maldita guadaña en esta ocasión, señor. Llevé con mis brazos al joven Barceló hasta la enfermería, con mucho dolor en mi pecho. Es un valiente ese niño y con buena casta en las venas. No permitirá Alá que deje esta vida, cuando apenas se abre a ella.

—Que Dios se ampare de él y lo salve. Tiene muchas millas por navegar adelante.

—Ha de cambiar la suerte de una vez. Echaré mis rezos para que se mantenga esta niebla, que nos ampara en cobijo divino. —Falta nos hace.

Con los ojos abiertos en concha y a las bandas, continuamos navegando, ahora ya con la proa francamente hacia poniente. El viento del nordeste, fresquito de fuerza, colaboraba a favor, porque no era momento de atizar escotas con algunos aparejos en situación más que precaria. Pero por encima de todo, mi obsesión era progresar en nuestra dirección suficientes millas antes de que levantara la espesa niebla, al punto de sentir cierto temor de elevar la cabeza y comprobar que el manto comenzaba a desaparecer.

Volví a percibir el olor a sangre con extrema intensidad. Puedo asegurar bajo los

santos documentos, que miente quien alega haberse acostumbrado a tal circunstancia, porque ese aroma ácido y penetrante duele para siempre y no se olvida jamás.

6. Restañando las heridas

Entramos en la noche con niebla cerrada, fantástica y soñada permanencia en nuestro caso, que nunca en la mar se abren las aguas a la misma banda y lo negro se convierte en bienaventuranza celestial con increíble facilidad. Como es lógico suponer, una vez olvidado el posible amparo de las islas, mi obsesión era correr hacia poniente el mayor número de millas engolfado en la manta gris, con la certeza de que jamás los buques franceses aproarían hacia la costa peninsular española.

De todas formas, las horas que siguieron al sangriento y casi invisible combate a tocapanoles^[47] con los dos buques franceses, no se las deseo al peor de los enemigos. Entre bruma espesa y falta de visibilidad, mis hombres intentaban aparejar la fragata al máximo de sus posibilidades, se taponaban las vías de agua abiertas por las balas y el galeno se multiplicaba en su cometido, engrandecido como un pequeño dios en su alta misión, auxiliado en la faena sanadora por Setum y el sangrador, un joven y espabilado cartagenero llamado Andrés Perín. Pero lo que no se olvida tan pronto, y acaba por cebar sangre espesa en nuestras venas, era el coro de gemidos que corría en sordina y desconsuelo de proa a popa, estampa del infierno o muy cercana a lo que tal situación debe significar. Incluso algunos de los heridos se mantenían en sus puestos con medidas sanitarias de urgencia o, por difícil que sea de creer, todavía no habían sido localizados.

Picaba la hora de entrada en un nuevo día, cuando el viento comenzó a soplar con más fuerza, hasta alcanzar la estadía de fresco y, por inmensa fortuna, entablado del primer cuadrante, bendición más que necesaria para continuar con los planes de derrota embastados. No se encontraba la Sirena para bordos de oportunidad ni ceñidas al palmo, como tampoco habríamos soportado un aumento de la mar o el viento en forma considerable. Pero por fin, aunque no lo deseáramos, la niebla pertinaz comenzó a levantar su caprichoso vuelo poco a poco, de forma que una hora después se divisaron las primeras estrellas del firmamento, espectáculo no deseado por nadie a bordo.

En cuanto fue posible distinguir con cierta precisión la superficie de la mar en la distancia, amparados por una luna en cuarto menguante que ofrecía un mínimo resplandor, recorrimos con nerviosismo la línea del horizonte, los anteojos emplazados en firme contra la cara como esmeriles de puntería, en busca de siluetas o luces indicadoras de la presencia naval francesa. Y para calmar expectativas con rapidez y a la llana, no fuimos capaces de detectar ningún elemento fuera de la firme y sinuosa línea de las aguas. Suspiramos de alivio y felicidad, lo afirmo sin rubor alguno. Aunque sea de ley presentar combate ante el enemigo en todo momento y por las bravas, siempre debemos saber cuándo es hora de escabullirse del escenario. Como es de suponer, se pasó la orden estricta de no abrir lumbre ni mecha alguna de luz de proa a popa, salvo las imprescindibles para continuar los trabajos de

emergencia, y con las pantallas de protección adecuadas.

Es en estos momentos de extremo desorden a bordo, con palos y masteleros rendidos, vergas destrozadas, jarcias, velas y aparejos esparcidos por cubierta en desastroso mare mágnam, cuando comprendemos la grandeza de una dotación profesional en la mar. Porque se obran milagros de altura y sin colaboración divina, aunque los de tierra adentro no sean capaces de creerlo sin verlo con sus ojos. A medianoche, ya era posible transitar por la cubierta principal sin problemas añadidos, aunque fuese necesario sortear a guardianes, carpinteros, calafates y contra maestres, con sus cuadrillas de trabajo en plena función magistral. A nuestros hombres les pedimos un último y extraordinario esfuerzo, y uno más por bendición, incluso a algunos con heridas de escasa consideración porque, después de todo, nos jugábamos la vida de la hermosa fragata y la propia en un mismo fin.

A las cuatro de la mañana, poco antes del clareo crepuscular, volví a recibir la novedad del segundo comandante en el alcázar, momento en el que estimaba a la Sirena un andar cercano a los cuatro o cinco nudos, condición difícil de creer al observar con la luz del día su estado.

—¿Cómo van los trabajos, segundo?

—No podemos alegar en esta ocasión falta de profesionalidad ni dedicación extrema a nuestros hombres, señor. Y son escasas o nulas las excepciones. Creo que conseguimos formar un estupendo equipo de guerra, aunque algunos debieran... abandonarnos para siempre. Han cumplido y siguen cumpliendo al ciento o más, sin un mal gesto o requiebro de voz.

—Estoy de acuerdo con usted por completo, segundo, pero éntreme al grano.

—Sí, señor. La zona del trinquete se encuentra despejada y con el material estibado en conveniencia. Es posible que entrados en luces del día, intentemos una bandola^[48] de violín en el palo de proa, porque en opinión del carpintero primero, don Francisco Céspedes, el tocón del macho está en dulce para esta maniobra. Y puede ser necesario de orden abanderar un trapo de proporción a proa, sin pasar la rosca.

—¿Y el mayor^[49]?

—La mayor^[50] sin problemas, gracias a Dios. La mesa de guarnición asegurada en firme y sin preocupación añadida. También cuando claree se intentará arbolar el mastelero de gavia rendido, que no llegó a desbaratar en redondo, aunque estimo que debemos olvidar los juanetes. En cuanto a los estayes de mayor y gavia, como es lógico, abatidos a cubierta y sin posibilidad de futuro. El estay de mesana en orden, con nuevo laboreo de fortuna. Ahora mismo atacan a fondo el tormentín del bauprés con aparejo de fuerza, y se espera que rinda servicio a lo largo del día. Si se mantuviera este viento en intensidad y dirección, podríamos alcanzar la costa levantina en unas treinta horas o poco más. Aunque, después de los días que llevamos a cuestas, nadie a bordo aventuraría una posibilidad en cuerdas.

—No les falta razón. Pero aunque mucho duela, pasemos a la información más

negra. ¿Los heridos?

—Don Javier del Rozal^[51] se mantiene cauterizando heridas y cortando miembros más de catorce horas seguidas. No me extrañaría que se desmayara de un momento a otro por total agotamiento. Debo declarar que ha demostrado su capacidad y entereza por los cuatro puntos cardinales, lo que en mi opinión, señor, merecería una mención especial en el parte de guerra.

—Puede añadir entre ellos a su inseparable Setum, que no le anda a la zaga al cirujano y rinde trabajo al cupo de cinco. ¡Qué vitalidad la de este hombre! Es capaz de tomar en brazos una vaca y bajarla por estrecha escotilla sin aparente esfuerzo. Además, aunque no se licenciara en ciencias médicas, no dudaría en quedar bajo su amparo galeno en caso de enfermedad.

Se detuvo el segundo en su relación, como si intentara ralentizar la peor noticia que puede darse.

—¿Por dónde andan las pérdidas?

—Siento comunicarle que el número de muertos ha aumentado en forma notable. Y debo..., no tengo más remedio que ofrecerle una mala noticia, señor.

Nada más observar el rostro de Orzeta, con la mirada abatida a cubierta, imaginé por donde disparaban los tiros del dolor. Había visitado al alférez de fragata Barceló pocas horas después del combate en la abarrotada enfermería, ampliada entre coyotes y cañones. Y aunque lo encontré animado, dentro del dolor que expresaba su rostro, el cirujano le ofrecía escasas posibilidades de supervivencia. Era demasiado abundante la cantidad de sangre perdida, así como daños muy graves en las arterias principales, cauterizadas a la brava con cintas. De todas formas, pensaba intentar la amputación de la extremidad por mitad del muslo maltrecho e intentar cortar las fuentes. Nunca olvidaré su mirada hacia mí, débil sonrisa infantil buscando un paternal auxilio que no le podía ofrecer. Y juro ante mi Dios por verdad, que habría dado la vida por ese bravo chiquillo en aquellos momentos. Me limité a acariciar su cara de niño, que eso era en realidad a sus quince años, como habría hecho con mi propio hijo. Escuché las palabras del segundo en la lejanía.

—El alférez de fragata Barceló ha muerto. Me aseguró Setum que no sufrió en los momentos finales, encargo que tomó en persona.

Aunque esperaba la noticia, sentí una especial sacudida muy adentro. Sin saber por qué, me llegó al cerebro el rostro de mi hijo Santiago, como si lo viese en la mesa de la enfermería cubierto de sangre y preparado para la amputación. Intenté que el tono de mi voz se mantuviera en orden.

—La Armada ha perdido un magnífico oficial, bien lo sé yo que casi lo amamanté a mis pechos en la mar. No deberíamos permitirnos pérdidas de este calibre, porque no sobran los valientes de casta en nuestra Institución. Debe ser esa ciudad de Palma, en la isla de Mallorca, la que produce un buen criadero de marinos con sangre de honor. Bueno, también ha sido muy dolorosa la pérdida del guardiamarina Collerto y nuestro querido piloto.

—Sí señor, un gran profesional don Pedro Mendoza. Todavía llora el pilotín^[52], Juan Rubio, a su mentor y maestro. Pero se ha hecho cargo de la navegación con profesionalidad ejemplar y buenas mañas. El guardiamarina Collerto, aunque de carácter huraño e introvertido en exceso, también era un buen muchacho.

—En estos momentos me pregunto con sentimiento de culpa, por qué sabía tan poco de la vida de estos oficiales —mi voz temblaba a los bajos—. Debería haber hablado más con ellos, saber algún detalle más de sus vidas.

—Por fortuna, tanto la muerte del guardiamarina como la del piloto fueron casi instantáneas, por lo que pasaron a mejor vida sin percibirlo —el segundo parecía desear el fin del triste recuento a la mayor rapidez—. En cuanto a los oficiales de mar, acabó por morir el farolero, don Melquíades Bailén, mientras el patrón de lancha, don Cristino García, se encuentra muy grave y a las puertas del Altísimo —detuvo su siniestra retahíla al observar mi rostro.

—Continúe, Orzeta.

—Como era de esperar, la cifra de pérdidas ha aumentado. Los muertos ascienden ya a 21. También podemos declarar como heridos graves, con riesgo inminente, a seis más. Y si no me fallan los datos, treinta hombres de mayor o menor gravedad en cuidados, que no deben perder la vida salvo cangrenas o estigmas inesperados. Para rematar el informe de daños, diez heridos de levedad que se han incorporado a los trabajos en forma voluntaria y con las limitaciones necesarias.

Dejé pasar unos segundos mientras dirigía la mirada a la línea oscura del horizonte, aquella mar que recogería abundante fruto horas después, hasta convertirse en panteón familiar de la fragata Sirena. Nunca aparecería una cruz sobre sus restos, aunque disfrutarían más en el viaje final partiendo desde las aguas. Recordé las palabras que, en casos parecidos, solía repetir el general Barceló: En la tumba del marino no suelen crecer las flores, ni se las necesita porque el perfume de la mar es superior. Volví a hablar con la mente perdida en la distancia.

—A mediodía, si las circunstancias lo permiten, llevaremos a cabo la necesaria ceremonia que prescriben las ordenanzas.

—Muy bien, señor comandante.

No deseaba continuar aquella conversación sino quedar en soledad y rumiar la tristeza, esa sensación de incapacidad unida a la responsabilidad que caía sobre mis hombros, la de tantas vidas perdidas por una decisión mía, aunque la estimara pertinente y necesaria. Así es la guerra y la mar, aunque no es posible apartar el corazón a la banda contraria por deseo propio.

—Saldremos de ésta, señor —Orzeta comprendía mis sentimientos—. Para nuestro consuelo, podemos imaginar sin miedo a equivocarnos, que la fragata francesa ha debido quedar en peores condiciones. Le endosamos dos andanadas de fuerza y a escasa distancia, una de ellas con palanqueta ochavada. Estoy convencido que debió quedar desaparejada y muerta de jarcia menuda, si no se rindió a los fondos.

—Es un pobre consuelo. No nos ha acompañado la suerte en esta navegación, bien lo sabe Dios. Con las escasas fuerzas a disposición de la Francia revolucionaria en este mar, dimos de bruces con una división muy tendida al sur. Debe haber sido el dedo de Satanás.

—Esa fuerza naval sería arrastrada por el temporal como sucedió con nosotros, que poca labor se les presentaba al norte de nuestras islas.

—Eso había pensado. Bien, continuemos la faena y esperemos que al clarear el día no se aprecien velas por la popa.

—Nuestra Señora del Rosario le oiga, que en estos momentos miramos al cielo con más intensidad.

Razón le sobraba al segundo comandante, porque hasta los más tirados elevan la oración a bordo cuando la mar abre sus dientes. También recordé en aquellos momentos ese refrán marinero que recitaba el capellán mayor de la Escuela Naval en Cartagena, y que decía: El que no sepa rezar, que vaya por esos mares, y verá que pronto aprende sin enseñárselo nadie.

Como supe semanas más tarde gracias a la información de Pecas, corroborada años después por oficiales franceses, entrados en nueva alianza, nos habíamos topado con una escuadra francesa compuesta por ocho navíos de línea, uno de tres puentes, y dos fragatas, una de ellas, la Margueritte, de 40 cañones, que acabó desarbolada y con riesgo de hundimiento tras su encuentro con nosotros, debiendo ser remolcada hasta el puerto de Tolón por uno de los navíos. El temporal los había sorprendido en el golfo de León con toda su intensidad, siendo arrastrados por la turbonada hasta entrar en niebla al norte de las Baleares. Y allí, entre las capas de bruma, habían topado con la Sirena que intentó cobrar pieza en la ignorancia del conjunto al que se enfrentaba. Tras las escaramuzas mantenidas, arrumbaron sin pensarlo dos veces hacia el norte, al estimar que podían encontrarse ante poderosa escuadra española o británica.

Cuando comenzaron a abrirse las luces del crepúsculo en aquel 18 de febrero que significaría uno de los días más tristes de mi vida marinera, enfocamos anteojos con la inquietud clavada en carnes, para barrer el horizonte una y otra vez con ansiedad. Respiramos con cierta tranquilidad al comprobar que ninguna vela se divisaba en el círculo, especialmente a popa, ni siquiera el guardiamarina Moneada enviado a la cofa del palo mayor. El viento se mantenía entablado del nordeste y fresco, aunque se estiraba en rachas de fuerza que nos hacían sufrir con aparejo aliñado en prendas de fortuna.

También fue duro comprobar a la luz del día el estado de mi preciosa fragata, como si una guadaña desoladora la hubiera barrido de proa a popa. Se trataba, sin duda, de uno de los espectáculos más tristes y desoladores que un comandante en la mar puede observar. La arboladura recordaba a la de un buque en grada de construcción o bajo machina de arsenal, en especial la merma del trinquete. Pero era también por toda la cubierta donde las mellas y costrones se cebaban en racimo. La borda de babor exhibía heridas profundas, mientras la de estribor no existía

prácticamente a la altura del combés y alcázar. Tambuchos desbancados, troneras perdidas al desgaire, tablas tronchadas, aparejos en libertad de vuelo y mil detalles más que aumentaban las necesidades, conforme se atacaban las misiones principales.

Bajo cubierta, las entradas de agua habían sido superiores a las previstas, con cinco roscas a la lumbre del agua, una de ellas en desusada proporción para balazo de a 24. Pero ya se encontraban los zoquetes de madera revestidos de estopa bien encastrados a la maza en los agujeros, con aspecto de seguridad si no sufríamos envites de mar en fuerza. Y sería lista interminable narrar los trabajos que se debieron emprender, aunque el esfuerzo principal se ceñía a incorporar el paño de seguridad que nos devolviera a casa.

Sin embargo, en cuanto a la necesidad de acercarnos a la costa levantina, una vez comprobado el andar que subía a los cinco nudos y llegaba a alcanzar los seis con el nuevo trinquete en bandolas, enmendé la proa de acuerdo a la situación estimada por el pilotín, para aproar en directo al cabo de la Nao, que ya no buscaba el escape del enemigo sino el socaire del arsenal cartagenero para reparar la hermosa gacela.

Con el sol elevado a la meridiana, llevamos a cabo la triste ceremonia de sembrar la mar con los cuerpos de mis hombres caídos en combate. Y sin intentar ahorro alguno en el balerío ni ceremonia de tambor, cedimos a la mar las bolsas preñadas de cuerpos y balas, para observar cómo eran bebidas por las aguas sin remisión. Conforme se leían los nombres, intentaba recordar sus rostros, aunque tan sólo fui capaz de llevar a mi cerebro con claridad unos pocos. Y si sentí especial escalofrío al escuchar el nombre del piloto 2.º, don Pedro Mendoza, pueden imaginar mi estado de ánimo al comprobar cómo el pequeño cuerpo del alférez de fragata Barceló era enviado a su panteón definitivo, un bulto de escaso tamaño que poca bala necesitaba en lastre para hundirse. Mantuve su cara pecosa y sonriente en mi cerebro durante mucho tiempo, y aún hoy, tantos años después, creo recordarla con bastante precisión, aunque el paso del tiempo nos juegue algún ligero devaneo.

Debo reconocer que a causa del temporal, niebla, combate y la permanente ocupación de cuerpo y alma a la que me sometí, el rostro y muerte de Cristina había pasado a un segundo plano muy lejano. Pero así es la vida de nuestros pecados, y por esta razón se denomina a la mar en verdad como el bálsamo de los sufrimientos. Es bien cierto lo que me ofreciera Setum en sabio consejo, al asegurar que nunca perdemos a ningún ser querido de repente, en el momento de su muerte, sino poco a poco, con el paso del tiempo, cuando su rostro se difumina con lentitud en nuestro corazón, como lienzo mantenido bajo las aguas. Es una situación parecida a la del amigo que vemos con asiduidad, para ir espaciando las visitas poco a poco hasta llegar a conformar un pequeño recuerdo.

Tras el ceremonial marítimo, Setum se mantuvo a mi lado. Lo encontré demacrado y no era para menos, que el buen hombre llevaba en tensión permanente demasiadas horas, al igual que yo, y necesitábamos descanso.

—Triste final para ese joven valiente.

—Murió en mis brazos, señor. Y puede estar seguro que reservé una buena cantidad de láudano para evitar su sufrimiento. En realidad, murió desangrado porque no fuimos capaces de taponar el grifo de esa vena grande como cordón umbilical. Pero le aseguro que no sufrió en demasía y entregó su alma con rostro de ángel, aunque me exprese con palabras cristianas.

—Es una de las peores experiencias que he vivido.

—Lo comprendo, señor. Aunque parezca difícil de creer, se sufre más con el dolor del ser querido que con el propio. Y en su caso particular, todos los caídos formaban parte de su familia marinera. Ya lo sufrí en mis carnes cuando no encontraba su cuerpo entre los restos de las flotantes en la bahía de Algeciras, o la herida de su pierna en Tolón que parecía llevarle al otro mundo sin remedio.

—Estoy cansado, Setum, muy cansado.

—Debería recogerse en su cámara por algunas horas. La situación parece entrada en cintas de razón y no hay peligro a la vista.

—Siempre que no aumente el viento o la mar. Poco confío ya en esta alargada y penosa navegación. No se encuentra esta fragata para cualquier contingencia, que todo anda sobre palitos de cartón y suspiros de monja. Espero ver la costa de nuestro levante al alba. Además, tú eres el primero que debería tomar el jergón durante muchas horas sin levantar cabeza.

Como Nuestra Señora de Valdelagua nunca me había abandonado, el viento remitió a fresquito y acabó por rolar a levante puro, condición de rosas para conseguir nuestro objetivo. Y como Setum es las más de las veces como martillo pilón, en las últimas horas de la tarde me retiré a la cámara, cuando en opinión del pilotín que manejaba la carta con acierto, nos restaban menos de cincuenta millas para recalar en la costa.

Caí en mi catre como venado alcanzado de muerte. Pero aunque dormí en profundidad, no se trataba de ejercicio reconfortante, porque la sombría ceremonia se repetía una y otra vez en los sueños, al tiempo que el rostro del pequeño Barceló se anclaba con fuerza en el escenario. Esas figuras habían desplazado el rostro ceniciento de Cristina y el llanto de mis hijos, aunque también entraban a veces en el cuadro general de la tristeza. De esta forma, rumié pena y cansancio en dolorido concierto, hasta que fui zarandeado con fuerza por Setum.

—¿Qué sucede? ¿Aumentó el viento?

—Nada de eso, señor. Esta vez sí que agarró los sueños con pescante de fuerza, porque llevo agitando su cuerpo un largo rato. Le comunico de parte del segundo que se ha avistado tierra.

—¿Qué hora es? ¿En que día nos movemos? ¿Recalamos en el cabo de la Nao o erramos mucho la estima?

—No pregunte tanto, por Alá, con esa cara de moribundo o poseído del demonio cristiano. Lave su cara y coma unas tajadas recién pasadas por la sartén que le he puesto sobre la mesa, o no podrá gobernar esta nave con una mínima seguridad.

Así era mi fiel Setum quien, a veces, si nos encontrábamos a solas, me trataba como padre que debe reconvenir a un hijo desvariado.

—¿No has hecho café?

—El café se acabó hace días, señor. Le recuerdo que salimos con pocos saquitos de esa amarga bebida que tanto le gusta, aunque no alcance a comprenderlo. Pero tiene unas gachas tibias con miel que tomaba con gran placer hace meses, y son mejores para reanimar el cuerpo. Coma todo con tranquilidad, que aún se encuentra la costa a suficiente distancia.

Como siempre, Setum acertaba en sus juicios y recomendaciones. Cuando pisé la cubierta del alcázar, entrada la mañana del día 19, me sentía un hombre nuevo. Antes de recibir novedad alguna, comprobé que el viento se mantenía fresquito y de levante, mientras la costa desfilaba a estribor a unas diez millas de distancia. El segundo, que mostraba rostro de cansancio, me recibió con una sonrisa.

—Parece que cambiaron las tornas, señor. Viento por el anca y en soplo de doncellas maltrechas. Recalamos un poco al norte, no demasiado para una estima tan larga y accidentada, y enmendamos para doblar el cabo de la Nao que puede observar a proa en la distancia.

—¿Aguanta bien el aparejo?

—Sin problemas, señor. Tan sólo fracasó el intento de envergar un estay volante, pero ordené que desistieran y tomaran descanso los hombres, que con este trazo es suficiente.

—Acertada medida. ¿Y los heridos?

—Van a mejor. Tan sólo cuatro con miembros amputados se mueven en fiebres altas, aunque según el cirujano son fuertes y aguantarán.

—Debe descansar, segundo. Tiene mala cara.

—Tiempo habrá en tierra, señor.

—¿Qué población es ésa que se abre tres cuartas a estribor? —Señalaba con el brazo unas casas blancas.

—Gandía.

—Creo que deberíamos fondear y ofrecer un descanso a la dotación. En esta costa nada buen pescado y podrían aumentar el buche a discreción, que no abundan los alimentos a bordo. Creo que lo merecen por largo.

—Un pescado riquísimo el de estas aguas, señor, que comería con gusto —apuntó el pilotín, también con cara de sueño y rostro macilento—. Nací en Denia, la ciudad que se abre más a proa. Y puedo mostrarle buenos fondeaderos, si no se abre en racimo este levante. Pero juraría que ha de mantener esta fuerza escasa unos siete días.

El pilotín obraba en cuadro de rango superior con decisión, por lo que decidí apoyarlo.

—Estoy seguro de que así será, don Juan. Ponga proa al fondeadero que estime oportuno y cercano a su querida Denia, por si se le abre la oportunidad de una visita

familiar.

—Preferiría otra situación, si a bien lo tiene, señor —su rostro mostraba preocupación.

—¿Qué le sucede? ¿Anda en problemas con la justicia de su localidad?

—No, señor, nada de eso —se ruborizó el joven—. Pero quebré promesa de noviazgo y preferiría dejar pasar...

—De acuerdo. En ese caso, escoja otro fondeadero a distancia de seguridad del padre y hermanos de esa joven.

—Muchas gracias, señor.

Largamos los ferros cerca de Gandía en arena limpia y con aguas en almíbar. Redujimos la guardia al mínimo, autorizando a la dotación para pescar o descansar. Y obligué a los más atacados por el cansancio, como el segundo comandante, el pilotín y algunos oficiales de mar a un sueño forzado.

Parecía haber pasado la racha mala hacia popa, aunque se mantenía el sufrimiento interior al observar las costuras de la Sirena, un cuadro que siempre quedaba a la vista, por mucho que ya los carpinteros hubieran obrado sus habituales milagros. Pero era consciente de que mi fragata necesitaría un recorrido profundo y una carena alargada en dique, trabajos cuyo presupuesto y autorización no estaba seguro de conseguir en los momentos de penuria que se vivían en nuestros arsenales. Pero dejé vagar los pensamientos en libertad, sin los agobios de las últimas semanas, para comprobar que la vida sigue tras las desgracias y el negro acaba por cambiar a gris y blanco. Como dicen los marineros de taberna de puerto, una buena borrachera tapa los efectos de la anterior.

7. Se cierra una etapa

En la mañana del 21 de febrero, con el viento de levante en bonanza y los rayos de un tibio sol que se agradecía en los cuerpos, entramos en el puerto de Cartagena como perro raposero tras salir de madriguera de zorras. Pero no me crean atacado en aquellos momentos por vergüenzas propias ni sentimientos negativos al mostrar en público el andar renqueante de la fragata Sirena, sino muy al contrario y con razón. Mientras nos aviábamos con nuestros medios de fortuna para fondear frente a las murallas, tarea complicada que cumplimos al primer envite y sin una voz, sentía especial orgullo al exhibir las costuras de combate a las bravas y extendidas de proa a popa, porque sólo había que observar nuestras formas de dolor para comprender que las balas se habían recibido a bordo en abundancia y a muy corta distancia.

Aunque era consciente de que el buque pasaría al arsenal en cuanto rindiera informe de la campaña de crucero y guerra, así como la necesaria aclaración de conductas, me ofrecí una prórroga de vuelos y honor entre otras unidades de mi escuadra, cuyas dotaciones enfocaban nuestra cubierta en muda interrogación. Deben tener en cuenta que no era aquella contienda con el francés abierta en escaramuzas navales a la orden del día sino, por el contrario, más cercana a encuentro de damas entre junquillos, que casi todas las fuerzas enemigas presentes en aquel mar se habían topado con mi fragata en negativo y honorífico sorteo.

De esta forma, dediqué el resto del día a la redacción de los preceptivos informes, desesperante maniobra de tinta en la que no era muy experto entonces, y que nunca llegué a dominar con el paso de los años. Pero también debía exponer por prioridad de talleres de cargo, el pliego de trabajos necesarios a llevar a cabo en mi buque con auxilio de la Real Maestranza, legajo que debería entregar al Comandante General del arsenal en súplica firme, ratificada por la Mayoría General de la escuadra del Mediterráneo, en la que se encontraba encuadrada la Sirena por número y revista. Por fortuna, el contador, don Manuel Picón, se convirtió una vez más en persona de imprescindible ayuda, por haber corrido despachos en el departamento correspondiente. Y aunque sufrí dudas al aprobar su tendencia a exagerar en la exposición de las acciones de guerra, daños recibidos por el enemigo, conductas relevantes del personal y perentorias necesidades, me rendí ante lo que se consideraba como sistema normal de mostrar los hechos por escrito tras un crucero de guerra. Aquel hombre me lo repitió una y mil veces.

—Si no lo exagera hasta las nubes, señor, nadie a bordo recibirá un mediano premio, porque estimarán los merecimientos a la mitad.

—De acuerdo, escríbalo a su manera.

La peor parte fue, como suele ser habitual, redactar de mi puño y letra los recados de condolencia a los familiares de los oficiales fallecidos, en los que dejé correr la imaginación por vergas altas sin mayores complejos, convencido de su real merecimiento. De forma especial me esmeré en el dirigido al coronel don Enrique

Barceló y Bousson, de guarnición en Palma de Mallorca, padre del joven alférez de fragata, destacando el acendrado arrojo y valor mostrados por su hijo en las acciones de guerra compartidas a mi lado. Y en este último apartado no alteraba una letra de la realidad ni exageraba un ápice, que eran ciertas punto por punto las hazañas del pequeño oficial a quien tanto cariño dispensara.

Aquella misma noche invité a los oficiales en su cámara para rematar mis existencias personales de condumio y caldos, almacenados a buen recaudo en la repostería^[53] donde Setum ejercía como señor feudal con rebenque. Y aunque el africano mostrara rostro al bies como siempre que, en su particular teoría, dilapidaba los bienes a mi disposición, restaba material suficiente para ofrecer un pequeño homenaje a mis hombres, en agradecimiento por su buen hacer y valor demostrado a lo largo de todo el crucero. Aunque no lo mostrara con claridad en palabras, rezumaba a despedida el agasajo, porque todos éramos conscientes de las posibilidades que se abrían a la fragata Sirena en su camino.

Tras la velada, mantenida en tono festivo y con las demostraciones que los generosos vinos y el aguardiente de Cehegín nos llevan a prodigar sin recato, me retiré a mi cámara para encarar una vez más la soledad y una cierta bajada en el ánimo personal. Pero no crean que el motivo central era el recuerdo de Cristina, que en tierra cobraba nueva vida, sino la preocupación por el futuro cercano, tan escaso de luces. Al día siguiente debería lidiar con romanos y cartagineses las posibilidades de la Sirena, en cuanto a los trabajos necesarios para su completo alistamiento, que no eran pocos, incluida la necesaria carena que ya se dejaba notar y aparejaba por ley. Por fortuna, el ungüento de Cehegín obró maravillas, y no dispuse de mucho tiempo para macerar el pensamiento a la baja.

Consciente de que el brigadier don José Girón atacaba el despacho en hora temprana y había cumplido crucero ordenado por el propio departamento marítimo, por fuera de las responsabilidades de escuadra, tomé la lancha bien pronto tras clarear las luces, preparado para disparar andanada y verlas venir. Como confirmación a mis sospechas, se desplegaban en la Mayoría General del departamento silencios de pasillo, que me permitieron atacar a mi antiguo comandante sin tediosas esperas. Me recibió, como siempre, con muestras de sincero afecto.

—Bienvenido a puerto, Leñanza. Esperaba su visita con impaciencia, porque ya me avisaron de su arribo con costillas quebradas y muescas de fuego en las orejas. ¿Qué le ha sucedido en ese crucero que se preveía con cielos azules y estímulo marinero?

—Sencillamente, señor, que debí topar con todos los barcos franceses en estado de salir a la mar. Bueno, y algunas condiciones climatológicas un tanto especiales.

—¿Combate con buques franceses? —Abrió los ojos, interesado—. Vamos, hombre de Dios, cuénteme los detalles sin falta, que no es norma de cada día acaecimientos de tal envergadura.

Narré a don José Girón los pormenores acaecidos desde nuestra salida de

Cartagena, sin omitir una coma y por verdades llanas, que no era mi normal comportamiento el de los que guardan baraja escondida en cada marea y sacan la carta oportuna al bies. Pero conforme avanzaba en el relato del combate mantenido entre nieblas por ambas bandas, el rostro interesado del brigadier me ofrecía moral para comprender que no debía esperar reprobación por mis acciones sino, más bien, al contrario. Llegué al final del relato, al tiempo que le entregaba los informes reglamentarios. Me miró con sonrisa encubierta, un gesto que bien conocía.

—Desde luego, Leñanza, parece que los buques donde navega atraen a los enemigos como el panal a las abejas —se abrió en generosa sonrisa—. Pero no estimo, tal y como asegura, que le persiguiera la mala suerte, porque salió muy bien librado en la ocasión. Y como le conozco a fondo, sé que no exagera una mota en su relato, más bien al contrario. Es una pena que esa fragata de 40 cañones no anduviera en solitario, para rendirla en beneficio propio o mandarla a los infiernos, aunque es posible que consiguiera esto último sin poder certificarlo. Ya nos enteraremos en su momento, que las noticias en la mar vuelan con las gaviotas.

—Verla no la vimos, desde luego, pero sí que escuchamos los impactos de solera sobre su casco y aparejos en tono alto. Bastante peor que nosotros debió quedar, estoy seguro.

—Por desgracia —en aquellos momentos, el brigadier leía por encima las peticiones que me disponía a cursar al arsenal—, no es buen momento para solicitar obras de envergadura. La situación ha mejorado en las dos últimas semanas y algunos fondos, no muchos, arribaron a la caja para la infinidad de necesidades que se abren a las dos escuadras aquí estacionadas. Pero presentan prioridad de orden y sin posible excusa —recalcó las últimas palabras— los buques de la escuadra de don Juan de Lángara^[54] que, en algunas semanas, habrán de partir hacia Liorna para recoger al Serenísimo Señor Príncipe don Luis, hijo y heredero del duque de Parma, que desea venir a España para visitar y obsequiar a sus augustos tíos, nuestros Señores. Y como el conjunto lo compondrán quince buques al menos, con dos partidas de Reales Guardias de Corps a bordo, a ellos se les dedica la máxima atención de talleres y operarios.

—Una agradable comisión. Creía que en tiempos de guerra..., bueno, perdone si...

—Puede entrar en sinceros conmigo, Leñanza, que nos conocemos de largo y con sangre derramada en común. La verdad es que también yo prefiero reservar la opinión que me merece este caso concreto —don José realizó un movimiento de la mano habitual en él, cuando deseaba apartar un tema no deseado—. Tal y como se encuentra entablada la jornada, mucho me temo que envíen a su hermosa fragata al muelle de desarmos, hasta acopiar materiales y existir disponibilidad de dique para su carena. Y me adelanto en posibilidades negativas, porque toda decisión final deberá partir de su propia escuadra, de acuerdo a las necesidades del arsenal.

—¿Muelle de desarmos? Pero, señor, estimo que no son tan graves los...

—Mire, Leñanza, le seré sincero como siempre. En estos momentos esperan cuatro navíos para entrar en dique, dos de la escuadra del general Lángara, con máxima prioridad por las razones expuestas, y dos más de la del general Borja^[55], con carena retrasada por meses. En cuanto al árbol del trinquete que se debe reponer, es muy posible que necesite tiempo añadido, al no ser su buque de construcción española. Además, la mayor parte de los operarios se dedican en estos momentos a otros menesteres, hasta que se acaben los caudales. Por desgracia, en el último año ha sido muy escasa la capacidad del arsenal y otros muchos esperan. De todas formas, no es cuestión mía sino del comandante general del arsenal y de su propio jefe de escuadra. Pero mucho me temo que se estime en conjunto como faena de tres o cuatro meses, en cuyo caso se repartirá su dotación entre los demás buques de la escuadra, porque todos los comandantes acucian a diario para intentar rellenar sus faltas, que no son pocas. Tenga en cuenta que continuamos con la escasez de manos, porque ni la matrícula de mar, muy olvidada por desgracia, ni las levas en el interior dan más de sí.

Las palabras del brigadier Girón me dejaron helado, sin capacidad de reaccionar. Esperaba varapalo en los lomos, pero no de tal magnitud. Así pareció entenderlo, porque volvió a la carga con dulces palabras.

—Ya sé lo que esa fragata significa para usted, su primer mando, pero deberá hacerse a la idea de que es normal y cotidiano andar de un buque a otro en nuestra Armada, donde tan escasa permanencia se dedica a las dotaciones. Y conste que no entro en acuerdo con esa medida y prefiero la inglesa de mantener el cogollo de las dotaciones en tiempo corrido. En cuanto a su estado emotivo y personal, espero que estas semanas en la mar y las azarosas experiencias vividas le hayan servido de bien.

—En ese último punto tiene razón, señor. Ningún medicamento habría cobrado tan beneficiosos efectos. Pero es cierto que la fragata Sirena se encuentra unida a mi vida con pernos y mucho he gozado navegando en ella. En cuanto a esos cambios que mencionaba, ¿significa que puedo pasar destinado a otra unidad? —Mostraba la esperanza reflejada en mi rostro.

—En situación normal, así sería y de forma casi automática. Por mi parte, le recomendaría pasar como segundo comandante a un navío de línea. Pero en estos momentos no lo creo posible, a no ser que don Manuel Godoy le firmara patente —el tonillo utilizado dejaba a las claras su opinión personal sobre los manejos de Corte—. Y le habla quien no detenta capacidad oficial en ninguna de las dos escuadras. Tras las operaciones del año pasado, quedaron las fuerzas navales en reposo. Pero en un par de meses se necesitarán nuestros servicios, puede estar seguro. Por una parte, deberemos apoyar al ejército del Rosellón. Y no debemos olvidar que, según comentan nuestros informadores, los franceses arman buques en Tolón a gran velocidad, a pesar de los daños sufridos. Eso sin contar con los posibles envíos que se recibirán desde sus bases en el Atlántico.

—En ese caso, ¿qué puedo hacer? No me gustaría quedar pasado a cuartel ni

purgar mesa en despacho —comprendí que era comentario inoportuno en aquel momento, decidiendo virar en contra—. Perdone, señor, no quería...

—No se preocupe —movió su mano para acallar mis disculpas—. Todos pensamos lo mismo sobre estos trabajos en tierra, aunque es bien cierto que alguien ha de llevarlos a cabo si deseamos que las escuadras puedan ser alistadas. Si sus gestiones en la escuadra y el arsenal no son positivas, como por desgracia supongo, debería tomarse un ligero descanso. Como conozco su situación económica y familiar, debería pasar a la Corte y rondar pasillos por la Secretaría, donde con caña y paciencia se puede pescar un buen destino. Y no crea que le deseo el mal por adelantado, ni mucho menos. Un par de meses donde se cuecen las menestras de la Armada es buena experiencia para la formación del oficial llamado a cubrir, en el futuro, altos puestos de nuestra Institución. Y usted, si las acciones arriesgadas que suele emprender y la salud así se lo permiten, será uno de ellos. Como le digo, estos próximos meses serán de sesteo para la Armada en general. Además, de esta forma podrá abrazar a sus hijos que, en la situación que se encuentran, lo agradecerán.

—¿Mis hijos? —Una súbita preocupación me atacó de frente, porque no podía comprender las razones que lo movían a aquel comentario—. ¿Qué quiere decir? ¿Les ha sucedido algún mal?

—Nada de eso, que andan sin problemas. Deberá perdonarme porque soy un estúpido a veces y olvido lo principal —golpeó su frente en señal de pecado propio—. La semana pasada se presentó aquí su cuñado, ese pequeño duque capaz de revolucionar un departamento marítimo. Marchaba a la Corte por necesidades particulares, hasta conseguir un embarco en navío de adecuado porte, según sus propias palabras —recalcó la entonación que habría utilizado Pecas—. Como sabía que a su regreso pasaría por este despacho, me rogó le comunicara que sus hijos se encuentran bien de salud y con ellos partía hacia Madrid. Si me encontrara en su caso, sin problemas económicos personales añadidos, marcharía con él. Ya verá cómo en la Secretaría encuentra algún embarque adecuado, que allí se firman las órdenes de mayor importancia.

Era demasiada información para analizar a la rápida, por lo que decidí mantenerme en silencio. Sin embargo, un rayo de esperanza se abrió en mi cerebro.

—¿Y el general Gravina? ¿Se ha incorporado a la escuadra del Océano?

—No se ha recuperado todavía y sufre convalecencia en Murcia, aunque es posible que haya pasado a tomar las aguas de Archena o Mula si su cicatriz ha mejorado. Pero si piensa buscar por esa banda la ayuda necesaria, la tiene cerrada de momento. En mi opinión personal, el general Gravina acabará por recalcar en la Corte de visita privada, más pronto que tarde.

Creí entrever cierta ironía en la voz del brigadier Girón, aunque no creí oportuno entrar en detalles. Tras un rápido análisis, no quedaba cabo suelto sobre el agua donde amarrarse. Además, no eran mi especialidad las gestiones de cámara donde tanto brillaba mi cuñado. Pensé que su idea de pasar a la Corte, aparte sus problemas

personales con administradores, podía deberse a su eficaz método de conseguir en los despachos destino de buena renta profesional. Me sentí sin armas y cansado de luchar.

—En ese caso, señor, pasaré a la Mayoría General de mi escuadra y a la Comandancia General del arsenal, por si cayera la manzana sobre la mano. Y en caso contrario, seguiré su consejo.

—Hará bien. Y siento no poder largarle un remolque en esta ocasión, aunque no pueda quejarse, que esa comisión a las Baleares y Rosas era aspirada por muchos comandantes.

—Debe perdonar mi torpeza, señor. Le estoy muy agradecido por ello, así como por todos los detalles que me ha dispensado desde hace años. Me gustaría ser su segundo en un buen navío de dos puentes.

—También yo lo aceptaría gustoso, tanto por tenerle bajo mis órdenes de nuevo, como por embarcar y abandonar este maldito despacho. Quién sabe, Leñanza. Se volverán a cruzar nuestras derrotas, no lo dude. Pero no tiene nada que agradecerme, porque se mereció todo lo que hice por usted.

Con la moral en interrogantes aunque un poco batida a los fondos, abandoné la Mayoría en dirección del embarcadero, donde me esperaba Setum al mando de la lancha. Y sin dudarle un segundo, aproamos hacia el buque insignia del teniente general Borja, comandante general de la escuadra del Mediterráneo, a la que pertenecía mi fragata desde su apresamiento a los revolucionarios franceses en aguas de Cerdeña.

A pesar de ser un magnífico tres puentes^[56], no me produjo el navío Real Carlos el efecto tan impresionante de otras veces, aunque ya corrían los años y experiencias por mi cuerpo. Comprendí a los pocos segundos de pisar cubierta, que las escuadras andaban en sesteo y bajo mínimos, porque no sólo se encontraba ausente el comandante en jefe, sino también los generales subalternos, don Fernando Daoiz y don Francisco Melgarejo. Por fin, después de mucho preguntar y hacer cámara de recibo, conseguí hablar con el brigadier Pérez de Loncar, a quien entregué copia de los informes, así como del pliego de necesidades. Y si alguna esperanza depositaba en aquella gestión, la perdí en el primer vuelo.

—Entregue el pliego de trabajos en la Comandancia General del arsenal. Por esta escuadra se informará que si se estima el periodo de trabajos superior a tres meses, lo que es de seguridad con la carena añadida, quede la fragata en desarme y sin dotación. Se pasarán las necesidades de esta escuadra a su buque en oficio, por si sus oficiales desean solicitar algún destino en forma voluntaria. En cuanto a usted, siento comunicarle que se encuentran cubiertos todos los destinos de capitán de navío, por lo que deberá quedar a cuartel y disposición de la Mayoría General del departamento.

Como no ardía en ánimos de combate verbal y la decisión estaba tomada por adelantado, me retiré con rapidez del buque insignia, rumiando en los bajos la escasa cortesía del brigadier malencarado y culebrón. Estimaba que podía haberme

concedido un mínimo comentario de estima sobre las acciones llevadas a cabo por la fragata Sirena contra los franceses, o la necesaria condolencia por el elevado número de bajas padecido a bordo. Como siempre he comentado en estos cuadernillos, ése era el gran problema de nuestra Armada, la incapacidad para premiar y castigar en forma adecuada los comportamientos.

Pero no paraba allí la rueda de molino negativa, y decidí encarar el último paso sin pérdida de tiempo. Aunque no esperaba recibir en el arsenal detalle positivo alguno, fui recibido con rapidez por el comandante general, capitán de navío don Pedro Regalado de la Riva Agüera, quien de entrada me sonrió con benevolencia y buenas maneras, interesado por los avatares sufridos en el crucero. Volví a narrar la misma historia, para recibir a continuación los parabienes más sinceros. Y cuando comenzaba a subir la moral con esperanzas abiertas a posibles soluciones, cayó la losa del portón.

—Siento comunicarle que, aunque bien desearía reparar los problemas de su fragata a la mayor brevedad, es cuestión imposible. Las prioridades apuntan en otra dirección. Si no recuerdo mal, en estos momentos se encuentran en los diques de carenar los navíos San Francisco de Paula y Bahama. Pero ya está prevista la carena del navío San Fulgencio y de la fragata Mahonesa. En cuanto a los trabajos más importantes, deberán estudiarse a fondo las necesidades de arboladura, al no disponerse de planos del buque por haber sido unidad apresada. Supongo que los mandos de su escuadra ordenarán su pase al muelle de desarmos por algunos meses.

Por fin, cuando ya el sol comenzaba a descender, regresé a la Sirena con la moral por los suelos. Aunque barruntara que el porvenir se presentaba torcido, no esperaba que las puertas se cerraran al compás. Pero sin tener en cuenta mis propias circunstancias personales, era difícil de creer que en situación de guerra declarada, no se repararan los problemas de una de las mejores fragatas con suficiente rapidez. Pero el mal era mayor y sólo debíamos echar un vistazo al arsenal para comprenderlo. La guerra con la Francia revolucionaria parecía encararse solamente en el aspecto terrestre, y debía ser cierta la frase atribuida a don Manuel Godoy, al gritar en uno de sus arrebatos: ni un ochavo más para la Armada. El Ejército, que es quien se bate en esta guerra, necesita hombres, cañones y fusiles. Puedo asegurar que esa postura fue un gran error del joven engrandecido a las alturas en detrimento de los más y mejores tras infame concurso, que cimentaría la caída de nuestra Armada en una cuesta abajo sin retorno.

Reuní a mis oficiales en la cámara para comunicarles las nuevas, que a nadie tomó por sorpresa. Pero las malas noticias, aunque esperadas, siempre mueven los corazones a la mala. En especial, era comprometida la situación de los que debían mantener familia y no consiguieran destino con rapidez, que no marcaban los sueldos para permitirse licencias. Asimismo, les informé que a la mañana siguiente llegaría el lanchón del arsenal que conduciría a la Sirena al muelle negro de desarmos, un lugar que no merecía.

Cuando por fin conseguí pasear por cubierta en solitario, me dediqué a repasar los detalles de aquella hermosa fragata que tan unida se mantendría a mis recuerdos durante toda la vida. Sin quererlo, llevé a cabo un rápido repaso mental desde que la abordara como dotación de presa junto al islote de San Pedro en aguas de Cerdeña, la confirmación del mando, operaciones de apoyo en Rosas, evacuación de Tolón con mi pierna maltrecha y, por último, ese combate en clamorosa inferioridad contra los franceses, en el que intentamos dar lo mejor de nosotros y donde perdimos un buen número de vidas. Pasaba mi mano por sus maderas con especial cariño, como cuando se pierde un ser querido. Setum me abordó cuando, a la altura del palo trinquete, observaba el aparejo de fortuna alistado con extraordinario celo y brillantez.

—Estos jefes no saben lo que hacen. ¿Cómo pueden desarmar esta fragata, la más rápida y combativa de la Armada? ¿Por qué casi todos los buques de las escuadras se encuentran en puerto? Al menos, podrían disparar sus cañones contra la costa francesa.

—Para eso es necesario contar con pólvora, balas y caudales que, según parece, no existen.

—Si la Real Hacienda se encuentra en situación tan precaria, ¿cómo afrontamos una guerra? Más valdría mantenerse en paz y reforzar Ejército y Armada.

—Si se declarara la paz, Setum, todos estos barcos que ahora vemos fondeados, tomarían el camino de los muelles de desarmo sin perder un solo minuto. Recuerda los problemas al comenzar la campaña para formar las tres escuadras. Esa es una batalla perdida y lo sentiremos en nuestras carnes cuando volvamos a combatir con el inglés. Ahí tienes a la escuadra del almirante Hood, tan alejada de Inglaterra y navegando de continuo en bloqueo de los puertos franceses, y con ejercicios a diario.

—¿Combatir contra los ingleses? ¿Pero no son nuestros aliados en estos días?

—En esta particular ocasión así es. Pero tarde o temprano volveremos a guerrear con ellos. Si conseguimos vencer a los revolucionarios y que un nuevo Rey ciña la corona en Francia, no tardaremos en firmar otro pacto familiar que nos llevará a sitiar Gibraltar y penar con los objetivos franceses.

Setum quedó pensativo tras escuchar mis palabras. Y no es que fuera falto de entendederas para comprender mis razones o el sentido de las mismas, sino los motivos de la alta política que parecían encabezar personas con una mínima parte de la inteligencia natural de mi fiel africano.

—¿Qué vamos a hacer, señor?

—En cuanto entregue la fragata al arsenal y me despida de mis hombres, saldremos para la Corte. Allí se encuentra ya don Santiago con mis hijos. Nos instalaremos en el palacio de Montefrío. Andaré por la Secretaría de Marina para intentar cobrar destino en navío, que ya es hora. Al menos, me alegra pensar en abrazar a los niños y saludar a mis cuñados. Seguro que don Santiago anda en movimientos por los despachos para conseguir buena fruta.

—Puede darlo por seguro. En ese caso, debo avisar a Sebastián, que permanece

en la venta de fuera con el carruaje.

—Mañana, cuando atraquemos en el arsenal, ve a verle y preparad todo lo necesario para el viaje.

Setum volvió a quedar pensativo, moviendo la cabeza hacia ambos lados.

—Sentiré dejar esta fragata. Ya me había acostumbrado a sus movimientos y disponíamos de repostería en orden, aunque ya las sacas de las viandas anden como faltriquera de monje.

—También yo echaré de menos esta Sirena, mi primer mando en condiciones. Tienen razón los viejos generales al asegurar que el mando de una fragata es el que jamás se olvida. Es posible que acierte don José Girón en su consejo, y no debemos amadrinarnos tanto con un buque determinado. En fin, hemos quemado una etapa más. Ya veremos qué nos depara el destino.

—El destino se encuentra a favor y con claridad, señor. Veo por la proa un buen navío de dos puentes, que deberá navegar con alegría. Aún recuerdo nuestro viaje a las Indias a bordo del San Ildefonso. Ése sí que me gustaría para usted.

—Dios o Alá te oigan.

8. Informaciones de Pecas

Con las primeras luces del día 23 de febrero, abandonamos Cartagena con cielos tomados y amenaza de lluvia, condición que podía condicionar nuestra marcha de través. Debo reconocer que tomamos el camino de Murcia con la congoja amarrada al corazón, y no a causa de las ochenta leguas que nos aguardaban impenitentes proa avante, sino por la triste despedida de mi señora. Ya les he dicho en otras ocasiones que los buques disponen de vida propia y con sentimientos finos, por lo que no fue empresa fácil decir adiós a mi querida Sirena. Y aunque parezca aseveración de enfermiza locura para los no iniciados, creí escuchar sus tristes lamentos conforme me alejaba de sus tablas, lo que era de razón y ley, dada nuestra profunda compenetración. Pero una vez atacado el carruaje, no volví la mirada atrás, que esa es norma a mantener en la Armada cuando se abandona un destino en la mar.

Como atravesaba una estadía de extremos vaivenes en mis sentimientos, no pude rechazar durante el largo trayecto los recuerdos que cualquier mínimo detalle aparejaba a mi cerebro. Y el primero me alcanzó al pensar en aquel lejano día, trece años atrás, cuando embutido en desempernada diligencia, arribé a la ciudad de Cartagena luciendo por primera vez el uniforme de guardiamarina, para sentar plaza en la Escuela Naval. Qué cambio tan profundo se había producido en mi persona, porque era aquel un joven de campo instruido a la ligera como caballero y con secreto familiar a mantener en cerrado por vida, una caricatura que se perdía en la memoria de los tiempos y poco amoldada a mi noble estampa actual.

Paso a paso llegaron en abanico los otros recuerdos que aquel camino traía a la mente, aunque nunca lo hubiese realizado en el sentido actual con proa al noroeste. La segunda y última ocasión en que debí atacar el trayecto tuvo lugar cuando, repuesto de las heridas sufridas a bordo de la flotante San Cristóbal me reincorporaba a la vida desde mi retiro extremeño, esa hacienda que bautizara con pleno acierto como El Bergantín, y a la que pensaba retornar en la primera oportunidad. Pero en aquella ocasión, cercana en el tiempo y borrosa en los recuerdos, me acompañaban Cristina y Pecas, una situación muy diferente a la actual. Y ahora cruzaba los campos de la Mancha por tercera vez, cercano a cumplir los veintinueve años y luciendo el empleo de capitán de navío en las vueltas, lo que, aunque les parezca mentira, me abatía los vientos como anciano que ve discurrir su alargada vida a través de especial largomira.

Como no me acosaba la prisa y tampoco era de los que gusta anudar los caballos al cuero, decidí ofrecer un merecido descanso a los animales y hacer noche a mitad de camino. De esta forma, entrada la tarde a mediar luces, arribamos a una venta con aspecto aliñado y limpio, abierta en el camino un par de leguas después de atravesar la villa de La Roda, que lucía el candoroso nombre de La Dulce Molinera. Y aunque Setum intentó entrarme en conversación de ánimos y proyectos de futuro con quesos de fuerza, embutidos de matanza y jarra de vino acoplada, no se encontraba mi alma

para aspavientos de lujo. Pero no lo estimen como nueva rendición a la baja de mi espíritu, sino que la mezcla de recuerdos y pensamientos me habían dejado ligeramente entristecido, con la silueta de la Sirena prendida a popa en mi horizonte mental.

También con las primeras luces del nuevo día, momento cumbre tanto en la mar como en tierra, reemprendimos la marcha hacia la Corte, con sentimientos encontrados en el pecho y aires de esperanza sin entablar en firme. Por un lado deseaba con ansiedad abrazar a mis hijos, así como saludar a mi querido amigo Pecas, cuya compañía y charla necesitaba como unguento especial. Pero también me echaba los vientos a popa la visión de la Villa y Corte, un lugar que no disfrutaba de mis preferencias a pesar de su teórica nobleza, cualidad que se mantuvo sin cambios a lo largo de toda mi vida, por mucho que debiera soportar alguna temporada entre sus calles.

Comenzaba a declinar el sol cuando alcanzamos los arrabales de Madrid. Como en las ocasiones anteriores, me disgustó la suciedad, el tumulto de carretas y carruajes, así como el pelaje de mucho viandante que te hacía ceñir las armas al tiento y amarrar por corto la faltriquera, que más se asemejaba aquella cuadrilla a tropa de presidio sin grillos. Por fortuna, Sebastián había corrido entrada en la capital de los Reinos en otras ocasiones, con lo que sin pensarlo un segundo, se dirigió a marcha de alas hacia la calle llamada del Destierro, cercana a la plaza Mayor. Y entre la batahola de gentes y ruidos, me encontré de pronto con el carruaje atravesando los portones abiertos al patio del palacio de Montefrío que, he de reconocerlo, congeló mi respiración al contemplarlo, la misma impresión recibida en la anterior ocasión.

También en la adquisición del ilustre caserón, erigido en los tiempos de nuestro Señor don Felipe el Segundo, se encontraban rastros oscuros e interrogantes habituales en los manejos del anterior duque y padre de mi difunta mujer, un siniestro personaje que Dios guarde en los cielos aunque me hiciera pasar, con su escasa nobleza moral y ética, purgatorio e infierno en una sola bordada. Según llegué a saber, en la adquisición del inicial edificio entraban en juego las privatizaciones de nobles leales a la causa del Archiduque, que pasaron a la Corona y, en su momento, el marqués de Floridablanca distribuyó a jugoso precio entre compañeros de ideas y proyectos. De todas formas, también se apreciaba en el edificio la graciosa mano de doña Rosalía, santa mujer y madre de Cristina que no había merecido tan doloroso final, hasta convertir el digno inmueble en noble y suntuoso palacio de quien llegara a ejercer como secretario personal de Su Majestad.

No debí esperar mucho tiempo para ser recibido, porque a los pocos segundos de que Sebastián hiciera chascar los frenos del carruaje junto a las columnas de la puerta principal, escuchaba el vocerío de niños y mayores, para sentirme a continuación embutido en besos, abrazos y parabienes de golosina. Y no mentiría al asegurar que aquella explosión de júbilo elevó mi moral hasta las crestas más altas, porque es cierto el conocido consejo del sabio, al recomendarnos buscar refugio entre los hijos

cuando se cierra en duelos nuestro corazón. Después de todo, no es más que carne de nuestra propia carne, abierta en continuidad de vida y con cariños sinceros, si se adoban y mantienen en cuerdas de generosidad a lo largo de los años. Bien es cierto que siempre es necesario disfrutar del don celestial en el reparto de virtudes, porque también algunas crías de una misma carnada, llegan a ofrecer sangre cambiada al ciento y muestran perfiles negros.

Como de costumbre, tras separación de mayor o menor largueza, Pecas y yo necesitábamos contarnos los sucesos habidos en nuestras respectivas vidas, que no eran pocos, con juvenil urgencia. Por tal motivo, tras los momentos dedicados a comentarios generales con la familia, dejarme rodear por la jauría infantil y conocer el nuevo embarazo de María Antonia, nos retiramos a la biblioteca para departir con una botella de extraordinario vino, porque si mi buen amigo ejercía de noble en todos los sentidos, respecto a su bodega alcanzaba grandeza de España en orden superior. Y para abrir el melón de la jornada, nada mejor que entrarle con las aventuras corridas a bordo de la fragata Sirena en las últimas semanas, circunstancias narradas al detalle y sin una mínima exageración que Pecas escuchó arrobado de interés.

—Tiene razón ese brigadier Girón que tanto ha beneficiado tu carrera en los últimos años, aunque de forma merecida, desde luego —se vio obligado al final añadido, tras observar el gesto de mi cara—. La verdad es que parece atraer los buques enemigos a tu alrededor como la res a la aguada. Y para mi desgracia, si continúas en este camino nunca podré alcanzarte en el empleo que ya me adelantas. Supongo que te propondrían para un nuevo ascenso.

—¿Ascenso dices? ¿Te has vuelto loco? —Mi sorpresa era sincera—. No se me había ocurrido tal conjetura. Si en cada acción que llevamos a cabo contra el enemigo, limitándonos a cumplir con nuestro deber, debieran ascendernos, llegaríamos todos los oficiales de guerra al empleo de teniente general en pocos años.

—No generalices, amigo mío, que muchos de nuestros compañeros no obrarían en igual modo —Pecas gesticulaba con las manos como si se sintiera ofendido en persona—. Hay momentos en los que estimo tu inteligencia bajo mínimos, si no eres capaz de comprender la realidad. No es simple cumplimiento del deber esas acciones por las que te ganaste, o ganamos, una merecida promoción al superior empleo hasta el momento. Me cuesta creer que no te hayan propuesto para una adecuada recompensa, tras un combate a corta distancia contra el enemigo y en absoluta inferioridad, dándose por seguro que diste buena cuenta de una fragata de 40 cañones. ¿No cuidaba de ti en buen grado ese Girón?

—Nada tiene que ver don José Girón en esa maniobra, y no se trata de disculparlo, te lo aseguro. Rendí el informe a la plana mayor de mi escuadra, la del Mediterráneo, y ese brigadier culebrón que me asignaron en recibo ni siquiera se dignó en felicitar mi conducta. No siempre cuadran los oros en positivo y repetición, que son muchos los condicionantes a tener en cuenta. La oportunidad es la madre de todo acontecimiento y si no encuentras escribano de ley en el momento decisivo, toda

acción permanece entre brumas. Pero no me preocupa porque aquellos días de mar con tensión permanente, obraron en mi espíritu como bálsamo magnífico y necesario.

—Pues esa acción debería haberte supuesto el ascenso a brigadier, un marquesado o una llave de honor^[57]. No creas que te enfrentaste a una fragata y un navío solamente, porque eran muchos más.

—¿Muchos más? ¿Qué quieres decir? No me digas que ya has conseguido información específica sobre la división francesa en la que me vi inmerso.

—No se trataba de una simple división, sino de toda la escuadra revolucionaria que opera en el Mediterráneo, enviada a las costas italianas.

—¿Por qué sabes esos detalles? No has dispuesto de tiempo material para que te alcancen...

—Ya sabes, Francisco, que tu cuñado y compañero de armas es un buen especialista en conseguir información. Pero en este caso se trata de pura casualidad, aunque me cueste reconocerlo. Ayer mismo por la mañana, corría pasillos por la Secretaría^[58] con cierto aburrimiento aunque, fiel a mi costumbre, largaba la oreja a barlovento por si cazaba alguna noticia de interés. En la oficina de ayudantes del bailío^[59] se comentaba el informe de combate recibido esa misma mañana del comandante del navío Montañés, brigadier don José Jordán. Según parece, él se encontró con los franceses antes que tú.

—¿El Montañés se topó con los franceses? Vamos, Pecas, cuéntame lo que sepas con detalle.

—Las acciones debieron tener lugar hace tres o cuatro semanas, aproximadamente. El navío Montañés se encontraba a unas cinco leguas al sudeste del cabo San Sebastián, cruzando derrota por orden del comandante general de la escuadra del Mediterráneo, la tuya. Con las primeras luces de la mañana descubrió a sotavento, a larga distancia, diez buques de gran tamaño. Jordán creyó que se trataba de parte de la escuadra británica que había mantenido combate con la francesa alistada en Tolón, y enviada a las costas italianas. Arribó sobre ellos sin dudarle, para inquirir detalles que podían ser de interés a tu general en jefe, don Francisco de Borja. Al llegar a alcance visual, les izó las preceptivas señales de reconocimiento, a las que contestaron en correspondencia los muy bastardos. El capitán de navío Jordán, que es un gallego muy prudente, se acercó a una legua de distancia pero manteniéndose a barlovento y con las precauciones que el viento le soplabá en los oídos. Debes recordar que este navío, recién construido en el arsenal de Ferrol por el ingeniero Retamosa, sucesor de Romero Landa, es la joya de la Corona y se le tiene por el más rápido de los existentes en todas las armadas.

—Ya conozco esos detalles, enano, porque lleva pocas semanas en activo y mucho se habla de sus extraordinarias cualidades marineras. También estoy al día de que corre la milla como ninguno. Continúa sin aderezar demasiado las viandas.

—Ya es hora de que aplaques tu insana impaciencia, gigantón de San Juan de Berbio —Pecas gozaba con estas situaciones, en las que espaciaba los momentos más

importantes de su narración—. Cuando se encontraba a la mencionada distancia, Jordán descubrió que se trataba de fuerza naval en orden, compuesta por ocho navíos, uno de ellos de tres puentes, así como dos fragatas y algunos batidores de menor porte, estimando su nacionalidad como dudosa. Repitió las señales de reconocimiento, cuya respuesta no le satisfizo. Pero esos revolucionarios de baja calaña, imitando las vergonzosas y habituales acciones de las unidades británicas, largaron a los vientos el pabellón de la Real Armada, intentando confundir a nuestro compañero que, sin embargo, se mantenía a distancia prudencial y a barlovento.

—Parece que la conducta británica es copiada por muchos en deshonor.

—En efecto. Por fin, los desalmados arriaron la falsa bandera para, a continuación, izar la tricolor que simboliza revolución y derramamiento de sangre. Eran las once cuando dieron orden de caza con la mayor fuerza de vela sobre nuestro navío, persecución que se mantuvo hasta las nueve de la mañana del día siguiente, momento en el que el Montañés, que les largaba espuma a popa, tomó el fondeadero de San Feliú de Guixols, con tiempo suficiente para acoderarse en firme y con disposición adecuada para abrir fuego con banda reforzada, amparado a la vez por las baterías de tierra.

—¿Atacaron los franceses?

—En efecto. Durante dos horas, a distancia de medio tiro de cañón, le dieron fuego siete de los navíos en sucesivas pasadas. Durante el combate, el Montañés les lanzó a las barbas mil cien cañonazos, causando averías en cinco de los navíos franceses, aunque también recibiera alguna de consideración en sus tablas. Por fortuna, sólo sufrió tres muertos y veinte heridos entre los miembros de su dotación. Ante la imposibilidad de cobrar presa y el peligro de recibir daños más importantes por la cercanía de dos baterías en tierra que se comenzaban a cubrir, la escuadra de la Convención tomó proa al norte, doblando el cabo Creux. El Montañés, sin mayores problemas, envió desde San Feliú de Guixols informe urgente al excelentísimo señor bailío, como corresponde a la situación, al tiempo que arrumbaba a Menorca para proseguir su comisión y reportar su encuentro al general Borja.

—¿Cómo relacionas este encuentro con el mío?

—La cuestión es clara como el agua, merluzo. Los revolucionarios sólo disponen de una escuadra en aguas mediterráneas. Y de acuerdo a las fechas mencionadas, todo me hace suponer, sin riesgo a equivocarme, que los buques franceses, al tomar rumbo hacia su base de Tolón, sufrirían el temporal de muerte que te atacó a la brava, llevando sus buques hasta la costa norte de las Baleares, donde te topaste con ellos en la niebla, una vez amansadas las fieras de la mar. Y tuviste suerte de medirte en corto contra una de las dos fragatas, porque si te toma entre troneras el navío de tres puentes, habrías acabado con la barriga llena de agua y las toninas lamiendo tus intestinos.

—Es posible que tengas razón. Ya te digo que, después de todo, puedo presumir de esa buena estrella que me sigue acompañando noche y día, aunque me haya

ofrecido algunos reveses de cañón en otros aspectos de la vida.

—Bueno, no caigamos en temas que debemos pasar por alto —Pecas no estaba dispuesto a tomar senda oscura—. Me alegro de verdad que esta comisión de mar te haya mejorado el espíritu, lo que se aprecia en tu rostro a las claras —transformó el gesto de su cara a la mayor seriedad, antes de enfatizar—. Ahora, y te hablo con la verdad por delante, debes disfrutar de la Corte y buscar nueva mujer.

—¿Nueva mujer? —Mi rostro debía reflejar los sentimientos al palmo.

—Eso he dicho, y no es necesario que repitas en interrogación todas mis frases.

—Por favor, Santiago, no digas esas cosas ni en broma. Parece mentira...

—Bueno, no hablemos de ese tema por ahora —cortó mis palabras al tiempo que movía sus manos en desánimo—. Porque volveré a él de nuevo y con redoble de tambores, quieras o no. Debes pensar en tus hijos y en tu carrera.

—De acuerdo. Pero cuéntame más noticias, que debes estar al día de toda la información —deseaba abandonar un tema que me espantaba.

—Pues la guerra continúa. A los franceses no les va mal por tierra en el continente, con el fabuloso Ejército que han puesto en pie, y serán capaces de triturarnos si el levantamiento realista fallece al ciento, como así parece. Según se rumorea, el rey de Prusia, el príncipe de Parma y los Estados Generales de Holanda van a separarse de la Coalición, lo que, si se produce en firme, puede ser desastroso para nuestras armas en los Pirineos. La Gran Bretaña se mantendrá fiel a los tratados porque con sus escuadras son capaces de impedir que las tropas francesas crucen el Canal. Nuestro caso, por desgracia, es muy distinto, con la frontera de tierra común alargada en demasiadas leguas. Sin embargo, en las Indias les duele bien fuerte a los revolucionarios.

—¿En Indias? ¿A qué te refieres?

—Los britanos van a lo suyo y sacarán tajada de esta guerra, no lo dudes. De momento, parece que les han tomado a los franceses Pondicheri en las Indias orientales, mientras en las occidentales rebañan a gusto y ya les han arrebatado la Martinica, Guadalupe, Santa Lucía y otras islas de menor calibre. Por nuestra parte y como bien sabes, la escuadra al mando del teniente general don Gabriel de Aristizábal^[60], recordarás que mandaba la división en la que navegué hacia los dominios del turco en 1784, fue enviada a las Antillas con once navíos, siete fragatas y nueve bergantines. Una vez agrupadas las fuerzas en La Habana, que estableció como base para sus operaciones y donde se reforzó con algunas unidades menores, no se ha limitado, como eran sus órdenes, a asegurar el arribo de los caudales de Indias. Decidió que era posible tomar la parte de la isla de Santo Domingo en poder de los franceses y puso manos a la obra. La empresa debió ser retrasada por sufrir una grave epidemia de fiebre amarilla a bordo, el mal habitual y periódico de aquellas aguas, en la que perdió 1170 miembros de su dotación, entre ellos 30 oficiales víctimas del vómito prieto o negro fulminante.

—¿Llegó a tomar el resto de la isla?

—Las últimas noticias, recibidas la semana pasada, son que tras amagar en falso por algunos puntos de la isla, sitió Forte Delfín con garfios y anuncios de muerte corrida. Pero no parecen en las Indias muy aguerridos los franceses, pues se le rindieron al día siguiente 1031 hombres de tropa regular, así como las compañías que los revolucionarios denominan como de milicia ciudadana. Y por fortuna para nuestra maestranza, se tomó un rico botín en cañones y munición, así como unidades navales menores que Aristizábal incorporó a su escuadra. Aunque todavía restan algunas acciones de escasa entidad, podemos declarar que, gracias a nuestra Señora del Rosario, la isla vuelve a ser en su totalidad española, como su antiguo nombre indica y corresponde por ley de Historia.

—Entonces no comprendo tu tono pesimista general. Todo parece caminar viento en popa.

—Nada de eso, amigo mío. Una cosa son las operaciones en las Indias, donde se necesitan buques y oficiales de guerra, y otra bien distinta la que acontece en nuestra vieja Europa. El déficit de la Francia revolucionaria son sus fuerzas navales, de eso no hay duda. Y debes tener en cuenta que con extrema rapidez, tras el incendio de su escuadra mediterránea y arsenal de Tolón, fueron capaces de alistar una escuadra. Pero la falta de mandos a bordo es un factor decisivo por el momento. De Brest se envió poderosa escuadra de 26 navíos al mando del teniente de navío Villaret-Jojeuse, ascendido en pocos días al empleo de almirante, con la clara intención de aumentar sus fuerzas en el Mediterráneo. Pero la escuadra de lord Hood bloquea con acierto y mantuvo combate con ellos, tomándoles siete navíos y haciéndoles perder cinco mil hombres. Después, para desgracia francesa, debieron correr un duro temporal en el que perdieron cuatro navíos más y regresaron al puerto de salida con el rabo entre las piernas.

—Pues eso te decía, enano. Todo suena a cuerno de oro.

—En la mar, que no en tierra. Cuando se reanuden los combates en los frentes del Pirineo, especialmente en el de Cataluña, puede abrirse la granada en sazón y para desbarate propio. Si es cierto que los franceses retiran tropas de otros escenarios y las acarrearán contra los nuestros, no será cuestión sencilla sino de mucho peligro y sangre corrida. No me gustaría encontrarme en el pellejo de nuestros compañeros del Ejército. Por esa razón, la semana próxima acuden a la Corte los generales en jefe de los tres ejércitos aprestados en los Pirineos, por orden de Su Majestad, para tratar sobre la continuación de la guerra y los planes que convendría adoptar para la próxima campaña, que ya se encuentra en puertas.

—¿La continuación de la guerra dices? —volví a expresar ignorancia en mi rostro, pero debemos recordar que a las provincias no llegan las noticias tan frescas— ¿Es posible que se alcance algún acuerdo de paz?

—Sobre tal tema se celebran sesiones en el Consejo de Estado en estos días, algunas de ellas con cierta efervescencia, si son ciertos los comentarios que circulan en los corrillos. Y es deseo expreso de su Majestad, que los generales de los tres

ejércitos acudan a dichas deliberaciones y expongan sus propias ideas.

—¿Y los generales de la Armada? ¿Se mantienen al margen de toda discusión? Es importante el apoyo que pueden prestar, tanto la escuadra del Océano como la del Mediterráneo, por mar y por tierra.

—La Armada no cuenta en esta guerra, para nuestra desgracia. Y es un mal presagio que puede hacer madre con vistas al futuro. Su Majestad, aleccionado por quien sabemos, teme solamente el frente pirenaico y las tropas francesas que se anuncian en aumento. Ya sabes que se comenta mucho en nuestras unidades la poca atención que ese advenedizo de don Manuel Godoy ofrece a la Armada, sin un mínimo raciocinio de la guerra general. No sólo no se construye un buque en los arsenales, sino que no se mantienen de forma adecuada los que se encuentran a flote, ni se dispensan los caudales necesarios para víveres y bastimentos mínimos. Como los franceses consigan recuperar sus escuadras, seremos pasto de toninas y marrajos en el fondo de la mar.

—Eso he podido escuchar a diversos jefes. Como de costumbre, se llegará al momento decisivo sin conocimiento por nuestra parte y sin la necesaria coordinación de los esfuerzos, como ya nos ocurrió en la bahía de Algeciras en 1783.

—Pues ahora puedes multiplicar esa disfunción entre la Armada y el Ejército por diez, y te quedarías corto. No sólo se mantienen los piques y celos habituales, más propios de cortesanos estúpidos, sino que, en lugar de quedar como otras veces en coto cerrado, se airean en los documentos oficiales. Como es fácil comprender, los ánimos entre los altos cargos de la Armada andan un tanto revueltos, aunque nadie se atreve a levantar la voz en la dirección adecuada.

—Antes de que se me olvide —unas palabras de Pecas se habían grabado en mi cerebro sin respuesta—. ¿Por qué decías que las discusiones en el Consejo de Estado son acaloradas en alto grado?

—No olvidarás las tirantes relaciones, por no utilizar palabras más duras, entre el viejo estadista y ese petimetre acicalado y petulante de don Manuel Godoy, elevado por Sus Majestades hasta los cielos. El conde de Aranda, decano del Consejo, sigue empeñado en exponer su opinión firmemente contraria a la guerra contra la Francia, que considera el mayor error político y militar español de este siglo que agoniza en interrogantes. Y asegura por las claras y sin tapujos, lo que no gusta a otros, que es injusta e impolítica, superior a nuestras fuerzas reales y ruinosa al ciento para nuestra Monarquía. Como es fácil suponer, sus opiniones chocan de proa con el capitán general de los ejércitos, este Godoy que escaló el mayor escalón militar jamás ostentado, sin mérito alguno de armas. Pero, bueno, no quiero hablar de este personajillo encaramado a las más altas cumbres por vía del lecho Real, porque...

—No digas barbaridades, Pecas.

—¿Barbaridades? Por favor, Francisco, que no se trata de chascarrillos oscuros. Godoy es quien es hoy en día, porque sólo le falta recibir el título de Regente para rellenar su ingente catálogo de reales mercedes, por los rendidos favores que le ofrece

Su Majestad la Reina, que anda encandilada con los especiales atributos de ese jovencito. Y no es habladuría de Corte sino absoluta realidad, te lo juro —Pecas hablaba con un desprecio como jamás le había escuchado—. Si Aranda persiste en esta postura, con la que concuerdo plenamente aunque deba quedar esta opinión entre nosotros, a pesar de sus muchos años de servicio y avanzada edad, acabará en mísero destierro o algo peor.

—No lo creo posible. Su Majestad no llegaría a tal extremo, con quien tantos años lleva empeñado en nuestra política.

—No sabes cómo se cuecen las coles en estos días.

—¿Y Godoy opta por la guerra, si las condiciones son tal y como expones?

—Ese mequetrefe alega a los vientos que también él desea la paz como el primero, pero que no es conveniente solicitarla en estos momentos por honra propia, cualidad desconocida para él, y que debe esperarse a ocasión más propicia. ¿No comprende que es ahora, precisamente, cuando disponemos de los triunfos en la mano para entrar en conversaciones a tambor, con nuestras tropas en territorio francés y el botín de su parte en la isla de Santo Domingo? Pero como es voluble de pensamiento este indecoroso Guardia de Corps, que debería mantener el grado de capitán a lo sumo, se arrimará en la dirección que le convenga si olfatea olas negras, porque defiende el norte o el sur según le sople el vagajillo. Aranda, aunque sea personaje con muchos grillos en la barriga y cambios de timón a lo largo de tan dilatada carrera, es consecuente con sus ideas porque siempre preconizó la neutralidad armada contra la Convención. Pero ya se ocupa el favorito de nuestra Señora de correr bulos sobre las ideas revolucionarias del viejo conde, espantosa calumnia y lejana a la realidad que sólo este nefasto personaje podría ofrecer en provecho propio. Me temo que acabaremos por luchar con mayor tesón en casa que en los Pirineos.

—¿En casa? ¿A qué te refieres?

—El mayor peligro de la revolución francesa, aparte sus efectos directos e inmediatos de la guerra, era y es el de la exportación de ideas. En el fondo, ése era el verdadero temor de otras monarquías entradas en la coalición. Son muchas las voces en nuestros Reinos que claman a favor de algunas de sus filosofías igualitarias o, como mínimo, de un mayor control del poder Real. Y no te hablo del pueblo llano, sino de españoles que han olvidado con rapidez su noble origen, enamorados de la noche a la mañana de las teorías que propagan los agentes de la Convención en toda Europa. Estas propagandas han producido peligroso arraigo en muchos cerebros de alta cuna, al punto de hacerse necesario multiplicar el esfuerzo policial en casa, un esfuerzo que, si continuamos la guerra, debería ceñirse a defender los frentes.

—Me gustaría asistir a alguna deliberación del Consejo de Estado. ¿Es posible?

—¿Estás loco? No lo conseguiríamos salvo peligro de partir al destierro o tomar los grillos.

—Entonces, ¿es posible que se comiencen las conversaciones para la paz?

—Con la posición que defiende Godoy en estos momentos, que de forma automática es la postura oficial de la Corona, se continuará la guerra, estoy seguro. Y si los horizontes se tornan a oscuras, como me temo suceda más pronto que tarde, el pollo cambiará las alas con rapidez, aunque deba ceder el cielo en plumas. Por fortuna, disponemos del general don Antonio Ricardos, que es la mente más lúcida del Ejército y puede mantener a raya a los franceses en el Rosellón con sus hábiles estrategias. Pero a la Armada se le exigirán acciones de apoyo que no siempre son posibles, nuestro permanente caballo de batalla, por no disponer nuestros generales del Ejército en sus planas mayores de gente de mar con suficiente criterio para aconsejar en conveniencia. Y si se responde en negativo a alguna de esas peticiones absurdas, se produce una crítica desaforada entre los generales y oficiales del Ejército, que comienza a calar en la Corte para nuestra desgracia. Todavía se escuchan voces negativas contra tu querido general Gravina, por las acciones llevadas a cabo en Tolón.

—¿Contra don Federico Gravina? —me indignó la simple mención de tales rumores—. Pues era el único que se negaba a la evacuación y deseaba seguir combatiendo. Y no es de los que escucha las balas a la distancia en el cuartel general, como muchos otros, que la herida grave sufrida en la pierna fue cosechada en el campo de batalla, rodeado por sus soldados.

—No te enfades conmigo, que te doy la razón —Pecas elevó los brazos, mientras se abría en sonrisas—. Pero así desfilan las nubes en estos días.

Nos mantuvimos en silencio, como si pensáramos en los argumentos que deseábamos debatir a continuación. Pecas cambió el tercio en dirección no deseada por mí.

—Bueno, Francisco —hizo un gesto con la mano, como si hubiese errado en importancia—. La verdad es que no me acostumbro a llamar Gigante a tu hijo y dirigirme a ti con tu nombre, como deseaba Cristina. Y en su recuerdo lo intento.

—Ya me extrañó la primera vez que lo escuché de tus labios. Según opina Setum en habitual sentencia, es la normal constatación de que hemos abandonado la juventud. Pero he decidido que como tu hijo no tiene pecas en el rostro y se llama Francisco, seguiré usando tu mote habitual.

—Bien, dejemos las historietas y pensemos en la actualidad. ¿Cuáles son tus planes?

—Me encuentro pasado a cuartel, dependiendo del capitán general del departamento marítimo de Cartagena, con licencia para trasladarme a la Corte. Pero me dijo don José Girón, que ningún lugar mejor que la Secretaría para encontrar embarque en navío adecuado.

—¿En navío? Esa es también mi idea. Por desgracia, no anda la cuestión por camino de rosas, y ya sabes que lo intento con tenacidad. Pero seguiremos en el empeño hasta conseguirlo. ¿Y tu mentor, el general Gravina? ¿No intentaste acogerte bajo sus plumas otra vez?

—Pregunté por él en la Mayoría General pero, según parece, se mantiene en convalecencia por la provincia de Murcia. Algunas voces aseguraban que había decidido tomar las aguas en Archena o Fortuna para rematar su curación, que se ralentizó más de lo debido. Ya me gustaría ser recibido por él y poder exponerle mis deseos.

—Acecharemos su presencia, porque estoy seguro que ha de venir por la Corte cuando se encuentre mejor de la herida en su pierna.

—Esas mismas palabras le escuché al brigadier Girón y con cierto retintín en el tono de su voz, que no llegué a comprender.

—Tu querido general, aunque lo admires sin medida, presenta para mí un insalvable defecto.

—¿Qué defecto? —pregunté en salva rápida.

—Para mí es un tachón muy negro e insoslayable en su conducta, esa especial relación que mantiene con don Manuel Godoy. Según comentan, es el único general con quien nuestro Secretario de Estado se mantiene en amistoso tuteo. También nuestro Señor don Carlos lo trata con especial cariño.

—Ya sé por donde circulan tus pensamientos, enano. Eso de la bastardía del general es una infamia.

—No es infame ser bastardo del gran rey que fue don Carlos el Tercero, sino un honor de luces. Y son muchos los que lo aseguran. Además, tienes que reconocer que encaja perfectamente en el especial trato que recibe de todos, incluido el del baillío.

—No me gusta este tema.

—Bien, hablemos de otro más lúdico entonces. Si deseas un buen destino a bordo de navío, no solamente deberás correr despachos por la Secretaría, como hago yo, sino asistir a algunas fiestas y saraos, aspecto fundamental en nuestra Corte.

—Ya sabes, Pecas, que no me encuentro en momentos personales como...

—Deja ya ese soniquete, por favor —Pecas elevó el tono de su voz en agrura—. No has llegado a la treintena, eres joven, con una brillante carrera por la proa y tres hijos amadrinados a tu espalda. Ya sabes que cuentas con nosotros hasta la muerte, y María Antonia los tiene como hijos de sangre. Pero necesitas una mujer te guste o no. Yo me encargaré de buscar...

—Nada de eso —ahora era yo quien entraba a las bravas y levantando la mano—. No empieces con labores de casamentero otra vez porque no te lo admitiré.

—La primera no salió mal —me miró a los ojos con emoción—. Perdona mis palabras, Gigante. Ya sé que duelen, pero sabes que lo hago por ti.

—Ya lo sé, Pecas del demonio —le tomé el brazo con afecto—. ¿Para cuándo espera María Antonia el niño?

—Será niña y se llamará Cristina. No sonrías por bajo, que esta opinión ha sido confirmada por Setum al observar a mi mujer, y este brujo africano no suele fallar en sus predicciones. Pero queda mucho porque no saldrá a la vida hasta finales del mes de septiembre o primeros días de octubre, cuando, si se cumplen mis expectativas,

deberemos encontrarnos a bordo de algún navío de línea.

—La pobre se encontrará sola, y rodeada de niños propios y ajenos.

—Tus hijos son para ella como paridos en ley, bien lo sabes. Pero no me preocupa la situación porque, en contra de las primeras impresiones, María Antonia es fuerte de cuerpo y espíritu. Dice el médico que le vendría bien llevar vida tranquila hasta que entre en el cuarto mes de gestación, aunque ella proteste en contra. Por esa razón se abre la posibilidad de que asistamos a algunas fiestas como en los tiempos de guardiamarinas, los dos solos, si la señora lo permite. La semana pasada conocí a una viudita de capitán de alabarderos verdaderamente preciosa, muy en sazón y con los ojos...

—Pecas, por favor. No creo que digas tal cosa en serio —bajé la voz, temeroso de que alguien pudiese escuchar los comentarios de mi amigo.

—Gigante —volvió a ofrecer el rostro aniñado y la sonrisa burlona que tan bien conocía—. Eres consciente de que estoy locamente enamorado de María Antonia. Pero me conoces bien y sabes que soy capaz de amar a más de una mujer a la vez, sin que ello pueda hacer resentir a la baja mi estado matrimonial. Ha sido una norma habitual a lo largo de toda mi vida.

—Eso era admisible cuando caías rendido en amores con la primera jovencita que se acercaba a tu lado. Pero ahora es distinto. Estás casado y has formado familia. Deberías sentar la cabeza.

—El corazón no se cambia por asistir a una ceremonia religiosa y firmar unas capitulaciones matrimoniales.

—Ya veo que sigues siendo un culebrón desvergonzado —me hizo reír su salida, más propia de otros tiempos—. Lo peor del caso es que te creo capaz de picar en nido ajeno.

—No lo dudes un segundo, gigantón.

9. En la Corte

Como nunca he sido de natural inquieto y aligerado de empresas como mi cuñado, conseguí amansar las fieras a bordo del palacio de Montefrío y tranquilizar mi vida dentro de lo que tal condición me era permitida. Y aunque deseara tal situación por norma y estado de ánimo, disponía de una formidable excusa, como era el verdadero deseo de disfrutar de mis hijos y dedicarme a ellos con toda el alma durante las semanas que me fuera posible, porque nunca sabemos a ciencia cierta en la Armada lo que el cercano futuro puede depararnos.

Dedicamos mis primeros días de fondeo en la Villa y Corte a recorrerla con todo detalle, así como aligerar el espíritu con paseos por los campos y bosques cercanos, empresa en la que mi cuñada María Antonia, dispuesta a desobedecer al galeno desde el primer momento, ejerció de excepcional cicerone. Y supuso un éxito clamoroso e inesperado la empresa, porque sirvió de fuente inagotable en conocimientos artísticos e históricos, que tanto a jóvenes como mayores agradó sobremanera, con la excepción de Pecas, poco aficionado a los aspectos culturales de cualquier índole. Creo que fue en esos días cuando comprendí la suerte de mi compañero al haber unido su vida a mujer tan culta, agradable e inteligente, no exenta de especial hermosura, así como dispuesta a cualquier sacrificio por su familia.

Pero también ampliamos horizontes hacia la sierra cercana de Guadarrama, donde mi familia política disponía de magnífica hacienda, campo abierto en horizontes lejanos donde Setum y yo, acompañados ahora por el tercer Gigante de la familia, pudimos regresar a nuestra pasión por la caza, noble arte en el que mi primogénito mostraba los rastros y habilidades encastrados en su sangre. Sentí cierto orgullo al comprobar cómo mi inseparable africano se volcaba en paternas consejos con quien debería seguir mis pasos en la vida, demostrándole el mismo fervor y cariño que a mi persona.

También aproveché aquellos días para contactar con mi viejo amigo y asesor don Alonso Sanromán, ese buen hombre que encauzara los primeros pasos para que pudiera sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, y administrara los bienes de mi padre con impecable pulcritud y acierto hasta depositarlos en mi persona. Y como tras la muerte de Cristina se cargaban sobre mis hombros nuevas obligaciones de tutoría y administración difíciles de mantener en oficial embarcado, también debió apenar con ellas, con el beneplácito de Pecas que pasó a considerarlo un amigo más, aunque ejerciera labores de administración con probada honradez. Debo recordar aquí que gracias a los sabios manejos dinerarios de don Alonso y mi propio matrimonio, gozaba de una posición económica que me permitía subsistir con extrema holgura, aunque no recibiera soldada alguna durante meses, o penara destino de cuartel con paga de filástica. No sucedía así con muchos de nuestros compañeros de armas, abocados a sufrir penurias y humillaciones de todo tipo, faltos de fortuna propia.

El tiempo con la familia en la Corte discurría con plácida lentitud, demasiado agradable, quizás, para que se alargara en futuros, porque siempre he defendido que los calmazos acaban por reventar en ampollas tarde o temprano. Tal y como preveía en mis adentros, el peaje era necesario y de recibo, por lo que comencé a acompañar a Pecas a la Secretaría de Marina, donde pronto perdí la inicial timidez que me imponía tan alta magistratura. Comprobé con alegre sorpresa que eran muchos los amigos o conocidos que saludaba en los pasillos y despachos, compañeros de armas en los diferentes destinos y escenarios de guerra en los que se había movido mi vida en la Armada, durante los trece años de servicios prestados hasta la fecha. De esta forma, me incorporé con interés a las conversaciones que sobre nuestra Institución y el estado de la guerra en general se producían, sin perder una sola palabra.

Por desgracia, aunque Pecas entraba por higos en interés propio sin el mínimo recato, en esa su forma abierta y descarada de atacar generales y brigadieres como si los conociese de toda la vida, no atisbábamos posibilidad de embarque cercano, que eran demasiados los oficiales de guerra superiores en nuestra misma situación. Por mucho que pesara en nuestro espíritu, siempre recibíamos la respuesta de esperar las oportunidades que ofrecería el comienzo de las nuevas campañas, cercanas en el tiempo. No era más que una permanente constatación de la falta de previsión en las altas jerarquías para con nuestra Armada, que recibía las órdenes con excesiva premura y sin la adecuada preparación en el tiempo.

Aunque preguntábamos a diario sobre el general Gravina, ninguna información se conocía sobre su persona, como si hubiese desaparecido de la tierra por encanto, al punto de preocuparme su posible salud, que los silencios nada bueno aparejan en la mayor parte de las ocasiones.

Si los restantes días de febrero y primeros de marzo de aquel año de 1794 quedaron en blanco en cuanto a informaciones de importancia en todos los sectores, por andar en cierre las acciones de mar y tierra, la segunda quincena de marzo comenzó a ofrecer noticias de fuerza y tambores, algunas sorprendentes en altura, aunque esperadas por los que, como Pecas, metían la nariz en los asuntos políticos a diario. Tal y como estaba previsto, en la primera semana del mes arribaron a la Corte los generales en jefe de los tres ejércitos aprestados en la frontera pirenaica, para tratar sobre la continuación de la guerra y los planes que se deberían adoptar en la campaña que ya se abría a pocas millas por la proa. Sin embargo, y ya de entrada, a los pocos días de su llegada a la Corte caía enfermo el teniente general don Antonio Ricardos, diagnosticándose por los galenos más afamados una pulmonía cerrada que, con extrema rapidez, lo redujo a estado de máxima preocupación. Y como se preveía, el día 13 entregó su alma al Señor en sufrimientos, con gran disgusto de todos los españoles de bien, encabezados por Su Majestad don Carlos, que comprendían la significativa pérdida en momento tan inoportuno.

A caballo de aquel sentimiento nacional, las deliberaciones en el Consejo de Estado, con los tres generales incluidos por orden de Su Majestad, tomaban tintes de

enconada disputa y enganche personal de los dos gallos políticos, aunque uno de ellos contara con los favores de la gallina al mando. El día 14, con el cadáver del general Ricardos en frescor de duelos, tuvo lugar acalorada contienda dialéctica con efectos importantes en la política de la nación. Y aunque se trataba de secreto mantenido a puerta cerrada en doble llave, por orden verbal y expresa de Su Majestad, no es el español, sea cual sea su clase o condición, persona habituada a mantener velada la cortina aunque se trate de importancia suprema. Esa negativa condición se produce, las más de las veces, por ese orgullo personal y ejercicio de autobombo que tantas elevadas cabezas anteponen a los intereses generales de la nación.

Tuvimos detallado conocimiento del incidente a través del capitán de navío Martín del Horno, uno de los ayudantes del bailío Secretario con oreja de largo espolón, capaz de atravesar puertas y mamparos. Este oficial se encontraba casado con nobilísima dama de la Corte, una de las parientas lejanas de Pecas a la que trataba con especial cariño, mujer con aspecto que más recordaba los rostros espectrales de grabados demoníacos, pero con fortuna para enmendar con largura los yerros propios de la naturaleza. Y no fue fácil tarea abrir la caja del marqués consorte, aunque mi cuñado era capaz de descerrajar el arcón más poderoso tarde o temprano.

—Sólo puedo decirte, querido primo —alegaba del Horno en forzada excusa—, que Aranda ha sido desterrado a Jaén y se le tomará declaración para enjuiciarle.

—¿El conde de Aranda desterrado? ¿Cómo es posible que Su Majestad haya tomado tal medida? ¿Y va a ser enjuiciado? ¿Por qué? ¿Volvió a discrepar del favorito?

—Nada más puedo decirte y, por favor, baja el tono de tu voz, que en esta secretaría los muros parecen de seda y disponen de finos oídos.

Como pueden comprender, en poco satisfizo la respuesta cerrada ofrecida por Martín del Horno a mi compañero. Y como no era Pecas de los que dejan para otro día la labor si bulle en la perola noticia de importancia, atacado a muerte por su innata curiosidad e impaciencia, aquella misma tarde girábamos visita familiar al palacio de los marqueses de Fenestroso, noble morada de la pariente, Teresa del Moral. La idea de mi cuñado no era otra que atacar en inesperada emboscada y a solas al, según sus propias palabras, rebelde oficial amparado en la fortuna familiar de su horrenda esposa y querida prima.

Fuimos recibidos con extrema cortesía por el capitán de navío Martín del Horno, así como sinceras muestras de alegría por parte de Teresa, mujer que hablaba a tumba abierta sin dejar hueco para palabra ajena, y con un tono aflautado que mareaba a los asistentes en pocos minutos. Tras los momentos de común conversación y toma de golosinas, con la excusa abierta por mi cuñado de comprobar algunos volúmenes de la biblioteca, pasamos los tres caballeros a la sala privada del consorte, donde Pecas atacó de frente y con portas abiertas sin perder un segundo.

—Nada de libros, Martín, que no es ése el tema que nos ocupa sino el que bien supones. Además, ya nos sabes con la responsabilidad suficiente como para sellar

nuestros labios en lacre, si así lo requieres. Pero debes informarnos con más detalle sobre el destierro del viejo conde.

—Eres infatigable, Santiago, y así lo sospechaba ante el anuncio de vuestra visita. Son mis labios los que se encuentran sellados, por la posición que ocupó en la Secretaría. De todas formas —inclinó la cabeza en señal de derrota—, soy consciente de que jamás te convencería.

—No te quepa la menor duda, querido primo —Pecas sonrió, obsequioso, al tiempo que le ofrecía una cariñosa palmada en el hombro—. Ya sabes que la tenacidad es el lema de la casa de Montefrío.

—Deberías saber que todo aquella información llegada a mis oídos con ocasión de...

—Lo que escuchas con las orejas abiertas, primo Martín, que te conozco —Pecas volvió a ofrecer una sonrisa de complicidad—. Vamos, deja los preámbulos y ataca el grano de una vez. No dejaré de embestir esta torre hasta que caigan sus almenas.

Pareció dudar unos segundos con nervioso movimiento de manos, pero acabó por rendir pabellón del Horno, hombre apocado y con muchos escarabajos en la cabeza, aunque noble y buena persona.

—Bien, mucho espero y confío de vuestra discreción. No es ningún secreto que don Manuel Godoy, duque de la Alcudia, deseaba descabezar al conde de Aranda de los asuntos oficiales con cualquier método a su alcance, por ser la única voz de categoría que le emplaza en contrario, tanto en las deliberaciones del Consejo de Estado, como en los círculos políticos de la Corte. Por esa razón, hay quien asegura que nuestro joven Secretario de Estado ha propalado falsos y muy peligrosos rumores sobre las opiniones del veterano conde, con artes más propias de intrigantes y advenedizos.

—Esa es cuestión conocida por media España —Pecas mostraba su habitual inquietud.

—Sin embargo, la explosión definitiva fue pública y tuvo lugar en la reunión del Consejo de Estado mantenida hace cinco o seis jornadas, al día siguiente de la terrible pérdida del general Ricardos. Aranda, siguiendo su línea, leyó en largo pliego, preparado a conciencia, su argumentación en contra de la guerra, una opinión que todos conocemos pero, en esta particular ocasión, en presencia de Su Majestad y con tono de extrema seguridad, alegando consecuencias políticas y materiales muy negativas para la nación y la Corona, argumentos que suelen afectar muy en pesares a nuestro Señor. El duque de Alcudia, una vez tomado asiento Aranda, alzó cuerpo y voz con ese orgullo juvenil que tan poco gusta a los veteranos, dirigiendo sus palabras al Rey.

—¿Sólo al Rey? —preguntó Pecas, que no deseaba perder ningún detalle.

—No quería decir eso. Hablaba en alto para ser oído por los miembros del Consejo de Estado, pero con el cuerpo girado en medida hacia Su Majestad. Y dijo más o menos textualmente: Señor, éste es un papel que merece castigo, y al autor de

él se le debe formar causa, y nombrar jueces que le condenen, así a él como a otras varias personas que forman sociedades y adoptan ideas contrarias al servicio de Vuestra Majestad, lo cual es un escándalo.

—Vaya andanada de calibre a la línea de flotación. No se anda con chiquitas este advenedizo y ablandabrevas de Godoy —alegó Pecas, interesado al ciento—. Supongo que Aranda le contestaría en modo y forma, que no ha sido nunca el viejo político de los que achantan el bucle.

—Desde luego. Parece que al viejo conde se le enrojecieron las mejillas como granada madura, y se alzó con su habitual energía para contestar por una agresión verbal de tamaño y directa que no esperaba. Si no recuerdo mal, esta fue su argumentación: El respeto a la persona del Rey moderará mis palabras, que a no hallarse aquí Su Majestad yo sabría cómo contestar a semejantes expresiones. Y, según dicen —comentó del Horno, lanzado en la narración sin retorno posible—, Aranda levantaba la mano derecha con el puño cerrado en anuncio de combate personal, para continuar: Expónganseme los errores que tiene ese sentir, ya políticos, ya militares, y procuraré dar mis razones, o retractaré mis asertos cuando oyere otras que estén mejor fundadas que las mías.

—Siempre fue Aranda un hombre de cachas duras y extremadamente hábil con la palabra, aunque odiara a mi padre por todas las cruces. Pero tampoco creo que se achantara Godoy, con su petulancia habitual —Pecas acuciaba en firme.

—Nada de eso. En principio, se explayó en público por primera vez con varios alegatos alusivos al contagio sufrido por Aranda de los principios modernos, así como acusándolo en abierto de ser partidario de la Revolución francesa y de las limitaciones en el poder Real. Creo que algunos miembros del Consejo intentaban tapar sus oídos en aparente dignidad, porque no era el lugar ni el momento para acusaciones de tal gravedad y magnitud. El ambiente, como es fácil imaginar, subió de grados, con todas las miradas centradas en los dos rivales y en Su Majestad. Pero como bien decías, no es Aranda de los que se acobardan y volvió a replicar con energía: Señor duque, es muy de extrañar que ignore Vuestra Excelencia los servicios militares que tengo hechos a la Corona, en los cuales he derramado varias veces mi sangre por mi reyes, lo que no es su caso. Y es de extrañar que sin atender a mi edad, tres veces mayor que la de V. E., no tenga más comedimiento en hablar delante de Su Majestad y demás personas que aquí se hallan. En ese momento, inclinando la cabeza al Rey con sumisión, acabo por exclamar en solemnidad: Señor, el respeto que debo a Vuestra Majestad me contiene.

—¿Eso fue todo? —pregunté sin querer, porque también la narración me tenía prendido de mente.

—Nada de eso. Godoy se alzó de nuevo y contestó en altivo que es verdad que tengo veintiséis años no más, pero trabajo catorce horas al día, cosa que nadie ha hecho; duermo cuatro, y fuera de las de comer no dejo de atender a cuanto ocurre.

—No ha debido contar las horas que pasa en el lecho de Su Majestad la Reina,

aunque es probable que las endose en el cupo de los servicios al Estado, no sin razón —entró Pecas en chanza.

—La situación era de tal tensión —del Horno pareció no haber escuchado las palabras de Pecas—, que el secretario del Consejo, don Jerónimo Caballero, hombre mediano en extremo, se dirigió a Su Majestad para decir: Señor, convendría que lo que acaba de pasar quedase sepultado dentro del Consejo, guardando todos el secreto al que estamos obligados. Pero Godoy, obsesionado en tablas y sin atender a una mínima y obligada norma de cortesía, volvió a insistir públicamente en el necesario proceso que debía sufrir el conde de Aranda, por lo que éste se encaró con el joven gallito: Señor duque, sabría yo someterme a todo proceso con serenidad. Fuera de este procedimiento judicial —otra vez el puño en alto, llevándolo a la frente y al corazón—, todavía tengo, aunque viejo, corazón, cabeza y puños para lo que pueda ofrecerse y sea menester.

—¡Vaya sesión del Consejo! Más se acerca a jornada de gladiadores ante el emperador romano —Pecas mostraba su entusiasmo—. Habría ofrecido un brazo por hallarme presente en esos momentos.

—Una sesión con efectos de orden e inmediatos —el apocado consorte parecía desear el remate de la exposición, sin pérdida de tiempo ni conversaciones añadidas—. Las discusiones del Consejo acabaron a las dos y media de la tarde, sin receso ni aderezos de boca, y una hora después recibía el conde de Aranda orden de Su Majestad para pasar en situación de destierro a la villa de Jaén. Creo que en contadas ocasiones se ha llevado a cabo una medida de tanta importancia con tal celeridad. Pero no creáis que tomó desprevenido la inmediatez de la medida al viejo político, que ya tenía preparado equipo y carruaje en el portal. La verdad es que esperaba el recado al punto, y partió con rostro digno aunque subido en colores de ofuscación. Según se comenta en corrillos, desde esa ciudad andaluza ha dirigido alargados escritos a Su Majestad el Rey, y a la Reina por separado, en defensa propia. Pero no sólo se le procesa al Conde en ley de Corte, sino que también el Santo Oficio intenta entrar en el asunto por veredas, aunque no se cree que pueda progresar esa vía, según muchos abierta también por el inefable Godoy, cuyos tentáculos se alargan por leguas y alcanzan todas las ramas, bien sean civiles, militares o eclesiásticas. Se augura con seguridad el ingreso del Conde en la Alhambra de Granada en situación de arresto, pendiente del proceso.

—¡Qué barbaridad! ¡Una acción difícil de creer! ¡Hasta qué humillante nivel llegará a caer nuestra Monarquía! —Pecas movía la cabeza hacia ambos lados—. ¿No habrá quien pare los pies a ese mozalbete engreído, semental incansable de camas nobles, que nos llevará al desastre?

—Por desgracia —intervino del Horno en voz queda, rebajando los alaridos de mi compañero—, Sus Majestades sólo ven por sus ojos, y en este caso no hay merma posible a la vista. Tan sólo el Príncipe de Asturias, don Fernando, parece andarle con abierto resquemor y odio declarado, pero nada puede hacer a los diez años de edad,

aunque apunte decisión en sus maneras. Sin embargo, he de declarar como cierto y comprobado que el duque de Alcudia trabaja como un coloso, aunque no parece preparado para tan elevado magisterio, especialmente en el momento político de tanta complicación que sufrimos, donde tan importante es la experiencia que conceden los años. En lo que a la Armada respecta, si continúa con sus teorías y actuaciones, acabará por desmantelarla.

—Acabará por tirar al precipicio el trabajo de nuestra Institución a lo largo de todo un siglo. ¿No se queja el bailío en privado a Su Majestad? ¿Ha de tragar carros y carretas con ese mozalbete? —Pecas no daba tregua.

—Bueno —del Horno parecía dudar—, don Antonio intenta protestar y expone un razonado memorándum tras otro al Duque y a Su Majestad con extrema claridad. En mi opinión personal, este gran personaje que tanto ha labrado a favor de la Armada desde que accediera al puesto de Secretario de Marina e Indias en 1783, acabará por solicitar ser exonerado de sus responsabilidades como Secretario en cualquier momento, porque el duque entra con mando de tiranía en los menores detalles de las disposiciones a tomar en la Armada, cuando son notorios sus nulos conocimientos de la guerra en la mar. A don Antonio le frena la situación de guerra que vivimos, pero acabará por abandonar el bastón. Todo ello, sin contar con la merma de recursos que ha decretado Godoy en persona para nuestro ramo.

—¿Quién sustituirá al general Ricardos al frente del principal ejército? —Intenté cambiar el tema para no forzar más la voluntad de nuestro anfitrión, al que se veía incómodo por tener que hablar sobre ideas y opiniones de su jefe directo, condición que comprendía por mi parte aunque poco importara a Pecas.

—En ese aspecto vamos de mal en peor y con suerte enconada a las espaldas —del Horno me dirigió una mirada de agradecimiento, al comprender el capote brindado—. El mismo día de la muerte de Ricardos, se nombró para sustituirle al teniente general O'Reilly.

—¿Al general O'Reilly? No lo puedo creer —Pecas volvía a bufar en protesta de nido—. Ese irlandés de origen es el inepto que causó el desastre de Argel de 1775, donde perdieron la vida más de mil quinientos hombres. Parece que nuestros monarcas olvidan la historia pasada con demasiada rapidez.

—No te preocupes porque nunca llegará a tomar el mando —Martín esbozó una sonrisa—. Cuando el general se encontraba en viaje hacia Cataluña para incorporarse a sus hombres, ha perdido la vida por enfermedad repentina, algo normal porque contaba casi setenta años y sufría muchos achaques. Dicen que será el conde de la Unión el elegido para el puesto.

—¿Cómo piensan que un pobre anciano de setenta años mande un ejército en tan comprometido trance, con un mínimo de eficacia y sensatez? Los generales deben moverse con sus hombres, y no limitarse a observar la guerra a cien leguas de distancia. Aunque no sea de buen cristiano alegrarse de la muerte de cualquier ser humano, debemos reconocer que la guadaña se aparece a veces en nuestra ayuda y

acuerdo —alegó Pecas con sonrisa torcida.

—No he oído hablar de ese general que mencionas. Según me comentó el brigadier Girón hace pocos días, los generales subalternos de Ricardos no le alcanzaban al tacón de sus zapatos. ¿Es competente ese Unión? —pregunté para mantener viva la nueva línea de conversación.

—Según se rumorea, es un magnífico general subalterno. Pero también aseguran algunos jefes del Ejército, que no dispone de la capacidad ofrecida por Ricardos para establecer la táctica general acertada y siempre sorpresiva en sus acciones.

—En ese caso, ¿por qué lo escogen? —Pecas accionaba sus brazos, como si se sintiera ofendido en su honor—. Más tarde aparecerán los lamentos.

—Vamos, Pecas, es condición normal y parece mentira que te extrañe esa conducta —me encaré con él en abierto—. ¿Por qué mantenían al teniente general don Luis de Córdova, anciano decrépito, al frente de la escuadra combinada que dio la espantada en la jornada de las flotantes y fue burlado por el inglés en triste repetición? ¿Y el mando otorgado al conde Morales de los Ríos en demérito del general Barceló, cuando su valor navegaba en duda clamorosa? Bueno, y podría continuar en alargada remesa la serie de incomprensibles nombramientos habidos en la Real Armada.

—Tienes razón, amigo mío —Pecas hizo una leve inclinación en señal de acatamiento—. Cuando me equivoco, lo reconozco, aunque sea en contadas ocasiones.

—Aquel nombramiento del conde Morales de los Ríos fue cosa personal de Su Majestad, que bien lo recuerdo —intervino del Horno—. En estos días, sin embargo, es Godoy quien mueve los hilos y promueve los nombramientos de cierta importancia uno por uno, con la normal y permanente aquiescencia de nuestro Señor. Pero os advierto que no me gustaría encontrarme en el pellejo del conde de la Unión, porque se le presenta una papeleta de temporal corrido en hielos.

—Te refieres al frente del Rosellón —afirmé con seguridad.

—En efecto, aunque los demás también sufrirán las consecuencias a muerte. En estos momentos, retiradas nuestras tropas en sus cuarteles de invierno, disponemos de sesenta mil hombres repartidos en los tres frentes. Pero según escuché al baillío y otros generales, gran parte de ellos son de reciente recluta y con escasa o nula experiencia en el manejo de las armas, lo que es fácil de comprender al observar las últimas levas llevadas a cabo en la Armada. Y para desgracia nuestra, se avisan poderosos movimientos en las fuerzas francesas. El ejército de Tolón, mandado por el victorioso general Dugommier, se incorpora hacia el Rosellón en estos días.

—¿Dugommier? —alegué en sorpresa—. Contra ese general luché en los frentes del monte Faraón, cuando intentábamos mantener la plaza en manos realistas. Por desgracia, no puedo exponer muchos detalles sobre su persona, porque aquella bala me dejó fuera de juego demasiado pronto. Pero creo que se trata de general aguerrido y de los que no ofrecen la espalda.

—Eso se comenta.

La conversación quedó cortada ante la presencia de la señora de la casa, poco dispuesta a mantenerse al margen de cualquier asunto de interés.

—Bien, señores, creo que es suficiente esa teórica revisión bibliotecaria y pueden reintegrarse a nuestra compañía. Nada de conversaciones particulares, que las señoras también disponemos de oídos interesados. Por cierto, Santiago —tomó a su primo por el brazo, arrastrándolo con ella, mientras del Horno y yo los seguíamos a corta distancia—, el próximo sábado ofrecemos una cena en honor de mi esposo, para celebrar su ascenso a brigadier. Me gustaría contar con vosotros, incluido tu cuñado, por supuesto.

—¿Has ascendido a brigadier? —Pecas miró a del Horno, que se había ruborizado, como si se tratara de noticia imposible de ser creída.

—No deberías decir eso, querida. Tan sólo ha sido una propuesta del Secretario que ni siquiera...

—Esa propuesta será refrendada de inmediato, no lo dudes —acalló las protestas del consorte con un movimiento enérgico de sus manos—. Además, la decisión no admite retorno.

—Estaremos encantados de asistir, querida prima Teresa. Tus fiestas marcan la pauta en la Corte, según tengo entendido.

—No seas guasón.

Volvimos con las señoras obligados por la diabólica prima de Pecas, cuya actitud me hacía sentir una gran aflicción por su marido, un pelele entre sus manos que debía sufrir por barras la vida en aquel palacio. Pensé que debía soñar con hacerse a la mar y largar millas a popa. Pero al regresar al salón y observar el rostro de mi cuñada María Antonia, también sentí admiración por ella, capaz de aguantar en firme la cháchara insulsa y atropellada de la marquesa con rostro de galeote.

Aunque no entraba en mis planes acudir a la recepción en honor de quien, sin duda, sería brigadier en pocos días, fue imposible cualquier excusa.

—Nada de eso, querido Francisco —insistía la señora con entorchados en las vueltas—. Conozco tu situación personal y familiar, pero debes tener en cuenta que se tratará de una reunión íntima, sólo familia y buenos amigos. Cuento contigo y no me puedes fallar.

—Por supuesto que asistiré, Teresa —medió Pecas con sonrisa abierta y burlona en mi dirección—. Francisco es muy tímido.

De esta forma, tras otra media hora de escuchar el insufrible monólogo de la marquesa, regresamos al palacio de Montefrío. Y ya en el carruaje y con la necesaria confianza, me liberé de cortesías para declarar por largo y en sinceros.

—Querido Pecas, he de reconocer con la necesaria sinceridad, que tu prima Teresa es la mujer más fea e insoportable que he conocido jamás. No me creo capacitado moralmente para aguantar una recepción en su casa y escuchar un minuto más su desagradable voz de mando. Y perdona mi sinceridad, María Antonia.

—Me alegra escuchar esas palabras, porque las suscribo una por una, querido Francisco.

—¿Hacéis equipo contra mí? —Pecas fingió sentirse ofendido—. Pues debéis saber que todo lo hago por mi buen amigo y compañero, a la vez de cuñado, con el único fin de que regrese a la vida y consiga un destino a flote adecuado.

—Vamos, Pecas, que nos conocemos hace demasiados años. Como eres una rata enferma de curiosidad malsana, no has parado hasta sacarle toda la información a ese pobre del Horno, que bastante ha de sufrir en su hogar.

María Antonia rompió en carcajadas, batiendo palmas en señal de asentimiento.

—Qué ingrata es a veces la amistad, Dios mío —Pecas protestaba en broma, falsamente ofendido—. De todas formas, no puedes renunciar y el sábado asistiremos a la recepción que ofrece mi bella prima. Aunque seas un conde de tres al cuarto, debes mantener una mínima actitud cortés y caballeresca.

Seguimos comentando en chanza descarada y con risas abiertas las habilidades de la noble parienta, así como del que estimábamos como pobre marido, momentos alegres que compensaron en parte la terrible tarde sufrida, especialmente para María Antonia. Por fin, arribamos al palacio de los Montefrío donde, en verdad, me sentía como en hogar propio. Y rematamos la jornada en juegos infantiles, con los niños incorporados en alegría incontenible.

Debo recordar en estos momentos una opinión expuesta en numerosas ocasiones, en la que siempre he creído con fe absoluta. Estoy plenamente convencido de que los acontecimientos inesperados son el imprescindible condimento en las vidas que disfrutamos o sufrimos, sin los que el tedio y la más desesperante rutina se adueñarían de nuestra existencia hasta embridarla en amarga cuesta. Pero estas olas inesperadas golpean el casco de nuestros buques no sólo a su libre albedrío sino que, a veces, nos entran por la banda donde menos las esperas. Y digo estas palabras para declarar que no podía imaginar entonces, lo que ese próximo sábado, en el palacio de los Fenestroso, la caja del destino me tenía reservado. Pero así es la vida y los juegos a que nos somete en inesperado vaivén.

10. Una sorpresa

Pasaron los días de la semana con extrema rapidez, engolfado en aquella nueva estadía que, en mi interior, definía como de extraña y desconocida plenitud muy cercana a la felicidad, una sensación aparentemente nueva o recuperada, quizás, de algún escondido rincón en mi alma. La denominaba así por haber serenado mis más íntimos pensamientos al ras y ser capaz de sentir nuevamente la alegría de vivir, pero con unos tintes de cadenciosa lasitud jamás percibidos hasta el momento. Llegué al convencimiento de que cuando salvamos una marea negra y profunda como aquella en la que me había visto inmerso, cambia de orden el rasero con el que medimos nuestros sentimientos más íntimos. Y aquella mezcolanza de nuevas percepciones y sensibilidades, agradables las más de ellas, había sido posible gracias al trabajo continuo de mis cuñados, volcados en la tarea de arribar la nave de mi estado emocional a puerto seguro. Así lo sentenciaba Pecas con su habitual seguridad y arrogancia, al tiempo que el buen Setum lo confirmaba con un sencillo movimiento de cabeza, que ya arrimaba sonrisas el africano al comprobar con alegría mi satisfactorio estado.

De todas formas, temía y mucho que se tratara tan sólo de un pasajero salvamento, una subida a la cresta de la ola para caer en su seno de nuevo con facilidad, al menor temporal de orden entablado o ataque de pensamiento dormido que revienta por los huecos del cerebro sin sospecharlo.

Creo poder afirmar, sin riesgo a error, que siempre he disfrutado de ese sexto sentido tan estimado por muchos en la vida, una cualidad considerada como altamente positiva aunque, en la mayor parte de los casos, no contribuya al éxito final de cualquier empresa. Y lanzo esta aseveración en avanzadilla a proa porque, conforme se acercaba la fecha de la recepción en el palacio de los Fenestroso, un duende parecía avisar desde muy dentro, como bocina de niebla ante peligro incierto, en el sentido de que una nueva puerta podría abrirse en mi vida. Y aseguro que no siempre ese sentido añadido es de cabal augurio, porque la puerta desconocida puede darnos paso a caminos felices o tortuosos aunque, después de todo, esa sea la esencia y necesario condimento de nuestra vida.

Abordamos aquel sábado 14 de marzo con desigual talante. Mientras Pecas anunciaba a las bandas una divertida jornada, propenso como siempre a la vida cortesana y sus juegos añadidos, María Antonia y yo largábamos cruces contra los vientos como los viejos contramaestres, pensando en la marquesa prima y su implacable verborrea. También pesaba en mi interior el escaso atractivo que me producían aquellas reuniones donde los figurines de corte reinaban con polvos en las alas y vuelo permanente, aunque siempre pudiera encontrar alguna conversación interesante entre la esperada concurrencia de oficiales de la Armada.

Alcanzamos la noble mansión engalanados como príncipes florentinos, tarea que trabajó mi compañero de armas sin dejar de lado aspecto alguno. Ya me saben poco

propenso a los oropeles cortesanos, que es difícil cambiar la sangre recibida en parto por mucho que te ataquen los años con escenarios azules, pero debí rendir el mástil de la resistencia por agotamiento. De esta forma, cambiamos la severidad del uniforme por las casacas bordadas en oro, brocados de flor y relucientes aderezos corporales, los más de ellos prestados en mi caso del vestuario familiar por necesario auxilio. Y aunque intentara la protesta por vereda llana, supe perdida la batalla desde el primer momento, aunque no atisbara ni de lejos las razones verdaderas que movían a mi cuñado.

En esta ocasión no nos dirigimos hacia las estancias particulares de los nobles parientes, como en la visita girada pocos días antes, sino de forma directa al salón de recepción. No dudamos un instante del camino a seguir entre árboles frondosos y macizos de flores, porque debimos seguir las antorchas cubiertas por el servicio y enhebradas en reguero, especial detalle de la casa ofrecida a los invitados al estilo que denominaban como sendero prusiano. Por fin, atacamos una estancia de proporciones extraordinarias, en cuya antesala oficiaba el capitán de navío del Horno en tarea de recibo, también en excusa de uniforme para no desenmascarar el entuerto familiar del acontecimiento.

Tal y como presumía Pecas, en poco se acercaba aquella esplendorosa velada a la reunión íntima y familiar anunciada en vísperas por la tenebrosa prima, sino más bien a sarao de Corte ofrecido en altura y marabunta de luces, con Teresa en funciones de regente, sin ofrecer un mínimo descanso a sus cuerdas vocales. Y no era mala cosa la multitud acudida en la ocasión, porque de esta forma era fácil escapar de su impenitente, agotador e insulso parloteo.

Por mi parte, tomé camino particular con discreción, hasta entablar conversación con algunos compañeros conocidos y saludar diversos jefes con los que había coincidido en funciones de escuadra o escenarios de combate. Entre ellos, fue ameno e instructivo escuchar las palabras del brigadier don Ignacio María de Álava y Navarrete, de visita en la Corte pero presto a reincorporarse a su puesto como mayor general de la escuadra del Océano, un vasco del que todos hablaban en elogios y con razón. Recordó nuestra coincidencia durante las acciones de Tolón, cuando él oficiaba como mayor general en la escuadra del general Lángara y debió apencar con el intercambio y traducción de los documentos oficiales con los británicos, tarea de pulso y descalabro al primer despiste. Además de ser uno de los hombres en los que confiaba de lleno el general Gravina, había sido comandante del jabeque San Luis y eso, como decía el general Barceló en habitual sentencia, marcaba la carrera naval de cualquier oficial de la Armada.

Pero el duende había avisado con tino y la sorpresa debía presentarse a barlovento tarde o temprano, aunque debo reconocer que tuvo lugar cuando menos la esperaba y ya mi alma comenzaba a largar estachas de tranquilidad por vía llana. Me encontraba de charla con Pecas, uno de los escasos momentos en los que pude rescatarlo de los grupos cerrados por jovencitas de largo escote y mirada sinuosa, a las que tan

aficionado era a pesar de las miradas torcidas que le enviaba María Antonia en la distancia, cuando sonó la inconfundible voz de la prima Teresa a mi espalda, al tiempo que tocaba mi hombro con su firmeza habitual.

—Le busco desde hace rato, Francisco, y parece esconderse de mi persona. Quiero presentarle a mi vieja amiga Eduardina de Gálvez y su prima, recién llegada de las Indias. La pobre ha quedado viuda hace pocos meses y su familia, rica y antigua hacendada en Nueva España, decidió enviarla a la Corte para restablecer su ánimo. Su desgraciado esposo murió de forma trágica, tras ser asaltado...

Teresa cesó en su parloteo al comprobar, sorprendida, mi rostro, una vez girado para encarar a nuestra anfitriona y su compañía. Quien sepa de mis aventuras suscritas en las costas del virreinato de Nueva España años atrás, podrá imaginar la impresión recibida al observar aquellos ojos negros que me hicieron retroceder en el tiempo a ritmo de disparo. Como en una rápida relación de hechos narrados en cuento, pasaron por mi cabeza los meses gozados y sufridos en las costas de California, el primer encuentro con Beatriz en Tepic en julio de 1788, la pecaminosa y desenfrenada pasión que acabó por rifar mi espíritu, las navegaciones por las aguas frías, la pérdida de mi mano, el regreso de mi alma a la normalidad con la culpa añadida y tantas situaciones que, a pesar del tiempo transcurrido, retornaban a mi mente con infinita claridad. Fueron escasos segundos, al tiempo que pronunciaba el nombre prohibido con indisimulada sorpresa. —¡Beatriz!

Alcanzaron mi pecho como tiro de bombardas los mismos sentimientos que aquel lejano día en Tepic. No me crean propenso a las exageraciones, un pecado ajeno por largo a mi normal conducta, pero el negro, un color amadrinado en cuerpo y alma a Beatriz, me invadió por completo una vez más. Escuché de lejos las palabras de Teresa, sorprendida por la situación creada, con Beatriz y yo enganchados en una mirada abierta y sin cortinas.

—Vaya por Dios. Resulta que ya conocía a mi especial invitada que deseaba presentaros. Era una...

—Conocí a Beatriz —corté por derecho—, hija de don Hugo de Lastra y Moneada, nieto de uno de los primeros colonizadores establecidos en California, hace algunos años. Por entonces era señora viuda del capitán Ildefonso Urtube, aunque tuve conocimiento de que había contraído nuevo matrimonio antes de mi retorno. Siento mucho que haya sufrido una nueva pérdida.

Se hizo un silencio denso y frío, mientras Pecas y Teresa nos observaban sin pronunciar palabra, asombrados quizás de las intensas miradas que compartíamos. Beatriz no había cambiado nada, si acaso aumentado su incomparable belleza cinco años después. Nadie diría que aquella joven señora, mediada la veintena, había quedado viuda dos veces, sin contar otras relaciones personales que debían quedar a puerta cerrada en el desván del caballero. Y como siempre, el negro se abría en velos sobre ella con dominante excelencia, la absoluta contraposición al blanco que representaba el recuerdo de Cristina.

Como si se tratara de una exacta y fidelísima reproducción establecida por orden superior, vestía un traje negro de amplio escote y alargados vuelos.

Mantecía el cabello negro y lacio cayendo con indolencia sobre sus hombros, mientras centraba sus ojos grandes del color del azabache en los míos, como si deseara taladrar mi cerebro y observar los pensamientos más ocultos. Sin embargo, también se asociaba en mi cerebro el negro a la mentira y el juego sucio, lo que propició un ligero ramalazo de odio contenido en mi pecho. Escuché su voz, mientras mostraba una ligera sonrisa.

—Muchas gracias por sus condolencias, Francisco. Me alegro mucho de verle de nuevo, una grata e inesperada sorpresa.

Sus palabras tronaron a repique de cañón en mis oídos. Era el tono del arrullo dulce y procaz tantas veces escuchado en la más absoluta intimidad. Y debo explicarles que, en mi opinión, siempre consideré la voz en la mujer como uno de sus mayores poderes de atracción, cuando se emplea con la sabiduría y el gancho sensual que muchas saben utilizar. Repasé al límite de la cortesía su cuerpo, para recrear mi vista sobre su piel morena, tela de seda que había recorrido con mis manos y mi boca hasta el más mínimo detalle, bien lo sabe el maligno. Y como colofón, sobre su pecho se abría paso un collar de extraordinarias perlas que, sin dudarle un solo instante, asocié al gobernador de California y las islas Nitinat. Como repetición marcada por el destino, no podía apartar mis ojos de aquellos otros que se cubrían por largas pestañas negras en nervioso movimiento. Fue la voz de Pecas lo que me devolvió a la realidad.

—De modo que conocías a esta belleza sin par y lo tenías bien escondido en el baúl, sinvergüenza. Ya que mi prima Teresa ha olvidado el más mínimo detalle de cortesía, me presentaré en primera persona. Capitán de fragata de la Real Armada Santiago de Cisneros, duque de Montefrío. Es un placer conocerla, señora.

Pecas besó la mano de Beatriz con exagerada reverencia, al tiempo que se abría en taimada sonrisa al atar los cabos sueltos y comprender en pocos segundos y al completo aquel pasaje cerrado de mi vida.

—Dos viejos amigos en lamentable situación —apostilló Teresa, que no estaba dispuesta a perder información alguna ni amortiguar las brasas—. Debe saber, Beatriz, que el conde de Tarfí quedó viudo hace pocos meses. Su mujer, como su hermano Santiago, era prima mía muy querida, una terrible pérdida que todos lloramos.

No me gustó la entrada de la cotorra por vía de aclaraciones, ni la mención de Cristina en aquellos momentos, que el blanco y el negro casan mal tanto en la tierra como en el cielo. Pero he de reconocer que todavía andaba perdido en emociones cerradas, sin poder apartar mis ojos de las conchas negras. Volví a escuchar su voz.

—Siento mucho que haya perdido a la madre de sus hijos, Francisco.

—Muchas gracias por sus condolencias, Beatriz. Por cierto, ¿cómo sigue su querido padrino, el gobernador don Pedro de Fages?

Lancé la pregunta como dardo envenenado, que aquella pecaminosa relación

mucho tuvo que ver con mi persona y la aparejada rendición de mi prometido amor a Cristina. Pero me arrepentí al segundo tras observar una mueca dolorosa en su rostro, que nunca fui hombre de devolver las picas por la espalda y menos todavía a una mujer.

—Por desgracia para California y para España, don Pedro murió el año pasado. Fue un duro golpe porque también mi padre siguió sus pasos pocas semanas después —hizo un gesto con sus manos, como si deseara apartar los malos recuerdos—. Pero allí seguimos luchando por engrandecer nuestra patria, aunque algunos no lo comprendan en la Corte. Como sabrá, de poco sirvió su esfuerzo y sacrificio, que ya los britanos navegan por nuestras costas de las Altas Californias como Pedrito por hacienda propia y con jugosísimos beneficios.

—Siento la muerte del gobernador, así como la de su padre, a quien bien recuerdo. Ya tuve conocimiento exacto de los Tratados suscritos por nuestro Señor con el Rey de la Gran Bretaña. No siempre nuestros esfuerzos se ven reflejados en forma adecuada, tiempo después, por la política.

—Dejemos la política y otros asuntos que a nadie interesan —interrumpió Teresa—. Con la sorpresa de este feliz reencuentro, Francisco, no llegué a presentarle a mi amiga Eduardina de Gálvez. Su esposo es miembro del Consejo de Estado.

Pero ya todo volaba en cruces sobre mis hombros, que mis ojos y mi pensamiento habían quedado prendidos en el negro como forzado a los grillos, sin posible remisión de pena. Aunque los ramalazos del odio y el resentimiento, no padecidos jamás hasta el momento, clavaban dardos y espuelas a irregulares intervalos, la emoción interior se rendía ante la visión y el tono embriagador. Y aunque no quisiera reconocerlo, una voz interior colada de rondón me repetía de forma insistente que en esta ocasión las condiciones se habían volteado, que ya no era hombre atado a mujer sino libre cual pájaro.

Sin embargo, ese mismo pensamiento clavaba picas a su paso, hasta hacerme sentir ruin y miserable.

Por fortuna, el grupo se fue extendiendo y las conversaciones derivaron hacia otros derroteros, aunque Pecas no perdía movimiento de mis ojos ni palabra salida de mi boca. Beatriz fue requerida por otros hombres, animados por aquella especial belleza criolla, con lo que volví a quedar en una deseada soledad pocos minutos después. Pero mis ojos buscaban la piel morena en la distancia con mayor o menor recato, al tiempo que los recuerdos más íntimos se abrían paso hasta enardecer mi carne a las bravas. Ensimismado en aquellas escenas, escuché la voz de mi cuñado, entonada con especial sorna.

—Quedamos en que un día abrirías el cofre cerrado de tus secretos, querido amigo. Todavía resta un capítulo de tu paso por California, que deberás encarar conmigo más pronto que tarde. Creo llegado el momento.

—Por favor, Pecas. No es el...

—Deja los cuentos a popa, Gigante. Ya suponía algún amor perdido en tus meses

por las costas del Apostadero de San Blas, pero debo reconocer que no lo esperaba con mujer de tan extraordinaria belleza.

—Ya te lo explicaré con detalle, te lo prometo —era sincero aunque, en aquellos momentos, deseaba mantener otros pensamientos—. Pero ahora no podría y deberás comprender que no es el lugar adecuado.

Pecas, inteligente como siempre, comprendió mi estado de ánimo, dejando de insistir en el tema, condición poco normal en su habitual conducta. De esta forma, continuamos aquella comedia de sonrisas y reverencias, aunque los ferros se encontraban bien firmes y con sus uñas clavadas en la arena. Llegó un momento en el que intenté huir de las conversaciones y salí a la balconada que rodeaba el salón hacia los jardines, en busca de la deseada soledad. Por fin, respiré con fuerza, como si me hubiese sentido en llamas durante algunas horas. Bebí con ansia el resto de mi copa, como si allí pudiera encontrar la paz que tanto necesitaba. Pero aquel sexto sentido había avisado en plenitud y la suerte estaba echada sobre las aguas. Mientras observaba los parterres que formaban caprichosos dibujos, con las flores en todo su esplendor, volví a escuchar el murmullo de la sirena cerca de mí.

—Tenía que hablar contigo, Francisco.

Me giré hacia ella para encarar sus ojos. El dulce tuteo acentuaba el tono embriagador de su voz. Supe de mi rendición antes de entrar en combate, aunque mantuve cerrada la boca.

—No ha sido sorpresa encontrarte esta noche. Sabía de tu presencia en Madrid, así como la situación familiar que has sufrido. También tuve conocimiento de tu vida en estos cinco años, con tus éxitos y ascensos. Conseguí de mi prima Eduardina una invitación a esta fiesta porque necesitaba..., necesitaba darte una explicación.

—¿Una explicación? —Intenté ofrecer una sonrisa burlona que pareció quedar a medio camino—. Las señoras nunca necesitan explicar nada.

—Ya sé que don Pedro mantuvo una larga e interesante conversación contigo, cuando te restablecías en el hospital de San Blas. Pero te mostró el pico de la montaña solamente y debes saberlo todo con suficiente detalle —levantó una de sus manos hacia mi boca para imponerme silencio, al tiempo que mostraba un gesto de súplica en el rostro—. Como habrás supuesto, en principio el gobernador me utilizó para retenerte en California, y no estimes como sencilla esta penosa declaración que me hunde donde, quizás, merezco. Pero no creas que don Pedro era una intrigante y ambiciosa persona, o que llevó a cabo aquella reprochable acción por interés personal, puedes estar seguro. Por encima del bien y el mal se encontraba lo que él consideraba como el engrandecimiento de California y de España. Y tú jugabas un importante papel en sus planes. Aunque te cueste creerlo, llegó a tomarte un especial y casi paternal cariño, tanto que me apartó de ti cuando..., cuando yo no lo deseaba. Por fin, me consiguió un ventajosísimo casamiento y te hizo regresar a España y a tu familia.

—¿Por qué me cuentas lo que ya sé? Te advierto que no me dolió la revelación que me hizo en su momento, porque yo era ya otro hombre bien distinto. La vida nos

encurte a su modo. Tras los sufrimientos padecidos en el naufragio de la goleta y días posteriores sin esperanzas de salvación, curé las heridas de mi alma y regresé al camino que nunca debía haber abandonado. Aunque no hubiese regresado a España de inmediato, no habría vuelto a verte.

Volvió a mirarme con especial intensidad. Me pareció detectar en su gesto que no había creído mis palabras. Sin embargo, regresó a sus argumentos con decisión.

—Te lo cuento porque no lo sabes todo. Debes creerme. Te aseguro que juraría mis palabras por Dios y a riesgo de condena eterna. Es cierto que comencé el juego bajo las directrices de don Pedro, mi padrino y amante de varios años, pero no calculé las consecuencias —bajó la cabeza antes de continuar en un susurro—. Lo que no supe calcular es que me enamoré de ti como una niña en su primer lance. Es posible que hayas sido mi único y verdadero amor, perdido por mi culpa. Ya sé que de nada sirven estas palabras y no encontraré jamás tu perdón. También es cierto que no merezco un hombre como tú. En fin, así viene y va la vida, volteándonos a su antojo. Pero quería que supieras la verdad. Lo que empezó como un juego interesado, acabó por convertirse en algo distinto y yo fui la primera que rompí la baraja en el juego de don Pedro. Tan sólo deseo que me perdones por el daño que te hice aunque, eso sí, nunca olvidaré los momentos que pasé a tu lado.

Nos miramos en silencio durante alargados segundos, incapaz por mi parte de encontrar las palabras de rechazo que una parte de mi ser deseaba utilizar. Padecía en mi pecho sentimientos encontrados, lo que produce un sufrimiento difícil de explicar. Por una parte deseaba acercarme más y besar sus labios a muerte, perderme en su cuerpo como aquellas noches sin posible olvido. Pero también la voz interior me avisaba del mal, de la culpa y de las posibles consecuencias que un acto irreflexivo podía desencadenar. La figura borrosa de Cristina se hizo presente, al tiempo que señalaba a mis hijos en la distancia.

—Nada tengo nada que perdonarte, Beatriz, puedes estar tranquila. Después de todo, también fue una agradable experiencia para mí. Como te decía, recobré la cordura tras el hundimiento de la goleta y, después de todo, he de reconocer que fueron muy gozosos los momentos pasados a tu lado. Cualquier hombre cubriría montañas por alcanzar tus favores.

Las palabras brotaban en falsete y con fuego añadido, aunque me arrepintiera de ellas conforme abandonaban mi boca. Beatriz encajó el golpe con una desmayada sonrisa, una mueca de dolor enmascarada. Su voz me envolvió en redondo una vez más.

—Merezco esas palabras, más propias de innecesaria venganza, aunque no sean propias de un caballero como tú —otra vez se abrió la mueca que hacía arder mi piel—. Quien miente ha de pagar, es ley de vida. Pero no creas que la mía fue solar de rosas. Muchas de las confesiones que te hice, más de las que supones, eran ciertas como la existencia de Dios.

—Llevas un extraordinario collar de perlas —rocé sus cuentas con el dorso de mi

mano, al tiempo que temblaba por el suave contacto de su piel—. Supongo que son perlas de las islas Nitinat.

—No las encontró don Pedro aunque siguió buscándolas. Las que recibiera de aquel marino moribundo, las repartió en dos collares. Uno te lo entregó a ti para..., para Cristina. El otro me lo legó en su testamento. Dicen los entendidos, que se trata de ejemplares sin posible comparación.

—Es muy probable que sea así.

Dudaba del camino que debía seguir, cercano a la rendición absoluta, cuando nos interrumpió la voz de mi cuñada María Antonia. Y les adelanto que si eran muchos los favores recibidos en la pila bautismal por esa gran mujer, llegué a convencerme de su gran inteligencia, así como del profundo y verdadero cariño familiar que sentía hacia mí. Intenté la presentación, interrumpida por Beatriz.

—Ya nos presentaron hace rato. Según creo, también usted pasó algunos años felices por las Indias, aunque más al sur.

—Así es y allí conocí a mi marido Santiago. La verdad es que no soporto mucho estas fiestas y acabo por sentirme rendida de tanto parloteo insulso, aunque no debería declararlo tan abiertamente —esbozó una sonrisa—. Espero no haber interrumpido alguna conversación..., bueno, ruego que me disculpen por la sinceridad.

—Nunca es mala esa condición, María Antonia —intervine con doble sentido, antes de entrar en chanza para enfriar la situación—. Tan sólo recordábamos viejos tiempos. Supongo que habrás gozado con la conversación de la prima Teresa.

—Por desgracia, no tanto como habría deseado. Son muchos los invitados que ha de atender —se giró hacia Beatriz antes de continuar—. Desde que la he observado por primera vez, no he podido apartar la vista de su espléndido collar. Sólo había visto uno de parecidas perlas.

—El gobernador de California regaló dos iguales —intervine aparentando normalidad en mi voz—, con unas perlas de especial y novelesca historia. Uno me lo entregó para Cristina, al despedirme del Apostadero de San Blas. El otro se lo legó a Beatriz, su ahijada.

—Son unas perlas extraordinarias.

Continuamos la conversación con temas generales, aunque la mirada de María Antonia era expresiva y calculadora. Otros invitados se unieron al grupo, buscando un poco de aire puro, con lo que dimos fin a la conversación que se repetía en mi cerebro como pique de campana.

No volví a hablar con Beatriz, perdida entre los salones, aunque buscara sus ojos en la distancia. Por fin, llegó el momento de la despedida, con cierta desazón por mi parte, al no poder recabar alguna información sobre sus planes para los próximos meses, un deseo que no habría declarado ni sometido a martirio por el tribunal del Santo Oficio. Sin embargo, Teresa me ofreció las últimas noticias en oportunidad.

—Su amiga Beatriz marchó hace una hora con Eduardina y me rogaron

despedirlas de los amigos. Según parece, la bella criolla sufría un agudo dolor de cabeza.

Cerca estuve de preguntarle en detalle por sus vidas, aunque me contuve por la presencia de Pecas y María Antonia. Pero mi amigo no estaba dispuesto a perder la presa informativa.

—¿Viven juntas en la Villa?

—Si te digo la verdad, querido primo, no lo sé. Pero es posible que se encuentre invitada en casa de Eduardina, a la que no veía desde hace años. Pero si quieres...

—Muchas gracias por una fiesta tan fantástica —me adelanté a besar su mano y cortar el grifo que podía salpicar—. Espero ver pronto a Martín con bordados de platas en las vueltas^[61].

—Esta misma semana, no lo dudes.

Por fin, abandonamos el palacio de los Fenestroso, con el ánimo rendido a la sentina y los vientos entablados de los cuatro cuadrantes en mi pecho, aunque intentara aparentar normalidad. Pero no había recorrido el carruaje más que unas pocas varas, cuando ya saltaba Pecas con su humor habitual, aunque con la precaución que la presencia de María Antonia reclamaba.

—Verdaderamente hermosa esa dama criolla que conociste en las costas de California. Y viuda por dos veces. No me extrañaría que sus esposos hubiesen muerto por reñido duelo de amores. Era el centro de murmullos entre los hombres.

—No es para tanto —declaró María Antonia con firmeza—. Además, hay algo en ella que no me acaba de gustar. No podría decir lo que es con detalle, pero mi instinto me dice que no es una buena persona —se giró hacia mí con la seriedad marcada en su rostro—. No es mujer adecuada para ti, Francisco.

Me tomó por sorpresa aquella tajante y directa declaración, que intenté sortear en broma.

—¿Para mí? No pienso en ninguna mujer, querida cuñada —intentaba aparentar superficialidad, aunque siempre mi rostro solía delatar los verdaderos sentimientos—. La conocí en casa del Gobernador cuando andaba casada con un capitán de las milicias de Monterrey, que murió poco después en un encuentro con los indios de aquellas tierras. Después volví a verla en alguna recepción y supe que había contraído matrimonio con un riquísimo hacendado. Es indudable que se trata de una hermosa mujer, esa cualidad queda a la vista, pero nada más.

—Querido Francisco —María Antonia me tomó la mano con cariño—, nunca has sabido mentir. Las miradas no engañan. Y no creas que deseo conocer ningún detalle escabroso ni me mueve la curiosidad, como es el caso de mi esposo que te atacará con sus pesquisas, no lo dudes. Pero me gustaría repetir, si me lo concedes, que no es una buena mujer. Creo que ningún hombre sería feliz a su lado.

La sentencia final dejó el marco en silencio, como si hubiese dictaminado por orden del justicia mayor. Y de esta forma regresamos a casa, ya entrados en el nuevo día. Por mi parte, alegué cansancio para retirarme con rapidez, deseando quedar en

silencio y oscuridad para elevar mis recuerdos y aclarar esos sentimientos que luchaban a tocapanoles en mi pecho. Pero no estaba dispuesto Pecas a soltar la presa con facilidad. Tras elaborar una pueril excusa, y retirada María Antonia a su alcoba, me obligó a acompañarlo a su despacho, al tiempo que atacaba una frasca de aguardiente de Cehegín.

—Por favor, Pecas. Estoy abierto de cuadernas y rendido de sueño.

—Vamos, Gigante, no intentes una retirada porque soy capaz de entrar en tu cama y amarrarte al dosel hasta que sueltes la lengua. Prometiste que algún día me contarías la verdad de lo acaecido en California, y es llegado el momento, sin discusión posible.

—Es una larga historia que no merece...

—Disponemos de todo el tiempo y aguardiente de sobra para una interesante y alargada velada, amigo mío, como en tantas otras ocasiones —Pecas tomó asiento, al tiempo que golpeaba con la mano a su lado para que imitara sus movimientos. Escanció dos generosas copas, ofreciéndome una de ellas.

—Nunca hemos mantenido secretos el uno para el otro, Gigante —ahora empleaba concentrada seriedad, aunque lo conocía lo suficiente para entrever su táctica, a la que debería rendirme tarde o temprano—. No creo que ese lunar deba empañar nuestra relación de tantos años, prendida con la más absoluta sinceridad.

—No seas retórico, enano. Ya sé que siempre nos contamos todo con extremo detalle en esas vidas paralelas que mantenemos desde septiembre de 1781, cuando sentamos plazas como guardiamarinas en la Escuela Naval. En esta ocasión, mantuve a puerta cerrada ese apartado de mi vida porque así lo creía necesario. Es posible que ahora, tras la muerte de Cristina, pueda abrir el saco de los recuerdos. Y también es posible que lo necesite tras los momentos vividos esta noche que, como habrás supuesto, me han calado muy hondo.

—Vamos, amigo mío, larga el velacho de una vez. Después te sentirás mejor.

Y no sólo largué el velacho sino todo el trapo a los vientos. Bebí la primera copa con rapidez y en silencio. Pero ya atacaba la segunda cuando me decidí. Narré a Pecas todo lo sucedido desde que conociera a Beatriz en el palacio del gobernador en Tepic, hasta mi última entrevista con don Pedro de Fages en el hospital de San Blas. Mi buen amigo abría los ojos a menudo en muda sorpresa, sin poder sospechar la profundidad de lo sucedido y las circunstancias de todo tipo que lo rodearon. Evité sus interrupciones habituales con mi mano, amenazando con cortar la narración si no me permitía aligerar la bolsa hasta el final.

Cuando lancé las últimas palabras, así como la conversación mantenida con Beatriz en la balconada, Pecas lanzó un ligero silbido. Pero aunque parezca extraño y de difícil comprensión, me sentí ligero de alas tras lo que más parecía confesión general de enfermo entrado en tinieblas.

—Sospechaba algo parecido, aunque no con tanta intensidad. Pero te adelanto que nada ha de avergonzarte. Cuando el hombre se mantiene en soledad durante muchos

meses o años, el demonio de la carne acaba por picarlo sin remedio. Y ya conoces mi teoría sobre la fidelidad conyugal, que no es necesario repetir. Pero no comprendo que guardes buen recuerdo de ese gobernador, Pedro de Fages, tras la miserable e indigna treta que urdió contra tu persona.

—Ya sé que es difícil de comprender. Pero si lo hubieras conocido en persona, me darías la razón. Para aquel hombre lo primero y principal, casi por encima del bien, el mal y su propia vida, era el engrandecimiento de las Californias y, por lo tanto, de España. Y no se equivocaba, que con hombres así conquistamos medio mundo, mientras lo perderemos si la sangre continúa en disolución de miseria. Por esa razón lo perdoné y lo sigo admirando.

—Y al verla esta noche ha recrecido el gusano adormilado. ¿Sigues enamorado de Beatriz, o se trata solamente de un deseo carnal que pasa como el vuelo del alcazaz?

Pecas empleaba ahora un tono de severidad inapropiado en él. Pero no era fácil contestar aquella pregunta, por lo que me mantuve en absoluto silencio. Volví a beber para esconderme, aunque sabía que no se hallaba allí la salida.

—No podría contestarte y te soy sincero. Al verla otra vez, he sentido la misma atracción. Soy incapaz de mantener su mirada sin que me sienta azotado por un látigo de fuego. Es posible que esa mujer me dominara a su antojo si así lo dispusiera, lo que me da miedo, he de reconocerlo.

—María Antonia es una buena mujer y sabia como pocas —entristeció el tono de su voz.

—¿Qué tiene que ver...?

—Porque habló con sabiduría al sentenciar que no te conviene esa mujer. Ya me sabes poco propicio a la seriedad y fidelidad que exige el contrato matrimonial. Comprendería y hasta te envidiaría si tomaras a esa mujer como capricho pasajero o simple disfrute carnal. Pero me temo que no eres de esos y siento cierto temor de lo que podría suceder. Te hablaré con sinceridad y seriedad, cosa que pocas veces hago. No veo a Beatriz como la madre que necesitan tus hijos, ni la mujer que te haría feliz. María Antonia tenía razón. Creo que serías un desgraciado a su lado. Deberías olvidarla para siempre.

Nos miramos a los ojos. Pocas veces había visto una expresión igual en el rostro de mi amigo, al punto de hacerme sentir temor, un miedo a una espuma negra sin formas determinadas. Pero en mi interior se abrían demasiadas voces, aunque las más de ellas corroboraban las palabras de Pecas. Posiblemente, lo que me causaba pavor eran mis propios sentimientos y lo que la vida podía ofrecerme en los próximos días.

11. Marejada gruesa

Los dos días posteriores a la recepción ofrecida en el palacio de los Fenestroso, con la sorpresa añadida en nombre de mujer que había enturbiado hasta la última gota de mi sangre, quedé sumergido en la más absoluta inquietud y zozobra mental, una situación repetida en el tiempo que no deseo al peor de mis enemigos. El primer problema a solucionar, o así lo estimaba en aquellos momentos, era intentar que el torbellino de sentimientos encontrados no se reflejaran con la habitual transparencia en el rostro y comportamiento, una norma difícil de romper en mi persona. Fue un verdadero ejercicio de acción teatral a la que me sometí por necesidad vital y en la que, con mayor o menor éxito, creí cumplir el papel que yo mismo me había asignado.

Aunque me repetía una y otra vez que no debía emprender una senda con posibilidades de abrirse en derrotas más o menos inciertas y tormentosas, el rostro de Beatriz se mantenía con extraordinaria nitidez y grabado a fuego en mi cerebro. Desde las formas tan especiales de sus ojos negros, boca y rastros de sonrisas huidizas, el sueño descendía por su cuerpo pulgada a pulgada, sin dejar de lado un solo poro de su piel, para trastocar mi ánimo en convulsiones mentales y, por encima de cualquier otra consideración, atizar el deseo en su más clara y calenturienta expresión, como terciana carnal que remite para retornar con más fuerza poco después.

Nadie en la casa volvió a pronunciar el nombre de Beatriz, prohibido como bicha de mal agüero desde aquellas primeras horas, ni siquiera al comentar los muchos detalles de la cortesana recepción en la jornada precedente, un acuerdo formal de imposible fractura. Charlábamos con fingida animación sobre rumores, vestidos, ascensos, maneras y tocados, para criticar a unos y ensalzar a los menos, pero salvando las aguas que podían varar en la isla maldita. Lo sentía en el ambiente y me desazonaba el ánimo a cerrazón, como pequeño que escapa en sonrisas de sus mayores para ocultar un indecoroso pecado.

Ni siquiera en la compañía de Setum encontré esa paz o apoyo necesarios, porque el buen africano también me observaba en blando y a hurtadillas. Nuestra conversación se mantenía en abierta superficialidad, para acelerar sus palabras cuando la conversación podía atravesar linderos prohibidos. Y alcancé tal punto de ahogado nerviosismo, entre la situación familiar y los pensamientos preñados de deseo, que decidí encararme con él, incapaz tal vez de atacar por derecho los silencios de Pecas o María Antonia. Una vez más intentaba encontrar en mi fiel mahometano la tabla de salvación, tantas veces largada por el través a mi disposición. Paseaba por el jardín a su lado, cuando atacué por directo.

—¿Puedo saber qué os sucede a todos en esta casa, Setum?

—Nada que yo sepa, señor. La verdad, no comprendo su pregunta.

—Por favor, viejo amigo, no escapes tú también. Son muchos los años que llevas

aparejado a mi vida y nos conocemos muy a fondo, al punto de adivinar nuestros pensamientos, especialmente tú con las dotes de brujería recibidas en el nacimiento. Has salvado en demasiadas ocasiones mi vida y espero que Dios te dé salud para continuar a mi lado, así como a mí para disfrutar de tu compañía. Pero esta situación acabará por hundirme en la locura si se mantiene en el tiempo, y no veo el clareo de nubes en la distancia. Todos en casa se muestran esquivos, preocupados por mi salud mental, como un ser degenerado a punto de recaer en el peor de los vicios.

Setum me miró a los ojos, en esa su típica expresión paternal que tan bien conocía. Temía sus palabras porque rara vez erraba en sus predicciones, ni entraba al trapo del acuerdo si opinaba en contrario. Restregó sus fuertes manos entre sí, ligeramente nervioso, antes de entrarme por lo llano.

—Nunca deberá olvidar un aspecto de la mayor importancia, señor. Le quieren bien todos aquellos que lo rodean y, en estos momentos, se sienten preocupados por el derrotero que puede tomar su vida. Ya me informó don Santiago del..., del encuentro con la dama llegada de las Indias. Hablamos con la necesaria confianza y puntualidad sobre ciertos pormenores del caso, perdidos en tierras americanas, y bien sabe Dios que dejé largar mi lengua porque era en beneficio suyo, que en caso contrario podrían arrancarla a tirones sin hacerme escupir una sola palabra. Si me permite un consejo, señor, no debe el hombre tomar de nuevo el hierro que ya dejó marcas en su piel, porque el rebencazo sobre herida abierta lacera por mil. Y menos todavía cuando de él dependen rastros de escasa edad como son los hijos.

—¿Por qué me dices eso? No he tomado ningún hierro ni es mi intención...

—No se mienta a sí mismo ni intente enmascarar el problema con nubes blancas, por favor —Setum me interrumpió para declarar con severidad—. Ya le avisé en Tepic sobre los movimientos tan poco recomendables de la señora y no me creyó, cegado por insana pasión. Gracias a Dios cayó a las aguas claras en su momento, aunque le costara una mano. Comprendo que, ahora, en la especial situación familiar y personal que vive, su instinto le muestre un camino cubierto de rosas porque así lo desea, como si se hubiesen levantado los frenos que imposibilitaban su curso. Pero no es ése el problema verdadero y lo sabe. Esa señora de especial belleza y encanto, capaz de hacer perder la cabeza a un rico sultán, le mintió en provecho propio de forma taimada y repetida, y quien miente una vez sobre los verdaderos sentimientos del corazón, acabará por hacerlo otra vez más pronto que tarde, no le quepa duda, y con dolor añadido.

Escuché sus palabras, largadas con voz profunda, sin recibir el necesario descanso. Aunque no me cabía duda de la sinceridad y verdad en sus opiniones, nunca gustamos de escucharlas si éstas caminan contra nuestros más encubiertos deseos, que así nos abrieron los ojos en el parto a la mayor parte de los humanos.

—No debéis temer que emprenda un camino errado. De tal forma se lo expliqué a ella con claridad.

—Dios o Alá así lo quieran, y de esta forma lo imploro en mis rezos. Pero no

muestra su rostro por las claras esos deseos que afirma, y sabe que a Setum no puede ocultarle la verdad. La pasión hace sufrir al cuerpo como enfermedad de difícil cura, especialmente en el hombre blanco que la rodea de aquello que estima como verdadero amor. Debe separar ambos conceptos por mucho que le cueste, porque en verdad son tan dispares como el agua y el aceite. Si desea aplacar el fuego que le arde bien dentro, puede encontrar caminos más seguros. Pero por el bien de todos, espero que la señora Beatriz regrese a las Indias, de donde no debía haber partido jamás.

No me quedó agradable regusto de la conversación mantenida con Setum, único a quien me atreví a encarar, aunque en mi interior esperara un navío de parecidas cuadernas por la proa. Y no había sido sincero al asegurarle mi curación por lo llano, que el cuerpo criollo bailaba en mi cerebro sin descanso, embutido en gasas transparentes y suaves arrullos de sirena. Pero habría mantenido su caudal la torrentera si no se diera el aldabonazo definitivo en la tarde del segundo día, cuando un carruaje llegó al palacio de los Montefrío con mensaje largado en prenda y sin espera de respuesta. Aunque habría sido cuestión normal que Martín, el mayordomo de sala, me entregara el pliego cerrado y dirigido en persona, para mi sorpresa fue Pecas quien lo dejó caer como noticia sin interés, tras entablar una ligera conversación.

—Por cierto, Gigante —Pecas había regresado al uso del mote juvenil desde la conversación mantenida la noche anterior en su despacho, como si considerara necesario retomar el rumbo perdido—, ha llegado un recado para ti hace pocos minutos.

Alargó su mano en mi dirección con ensayada desgana. Observaba mi reacción, que saltó en tronera porque no siempre podemos mantener la raya.

—¿Un mensaje? ¿De quién? ¿Marchó el recadero sin esperar respuesta?

—Según parece, esas fueron sus indicaciones. Discreta entrega y posterior silencio.

Tomé el pliego lacrado con visible nerviosismo, sin intentar siquiera enmascararlo a sombras en esta ocasión. Con la primera y rápida ojeada, pude reconocer los trazos a pluma corrida de la dama en aclaración de destino, que ya había leído otras misivas de la misma mano, de esas que se mantienen escondidas en un apartado rincón del cerebro. Y no necesité el descalzador de calafate plateado que solía utilizar para la faena, sino que rompí el sello a mano y con urgencia, hasta abrir el cofre de los truenos sin importarme la cercana presencia de mi amigo. Como en otras ocasiones anteriores, que se perdían en los rastros de la memoria, se trataba de una escueta nota.

Querido Francisco: Mucho me ha costado decidir este envío y espero que lo comprendas. No intento inmiscuirme en tu vida, puedes jurarlo, pero necesito verte y hablar contigo unas últimas palabras, antes de emprender mi definitivo tornaviaje a California. Te espero esta tarde, a la hora que te sea posible. Me alojo en la mansión de los señores de Gálvez, que han debido

partir hacia Granada por urgencia familiar. De todas formas, si lo crees más conveniente, opta por la ausencia. Sabré comprenderlo aunque me duela. Recibe todo mi cariño. Beatriz.

Leí aquellas palabras una y otra vez. Concentraba mi vista en la letra apresurada, aunque ya el cerebro navegaba por libre y en mares abiertas.

Volví a observar el cuadro repetido tantas veces en mi cerebro a lo largo de las últimas cuarenta horas con extraordinaria nitidez, el cuerpo desnudo de Beatriz enroscado al mío, mientras besaba con urgencia su piel y su boca abierta en sensual sonrisa. Sentí un escalofrío de anticipado placer, consciente de que los dados de la suerte habían sido echados a mis espaldas mucho tiempo atrás. La voz de Pecas, inexpresiva como pocas veces la había escuchado, me devolvió a la realidad.

—Supongo por las especiales muecas de tu cara, que el recado es de Beatriz.

—Así es —contesté sin mirarlo a la cara, temeroso de lo que allí podía encontrar.

—¿Una cita amorosa, quizás? —Pecas hablaba con tono ligero de voz, como si no ofreciera mayor importancia al tema.

—No es eso, exactamente. Regresa a las Indias y desea despedirse de mí. De eso se trata tan sólo, una sencilla despedida.

—¿Una despedida? —Arqueó las cejas, incrédulo, al tiempo que ofrecía una sonrisa burlona—. Pero si nuestra dama solamente lleva en la Corte unas pocas semanas. Creí entender a su prima que Beatriz permanecería un tiempo alargado con su familia de España, y que ya no le ataba nada en California.

—Supongo que habrá cambiado de opinión —no deseaba seguir la conversación, sino correr a mi alcoba y soñar en libertad mientras llegaba la hora del encuentro.

—Gigante, amigo mío —Pecas se acercó a mí hasta tomarme por el brazo—. Sabes bien que no hay peor ceguera que la empleada por nosotros mismos para ocultar la realidad. No deberías caer en esa trampa que se atisba pueril y sencilla. Si creyera posible que disfrutaras de esa señora sin compromisos añadidos, aplaudiría la decisión con orgullo y algo de envidia, debo reconocerlo. Pero mucho me temo que no sea así. Estoy seguro que María Antonia te diría que no debes asistir a esa cita, sino ofrecer una evasiva contestación.

—Ya está bien de sermones, Pecas. No eres el más indicado para reprocharme nada en ese sentido, un hombre capaz de amar a más de una mujer a la vez.

—No parece comprender nada, amigo mío. Una cosa es enamorarse sin poner en peligro la dignidad familiar, y otra bien distinta meterse en trances de fuego.

—Creo que lo comprendo todo. Además, no es éste un problema que os afecte a María Antonia ni a ti, sino mío y muy personal.

Me sorprendí del tono empleado, al punto de sentir un ramalazo de arrepentido dolor al comprobar la reacción en el rostro de mi amigo. Pero el envite estaba largado por largo y no era capaz de mudar en facha.

—Tienes razón, Francisco. Perdona por haberme inmiscuido en un asunto

personal.

Pecas se giró para abandonar el saloncito. Sus últimas palabras y el frío tono de su voz me hirieron muy adentro, como profundo astillazo en el vientre, al tiempo que podía comprobar cómo la tierra se abría bajo mis pies. En los casi trece años de profunda e inquebrantable amistad con mi gran compañero, era la primera vez que cruzábamos lanzas sin un mínimo y amistoso remate. Y había sido yo, Francisco Leñanza, el chico de campo elevado a la nobleza, quien traspasara la raya de la ignominia. Bien es cierto que ahora, tantos años después, veo con absoluta claridad la luz que, por entonces, quedaba vedada a mis ojos.

Todo se encuentra escrito en el libro del destino, aseguraba Setum en una de sus habituales sentencias. Aunque se trate de verdad incontestable, si observamos la evolución de nuestras vidas en su conjunto, también es cierto que el destino lo forjamos a pulso y en primera persona cada día, de forma especial cuando en él debemos empeñar nuestra felicidad y, más importante todavía, la de aquellos que nos rodean a favor.

Con la experiencia que me ofrecen los años, en estos días que intento relatar los episodios más importantes de mi alargada existencia, buenos y malos, es sencillo calibrar la tapia que llegó a nublarne la razón en tan escandalosa medida. No es mala la pasión como norma habitual de vida, aunque aboguen en contra de tal aserto algunos eclesiásticos de estrecha comprensión, porque sin ella el alma se vacía demasiado pronto y el hombre puede convertirse en pelele desmayado. Pero cuando la pasión, normalmente con tintes avaros, de poder, amorosos o de insaciable deseo, se forma en red tan copiosa que nos hace perder el norte y hasta el más sencillo rumbo de la aguja, es cierto que se corre el peligro de tomar la vida de costadillo, una versión paralela, errónea y peligrosa, aunque no seamos capaces de calibrarlo en su momento.

Vienen al caso estas explicaciones, para intentar exponerles mis sentimientos en aquellos días que siguieron a la nota recibida de Beatriz. Pero no lo tomen como recibo justificativo de mis acciones en avance, nada más lejos de la realidad, porque no navega mi alma en esas necesidades por estos días, ni lo estimo oportuno en mi personal legado. A pesar de la recomendación de Pecas y el duro silencio de Setum cuando le ordené aprestar el carruaje que debía incorporarme a la cita, acudí a la teórica despedida con la sangre levantada en ampollas y el corazón desbocado, como infante que pretende gozar de piel femenina por primera vez. Era así, sin duda posible, aunque me lo negara con insistencia. Y para cerrar el saco, Beatriz me esperaba radiante, con tal belleza y atractivo elevado por las nubes, que hasta el santo Martirio se habría atragantado en balas de carne.

Como es fácil deducir, no tuvo lugar la despedida anunciada. Beatriz lloró entre mis brazos como alma perdida que navega entre dolorosas penas, exponiendo con increíble detalle sus tribulaciones, una vida accidentada por mil motivos ajenos que la movieron hacia el arroyo sin una mano salvadora. Y para rematar la faena, me

declaró una vez más su amor rendido a mi persona desde nuestro primer encuentro en Tepic, calificándolo como meta añorada en silencio pero de imposible alcance. Por esa razón alegaba como necesario su inmediato retorno a las Indias. Creo que fue en aquellos momentos cuando caí en trance de tinieblas, porque nada más probar sus labios me dejé llevar por la torrentera con infinita dulzura. Volvimos a amarnos como en aquellos lejanos días en las Californias, al punto de convencerla para mantenerse en la Corte y no salir de mi vida una vez más. Como les decía, tinieblas y más tinieblas.

Las dos semanas siguientes al primer encuentro, cambió mi vida en las treinta y dos cuartas de la rosa de los vientos. El nuevo Francisco Leñanza vivía solamente para y por Beatriz, enajenado o poseído, quizás, por esas extensiones del mal que nos entran a barlovento y sin el trapo tendido en conveniencia. Por las tardes acudía a la residencia de los Gálvez, para caer en brazos de la mujer amada y alcanzar el alba rodeado por sus brazos, entre suspiros ahogados, placer rendido y marea ralentizada. El resto del día no existía en realidad, sino para conformar una sencilla espera hasta el regreso a la deseada felicidad. Pero más sufría cuando Beatriz alargaba nuestros encuentros, aunque fuese por una sola jornada, alegando razones de necesaria discreción que no era capaz de comprender, días en blanco que me mortificaban el alma sin medida.

En el palacio de Montefrío la vida se había tornado fría y distante, sin el calor que siempre encontrara entre los que me querían como hermano. Pecas rehusaba mi compañía y evitaba mirarme de frente, María Antonia se limitaba a sencillos monosílabos y movimientos expresivos de cabeza, y hasta Setum parecía un duende alejado de mí. Todo lo achacaba a la empecinada incomprensión general, una especie de conspiración maléfica en contra de mis sentimientos, aunque la voz dormida me avisaba de que caminaba por la cresta de la ola sin el aparejo en firme. Pero todo pellejo de vino tiene una máxima capacidad, y el mío comenzó a gotear una mañana cuando debí enfrentarme a lo que entendí como una sencilla encerrona.

Debían ser los primeros días de un abril entrado en vientos y chubascos, cuando recabaron mi presencia en la biblioteca. No esperaba mayor novedad, pero comencé a entrever la escena al observar a Pecas y Setum, ambos con los rostros marcados al tercio y la mirada decidida. Sin mencionar una sola palabra, el africano cerró la puerta a mis espaldas. Tomé asiento mientras intentaba forzar una sonrisa en mi boca que, supongo, quedaría en mueca sin fuste. Pecas no perdió un solo segundo.

—Debemos hablar con seriedad, Gigante. Y bien sabe Dios que no es plato de mi gusto.

—Pues no lo tomes —me encontraba con los nervios abiertos e intentaba frivolizar por chanza lo que era materia de suficiente seriedad.

—He de tomarlo frío o caliente, porque en la vida nos debemos a ciertos principios inexcusables, aunque no todos lo piensen así.

El tono decidido y severo de Pecas, como jamás lo había escuchado, me tomó

desprevenido, al punto de hacerme sentir un ligero temor, miedo a lo desconocido. Me mantuve en silencio, dispuesto a recibir los argumentos que por mi cuenta imaginaba.

—En estos últimos veinte días te has convertido en otro hombre, una persona a la que no creo conocer. Y si no lo hubiera comprobado con mis ojos, lo habría negado una y mil veces. La verdad, siempre te imaginé con más fortaleza, y no me refiero a los brazos sino a la del cerebro. Visitas a escondidas a esa viuda criolla, como perro encelado en trance de secreto...

—Mide tus palabras, Pecas —salté como lobo en jaula, aunque para mi sorpresa, esa reacción forzó una sonrisa en mi compañero.

—Mucho las he medido y meditado antes de emprender este combate, que estimo como de los principales y más peligrosos librados a lo largo de mi vida. Tal aseveración podría corroborarla Setum o cualquiera de los que te quieren en verdad, y sin buscar beneficio alguno. Diré lo que he de decir quieras o no, porque lo entiendo como ineludible obligación. Te encuentras, sencillamente, amancebado, como vejarrón mujeriego sin futuro ni decoro. Además, has perdido la capacidad de comprobar la realidad que se mueve a tu alrededor. Le has pedido matrimonio a quien no lo merece ni por millas, ofrecido regalos que no te pertenecen y, poco a poco, vas perdiendo lo que jamás debe perder un caballero, la dignidad. ¿Te imaginas a esa mujer como madre de tus tres hijos, los hijos de mi hermana, aquella a la que decías adorar? ¿Has entrado en permanente y profunda locura?

—No te consiento que sigas por ese camino, Pecas, ni que utilices ciertos adjetivos al referirte a Beatriz —volví a tronar—. Y no es cosa tuya lo que haya entregado a esa dama por cariño y como obsequio.

—¡Te equivocas! —Pecas elevó la voz en grito—. Sí que es cosa mía, como albacea testamentario de mi hermana, aquella queridísima Cristina que parece haberse evaporado de tus pensamientos. No puedo prohibirte que recabes de tu administrador don Alonso Sanromán, con quien mantuve una conversación y también busca tu bien sin merecerlo, todos tus bienes, hacienda extremeña incluida, para entregarlo en prenda de favores, pero no dejaré que toques una onza que no corresponda. Entre otras regalías, has entregado a esa..., a esa señora el collar de perlas que regalaste a mi hermana y que, por derecho y ley, corresponde a tu hija Rosalía. Según parece, sólo hay dos de tan incomparable valor, y alguien los deseaba en una sola mano.

Me disponía a cargar por la brava, cuando Pecas, con una decisión que jamás le había supuesto, saltó en alarido de mando.

—¡Calla la boca y escucha! Cuando acabe puedes tomar el camino que desees, pero creo que, al menos, tras muchos años de verdadera amistad, merezco unos segundos de tu persona. No he acabado, para tu desgracia que es la mía y la de esta casa. Por mi cuenta, con ayuda de personas discretas y hábiles en estos menesteres, sé bastante de la vida que navega en lo que llamas como mansión de los Gálvez. Fue un

error de mi prima Teresa no investigar a su antigua amiga, como era necesario y conveniente. Don Manuel de Gálvez no es ni jamás ha sido miembro del Consejo de Estado, y en la actualidad no se encuentra en Granada por urgencia familiar, sino desterrado en la isla del Hierro por malversación de caudales públicos, con prohibición de regresar a la Corte de por vida. Y aunque sé que te va a doler y no lo creerás como posible, debo confesarte que sin posible error... —Pecas pareció dudar unos segundos—, debo confesarte que no eres el único que recibe los favores nocturnos de esa dama, aunque podríamos eliminar este último adjetivo y utilizar el verdadero nombre que merece.

—¡Mientes! —Escupí las palabras con rabia a la vez que cerraba el puño de mi mano derecha en troncho. Al mismo tiempo, observaba un movimiento de Setum para cerrar distancias.

—Si otro hombre me dijera algo así, debería verse conmigo en encuentro de caballeros, puedes estar seguro. Ya sé que en este caso acabarías conmigo, porque eres más fuerte y hábil con las armas. Pero no es el miedo lo que me impide actuar de acuerdo a las normas. Antes de que acabemos esta conversación y, si es tu deseo, se separen nuestras vidas para siempre, quiero recordarte solamente un detalle más. Cuando te encuentres en soledad y puedas recapacitar, imagina lo que estarán pensando Cristina y tus padres allá arriba sobre tu conducta. Según parece, ya no te interesa la carrera en la Real Armada, lo que, como bien sabemos, no merece tu padre y el esfuerzo que por ti llevó a cabo. En cuanto a lo que calificas de mentira, como esta tarde no tienes cita con Beatriz, acude a su casa a las ocho y verás como se le abre en franquía la puerta a un señor de noble aspecto, el conde de Malterra, joven adinerado y soltero, famoso en la Corte por su declarada dedicación a cierta clase de mujeres.

—Mientes como un bellaco, Santiago de Cisneros —la sangre corría como riada de aguacero entre mis venas, al punto de vomitar insultos que jamás habría osado largar contra un amigo, el mejor amigo—. No permaneceré un segundo más en esta casa.

Fue el momento en el que Setum entró en danza. Se acercó a mí con decisión para tomarme del brazo, una garra de la que no era posible escapar. Pude advertir el dolor en su rostro, aunque mi mente divagaba por infiernos sin rumbo. Fue tajante en sus palabras.

—No miente don Santiago, señor, y parece mentira que pueda ofenderle de tal forma. Me he dedicado a su persona de por vida, honrado de su amistad y cariño. Ya sabe que hablo siempre en verdad, y puedo prometer por esa vida posterior prometida, que yo mismo he visto con mis ojos a ese hombre entrar en casa de doña Beatriz por la tarde, para salir a la mañana siguiente. Incluso pude observar una cariñosa despedida en la puerta. Nadie miente aquí señor. Tan sólo nos mueve su bien y el de sus hijos.

Creo que pocas veces en mi vida sentí un ramalazo de furia incontenible como

aquella. Despellejaba mi única mano al cerrar el puño, dispuesto a cualquier medida. Observé el rostro de aquellos dos hombres que tanto habían significado en mi vida, pero todo se volvía borroso en mi cerebro. Decidí abandonar aquella escena de dolor. Me giré para salir de estampida, lanzando un velador por los aires a mi paso. Cerré la puerta con fuerza, deseando que el palacio de Montefrío se derrumbara a mis pies.

12. Pecas y Setum

Siguiendo ese invisible libreto amadrinado a mi persona desde el nacimiento, y no siempre con música celestial de base directora, la norma que marcará mi vida en la Armada y en la mar se mantuvo con severa terquedad aunque transitara por horizontes de secano. Como tantas otras veces, a partir de aquel momento los acontecimientos se sucedieron en forma alocada y extrema rapidez, azuzados por cola de fuego propia, al punto de ser imprescindible la carrera de los años para ser analizados con la necesaria equidad, que la menestra marinera bien aderezada toma el gusto con el paso del tiempo.

Tras la agitada conversación mantenida con Pecas y Setum, que tantos años después todavía me parece difícil de creer como sufrida en primera persona, dirigí los pasos a mi alcoba cual tigre enjaulado y hambriento, a punto de saltar sobre la primera presa a disposición. Me moví por el aposento como enajenado en ataque definitivo, rumiando en voz alta las pretendidas insidias recibidas de los que estimaba como amigos y arrollando a mi paso cualquier objeto porpreciado que fuese. Desde entonces comprendí la sabiduría de los que alegan como cierta la locura de la pasión en el ser humano, aspecto que solemos despreciar con ironía hasta haberlo vivido. Pero no era posible esperar que las aguas recuperasen la calma en vaivén acondicionado, porque aún las olas tendían al alza y la mar cerebral se ampollaba en crestas blancas de altura.

No estoy seguro, pero creo que aguanté unos pocos minutos solamente en aquella situación de frenesí exacerbado. El cerebro trabajaba en una sola decisión y algunas palabras escuchadas segundos antes, martilleaban mi cabeza a tambor de piquete y sin descanso. Pero por encima de todo, la visión de Beatriz en los brazos de otro hombre, aunque el corazón lo negara a muerte, se abría paso con mayor o menor nitidez en el cerebro, una imagen que golpeaba mi pecho con pedernal de risco duro.

No pude aguantar por más tiempo la situación. Sin pensar siquiera que la discusión mantenida y su desenlace final me obligaba a abandonar el palacio familiar y encontrar una solución para mis hijos, una condición que ni siquiera llegó a ser analizada, abandoné la casa y tomé con mis manos la pequeña carretela de los Montefrío para abordar lo que consideraba como inexorable destino. La duda debía ser despejada de inmediato, aunque temiera en los fondos cualquier posible desenlace. Pero también una parte de mi ser deseaba la muerte, porque ninguna solución podría satisfacer el camino que se marcaba a fuego en mi vida.

Quedé apostado frente a la nominada como casa de los Gálvez a las siete de la tarde, con una hora de antelación al momento en el que Beatriz solía recibirme. Fue entonces cuando pude comprobar que mi aspecto físico no era muy presentable ni acorde a la mínima cortesía, pero deseché aquel pensamiento de un ligero plumazo mental, porque poco importaba a la misión emprendida y a mi estado emocional.

Aunque pueda parecer lógico pensar que el paso de los minutos debía serenar mi

espíritu y bajar la presión de los sentimientos a una mediana normalidad, navegaba contra la corriente y a elevada velocidad. Mi mano derecha, la de carne, bailaba sobre la de madera haciendo sonar su estructura con peligro, mientras los pensamientos entraban a fuego y sin medida, mezclados entre sí con visiones de espantoso sufrimiento.

No sé si sentí alivio o temor cuando escuché la llegada de un carruaje por la calle del Baután, que fue a parar junto a la puerta objeto de mis pesquisas. Y sin esperar un solo segundo, descendió del mismo un joven de elegante aspecto, en el que destacaba una melena corta y rubia, más propia de mujer. Tras hablar unas pocas palabras con quien se mantenía en el pescante, partió el tiro mientras él se dirigía con decisión hasta el portal, haciendo sonar el picaporte.

Aunque me encontraba a cierta distancia, pude comprobar que Rosa, la sirvienta personal de Beatriz, abría la puerta como tantas otras veces a mi persona, ofreciendo su habitual y recogida reverencia con una abierta sonrisa en su rostro, mientras dejaba paso franco al personaje. Debí apretar la mano derecha contra mi muslo, al tiempo que las imágenes más desoladoras se repetían en mi cerebro. Dicen que todos los hombres pasan alguna vez en su vida por un periodo de mayor o menor locura, y en mi caso lo asevero sin posible error, que no era aquel el Francisco Leñanza nacido en Fuentelahiguera de Albatages, sino un demonio poseído por los celos y el engaño de amor, una mezcla más mortífera que los obuses de a 64.

Aguanté en el asiento más tiempo del que estimaba posible, el ánimo perturbado con violencia hasta la galleta. Estimo que en mi interior concedía el tiempo necesario para que la escena se completara en negro, que la copa rebosara deshonor y depravación hasta quedar esparcidos por la arena, de forma que no se pudiera negar el agravio. Fue entonces cuando, sin saber por qué, eché de menos un arma a disposición, blanca o de fuego, un detalle tomado al viento, aunque tampoco le concedí mayor importancia. Por fin, abandoné la carretela y me dirigí con decisión hacia el portal que tantas veces abordara con encendida pasión. Y en este caso no golpeé el picaporte, aquella cabeza de león rampante en bronce que tan bien conocía, con la sutileza de otras veces, sino como campana catedralicia picada a rebato de epidemia.

Transcurrían los segundos con espantosa lentitud. Sin esperar un minuto más, escuché el característico ruido del cerrojo en el interior. La puerta se abrió un par de cuartas, lo suficiente para encararme con el rostro de Rosa, cuya mueca de sorpresa era más que significativa. No esperé un solo segundo en ladrar mis palabras.

—Quiero ver a la señora Beatriz inmediatamente —intentaba calmar los nerviosos movimientos del cuerpo, aunque mi rostro y el aspecto general de mi persona no debían mover a tranquilidad.

—Lo siento, señor, pero la señora no se encuentra en casa en estos momentos —se percibía con claridad el temor en el rostro de la sirvienta, así como la mentira apresurada—. Ha debido salir...

Sin esperar un segundo más ni pronunciar palabra, empujé con fuerza la hoja a medio abrir, acción que hizo rodar a la pobre indiana por el suelo. Y mientras ésta repetía la misma canción entre gemidos, con la angustia reflejada en su rostro, ya me movía como monje por convento propio y tomaba las escaleras que conducían al piso superior. No necesitaba indicaciones supletorias para llegar a lo que había considerado hasta entonces como el más recogido nido de amor.

La puerta de la alcoba de Beatriz se encontraba cerrada, un detalle más que alargaba el frenesí cerebral sin medida, porque todo apuntaba en la misma dirección con un insano incremento de sensaciones. Ya sé que parecerá difícil de creer, pero ni siquiera me planteé una mínima deferencia de cortesía, ni mantener norma alguna de urbanidad y necesario cumplimiento. La locura se encontraba abierta en tablas, y ni un regimiento de alabarderos habrían detenido mi camino. Abrí con decisión y atravesé la celosía de listonarlos para embocar el coqueto reservado que mi mente recreaba a diario, donde tantas veces había charlado, bebido y preparado el camino del más intenso amor con la mujer dueña de mi ser.

Aunque esperaba un cuadro parecido, sentí un golpe terrible en el pecho al observar a Beatriz en los brazos del joven figurín de Corte, mientras, con las copas en la mano, parecían brindar por una decidida felicidad. La amorosa mirada que dirigían los ojos negros y su especial sonrisa barrieron la última resistencia, si es que todavía existía. Los dos volvieron sus rostros hacia mí al unísono, Beatriz con el más puro terror que jamás observé en rostro de mujer, mientras la sorpresa se reflejaba en el del joven. Fue ella la primera en reaccionar.

—¡Francisco!

Como por arte de magia, que así lo estimo con absoluta seguridad, mis nervios se tendieron a la rasa en pocos segundos. Parecía haber recibido el caudal de lluvia que amansa el temporal con extraordinaria rapidez. El dolor se extendía en oleadas de sangre, pero mi mano ya no temblaba de furia ni los tambores abombaban la cabeza. Creo que esa segunda persona que todos llevamos dentro fue la que dirigió la conversación, más propia de tragedia galante y perversa. Durante mucho tiempo me avergoncé al recordarla, pero no es momento de esconder la grana.

—Me habían asegurado que eras una cualquiera que ofrecía sus favores al primer mequetrefe cortesano con bolsa rellena, pero quería comprobarlo con mis propios ojos —ofrecí una sonrisa de desprecio mientras me acercaba a ellos—. Ya veo que mis informadores se encontraban en lo cierto, lo que no ponía en duda. Como olvidé pagar tus servicios la última noche, aquí tienes el monto estimado, que no es de caballeros mantener deudas de alcoba.

Sin apartar los ojos de la pareja, metí mi mano en la faltriquera de la casaca y lancé la bolsa contra ella con fuerza, lo que hizo saltar algunas monedas al aire. Beatriz se repuso con cierta rapidez. Abandonó la comprometida postura y, para mi sorpresa, pasó al ataque.

—¿Cómo te atreves a entrar en mi alcoba? ¿No te resta un mínimo de dignidad?

—¿Has hablado de dignidad? ¿Tu alcoba has dicho? —De mi boca brotó una risa nerviosa—. No sabía que las de tu ralea tuvieran conocimiento de esa decorosa palabra, ni que dispusieran de aposento propio. Supongo que ese malversador del señor Gálvez o la alcahueta de su mujer recibirán un porcentaje adecuado, al proporcionar cama y asiento.

Fue entonces cuando entró en acción a quien suponía como conde de Malterra, mantenido en silencio hasta el momento como si asistiera a una comedia en reducido corral. Se levantó del asiento con lentitud, al tiempo que se encaraba hacia mi persona con voz engolada.

—Deberá disculparse con la señora en forma adecuada, así como abandonar inmediatamente esta mansión, si no quiere sufrir las consecuencias.

—¿Disculparme con la señora? Le aseguro que no veo ninguna señora por aquí, tan sólo una ramera encumbrada en brazos de un lechuguino de poca monta. Y abandonaré esta casa de mancebía cuando lo estime oportuno, aunque es posible que ustedes salgan antes por la ventana y en vuelo de cometa.

El conde de Malterra era joven, recién traspasada la veintena, alto de guinda y con fuerte complexión. Pero me encontraba lanzado en combate cercano y, en verdad, sólo deseaba matar y morir, que así se mueven los espíritus a veces cuando la razón queda prendida en corazón herido. Sin embargo, no se descompuso el noble al compás, aunque se le notara entreverado de nervios y cierto temor en sus ojos. Hizo un nuevo intento, al increparme con una decisión que el tono de su voz delataba en falsete.

—Según me parece comprender por comentarios escuchados, es usted el conde de Tarfí, oficial de la Real Armada. Aunque sea un hombre disminuido por la falta de una de sus manos, me veo obligado a anunciarle que mis padrinos lo visitarán esta misma noche.

—Olvidemos las normas de cortesía, los condados, la nobleza y demás zarandajas de oportunidad, más propias de cobardes —empleaba un tono burlón y ofensivo al máximo—. No es usted más que un sacamantecas, mequetrefe de tres al cuarto, parto de rabizona y tiburón, y no necesitamos padrinos ni mayores teatros para entrar al trapo. Pero debe saber que me sobra una mano para romper su rostro aderezado con polvos y comerme sus riñones en asado.

Lanzado al abordaje sin chuzo protector, adelanté mis pasos en su dirección, observando que el figurín palidecía como máscara de cera y reambulaba a popa sin recato. Sin embargo, ese fue el momento en el que Beatriz nos sorprendió a los dos. Mientras me centraba en la discusión con quien, según supe más tarde, se llamaba Carlos de Estremera, y en vista del cariz que tomaban los acontecimientos, la criolla había decidido tomar la vía directa y me apuntaba con una pequeña pistola de cachas plateadas, un cachorrillo de esmerada fábrica con el gatillo montado. Pero no crean que me asustó la medida porque tal vez apetecía un final semejante, razón por lo que ofrecí rostro de diversión, como si asistiera a comedia de chanzas.

—¡Vaya con nuestra criollita! Por lo que se ve, las entretenidas de cuna también deben conocer el uso de las armas, para evitar que las desplume el rufián de turno. Dispara cuando quieras, que no será la primera bala que muerda mi carne.

—Beatriz, por favor, aparta el arma —Malterra le habló con decisión, el rostro en blanco todavía—. Este asunto debemos lidiarlo los hombres.

Y esas fueron las últimas palabras que consigo recordar de la esperpéntica velada, porque en aquel mismo momento sentí como si una bala de a 36 me impactara de lleno en la cabeza, al tiempo que un concierto de nubes blancas y estrellas danzaban en círculo por mi cerebro. Como última sensación analizada, creí escuchar en la distancia una orquesta de flautas celestiales.

Entre sueños escuchaba rumor de voces, aunque no podía distinguirlas con claridad. Sin embargo, por mi cerebro desfilaban escenas dulces y amargas sin distinción ni aceptable cronología, posiblemente un pequeño y altercado resumen de lo que había sido mi vida. Se aparecía Cristina con aquel vestido blanco y batiendo palmas, como la conocí en la hacienda Santa Rosalía, mientras gritaba el nombre de su hermano Santiago con especial cariño. Pero el cuadro saltaba al tranco, porque también repasé la explosión sufrida en las flotantes, el apresamiento del bergantín inglés en el puerto africano y el momento en el que Setum, a bordo de la goleta Santa Lucía en las altas latitudes, debía sajar mi mano con la hachuela de abordaje para liberarla. Pero por encima de todo sentía un profundo dolor en la cabeza que se extendía en oleadas por el resto del cuerpo, batiendo tambores y espuelas. Creo que fue entonces cuando comencé a comprender algunas frases, como si me llegaran prendidas en el murmullo de la distancia. Alguien comentó con decisión.

—Dale más láudano, Setum, y esas hierbas que mencionabas. Que duerma varios días este maldito bujarrón si es necesario.

Eso creí entender antes de entrar y salir de los sueños, una actividad a la que debí tomar apetencia, porque pasaba del bien al mal, y viceversa, sin solución de continuidad, hasta conformar un episodio que llegué a encontrar divertido, o así parecí sentirlo.

Lo que es volver a la realidad y percibir conciencia de mis pensamientos y palabras, tuvo lugar con motivo de los rayos del sol sobre mi cara. Abrí y cerré los ojos, sin tener idea de dónde me encontraba ni la época de mi vida que atravesaba, si es que me mantenía en el mundo terrestre, porque todo nos parece posible cuando regresamos de la distancia perdida. Pero antes de cobijar cualquier otro pensamiento, la figura de Beatriz con una pistola en la mano, apuntada hacia mi pecho, cobró especial fuerza, al punto de ahogar mi respiración y hacerme desear el regreso al periodo de los sueños entrecortados.

Por fin, reconocí mi alcoba, la utilizada como propia en el palacio de los Montefrío, mis cuñados. Los recuerdos comenzaban a tomar vida con exagerada velocidad; la reunión mantenida con Pecas y Setum, mi traslado a la mansión de Beatriz, la conversación allí desarrollada, más propia de truhanes y presidiarios, la

amenaza de la dama y, como sesgo definitivo, ahí se borraban mis recuerdos en precipicio de calado profundo, sin estela o indicación posible.

Con mi mano derecha palpé la cabeza, allí donde el dolor mantenía rumores de sufrimiento, para comprobar una abultada venda que debía cubrirme al redondo como turbante de sultán. Fue entonces cuando distinguí la figura de Setum al lado de mi cama, sus grandes ojos abiertos al palmo. Y puedo jurar por la salud de mi alma, que la sonrisa abierta en su boca tranquilizó las tormentas entabladas en mi pecho como el aceite la superficie de las aguas. Si mi buen africano sonreía, no corría peligro, de eso no me cabía duda alguna. Las primeras palabras salieron de mi boca reseca con esfuerzo.

—Setum. ¿Qué hago tendido en la cama? ¿Por qué estas vendas en la cabeza? ¿Voy a morir?

—No morirá de ésta, señor, aunque bien lo merecería por falta de entendederas — la sonrisa se evaporó para ofrecer un gesto de reconvención—. Pero no debe olvidar que, como los muertos resucitados, llega de otra vida a la que no se puede regresar.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo he llegado hasta aquí y por qué? Por favor, habla.

—Supongo que recordará la conversación que mantuvo en la biblioteca con don Santiago y conmigo, aunque también sería mejor que jamás regresara a su memoria tamaña indignidad.

Repasé su rostro con detenimiento. No era, como otras veces, el gesto del padre amoroso dispuesto a corregir al hijo desviado del buen camino, sino de mayor gravedad. Pero ya mi mente se aclaraba a un largo, y no al gusto ni favor propio. Repasé la escena citada de la biblioteca con inmenso dolor, intentando evitarla por vergüenza y humillación. Pero debía saber más.

—Partí hacia la casa de la señora..., de Beatriz. Allí la encontré en brazos de ese joven. Creo que perdí el juicio...

—El poco juicio que le quedaba, debería decir —volvía a apostillar con dureza.

—Es muy posible que tengas razón —mi cerebro seguía intentando protegerse—. Lancé acusaciones terribles e impropias de cualquier hombre con un mínimo de dignidad. Supongo que deberé de afrontar la ofensa en encuentro de caballeros, porque aquel hombre no era culpable ni merecía la escena. Creo que fue entonces cuando ella hizo aparecer una pistola en su mano. No estoy seguro, pero creo que me ordenó abandonar la mansión, aunque me opuse en volandas y con la misma rastrera altanería. Puedes estar seguro que deseaba morir en aquel mismo momento. Pero a partir de entonces, no me alcanzan más recuerdos, he debido perder la memoria.

—Se encontró muy cerca de perder la memoria y la cabeza en redondo. Cuando tras la espantosa discusión, en la que más parecía un ser poseído por ese maligno que tanto utilizan sus cristianos eclesiásticos, salió de estampida en la dirección que suponíamos, le seguimos don Santiago y yo, aunque no lo mereciera. Le vimos entrar a rompientes en la casa, arrollando campos y veredas. Cuando alcanzamos la puerta a la carrera, ayudamos a la doncella a recuperarse del trance, porque andaba en el suelo

entre sollozos y con el brazo descoyuntado. Mientras la dejábamos en reposo e intentábamos centrarnos en la casa, percibimos con claridad las voces que se producían en el piso alto. Subimos las escaleras en sigilo, mientras oíamos con claridad sus frases tan escasamente caballerescas, todo hay que decirlo. Debo reconocer que jamás escuché tamaños insultos en tabernas de puerto, cuando las frecuentaba buscando rastros de su persona en la bahía de Algeciras. Dudamos en abordar la alcoba, manteniendo la oreja a barlovento y prestos a intervenir si, como suponíamos, la situación pasaba a mayores. Cuando, por fin, escuchamos que alguien, parecía la señora, andaba con armas de fuego en la mano, decidimos actuar sin pérdida de tiempo. Abordamos con decisión la estancia para contemplar un cuadro lastimero y vergonzoso, una enseñanza que jamás debería olvidar.

Hizo un ligero descanso para que sus palabras calaran con dolor añadido. Pero no necesité alentarle para continuar.

—Doña Beatriz, con la máscara quitada a los vientos, empuñaba una pequeña pistola en su mano con tintes de amenaza cierta, que esa mujer ha debido usarla más de una vez en quites de parecido color. Por su parte, el caballero de Malterra intentaba arrebatar el arma y, a pesar de encontrarse atemorizado, parecía dispuesto a encarar su conducta. Y mientras tanto, usted, el capitán de navío don Francisco Leñanza, conde de Tarfí, mostraba aspecto de rufián y lanzaba espumarajos por la boca, como reyerta de forzados en presidio. Si me lo hubieran contado de lejos, como presumo de conocerle por derecho y revés, jamás habría llegado a creerlo.

Ofreció otro ligero silencio, para que asimilara sus palabras, lanzadas como dardos afilados.

—Pero en ese momento, un tal Andrés, sirviente de la señora, se encontraba a su espalda, listo para atizarle con un jarrón donde debían caber las flores de todo un generoso jardín. Esa cámara amorosa debe disponer de entrada de socorro, porque aquel hombre no había empleado nuestro camino. Aunque salté hacia él con extrema rapidez, para impedir lo que se veía como acción inminente, no conseguí evitar que rompiera la pieza contra su atolondrada cabeza, una verdadera lástima en opinión de don Santiago, porque se trataba de una porcelana china excelente. Cayó como un fardo sobre el piso, sangrando a chorro por la galleta como cochino en matanza. Pero ya puede suponer como cierto que ese maleante en funciones de mayordomo, también ha debido necesitar alargada cura, porque lo lancé escaleras abajo antes de que rematara la faena, sin necesidad de utilizar las escaleras.

Setum detuvo su perorata, mientras a mi cerebro acudían sentimientos de vergüenza y sonrojo jamás sufridos, con mi honor salpicado por la más indecorosa ignominia. Recordaba con exactitud todo lo expuesto por el africano, mientras la herida interior se agrandaba sin sangre pero con inmenso dolor. Me vi obligado a preguntar, aunque conociera la respuesta.

—¿Vosotros allí, después de lo que os dije en la biblioteca?

—Don Santiago es un gran hombre y, por encima de todo, un verdadero amigo,

un regalo caído del cielo que deberá agradecer toda su vida. Cuando oímos el ruido de la carretela a ritmo de carrera por la pista del jardín, me ordenó preparar el carruaje con urgencia para seguirle. Al observar mi cara en muda interrogación, me comunicó con esa seriedad que utiliza en escasas ocasiones, que usted se encontraba enfermo y debíamos curarlo antes de que no se pudiera obtener remedio posible. Y tenía razón.

Mantuve el silencio, incapaz de pronunciar palabra. Me sentía inundado por un sentimiento de culpabilidad que no era capaz de soportar, al punto de desear la muerte una vez más, aunque ahora por motivos diferentes. Temía elevar una nueva pregunta, pero era necesario.

—¿Qué sucedió después? ¿Quién me curó? ¿Estoy grave? ¿Qué sucedió con el caballero de Malterra? ¿Ha enviado sus padrinos?

—Alá es grande y bondadoso, incluso con quien no lo merece ni a la onza — Setum ofreció una pequeña sonrisa, a la que me aferré mentalmente con fuerza, mientras juntaba sus manos en fingida oración—. Siempre el cerebro sigue el camino fácil. Ha preguntado usted por todos excepto por la señora que no merece tal apelativo, aunque tampoco los que le lanzó en desbocada cadena. Si alguna persona podía arreglar el entuerto causado, ese es don Santiago, que se hizo dueño de la situación con una extraordinaria entereza y autoridad. ¡Qué grande se vuelve el pequeño en esos momentos, como rey en cámara de nobles! Puedo adelantarle para aliviar el sufrimiento, que todo quedó solucionado, por difícil que sea de creer. Pero debe recordar que ha estado tres días inconsciente.

—¿Tres días? He soñado mucho, pero no creía que hubiese...

—La herida en la cabeza era de generosas proporciones, aunque no muy profunda. Debí rasurarlo y coser por largo como vela agujereada en combate corrido. El conocimiento lo tenía perdido al ciento y llegué a temer que no lo recuperara, porque golpes como el que observé pueden enviar a un gigante al otro mundo. Por fortuna, a las diez o doce horas comenzó a moverse. El galeno traído con urgencia por don Santiago alabó mis costuras, para recomendar esperanza en que despertara de pensamientos y, llegado el caso, mantenerle entre sueños y descanso con ayuda de adormideras. Pero ya en esa estadía don Santiago me cedió los aparejos al gusto. Le he mantenido con láudano y hierbas de memoria, de mi propia confección, hasta ayer tarde en que bajé la dosis al mínimo, para dejarle soñar con naturalidad. Gracias a Alá, ha despertado sin mayores problemas y, por lo que veo, con los recuerdos en su justa medida.

De nuevo los sentimientos negros de indignidad, vergüenza, culpabilidad, agradecimiento y una mezcla general que en poco podía aliviar mi dolorida cabeza. Pero era éste un detalle menor, que el alma sufre a más y peor, especialmente cuando no entrevemos el remedio directo al alcance de la mano.

—Supongo que no has terminado la narración. Por favor, continúa.

—Don Santiago es mucho más inteligente de lo que muchos pueden llegar a

creer. Tenía bien investigada, por los que a esos negros menesteres se dedican, la situación de cada uno de los personajes de la escena. El escándalo quedaba a puerta cerrada, porque la mansión se encuentra aislada y ninguno de los presentes ganaba con la difusión de la indignidad producida. Resulta que ese condecito de Malterra, cuyas agallas se convierten en plumas mojadas con cierta facilidad, se encuentra en disposición de amores y promesa matrimonial con la hija de un Grande de España, que puede resolver su situación económica no demasiado boyante a pesar de la propaganda. Don Santiago le ofreció mantener el altercado en cofre sellado por los siglos de los siglos, lo que a todos beneficiaba, si no entraba en mayores detalles ni requerimientos. Alegó su locura temporal, única causa que había podido propiciar aquella terrible e indecorosa acción de su parte. Protestó en principio el gallito con exigencia de padrinos y esa zarandaja absurda que utilizan los caballeros cristianos. Pero para rematar la faena, su gran amigo le avisó de que era usted extraordinario duelista a fuego y vaina, con varias víctimas a sus espaldas. Acabó por declarar que no sólo perdería la oportunidad de la boda apetecida, sino que no viviría para disfrutar la herencia marital.

Un silencio más de Setum, en lo que entendía como tortura meditada. En esta ocasión me mantuve en silencio, porque no deseaba pronunciar nunca más el nombre de la mujer que tanto me había hecho sufrir. El buen africano decidió continuar.

—Acabó por aceptar el joven noble, con lo que demostraba más inteligencia que otros —me miró a los ojos con fijeza—. Al servicio lo recompensó don Santiago con generosidad, haciéndolos desaparecer de la escena, con el aviso de que sus vidas valdrían menos de un ochavo si largaban la lengua en inconveniencia. Y creo que esa es la historia completa.

Aunque lo deseaba, no pude ver un rastro de sonrisa en su cara, más bien al contrario. Y como era necesario, me vi obligado a preguntar.

—¿Eso es todo? Debe faltar algún detalle.

—No, señor.

—Y..., y la señora.

—¿Qué señora?

—Por favor, Setum, no me martirices más, aunque lo merezca.

—No dude un solo momento que merece un martirio superior, de esos que endosan a muchos santos cristianos sin las debidas certificaciones. Don Santiago quedó a solas con esa mujer, parida en los infiernos sin dolor. La amenazó por la llana, sin aderezos cortesanos ni rodeos. Le ofreció como solución partir de inmediato en el carruaje hacia Cádiz, para tomar el primer barco que zarpara de regreso a Nueva España. Si aceptaba, a bordo recibiría una suculenta suma que rellenaría su ya abultada bolsa, que fue bastante lo que sacó a ingenuos y degenerados con la venta de sus encantos, bien a las claras o con artimañas de amor que sólo a incautos pueden engañar —nueva mirada de reproche, aunque ya el dolor rebasaba la vasija—. Pero al tiempo le aseguró que si no aceptaba, haría todo lo posible para que acabara en la

cárcel de Corte, aunque tuviera que jurar en falso ante el Justicia Mayor.

—Las mujeres de esa clase, señor, suelen ser inteligentes y prácticas por encima de todo. Aceptó de inmediato, sin una sola protesta, y abandonaba estas tierras pocas horas después, acción que comprobó don Santiago en persona. Además, para evitar tentaciones puso el carruaje de Montefrío, con Sebastián a las riendas, a su disposición, así como claros consejos a su hombre de confianza sobre lo que debía hacer y comprobar en cada momento.

Aunque parezca imposible de creer, sentí un ligero sentimiento de paz interior. Desde aquel día, comprendo perfectamente aquellos que llegan a perder el juicio por una mujer, aunque sea una enfermedad que no le deseo a mi peor enemigo por el sufrimiento añadido, que no hay herida tan dañina. Sin embargo, se mantenía la vergüenza y, de forma especial, el sentimiento de culpabilidad en mi pecho. Siempre he defendido la amistad como el más generoso de los sentimientos, y en esta ocasión había fallado de forma indigna e indeseable a quien no lo merecía, al mejor amigo y compañero. Me faltaba una pregunta importante, cuya respuesta temía más que al fuego del infierno. Pero debía hacerla tarde o temprano.

—¿Y don Santiago?

—Muy bien, señor. Creo que ayer y hoy marchó a la Secretaría de Marina en busca de noticias, y echar las redes a su manera.

—No me refiero a ese aspecto, Setum. Quiero saber cómo..., querría saber lo que piensa de mí, su estado de ánimo.

—Creo que eso debería averiguarlo el señor en persona. Esos lances de amistad y cercana familia son demasiado personales para que un negro africano y de creencias mahometanas se entremezcle. Sin embargo —pareció pensar unos segundos antes de continuar—, como siempre he intentado aconsejarle en bien y con sinceridad, le recomendaría que besara la suela de sus zapatos y se excusara en forma conveniente. Pero descanse hoy, que todavía anda falto de fuerzas. Le subiré buenos alimentos para que recupere el ánimo, aunque no creo que haya sufrido mucha merma. Deje para mañana lo que ha de llevar a cabo sin falta. Y también deberá agradecer su especial y cariñosa actitud a la señora María Antonia, que tras el sofoco de aquella tarde con sus gritos y portazos, se ha interesado por su salud en todo momento como la madre más abnegada.

Fue entonces cuando pude comprobar que las lágrimas rodaban por mis mejillas sin una mínima retención, acción que no recordaba aparejada a mi vida ni en los momentos de mayor dolor. Setum volvió a ofrecer una suave sonrisa, abandonando la habitación en silencio. Por mi parte, me mantuve con el cerebro en blanco, dejando que brotara por mis ojos el dolor acumulado durante muchos días. Volví a sentir un pequeño ramalazo de paz, aunque era consciente de que todavía quedaba un paso importante por dar. Cerré los ojos y, para mi sorpresa, en esta ocasión ningún pensamiento de bien o mal cruzó por mi cabeza.

13. Con todo el aparejo

—Llegó el momento tan temido por mí, aunque intentara retrasarlo con el falso motivo de las heridas abiertas en la cabeza. Sin embargo, éstas cerraban con extraordinaria rapidez y sin preocupaciones añadidas, por lo que el abultado turbante quedaba rebajado a sencilla banda indiana. Pensarán los que me conocen, siendo habitual en mi vida la norma de tomar el toro por los cuernos al primer envite, que no encajaba en mi conducta alargar en el tiempo ese necesario encuentro con el gran amigo. Y no lo entiendan como falso orgullo por reconocer conductas y agravios ni argumentos de parecida índole, que nunca pesaron en mi conducta. Era más bien el sentimiento de culpabilidad, desagrado y profunda vergüenza que abatían mi alma hasta el más bajo escalón.

Pero antes de continuar con los acontecimientos que iniciaron una nueva cabalgada en mi vida, debo exponer en sinceros y por lo llano, que los espectaculares momentos vividos en los últimos días habían curado mi alma de la insana pasión al ciento, como el láudano duerme las entendederas del personaje más violento. Debe ser que nuestros cerebros funcionan como fragata ligera de alas al capricho del viento, porque la figura de la dama había quedado difuminada en la lejanía como un pecaminoso y desagradable recuerdo, algo difícil de imaginar pocos días antes. Sin embargo, no debería alarmarme la rápida salida de la ensoñación pasional, porque situación parecida sufrí tras la pérdida de mi mano en las aguas frías, aunque no hubiera caído en escenas y ultrajes tan alejados de mi natural carácter y más propio de personajes rastreros. Era de esperar, y en tal sentido rezaba a Nuestra Señora de Valdelagua, para que esas violencias mentales de cerebro y corazón en arriesgada pugna, quedaran en el baúl del olvido por siempre.

Nos encontrábamos metidos de lleno en la segunda quincena del mes de abril, olvidadas las lluvias y con temperaturas al gusto, cuando Setum me informó que don Santiago se encontraba en su despacho privado, en solitario. La indicación del africano, así como el decidido gesto de su rostro, no admitían dudas ni demora posible, como orden de general con mando, por lo que me apresté al encuentro.

Bajé las escaleras al tiento, con rumores de abejas batiendo alas en mi cerebro, pero decidido a dar el paso. Penetré en el sanctasantórum de mi buen amigo con precaución, porque en verdad no estaba seguro de la reacción que podía encontrar en quien había insultado y humillado con nula justicia. Pecas se encontraba parcialmente oculto a mi vista, sentado en el butacón de las flores, con unos documentos en su mano. Volví a sentir los nervios abiertos en palmas, una anómala y desagradable situación en la relación de dos personas que habían mantenido una confianza absoluta durante muchos años. Pero, finalmente, conseguí soltar el cable de la voz, no sin penoso esfuerzo.

—Pecas.

—¿Sí?

Un sencillo monosílabo, largado en voz queda y desangelada, como tardía respuesta. No se movió una pulgada el pequeño, sino que contestó al desgaire y sin apartar la vista de su lectura. Avancé en su dirección, para quedar a su derecha, a corta distancia. Y como auxiliado por todos los santos del cielo, que parecían mantenerse a favor, se abrió la torrentera.

—Entre mis defectos, que no son pocos, nunca esperaba encontrar en saco cerrado y a un tiempo la imbecilidad, el juvenil y tortuoso apasionamiento con daño a terceros, la ingratitud, la indignidad, la descortesía y, por último, llegar a insultar al amigo más querido, a ese pequeño personaje, pero grande de corazón, a quien debo casi todo lo que soy, al tiempo que despreciaba su generosa ayuda. Demasiados lunares en una sola persona y en tan corto espacio de tiempo, vías de agua con dificultosa reparación. Sé que es difícil conseguir no sólo tu perdón, sino el regreso a la situación de confianza que hemos mantenido durante tantos años, aunque es posible que no mereciera tal regalo por mi parte. En fin, Pecas, deseo agradecerte una vez más que solucionararas el entuerto en el que me vi metido, con grave riesgo para mi persona, mi carrera y mi familia, un difícil arreglo que sólo tú podías encarar con éxito y que, además, ha debido ser gravoso en caudal, lo que espero poder compensar hasta el último ochavo cuanto antes, aunque deba vender mi casaca.

Por fortuna, Pecas guardaba sepulcral silencio, lo que facilitaba la alargada confesión. Continué en el mismo tono de voz.

—También he de darte la razón cuando aludiste a los sentimientos que podrían expresar mi padre y la pobre Cristina desde allá arriba, las personas más queridas que olvidé en el camino del fango sin un mínimo decoro. Pero de forma especial, me siento avergonzado ante ti y ante María Antonia, un reconocimiento que me ha hecho sufrir más que todas las heridas recibidas a lo largo de mi vida. Comprendo la imposibilidad de continuar en esta casa, que entendí como propia gracias a tu amistad y generosidad. Nada merezco y he de pagarlo.

Pecas me dejó largar todo el aparejo en silencio, mientras se mantenía de costado en el sillón, aunque hubiese apartado los documentos a un lado, sobre un pequeño velador. Fueron largos segundos con sufrimiento elevado, al tiempo que los nervios se abrían a distancia. Por fin, abandonó el asiento con excesiva lentitud, hasta quedar en pie y girarse hacia mí. Dudaba al encarar su rostro, que me ofreció un gesto de extraña seriedad, poco habitual en él. Me temía lo peor y masajéaba mi mano de madera con cierta impaciencia, cuando se produjo el milagro, que así lo entendí por mis cueros. El pecoso se abrió en amplia sonrisa, como si debiera esforzarse en no soltar carcajada de real tamaño. Me respondió con su habitual y alegre tono de voz, ése que tanto añoraba en mi interior.

—Aunque seas un gigantón de San Juan de Berbio, inteligente para los libros, valiente en combate, buena persona y honrado a carta cabal, eres un desastre para la vida cortesana, amores cerrados y lances de alcoba, amigo mío. Si no hubiese estado seguro de tu enajenación temporal y la gran amistad que nos une desde que te tomé a

mi cargo en la Escuela Naval, te habría citado al alba en encuentro de caballeros, tras la entrevista que sufrimos la otra tarde, naturalmente un duelo a florete que es tu punto débil —soltó una apagada risita—. Por mi parte, tan sólo siento haber mencionado ese apartado escondido de tu vida, que mantuviste con mi hermana a puerta cerrada y que así continuará para siempre en lo que a mí respecta. Pero debes recordar las investigaciones de mi padre sobre tu persona y mi innata curiosidad, por lo que siempre supe toda la verdad y era un argumento que utilicé como ancla de la esperanza para que recuperaras la cordura. Pero daremos por zanjado el incidente de forma definitiva, que así se mueve la vida y no es necesario remover la bosta, siempre que me consigas unas arrobas de aguardiente de Cehegín, especial perfume que he consumido hasta la última gota por tu culpa, en esta situación nerviosa que nos has hecho atravesar.

Otra vez me encontré cercano al llanto, que los lacrimales debían haberse aflojado al tiento en los últimos días. Pero como acto reflejo, di un paso adelante y estreché a mi pequeño amigo entre los brazos, como hijo que regresa al hogar paterno tras haber corrido penosas y humillantes peripecias. Sentí el calor de Pecas contra mi pecho, una sensación de tremenda felicidad con la emoción largada a los topes. Y allí habría seguido durante horas, con el alma a punto de brotar en líquido, si no hubiese escuchado la habitual protesta.

—Por favor, Gigante, acepto tus disculpas pero no estoy dispuesto a dejar que descoyunes mis débiles huesos. Aunque mi cerebro te supere por mil, no puedo decir lo mismo en cuanto al aparejo. La ocasión merece un especial brindis, como si regresaras de espantoso y sangriento combate. Bueno, en parte es cierta la comparación, porque aquel mayordomo casi te revienta la cabeza con el magnífico jarrón chino.

Por fin, nos separamos. Pecas, sin dudarle, se acercó a un aparador cercano, para tomar una frasca de vino y escanciar dos copas con generosidad. Elevó su copa con afectación.

—Por el regreso del enamorado enfermizo, el culebrón de corazón grande y amor encogido, que no es capaz de atisbar el peligro de hembra rabizona ni con horizontes abiertos a veinte millas. Y dictamino como Real Orden de inexcusable cumplimiento, que jamás volvamos a mencionar el nombre de esa pécora en esta santa casa. Bebamos, que la operación, después de todo, salió redonda. Y no te preocupes, que algún día te haré pagar los esfuerzos acometidos.

—Eso no debe ser así, Pecas. Por lo que me narró Setum, te ha debido costar...

—Calla la boca y olvidemos el asunto, o me harás enfadar de nuevo. Vayamos a saludar a mi querida María Antonia, que espera ansiosa el desarrollo de esta conversación. La pobre también ha sufrido lo suyo y te tiene en muy alta estima, a pesar de tus calaveradas.

Me tomó por el brazo para dirigirnos hacia la puerta. Sin embargo, ofreció un inesperado respingo como si hubiese olvidado un detalle importante.

—Espera, que debo devolverte algo.

Pecas se dirigió a un escritorio que utilizaba para guardar sus documentos personales. Abrió un cajón lateral, para extraer una bolsa de tafetán rojo. La puso en mi mano, al tiempo que comentaba con tono indiferente.

—Antes de despedir a esa persona, que espero navegue en estos momentos hacia las Indias y allí acabe sus días en sufrimiento, debí negociar con ella un asunto importante. Aquí tienes el collar con las famosas perlas de las islas Nitinat, que debes guardar para tu hija Rosalía. Era un detalle que no podía pasar por alto.

Otra vez se trabó el nudo a cerrazón en mi garganta, mientras sopesaba la bolsa en mi mano. Buscaba en el cerebro las oportunas palabras, cuando Pecas volvió a tomarme por el brazo.

—No digas nada, que nadie debe saber el tortuoso camino que siguieron estas perlas y la historia añadida. Pero ese detalle les confiere especial valor. Vayamos a ver a mi querida esposa.

Con María Antonia todo fue más sencillo. Ni siquiera necesité de las palabras pergeñadas en mi cerebro. Cuando accedimos a su pequeño saloncito, nos miró a la cara para comprender con rapidez el resultado de la conversación. Y sin esperar un segundo, se dirigió hacia mí hasta estrecharme entre sus brazos y besar mis mejillas con especial cariño. Juro que la emoción rebasaba el límite, al tiempo que remansaba el ánimo en generosa felicidad. Y me repetí una vez más lo hermoso que es el sentimiento de la verdadera amistad. Como ya me habrán escuchado en otras ocasiones, no saben lo que pierden aquellos que, normalmente por puro egoísmo, jamás han llegado a disfrutarlo. Volví a escuchar la voz de Pecas.

—Por cierto, Gigante, que mañana debes visitar a tu amigo el general Gravina.

—¿Al general Gravina? ¿Se encuentra don Federico en la Corte?

—Ya te adelanté que aparecería tarde o temprano. Ayer lo encontré en la Secretaría y mantuve una larga conversación con él. Te espera mañana a las once, tras la reunión que debe mantener con el bailío. Y no parece ese hombre en forma de su pierna maltrecha, porque renquea a medias aunque intente disimularlo.

—¿Hablaste con él largo y tendido? —Como el regreso a la normalidad era absoluto, ya temía las argucias del enano—. Pecas, supongo que no habrás entrado...

—Calla la boca, mastuerzo —accionó los brazos con autoridad—. No estás en disposición de imponer nada, que la penitencia ha de durar un alargado trecho y debes seguir mis indicaciones sin rechistar. Por cierto, que has de disfrazar esa venda con una generosa peluca, para que no entren algunos desaprensivos en requisitorias de sospecha. Pero cambiando de tema, creo que deberíamos almorzar. María Antonia ha ordenado una comida especial en tu honor, una vez regresado del otro mundo.

Como un continuado deseo, me abracé a los dos, sintiendo la emoción en alza una vez más.

A las diez de la mañana atacábamos con decisión los pasillos de la Secretaría, donde Pecas se movía con especial soltura, saludando a todos a su paso, como

miembros de familia alargada en aquella su inveterada tendencia a la confianza excesiva. Nos movimos en busca de noticias, que ya comenzaban a llegar del frente del Rosellón en forma preocupante, para dar tiempo a mi cita. Y no crean que las tenía todas conmigo, que a pesar de los acontecimientos sufridos y mi eterno agradecimiento al pequeño, desconfiaba de su excesiva locuacidad y las historias que podía haber largado al general.

Poco antes de cumplirse la hora, tomé asiento en la sala de ayudantes, en espera de que el general Gravina diera término a su ya alargada audiencia con el Secretario. El tiempo pasó a ritmo de tortuga y a presión de grillos, porque del Horno, ya en el empleo de brigadier, se sintió en la obligación de animar mi espera, y hube de sufrir su charla tan parca en emoción y amenidad, sin entrar en temas que considerara de un mínimo interés.

Por fin, cuando ya mi resistencia llegaba al límite de la necesaria cortesía y me disponía a alzar excusa para cumplir un necesario descanso, se abrió la puerta noble de doble hoja, por la que apareció el general don Federico Gravina y Nápoli en suntuoso uniforme grande con brillantes órdenes y condecoraciones al pecho. Pero no andaba solo, sino tomado por el brazo en especial gesto de afecto por quien dirigía los destinos de nuestras armas en la mar, el Secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. Y como era la primera vez que lo observaba en persona, me impresionó su aspecto juvenil, a pesar de haber entrado en la cincuentena pocos meses atrás. Tras unas últimas palabras con sonrisas compartidas, Valdés le ofreció un caluroso abrazo de despedida, lo que encerraba inequívocos significados a la vista.

Encontré ligeramente avejentado a don Federico, perdido el color moreno de sus mejillas, por mucho que exhibiera su típica sonrisa bonachona. Aunque no observé en sus primeros pasos la cojera anunciada, si se apreciaba bajo la media el abultamiento producido por una apretada venda en la parte baja de su pierna derecha. Pero ejercía clase y gallardía como pocos, intentando quizás enmascarar la merma. Una vez cerrada la puerta del despacho y encarado a la sala, atisbo de inmediato mi presencia, dirigiéndose hacia mí con alargada sonrisa.

—Otra vez se cruzan nuestras derrotas, amigo Leñanza. Y bien que me alegro. ¿Cómo anda de su lejana herida en el muslo?

—Muy bien y curado al compás, mi general. Por desgracia me encuentro a cuartel y en espera de destino, pero dispuesto a batir el cobre en cuanto sea necesario.

—Por fortuna no cambia su ánimo. Acompañeme a la salita anexa, donde podremos charlar en privado.

Los ayudantes y generales presentes me dirigieron especial mirada, al comprobar la deferencia ofrecida por quien tan alto nombre cobraba en la Institución, un hecho que me enorgulleció hasta los bordes. Gravina se despidió de los presentes con su habitual caballerosidad y deferencia, para pasar a una de las estancias que se

utilizaban en las reuniones. Allí, sin esperar un segundo, se dejó caer en un cómodo sillón, señalándome el que quedaba enfrente a él.

—La verdad es que todavía molesta la herida, aunque parece que, por fin, comienza a cerrar con la necesaria consistencia. Sin embargo, no he recuperado la fuerza de los músculos, lo que me produce excesivo cansancio cuando me mantengo en pie por periodos alargados. Pero no tenemos tiempo para cuidados especiales, que la situación, como algunos preveían, se torna de color incierto, tirando a oscuro.

—¿Se refiere al frente del Rosellón, señor?

—En efecto. El Secretario acaba de recibir noticias preocupantes, aunque no debamos orrearlas por libre de momento. Como sabe, el conde de la Unión tomó el mando de dicho ejército, estableciendo su base en el campamento de Boulou. Por desgracia, el combativo Dugommier, con treinta y cinco mil hombres en línea, moral alta y bien pertrechados, llevó a cabo una diversión en Ceret que no debía haber sido atendida. Pero el de la Unión cayó en la trampa y, acudiendo a la llamada, dejó sin la necesaria cobertura de fuerza las alturas que dominan el Boulou. Aprovechó el error con decisión el francés para interponerse entre nuestro campamento y el Tech, destacando fuerzas suficientes para tomar los cerros dejados en flaqueza. En fin, que perdimos el estratégico puesto, con lo que nuestra posición era de todo punto insostenible —Gravina mostraba signos de tristeza, conforme avanzaba en su narración.

—¿Fue muy desastrosa la jornada, señor?

—Bastante. Nuestro ejército se vio obligado a tomar la retirada por la calzada de Bellegarde, pero aquí también había maniobrado Dugommier con inteligencia y rapidez, dejando tan sólo una estrecha garganta para posibilitar la retirada de nuestras fuerzas. Fue entonces cuando se produjo el desastre. No sólo perdimos el tren de artillería al completo y multitud de acémilas cargadas con efectos de guerra para más de veinte mil hombres, sino que los franceses nos tomaron más de mil prisioneros. El conde ha anunciado que repasará el Pirineo con rapidez para situarse delante de Figueras, plaza fuerte inexpugnable, por lo que presumimos que Dugommier se dedicará con la máxima rapidez a sitiar San Telmo, Port-Vendres y Collioure. Y deberá andar con tiento Unión, si no quiere ver sitiada la fortaleza de Bellegarde, punto estratégico fundamental que se verá aislado al copo, si falla un nuevo intento de contraataque.

—No son buenas noticias, aunque se esperaba un furioso ataque francés, una vez liberadas sus fuerzas de otros frentes.

—Es cierto. Por esa razón debíamos haber estado más prevenidos y, por qué no decirlo, mejor pertrechados. En cuanto a nosotros, he de salir inmediatamente hacia Cartagena, para tomar mi división y engrosar las fuerzas navales del Apostadero de Rosas, cuyo mando recaerá en mi persona según parece —creí entrever un tono especial de voz en el general, como si no le placiese tal medida—. O sea que deberemos olvidarnos de esta maldita pierna, que ya curará con los aires de la mar.

—¿Y la escuadra del general Lángara?

—Repartida a los vientos —de nuevo el tono contrariado de su voz—. Concedemos demasiada importancia a los detalles menores. Ya sabrá que salió el general Lángara con 14 buques para recoger al Príncipe don Luis, hijo y heredero del Infante duque de Parma, que desea visitar a sus augustos tíos nuestros Monarcas. Ha izado su insignia en el navío Reina Luisa^[62] y lo acompañan las mejores unidades de su escuadra. Pero donde debemos echar el resto es en las aguas alrededor de la bahía de Rosas, que allí se cuece la mazamorra, y por esa razón salgo de estrepada a Cartagena. Es posible que debamos auxiliar o incluso evacuar a las guarniciones de San Telmo, Collioure y Port-Vendres si llega el caso, que Dios no lo quiera.

—Mi general —ya no me sentía cohibido como en tantas ocasiones, tras la confianza ofrecida—. Ya sabe que puede contar con mi persona para todo lo que...

—Por esa razón deseaba hablar con usted en privado —me ofreció una sonrisa benévola—. Sé de sus tribulaciones alargadas y diversas, Leñanza, y le ruego me perdone por no haberle ofrecido en primer lugar las necesarias condolencias por la pérdida de su esposa a tan temprana edad. Dios nos otorga y arrebatata la dulce miel a su capricho, aunque nos cueste creerlo como obra suya. Mantuve una alargada conversación con su cuñado, el capitán de fragata Cisneros, que en alto grado le aprecia. Y crea que le envidio por poseer amigos con tal generosidad. También tuve conocimiento de sus penosos avatares emocionales y personales —debió observar el gesto de mi cara, porque alzó su mano para intervenir con rapidez—. No debe preocuparse, que mis labios saben mantener a cubierto lo necesario, más aún en el caso de recibir información cerrada de su cuñado que, puede estar seguro, sólo busca su bien —dudaba en mi interior, pero no porque Gravina estuviese al tanto de mis desventuras, sino porque no sabía hasta qué extremo había entrado Pecas en los detalles—. Tampoco debe avergonzarse, que todos, con escasísimas excepciones, guardamos en nuestra alcoba algún secreto que deseamos mantener en sobre lacrado. Pero coincido con Cisneros en que debe embarcar y airear su espíritu cuanto antes.

—Ese es mi mayor deseo, señor, y por esa razón acudí a la Corte. Si puedo serle de utilidad en...

—Es hora de que embarque en un navío, Leñanza, para continuar su formación, porque le vislumbro una carrera de luces si las balas lo guardan a buen recaudo y no expone en demasía. Entre las disposiciones discutidas con el Secretario para mi escuadra, me ha comunicado la incorporación del navío Triunfante. Y por bendita casualidad, que los cielos parecen obrar en su beneficio, su segundo comandante, el capitán de navío don Pascual Ruiz Huidobro, ha sido nombrado para mandar la fragata Santa Cecilia. Así que ya sabe, debe salir a un largo y sin mermas de aparejo hacia Cartagena, entregar el nombramiento al capitán de navío Huidobro y tomar usted su puesto en ese buque que ya calza algunos años, donde anduve embarcado unos pocos meses. Disfrute de la vida a bordo de un navío de línea^[63], unos ejemplares de especial belleza y la base de toda escuadra. Además, le acompaña la

suerte en la ocasión, porque su comandante, el capitán de navío don Juan Vicente Yáñez, es persona valiente y cabal, además de un perfecto caballero.

Sentí un rumor de gozo por todo el cuerpo, como si recibiera el mejor de los regalos.

—Mi general, no sé cómo podré agradecerle algún día todos los favores recibidos de su persona.

—También yo tengo mucho que agradecerle, Leñanza. Es ya la cuarta vez que se incorpora bajo mis órdenes, y en alguna se batió el cobre a escasas pulgadas de mi persona, como cuando me rifaron esta pierna en el monte Faraón, hasta caer en sus brazos. Esperemos que podamos cumplir con la misión encomendada, aunque mal se presenta la lidia de este torito que nos espera por la proa. Pero no perdamos tiempo. Acuda a la sección de personal, donde deberá recoger los dos nombramientos citados. Ya nos veremos en Cartagena. Y que Dios y Nuestra Señora del Rosario nos ofrezcan vientos propicios.

Gravina hizo un esfuerzo para levantarse, impidiendo con su brazo mi ayuda. Me golpeó en el hombro con afecto, mientras ofrecía por fin una sonrisa.

—Anime el corazón, Leñanza, que la mar cura todos los males.

—Ya lo pude comprobar en anteriores ocasiones, señor. Y puede estar seguro de que regreso a ella con más ganas que nunca.

—Lo creo.

De esta forma, una vez más el teniente general don Federico Gravina marcaba mi destino. Y si había llegado a la cita con cierta prevención, aumentada al escuchar de su boca mis especiales circunstancias, ahora se abría mi pecho en desmedida alegría, no sólo por volver a la mar, bálsamo de primera necesidad, sino por incorporarme como segundo comandante a un navío de dos puentes.

Recogí los pasaportes y órdenes de embarque sin mayor dificultad, que las sugerencias de don Federico galopaban en orden ejecutiva por las oficinas con extrema rapidez. A continuación, me dediqué a buscar a mi buen amigo y compañero, al que por fin encontré en animada charla con otros oficiales desconocidos para mí. Pero como no andaba ya con ganas de entablar más detalles ni apurar cuerda informativa alguna, tiré de él para apartarlo con habilidad. Sin ofrecer más explicaciones, lo convencí para tomar el carruaje con la mayor celeridad, alegando importantes noticias. Y conociendo su habitual curiosidad, era motivo suficiente para aceptar mi proposición en pocos segundos y sin resistencia. Ya en camino de casa, volvió a preguntar con su natural impaciencia.

—¿Qué sucede? ¿Hablaste con Gravina?

—Hablé largo y tendido con el general, bajo cuyas alas me mantengo una vez más por gracia de Dios. Bueno, y con tu auxilio, enano, que ya sé de la conversación mantenida entre ambos.

—No te enfades ni me creas dado a largar trapo sin necesidad. Tanto Setum como yo estimamos que debías embarcar cuanto antes, así que al encontrar a tu querido

general en los pasillos, lo atacó por las bandas a tocapienoles. Pero es persona discreta y...

—No me enfado, Pecas, más bien al contrario. Ya sé que no es don Federico persona de las que corre cables en habladurías, sino caballero de ley. Además, gracias a ti embarco como segundo en el navío Triunfante.

—¿Segundo comandante del Triunfante? ¡Qué barbaridad! Aunque peques de inconsciente en seria medida las más de las veces, esa suerte tuya aparece como rayo salvador en toda ocasión. Me alegro por ti, Gigante, aunque he de ser sincero y declararte que ya lo sabía desde ayer.

—¿Lo sabías y guardaste tamaña información en la saca, pequeño bribón? Eso no es de amigos.

—Era una posibilidad tan sólo, aunque como la idea partió del general Gravina, podíamos darla como cierta. Además, me dijo don Federico que prefería darte la noticia en persona, una vez confirmada. Me alegro por ti. En ese caso, deberemos partir mañana mismo, que la escuadra se hará a la mar en pocos días.

—¿Deberemos has dicho? ¿También has conseguido embarque?

—¿No te lo ha comentado Gravina? —Pecas mostraba la sonrisa de zorro que tan bien conocía—. Debí olvidarlo ayer, con las emociones de tu regreso a la normalidad. Embarcaré en el buque insignia como uno de los oficiales de órdenes. Intenté conseguir el mando de una fragata, pero está muy cara esa moneda, con muchos capitanes de navío ocupando dichos destinos. Por lo tanto, decidí que si quería ascender a capitán de navío antes de que consigas el entorchado en plata de brigadier, debía estar cerca de ese hombre que acapara honores a su paso y reparte ascensos con generosidad.

—En ese caso, volvemos a embarcar en una misma escuadra. Lástima que no me ofrecieran el mando de un navío, para nombrarte mi segundo.

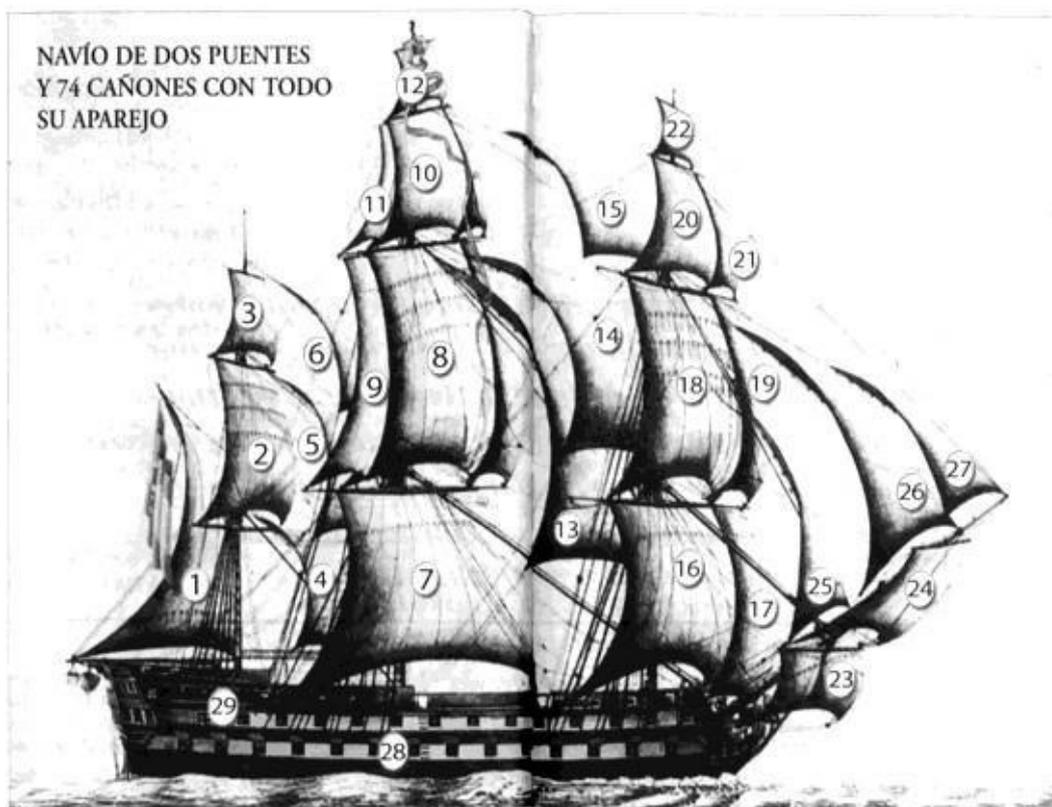
—¿Segundo bajo tu mando? Nada de eso, que estoy harto de sacarte siempre del berenjenal y seguir un escalón detrás de ti en el escalafón. Espero conseguir dos ascensos de una tacada, como te ocurrió en la anterior campaña, y poner las cosas en su sitio.

Volvimos a reír como en otros tiempos, lo que me inundó de felicidad. Es muy cierto que cuando pasamos del negro al blanco en forma abrupta, se ve la vida con mil colores maravillosos y hasta los perfumes se aprecian en su verdadera calidad. Así se movía mi alma en aquellos momentos, con la paz y el bienestar encastrados en mis venas, y un navío de dos puentes en el futuro cercano, presto para entrar en acción de guerra. ¿Qué más podía pedir si, en verdad, no creía merecer tanta bienaventuranza?

14. Nuevos aires

No hay trago de vino más sabroso que el tomado tras sufrir furioso temporal de espuma y muerte, una vez remansadas las aguas, compuesto el aparejo y estibada la cámara en conveniencia. Esta frase se la escuché en cierta ocasión al entonces capitán de navío don Juan María de Villavicencio a bordo de la fragata Santa Casilda, y he de reconocerla tan acertada como si se tratara de proverbio habitual del general Barceló o sentencia firme del africano Setum, que conformaban mis libros sagrados a recabar en la mar y la vida. Viene al caso la mención, porque en luces parecidas se estibaba mi espíritu cuando corríamos hacia el levante a un largo, con el ánimo elevado hasta la cofa, el corazón a ritmo y pertrechados en el carruaje con carnes y caldos en generosa cantidad.

Siempre recordaré aquel trayecto que nos devolvió como por encanto a la más feliz juventud, esa entrañable etapa de guardiamarinas que, por desgracia, nunca ha de regresar aunque se extrañe hasta los huesos. Envidiaba a muerte esa inolvidable estadía, cuando ante nosotros se abrían tan sólo horizontes de oro y promesas de mar, sin los impedimentos que nos larga la vida en escopetazo y sin aviso previo, cerrando el copo de la esperanza hasta amortiguar la mente más preclara. Y para sentir la emoción de los días lejanos, nadie mejor que mi buen amigo Pecas, especialista en elevar el ánimo al moribundo con sus chanzas e historias, las más de ellas inventadas al curso pero de efecto redondo. Incluso confortaba por claros observar la alegría en el rostro de Setum, incorporado como pasaje aunque costara convencerlo, al comprobar que la situación retornaba al punto más feliz, entregado a aquellos dos hombres que habían conformado su nueva vida muchos años atrás.



Navío de dos puentes y 74 cañones con todo su aparejo. 1. Mesana cangreja; 2. Sobremesana; 3. Juanete de sobremesana o perico; 4. Estay de mesana; 5. Estay de sobremesana; 6. Periquito; 7. Mayor; 8. Gavia; 9. Alas de gavia; 10. Juanete mayor; 11. Alas del juanete mayor; 12. Sobrejuanete mayor; 13. Estay de gavia; 14. Estay volante; 15. Estay de juanete mayor; 16. Trinquete; 17. Rastrera de rinquete; 18. Velacho; 19. Ala de velacho; 20. Juanete de proa; 21. Ala del juanete de proa; 22. Sobrejuanete de proa; 23. Cebadera; 24. Sobrecebadera; 25. Contrafoque o trinquetilla; 26. Foque; 27. Petifoque o foque volante; 28. Primera batería o batería baja; 29. Segunda batería o batería alta.

—Entonces, don Santiago, ¿saldremos de nuevo para guerrear con el francés? — Setum atizaba a Pecas para que continuara su incansable parla.

—Eso parece, aunque no prevea batallas navales de orden y con sangre corrida en cubierta, tan necesarias para conseguir ese ascenso meritorio por acción de armas que necesito, o no llegaré a igualar en el empleo a mi alocado compañero. Estos revolucionarios, aunque apresten escuadras con más velocidad de la supuesta, no pueden encarar las combinaciones navales hispano—británicas en el Mediterráneo, ni alistar los cuadros de mando necesarios en tan escaso periodo de tiempo. Supongo que sufriremos mucho ferro^[64] y poco trapo en las próximas semanas, nos dedicaremos al apoyo continuo del ejército que lucha en el frente del Rosellón, donde, según parece, no se abren los caminos en venturas. Pero son incomprensibles estas prisas que nos acucian de improviso, como si se tratara de evitar la soga del ahorcado, cuando la situación se preveía por trecho largo desde hace tiempo. Además, creo que el general Gravina no se encuentra repuesto al ras de su herida.

—Pero es el mejor —como de costumbre, no era objetivo en mis comentarios, cuando se trataba de jefes a los que rendía admiración—. Por esa razón ha de salir al galope y echar una mano, aunque es cierto que todavía renquea a la baja.

—No exageres, Gigante, por mucho que le debas a don Federico. Pero me refería a la situación general. En primer lugar, ya se dispone de fuerzas en el Apostadero de Rosas en forma permanente, que si no son suficientes es por cálculo inadecuado de nuestros jefes, cuestión que parece segura al exigir el inmediato refuerzo con la división de Gravina. Pero si ya se esperaba el comienzo de las operaciones, ¿por qué enviar la mayor parte de la escuadra del Océano, bajo el mando del general Lángara, a recoger al príncipe de Parma? Es de todo punto inaceptable. Se da más importancia al opulento traslado de enjambres cortesanos con guardias de honor y demás perifollos, que a la guerra abierta en situación preocupante.

—Para el general Gravina será un alivio saber que don Juan de Lángara corre millas a distancia. Saqué la conclusión durante las operaciones que llevamos a cabo en Tolón, que mucho le gustaría comer en plato distinto.

—Eso se comentaba en corrillos abiertos. Pero volviendo al tema, como no paremos a los franceses en los Pirineos, y en vista del precario estado de nuestro Ejército, son capaces esos revolucionarios de atravesar la península hasta Gibraltar.

—No exageres, Pecas. Es cierto que con el levantamiento de algunos frentes, los franceses pueden presionar sobre los nuestros, pero no al punto que indicas. En mi opinión, tan sólo intentan recuperar el territorio que les ganó el general Ricardos en la campaña del año pasado.

—Pues no eran ésas sus determinaciones en otros escenarios europeos, donde intentaron ensanchar fronteras. Estos revolucionarios pretenden expandir sus teorías por todo el continente, y a esa labor se dedicarán de forma incansable, si no se reconoce su sistema de gobierno, como preconizaba el defenestrado conde de Aranda. Pero lo que pretendía decir es que el apoyo de la Armada debía ser más contundente, no de quita y pon o a la llamada perentoria, sino en permanencia. Ese inútil y advenedizo de Godoy, por no emplear palabras más adecuadas que escandalizarían los oídos de Setum, podría conseguir que la Armada y el Ejército contribuyeran hombro con hombro al bien común, en lugar de hablar de espaldas y mantener la crítica permanente al compañero de armas, como jóvenes en duelo de amores. Era lógico pensar que las plazas de Collioure y Port-Vendres podían quedar situadas con facilidad, si se producía algún revés. Pues allí debían estar las unidades de Lángara y no de paseo principesco por Europa. Los buques de la Armada se construyen para la guerra en primer lugar, o así debería ser. Es mucha la labor que se puede hacer en apoyo a las operaciones terrestres.

—En ese punto te doy la razón. Entre otros cometidos, podríamos evitar el traslado de sus fuerzas por mar, entorpecer sus líneas de comunicación cercanas a la costa, atacar objetivos en tierra y apoyar con nuestros hombres en los puntos críticos, que son muchos los infantes de la Armada embarcados en la escuadra.

—¿Y cómo es ese navío Triunfante en el que estibaremos nuestros huesos, señor?
—me preguntó Setum, que siempre deseaba estar al tanto y con detalle de nuestro próximo futuro.

—El navío es el rey de los mares por excelencia, Setum, como una catedral flotante sobre cuadernas, pero más hermoso que muchas de ellas —enfaticó Pecas por alto—. Nada existe en la mar superior a ellos, aunque los haya de diferentes portes. Es impresionante observar en la distancia esos buques de tres hermosos palos, trinquete, mayor y mesana, que se elevan a los cielos como torres de homenaje.

—Pero también las fragatas disponen de esos tres palos, más el bauprés, que también lo es aunque salga con inclinación hacia proa y parece haberlo olvidado, don Santiago.

Reí con fuerza la entrada de Setum, mientras señalaba al pequeño, ensartado en la diana. Entré de lleno en la explicación.

—Las fragatas disponen de un solo puente, como bien debes recordar, Setum, es decir, una sola batería o andana de cañones por banda. Los navíos cuentan normalmente con dos puentes y 74 cañones, los llamados de línea, aunque también los hay de tres puentes y unos 112 cañones aproximadamente.

—Salvo el Santísima Trinidad, que dispone de cuatro puentes y más de 130 cañones, y es conocido como el indiscutible rey de los mares —apostilló Setum en sonrisas, para demostrar que era mucha la ciencia náutica a su disposición.

—En efecto. Pero lo han convertido en una catedral difícil de manejar, que hasta la virada más sencilla se le revuelve como un potrillo desbocado. Ese mastodonte acaba por volver locos a sus comandantes, aunque su potencia de fuego es impresionante.

—Entonces —insistía Setum—, ¿son los navíos como aquellos antiguos galeones de los que tanto se habla en los libros de mar?

—No exactamente —entré a saco en uno de mis temas favoritos—. Debes tener en cuenta que nunca en la mar se ha inventado artefacto flotador de nuevo cuño por arte de magia, que todo es producto de la evolución y el aprendizaje, de acuerdo a los frutos que ofrece la experiencia. Ya en la segunda mitad del siglo XVII se comienza a configurar lo que en estos días denominamos como navío. Pero es nuestro rey don Felipe V quien escoge la denominación de navíos inmatriculados, que otorga la acepción legal al término. En España se han seguido diferentes técnicas y sistemas para su construcción, siendo las más destacadas las de don Francisco Antonio Garrote, todavía en el siglo anterior, las de don Bernardo Tinajero, las de don Antonio Gaztañeta...

—Buen constructor de buques pero flojo en la guerra naval —Pecas atacó en una de nuestras típicas discusiones—. Ese general fue uno de los causantes del desastre de nuestra Armada en la batalla de cabo Passaro.

—Es cierto, aunque los ingleses atacaron sin previa declaración de guerra, una acción indigna del almirante Byng.

—Como es norma habitual en los britanos, debían andar con más ojos en la nuca, en vez de navegar como falúas en el río Aranjuez.

—Sin embargo, después demostró su habilidad profesional en aparejar y marinar flotas de Indias con los necesarios caudales, cuando la mar se encontraba con la bandera britana esparcida a sus anchas. Pero continuaré con el tema abierto, Setum, si mi amigo lo permite. Por fin, la construcción naval se deja afortunadamente en las manos de nuestro gran sabio español, el jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia, quien convence al marqués de la Ensenada de que es necesario traer de Inglaterra ingenieros y maestros en las diversas especialidades, para modernizar nuestra construcción naval y los arsenales. Y con decisivo valor, que el buen hombre debió pasarlas moradas, se traslada a Inglaterra, donde ejerce el espionaje en todos los ramos de la industria, no sólo el naval. Tras un largo periodo, consigue traer a España, con soldadas más propias de sultán, a grandes constructores como Turner, Howel, Mullan, Bryant y otros. Es cuando da comienzo lo que se llamó como sistema de Jorge Juan, aunque algunos cretinos y envidiosos lo denominen sistema inglés.

—Al grano, Gigante, que no necesitamos enciclopedias de varios tomos —cortó Pecas, siguiendo su táctica habitual.

—Don Jorge Juan, tras reunirse con ingenieros, técnicos y todo aquel que podía aportar opinión de alcance, hizo confeccionar los planos de dos navíos, uno de 74 y otro de 68 cañones. Dichos navíos, a modo de ensayo, se construyeron en el arsenal de Ferrol, y fueron los llamados Aquilón y Oriente, cuyas pruebas demostraron sus buenas facultades marineras y de guerra. Pero en continuación de esos primeros ensayos, se construyeron, ya repartidos entre los arsenales de Ferrol, Cartagena y La Habana, los navíos Asia, Septentrión, África y San Fernando. Después continuaría la construcción a buen ritmo bajo su batuta. Y es precisamente en 1756, cuando se construye en Ferrol el navío de dos puentes y 74 cañones llamado Triunfante, bajo la advocación de San Eustaquio, cuya santa vida podrá explicarte don Santiago, tan aficionado a los temas religiosos —miré hacia Pecas, que mostraba cara de aburrimiento—. Ahí embarcaremos para rendir servicio a cruces y apresar algún buque francés.

—Pues ya calza años por alto nuestro navío —dijo Setum con cierta tristeza.

—Y tantos. Debe encontrarse a punto de ser triturado por la broma^[65]. Tan sólo creo posible que atrape a alguna tartana ratonera, siempre que navegue despistada —ahora Pecas reía a batientes.

—No hagas caso de don Santiago, que poco sabe de la construcción naval y sus características. Nuestro navío se encuentra en perfecto estado, que así me lo aseguró el general Gravina. Debes tener en cuenta que un buque, si se cuida y carena en conveniencia, puede ser eterno. Pero para rematar la faena informativa, Setum, cuando fue relevado injustamente don Jorge Juan, por ser fiel al marqués de la Ensenada, caído en desgracia para ruina de España, se siguieron las directrices del ingeniero afrancesado Gautier en la construcción naval. A la muerte de Gautier y para

fortuna de nuestra Armada, tomó el relevo el ingeniero don José Romero y Fernández de Landa, famoso por haber planificado la serie de los San Ildefonso, extraordinarios navíos que debes recordar, porque en el prototipo navegamos hacia las Indias hace algunos años.

—Sí que recuerdo aquel hermoso navío, señor, que en él comenzamos nuestras aventuras americanas. Y bebía millas con un soplo de su dotación.

—Bueno, espero que hayas acabado el adoctrinamiento naval —sentenció Pecas.

—Nada de eso —insistí—, que falta el remate. Según dicen, en estos días y de la mano de un ingeniero llamado Retamosa, discípulo de Romero Landa, se ha construido el Montañés, del que aseguran ser el navío más rápido y maniobrero del mundo. El mismo que, según me comunicó don Santiago, se encontró con la escuadra francesa que casi nos barre hasta la última madera.

—Ya será menos, que te gusta demasiado echar las campanas al aire. Lo que más debe interesarte, Setum, es que embarcarás con tu señor en esa viejo cascarón, a punto de entrar en desarmo definitivo por vejez, con las tablas abiertas.

—No hagas caso. Nuestros navíos son excelentes. Debes recordar que a lo largo del siglo se han construido más de doscientos, y un número casi parejo de fragatas.

—Entonces, nuestro Triunfante es de dos puentes y 74 cañones. ¿Su aparejo se compone de las mismas velas que una fragata?

—No exactamente, aunque el sistema, como todo buque de tres palos y aparejo redondo, es parecido. Pero como en el navío sus palos disfrutaban de una guinda^[66] superior, son capaces de envergar un mayor número de velas y que, a su vez, sean de mayor superficie. Por ejemplo, en el palo trinquete, además de la vela trinquete y el velacho, maneja juanete y sobrejuanete, así como en el palo mayor, por encima de la mayor y gavia. En el palo de mesana, además de la vela mesana cangreja y la sobremesana, incorpora un juanete o perico.

—Y a proa los foques —indicó Setum, que sabía más de lo que parecía a primera vista.

—En efecto, contrafoque o trinetilla, también llamada malosvientos por los viejos contra maestres, foque y contrafoque o foque volante, más conocido como cachirulo, así como cebadera y sobrecebadera en las vergas bajas del bauprés. Y nos quedan los estayes, con más profusión que en nuestra querida fragata Sirena, porque incorpora un estay de mayor, uno de gavia, otro de mesana, llamado matasoldados si se enverga en bajo y, por fin, uno volante, este último largado desde la gavia hasta el velacho, que toma esa denominación porque se arría con mayor facilidad.

—¿Eso es todo? —Setum parecía decepcionado.

—No creo haber dejado nada importante en el tintero.

—Tu querido señor parece haber olvidado un punto importante —intervino Pecas—. ¿No dispone ese maravilloso buque de alas y rastreras, gigantón ignorante?

—Tienes razón, lo había olvidado. Los navíos de dos puentes suelen utilizar como velas de prolongación o de fortuna, las alas en las gavias, velachos y juanetes, así

como en la cangreja, aunque en este caso recibe el nombre especial de maricangalla. Y por supuesto, las rastreras en el trinquete.

—Pues me parece que el aparejo es muy parecido al de una fragata.

—Desde luego. Como te decía, suele incorporar alguna vela más, bien en altura o entre palos, que puede aumentar el cálculo expuesto, pero la principal variación es la superficie vélica disponible, muy superior a una fragata por necesidad. Ten en cuenta que el Triunfante presenta una eslora de 191 pies^[67], una manga de 52,1 y un desplazamiento de 1660 toneladas.

—Y su artillería será de calibre.

—Desde luego. 28 cañones de a 24 en la batería baja, contando los dos de guardatimón. En la batería superior 30 cañones de a 18, donde se incluyen los de mira, aunque estos suelen variar en su calibre. En estos días se han puesto de moda las carroñadas^[68] para esa misión, aunque no se hayan desarrollado mucho en nuestra Armada, una ventaja más de los britanos en combate cercano. Y por último, 16 cañones de a 8 en castillo y alcázar. 74 piezas en total, más que suficientes para barrer fuego con temor.

—Otro desliz, competente artillero —Pecas entraba de nuevo con soniquete—. A todos los buques en general, pero de forma obligatoria para aquellos que se incorporen a la bahía de Rosas, se les instalarán obuses, una pareja para los navíos de dos puentes.

—Ya sabía que se estaban instalando en algunos navíos, pero no el detalle concreto, cuya información te agradezco, enano.

—¿Y qué dotación cubre el *Triunfante*? Ha de ser muy numerosa con tanto cañón y complicado aparejo.

—Por favor, Setum, deja alguna pregunta para cuando embarques en ese dichoso navío —Pecas metió la cuña para cambiar el tema—, o llegarás a bordo con la receta completa. Saca una frasca de vino, dile a Sebastián que modere la marcha y bebamos un buen trago, que ando seco de jarcia con tanta explicación marinera. Debíamos hablar de mujeres, que ya nos tocará la mar en pocos días. Debéis recordar que en el golfo de León, hacia donde nos dirigiremos sin remedio, atacan unas turbonadas de las de María y San Pedro.

—Las mujeres son más peligrosas que los temporales, don Santiago, y bien lo sabe. Además, usted tiene propia, y buena de corazón, con lo que debe dirigir su mirada a sotavento en permanencia. Otra cosa es mi señor, que debe casar con novicia probada.

—¿Casar con monja? Comprendo, Setum, que tus creencias mahometanas no te hagan respetar nuestra religión, pero no debería un capitán de navío de la Real Armada atacar a monjas o señoras piadosas entradas en religión —Pecas tuvo que apartar la frasca de su boca para no atragantarse en risas.

—No disparo en ese camino errado, señor. Aunque mahometano, respeto en muy alto grado su religión cristiana, más cercana a la mía de lo que estiman por simple

ignorancia, cualidad que deberían copiar muchos de sus correligionarios. Me refiero a novicia en el sentido de mujer arreglada en sus acciones, especialmente en la modestia y honestidad. Pero que sea hermosa, desde luego, y amante de los niños, que ya deberá arrancar con tres a la espalda.

—No os canséis, porque no pienso matrimoniar de nuevo ni cortejar a mujer alguna. Mi corazón se cerró en esa banda para siempre —intenté ofrecer severidad a mis palabras.

—Eso espero. Firma y jura los votos de castidad para la eternidad. Así no tendremos que salir Setum y yo en tu busca con urgencia para sacarte del entuerto, y evitar que acabes sacudiendo la cabeza contra las mejores piezas de porcelana china en la Corte.

Ahora reían los dos como papagayos, por lo que decidí endurecer el semblante y ofenderme en falso. Pero lo cierto es que tales chanzas y bromas delataban la total curación de mi alma, porque también acabé por contagiarme de la risa.

El día primero de mayo de aquel año de 1794, rebasada la meridiana^[69], arribamos con buen talante y tiempo entrado en calores a la cabecera del Departamento Marítimo de Cartagena, esa hermosa ciudad por la que han transitado todas las civilizaciones mediterráneas sin excepción, condición que indica su valor estratégico, clima benigno y belleza natural. Como las instrucciones expuestas en las órdenes eran de presentarse en los destinos a la mayor brevedad, atizamos el tiro en demanda de la Mayoría General, donde debíamos entregar nuestros pasaportes e indagar sobre la situación de nuestros buques respectivos. Y en esta ocasión corrió la suerte en ventaja propia, porque el Triunfante se encontraba atracado en el muelle de levante del arsenal, recién salido de obras con pesos de altura en la machina, mientras el Reina Luisa, insignia del general Gravina, se hallaba fondeado frente a las murallas que rodean la ciudad en impenetrable defensa.

Sin perder un segundo de más, nos dirigimos hacia la puerta del arsenal, de donde había partido pocas semanas atrás, tras despedirme de mi inolvidable Sirena, aunque el tiempo transcurrido se abría en la distancia como perteneciente a otra vida muy lejana. Una vez entrados en el impresionante establecimiento industrial, arribamos a la dársena del Mandarache, donde la actividad era muy superior a la observada meses atrás, lo que hacía suponer movimiento de buques y empresas en curso.

Nos despedimos a pie de muelle, mientras Pecas esperaba el necesario barqueo para su transporte y el de su voluminoso equipaje. Setum, por su parte, comenzó a trasegar el mío sin pregunta añadida, que el africano era listo como conejo avisado y ya sabía por donde llegaban los tiros.

—Bueno, Gigante, supongo que nos veremos en la bahía de Rosas. Y no gastes el vino con esa generosidad tuya, que no pienso reponerte una sola frasca. Y nada de amores, que no estará Santiago de Cisneros en las cercanías para intentar...

—Calla la boca, enano.

Despedí a Pecas con un fuerte abrazo. Y sin pensarlo dos veces, mi buen amigo

embarcó al salto en una de las lanchas a disposición. Fue el momento en el que dirigí la vista en derredor, para observar sin desearlo a la fragata Sirena en el muelle de desarmo, con los muecas abiertas todavía en su arboladura. Sentí una profunda pena, aunque si las operaciones requerían buques, entraría en las obras necesarias para su puesta a punto, que esas penalidades las rematan los maestros del arsenal en un periquete, para dejar la niña como recién parida.

Por fin, giré el cuerpo para enfrentar mi nuevo destino. El navío Triunfante me ofrecía su popa a la vista, donde lucían espléndidas balconadas y molduras de reyes, recién retocadas de pintura. Subí la mirada hasta los palos, perdidas sus galletas en el azul de los cielos, para comprobar maderas nuevas en algún mastelero, razón de su paso bajo la gigantesca machina. Pero el aspecto era impresionante, la misma sensación que me había inundado siempre al observar un navío, desde aquella primera experiencia en la Escuela Naval a bordo del desvencijado Vencedor.

Dirigí mis pasos hacia la plancha. Comenzaba una nueva experiencia, o una nueva vida podemos decir, porque cada buque nos deja infancia y senectud en la piel con el paso del tiempo.

15. A bordo del navío Triunfante

Pisé cubierta limpia del navío Triunfante el día primero de mayo de 1794, con solanazo^[70] en cumbres y sudor de río, cuna nueva en maderas curtidas para quien debería ejercer las funciones de segundo comandante a bordo. Como no era la primera vez que entraba en el inmediato escalón del mando, pues ya lo había probado a fondo en la fragata Santa Casilda, era consciente de que la misión se vería preñada de dificultades, y en este caso multiplicadas al grueso, con más de 500 hombres a bordo de dotación. Pero al mismo tiempo, volvía a sentir ese especial orgullo que azota el pecho al encarar un nuevo destino en la mar, nido complejo y por descifrar, que no se toman las riendas de cualquier buque al primer envite, y menos todavía en un mastodonte de los mares.

Fui recibido a pie de meseta por un teniente de fragata entrado en años, por encima de la treintena, perteneciente al grupo que se le solía endosar el remoquete peyorativo de oficial de carrera lenta, las más de las veces en forma inmerecida y sin razón alguna, pero son muchas las lenguas de sentina a disposición en toda corporación. Debo recalcar una vez más que no se abre la suerte de correr situaciones meritorias de mar y guerra por igual a todos los oficiales de la Real Armada, aunque algunos consigan los galones en las vueltas por otros siniestros derroteros, con especiales prebendas de casa o familia. Esta situación producía no pocas desmoralizaciones entre los miembros de la Institución, así como situaciones a bordo que no redundaban en el mejor servicio de Su Majestad. El oficial se dirigió a mí en forma afable y cortés.

—Teniente de fragata Jacinto Relaños, señor, a su servicio.

—Me alegro de conocerle, —tendí mi mano, para estrechar la suya con firmeza y confianza—. Capitán de navío Francisco de Leñanza. Por favor, lléveme a presencia del comandante.

—No se encuentra a bordo, señor. Pero si desea saludar al segundo comandante, capitán de navío don Pascual Ruiz Huidobro, se halla en estos momentos en la cámara de oficiales.

—¿No ha desembarcado todavía?

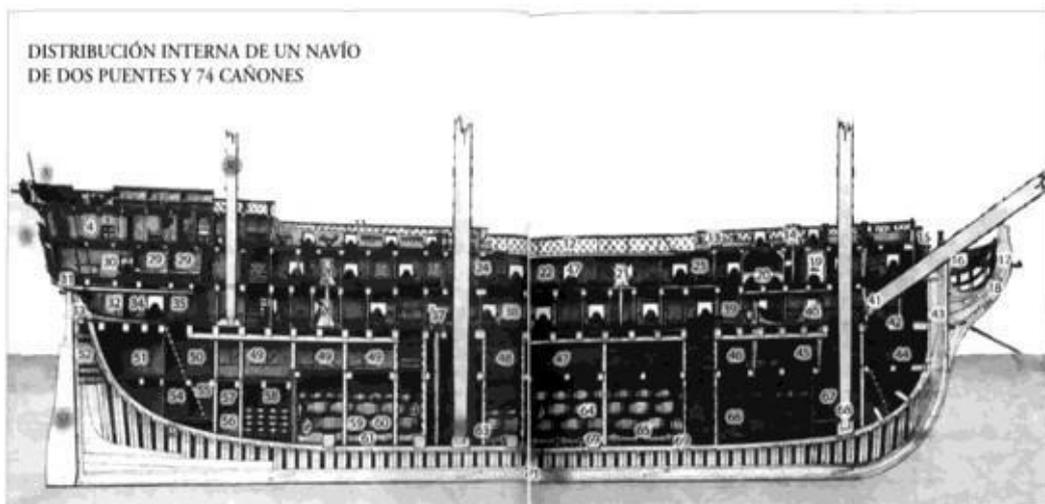
Pareció sorprenderle mi pregunta, razón por la que también yo entré en sospechas de vientos inesperados, aunque no dejara traslucir mis sentimientos a los cielos. Debo aclararles que al intentar recoger sus órdenes en las oficinas de la Secretaría, me comunicaron que ya se las habían enviado por la última valija, razón por lo que estimaba llevado a cabo su desembarco.

—Quería decirle que, si son ciertas mis noticias y las órdenes que amparo en la casaca, deberé relevar a don Pascual como segundo en este navío.

—No tenía conocimiento alguno, señor. Sígame, por favor.

En el recorrido por la cubierta del alcázar y castillo, hasta tomar la entrada que

nos franqueaba el paso bajo la toldilla, no me extrañó el talante general de marineros y grumetes, semidesnudos los más de ellos y con aspectos diversos más bien a la mala, así como la visible guardia armada de la infantería embarcada, en previsión de conductas no recomendables. Sabía que ése sería mi caballo de batalla, como suele suceder a todo segundo a bordo, pero era situación repetida y masticada en el tiempo. Una vez llegados a la altura del palo mesana y descendidos a la cubierta del combés, alcanzamos la cámara de oficiales, separada por lonas. El oficial de guardia, sin titubear un solo momento, alzó la voz hacia el interior.



Distribución interna de un navío de dos puentes y 74 cañones. 1. Camarotes de los pilotos; 2. Camarotes de oficiales en la toldilla; 3. Galería; 4. Cámara alta y alacenas para armas; 5. Camarote del comandante en la crujía; 6. Capilla; 7. Mamparos de camarotes de oficiales; 8. Rueda del timón (caña); 9. Bitácora; 10. Escala y propao de la toldilla; 11. Red para los petates (coyes) en el alcázar y su batería; 12. Pasamanos y red para formar la batayola; 13. Propao del castillo y campana de proa; 14. Cabrestante del castillo; 15. Serviola (pescante) y excusado de los oficiales de mar; 16. Beques (servicios) para la gente de mar; 17. Pescantes; 18. Tajamar; 19. Horno; 20. Fogón; 21. Cabestrante del combés; 22. Cubierta del combés y segunda batería; 23. Chilleras para las balas; 24. Escotilla mayor; 25. Escotilla de la despensa; 26. Cabrestante mayor; 27. Escalas cámara baja y santabárbara; 28. Repostería; 29. Camarote de oficiales en la crujía; 30. Cámara baja; 31. Caña del timón; 32. Camarotes de capellanes; 33. Yugo principal; 34. Santabárbara; 35. Rancho de guardiamarinas; 36. Carlinga del palo mesana; 37. Bombas de achique; 38. Entrepunte y primera batería; 39. Escotilla de proa; 40. Bitas y cable; 41. Carlinga del palo bauprés; 42. Caja de aguas para los derrames de proa; 43. Branquete o roda; 44. Pañol del contra maestre; 45. Pañol de velas; 46. Pañol del carpintero, calafate, farolero y sangrador; 47. Sollado y callejones de combate; 48. Cajas de balas; 49. Pañoles del pan; 50. Escotilla del pañol de pólvora; 51. Pañol de jarcia; 52. Codaste y peto de popa; 53. Timón; 54. Sitio del farol en el pañol de la pólvora; 55. Plaza para encartuchar; 56. Estantes para cartuchos; 57. Pañol de la pólvora; 58. Despensa; 59. Pipas de vino; 60. Barricas de carne, queso y tocino; 61. Caja de agua para las bombas; 62. Carlinga del palo mayor; 63. Tablado desmontable para cables; 64. Bodega y aguada; 65. Lastre de piedras, lingotes, etc.; 66. Leña y barricas de brea y alquitrán; 67. Pañol del contra maestre; 68. Carlinga del palo trinquete; 69. Sobreplanos o bulárcamas; 70. Cuaderna maestra y siguen las demás; 71. Quilla; 72. Zapata.

—Señor segundo, el capitán de navío Leñanza se presenta a bordo.

Me encontré con un hombre de elevada estatura y clara propensión al ensanche de

carnes, aunque su rostro denotaba cordialidad en un primer análisis. Debía ser unos siete u ocho años mayor que yo, aunque el rostro blanquecino de su piel le hiciera parecer más joven. Sentado a la mesa central, se encontraba rodeado de documentos, que abandonó para acercarse en mi dirección.

—Ya ha llegado quien, si no me falla el olfato, debo suponer como mi relevo en este navío —se abrió en una amplia sonrisa, al tiempo que me tendía su mano—. Encantado de conocerle, Leñanza.

—Le creía desembarcado y mandando en la mar la fragata Santa Cecilia, señor.

—Ya me habría gustado disfrutar esa situación, no crea, pero se abrió la mar de través para mi infortunio. Las órdenes me alcanzaron con urgencia, pero no con la necesaria en tiempo y razón, por lo que la Cecilia salió a la mar integrada en la escuadra de don Juan de Lángara hacia Italia. Su comandante debía rendir servicio y entregarme la gacela para, de acuerdo a las previsiones, tomar el mando del navío San Antonio, aunque no podría asegurarle este último detalle, con el baile de destinos al que nos someten nuestros superiores desde los cuatro vientos.

—No le falta razón en ese punto.

—De todas formas, estimo, o así lo espero de acuerdo a las previsiones de la Mayoría, que regrese con antelación al resto de su escuadra y fondee la próxima semana en el puerto de Alicante, donde deberé atacarla sin pérdida de tiempo. Por desgracia, la mar puede cambiar a su gusto nuestros proyectos y cálculos más estrechos, aunque espero no se dé el caso en la ocasión. Pero no se preocupe por mi presencia a bordo, que podría crear una situación anormal y poco aconsejable. Pensaba desembarcar hoy mismo, al tener conocimiento de su llegada de un momento a otro —chasqueó los dedos, como si hubiese olvidado un aspecto importante—. Soy muy dado a la parla y entro en descortesía con demasiada frecuencia. Por favor, tome asiento y podremos charlar con entera libertad. Aprovechemos que puede disfrutar de una desacostumbrada situación en este relevo, lo que le puede ofrecer una apetitosa ventaja, porque podré informarle desapasionadamente de todo lo que le alcance.

—¿El comandante se encuentra en Cartagena?

—Por supuesto. Salió a primera hora para intentar exponer al general Gravina todas las necesidades de primer orden que nos afligen, que no son pocas, e intentar algún urgente remedio.

—¿Ya se encuentra don Federico en su buque insignia? —Mostré la sorpresa que la noticia me producía—. Ha debido azuzar los tiros de su carruaje hasta el cuero, porque me entrevisté con él en la Corte hace tres días solamente.

—Ayer por la tarde se rumoreaba en bocina suelta su llegada, y esta mañana se ha confirmado al observarse su insignia largada al viento. Pero si el comandante no lo encuentra en disposición de recibo, contará sus penas al jefe de escuadra don Domingo Grandallana, que permutó como subalterno con Melgarejo, embarcado de última hora en la escuadra de don Juan de Lángara. Aunque, la verdad, poco confío en las gestiones.

—¿Tanta penuria padecemos? Nadie lo diría, al observar el Arsenal con movimiento de personal y material hasta las nubes, cuestión difícil de creer pocas semanas atrás.

—Movimiento mucho, sin duda, pero con paja al hombro y sin bolsa de cuero a disposición —arrancó en risa con fuerte vozarrón—. Para mal de nuestros buques, no sobran en estos días víveres, bastimentos, pólvora ni balerío. En cuanto a peticiones de cubierta baja o bodega, ni siquiera se ofrece, como en otras épocas, galleta partida o cecina rasera. Todos los mandos y contadores andan a la rapiña como rufianes en clandestino reparto, buscando el favor de intermediarios de fortuna. Y a mí, en particular, me preocupa la calidad del aparejo, con una pérdida notable en la calidad del trapo que nos han servido en los dos últimos años.

—¿La calidad del trapo? ¿A qué se refiere? —En verdad que no sabía por dónde disparaba aquel hombre.

—Por favor. ¿Cuándo ha disfrutado su último embarque, Leñanza?

Lanzó la pregunta con sonrisa al bies y un tonillo de cuerno bajo que no me entró por tronera de huelgos. Le respondí con orgullo.

—Mandaba la fragata Sirena, hasta quedar desarbolada de altura en encuentro con una escuadra francesa pocas semanas atrás.

—¿La fragata apresada a los revolucionarios? Hermosa gacela, sin duda. Ya la vi arribar a la pobre, maltrecha de maderas y velos. En ese caso, no habrá sufrido la experiencia que le menciono, porque su aparejo es de otra procedencia y, posiblemente, de la calidad que hemos amparado hasta hace poco tiempo. Llevamos bastantes meses en los que diferentes unidades, aprestadas con nuevos lienzos, se quejan a voces de su calidad. Las velas se rifan con demasiada facilidad, especialmente, y como novedad, por rizos y gratiles^[71]. En nuestro caso particular, hemos recibido hace menos de dos meses un aparejo nuevo, por reposición, lo que hace temer al comandante sobre su real capacidad, por difícil que sea de creer. Y así lo afirman los maestros veleros, que miden su calidad con la primera mirada. Pero, bueno, son muchos los fuegos a apagar, y lo peor del caso es que el tiempo nos come, aunque ya no debería hablar en primera persona, porque no partiré en esta agrupación. Hay que aligerar la maniobra, que no restan muchos días para que esta división deba salir a la mar en campaña.

—Eso me dijo el general cuando me entrevisté con él. Según parece, la orden del Secretario es de aligerar millas hacia el norte en el menor tiempo posible.

—También sobre rumores, en este caso de buen fundamento, se espera hacerse a la mar en diez días, poco más o menos, empresa difícil con el estado que presentan algunos buques. Es posible que más de uno lo haga en precario, lo que no es cuestión de nuevo cuño, por cierto. En cuanto a su persona, poco tiempo dispondrá para encarar esta dotación que, por suerte, si puede llamarse así con tal equipaje, se mantiene sin excesivos cambios en las últimas semanas.

—¿Cómo anda el buque de personal, si me permite alguna pregunta?

—Puede preguntarme por lo llano hasta el padrenuestro y aprovechar la ocasión de un relevo en presente, que en pocas ocasiones se ofrece. Dispongo de todo el día sin compromiso, porque de momento pasaré a vivir con unos parientes en Cartagena, donde espero mejorar la ración de vino y recabar algún asado en condición —otra vez la voz en cascada, como si se mantuviera en chanza permanente—. Pero en cuanto regrese el comandante me despediré, que no deben encontrarse dos oficiales con el mismo cometido a bordo.

—Lo comprendo.

—En cuanto a su pregunta, puedo contestarle que no es muy negro el panorama, si tenemos en cuenta la situación general de nuestra Armada. Faltos de matrícula de mar y con levas de fuerza, andan las dotaciones sin alcanzar el mínimo de los reglamentos en cantidad, que de la calidad más vale callar. Pero ya le decía que, al menos en este navío, con tres semanas de mar hacia Cádiz en transporte y alargado regreso hasta la semana pasada, contamos con madre suficiente para dirigir cada palo y batería de cañones con un mínimo de seguridad, lo que no pueden pregonar todos.

—Supongo que superamos por largo los quinientos hombres.

—El reglamento general de guarniciones y tripulaciones establece, para el navío de dos puentes y 74 cañones en periodo de paz, un monto total de 510 hombres de capitán a paje^[72], sin contar el personal de Estado Mayor, criados, dependientes de la provisión de víveres, plana mayor y gente de la falúa correspondientes al oficial general, si se encuentra embarcado, ni los criados particulares de los oficiales propios. Durante algunos años se ha elevado a la Superioridad de forma muy razonada, que la cantidad mínima para marinar y guerrear un buque de este porte debería ser superior a los 650. Por desgracia, no parecen hacer mella en las alturas.

—Sí, he leído partes en ese sentido, tanto de navíos como de fragatas.

—Como sabe, entrados en guerra se ha de aumentar el número de hombres en igual número que las bocas de fuego a disposición, divididos por mitad entre tropa de infantería y grumetes, lo que haría un total de 548 con el reglamento actual. Este último aspecto es el que no se ha conseguido ni rogando a los cielos, porque en estos días debemos rondar los 526, sin contar los 19 criados personales, más los que aporte su persona. Y nos encontramos todavía en tierra, que en la mar vendrán las disminuciones por uno y mil motivos —me miró como si esperara una afirmación por mi parte.

—Desde luego. Sin contar las deserciones que debemos evitar a toda costa, siempre aparecen enfermos, contusionados y otros con mermas añadidas.

—El problema, generalizado en todos los buques de la escuadra salvo raras excepciones, es la falta de infantería y artilleros de enjundia, así como marineros y grumetes con sal en las venas, capaces de trepar a los palos en turbonadas recias, que muchos llegaron del arado o la taberna de puerto hace menos de un mes. Y sin la necesaria infantería embarcada, no podemos asegurar los combates a corta distancia, ni ciertas conductas vergonzosas a bordo, que son muchos los que salen corriendo al

recibir la primera andanada, si no aparece un rifle apuntado a sus riñones. Pero, si lo desea, podemos repasar el parte del ocaso que me rindieron en el día de ayer, que debe andar por aquí —buscó entre una maraña de papeles sobre la alargada mesa utilizada para las colaciones, como si se tratara de escritorio privado.

—Por mi parte, encantado. Si, además, me aporta su opinión personal de cada grupo, se lo agradecería, que nunca viene mal la información gratuita y de cuño fiel.

—Pues entremos en vereda sin perder un minuto. En cuanto a oficiales de guerra, nos encontramos al ciento y casi en orden de reglamento. El comandante, capitán de navío antiguo y pronto a recibir el entorchado de brigadier, prometido hace meses. Aunque el segundo debería ser un capitán de fragata, continúa con un escalón elevado, el suyo, situación normal en nuestros buques en estos días. A continuación, disponemos de dos tenientes de navío, aunque uno de ellos, don Sebastián Pancorbo, ascenderá un día de estos a capitán de fragata. Pero no tema, que permanecerá a bordo. Ya se ha dado la orden definitiva de prohibir permutas y traslados por causa de la jornada que debemos encarar. En este hombre, precisamente, podrá delegar con absoluta confianza, porque se trata de oficial experimentado, bragado en situaciones de riesgo y buen ojo para azuzar el aparejo. Continuamos la lista con dos tenientes de fragata, dos alféreces de navío y tres alféreces de fragata. En general, salvo el oficial que lo acompañó hasta la cámara, un buen hombre con escasa suerte y parca fortuna personal tan necesaria en estos días, con pagas atrasadas en siete meses, se trata de jóvenes oficiales, cumplidores, pero con escasa experiencia de mar y guerra.

—¿Y los guardiamarinas?

—Bueno, olvidaba ese apartado tan mudadizo. Disponíamos de cinco, pero uno desembarcó en Cádiz por petición familiar de permuta, y al regreso a Cartagena enviamos otro camino del Real Hospital de Marina, enfermo del pecho y con mal cariz en futuros, lo que nos deja con tres solamente a bordo. En general, muy niños, con elevado espíritu pero flojos de manos.

—Pasemos al siguiente escalón, si le parece. Oficiales Mayores.

—Es posible que sea el grupo donde podemos presumir. El contador es magnífico, don Plácido del Pino, hombre leal donde los haya y, más importante, con agarraderas en todos los ramos de la Real Maestranza. También se encuentra en tierra y espero que consiga algún retal de oportunidad. Los dos capellanes son de reciente embarque y parecen piadosos de costumbres. El cirujano primero, Jerónimo Escalante, es un hombre de a cien, bravo con la sierra, experimentado en heridas de guerra y sin ascos a cualquier mal generalizado. De los dos cirujanos segundos, el más veterano parece seguir al pie de la letra los pasos de su jefe, mientras el joven acaba de embarcar para rellenar el cupo de aumento por formar escuadra en guerra.

Pareció ofrecer un descanso, por lo que atacué sin respiro.

—¿Y los pilotos?

—En ese importantísimo apartado, teniendo en cuenta que deberán barajar^[73] mucha costa por el nordeste, disponemos de un piloto primero de ley, don Federico

Puente, con mucha milla corrida como piloto de derrota, incluso en buques insignia de tres puentes. Debió sufrir algún indeseable encuentro en el navío Príncipe de Asturias, con lo que nos alcanzó la golosina de rebote y por beneficio de Dios. Para colmo de bondad, ejerció de práctico de costa por las barras catalanas, habilidad que les viene al pelo de guitarra en la futura situación. El segundo piloto y los dos pilotines aparejan suficiente experiencia.

—Bien, entremos con los oficiales de mar.

—Aquí he de reconocer que tocaremos negro y blanco, pero sin entrar en desbandada general. El primer contraestre y, como bien sabe, piedra angular en las maniobras, don Pedro Alonso, es de experiencia probada y con muchos años de mar a la espalda. Sin embargo, y no podría explicarle la verdadera razón, nunca me acabó de entrar al viento. Pero, por favor, no vea en mis palabras una crítica llana y a los fondos. En los momentos de tensión sufridos, que no han sido muchos, me ha parecido observar que daba la blanda, con falta de energía. Pero ahí topará de frente con el comandante, que lo tiene en alto concepto. Por el contrario, entiendo como mejor enganchado al segundo contraestre, don Ángel Santibáñez, más joven pero con más garra. El primer guardián^[74] y los dos segundos corren su papel, uno de estos últimos como Patrón de Lancha y con buenas maneras.

—No me agrada lo dicho sobre el primer contraestre, que no es poca su tajada a bordo.

—Lo comprendo y estoy de acuerdo. Pero preferiría que lo juzgue con sus propios ojos, al tiempo que no le aconsejo tocar el tema con el comandante. Pero siguiendo con los oficiales de mar, disponemos de un primer calafate espléndido y dos segundos; un primer carpintero, dos segundos y un tercero, todos ellos hábiles en su facultad; un mozo, un cocinero de equipaje, un buzo, un armero, un farolero, dos maestros de velas y un patrón de bote. Bueno, sin olvidar los dos sangradores que aumentan por formar escuadra superior a los doce navíos, el mismo caso del segundo cirujano.

—¿Es la división del general Gravina superior a los doce navíos?

—Si le soy sincero —volvió a sonreír—, no creo que todavía lo sepa con seguridad nuestro general, pero supongo que no superará en mucho la media docena. El único de tres puentes y 112 cañones será el insignia, navío Reina Luisa. Pero entre los de dos puentes doy como seguros al San Dámaso, que salió a relevar al San Julián en Rosas y allí deberán aguardar los dos. De los demás de nuestro porte, apuesto por los navíos Serio, San Antonio, San Francisco de Asís y este Triunfante, aunque es posible que se agregue alguno más. Dos fragatas, posiblemente la Mahonesa y la Perla, abrirán carrera, aunque también observé a la Esmeralda en alistamiento. Y se acabó la historia, porque las fuerzas menores, jabeques, bergantines, cañoneras y otras, ya se encuentran en el escenario.

—Perdone que le haya hecho derivar del tema central. Nos queda el resto de la dotación.

—Tiene razón. La tropa de infantería es escasa a todas luces, como le había adelantado. Según parece, no hay forma de que se aumente, por mucho que se eleven partes y ruegos clamorosos. Aunque se intentó que las faltas en la matrícula de mar se solventasen con elementos del Cuerpo de Batallones, se ha debido recurrir por fin a levadas salvajes, que sufrimos en carnes. En la actualidad disponemos de 123 infantes, de los 150 que nos corresponderían. En cuanto a la tropa de artillería, elevados hasta 48 —no dejaba de comprobar los partes de dotación, manejando papeles sin orden ni concierto—. Artilleros preferentes en justicia de número con 15 hombres, aunque algunos no merezcan tal consideración. Continúo con 86 artilleros ordinarios, de los que un alto porcentaje no han escuchado el retumbo del cañón desde la niñez, y pueden salir corriendo en la primera estampida. Por último, 104 marineros y 126 grumetes, muchos de ellos con la única navegación a Cádiz mencionada y mucho seco en las venas. Bueno, y restan por mencionar los 26 pajes y 19 criados personales.

—Serán 20 contando el que incorporo.

—Pues en ese caso tendrá bajo su bota un total de 527 hombres, si me alcanza la suma en corrección, a los que habrá que añadir el personal del general subalterno que embarque, si tal acontecimiento, poco deseado, llega a producirse.

—¿Tiene noticias de qué general subalterno puede embarcar?

—Nada en concreto, porque se encuentra la escala movediza. Pero es posible que nos endosen al jefe de escuadra don Juan Ovando, estirado en demasía, con lo que perderá usted calidad de camarote en luces. Bueno, y ya sabe la afición del general Gravina de mudar su insignia de un buque a otro, incluso a los navíos de dos puentes o fragatas, a las que dedica especial cariño.

—Ya lo pude comprobar en las operaciones que batimos en Tolón.

En verdad que no me satisfizo la noticia, porque siempre se navega con más libertad sin entorchados a bordo, y los aposentos de la cubierta galana en blanco, pero era situación normal en todos los navíos. Sin embargo, también es cierto que habría gozado con la presencia de don Federico Gravina y poder observar sus decisiones en directo, que siempre ayudan en la formación.

Me encontraba con pensamientos cruzados, cuando se escuchó el característico pitido de contramaestres^[75], clara indicación de embarque superior. Huidobro se alzó con rapidez del asiento.

—Bueno, llega nuestro comandante si no me equivoco, del que me pienso despedir de inmediato y dejarle la mar abierta.

—Le agradezco el tiempo que me ha dedicado y la información recibida.

—Que sea para bien. Y ojalá nos crucemos pronto en la mar, señal de que ha arribado en tiempo mi fragata.

—Eso espero.

Recibimos al comandante en cubierta, donde me presenté con la necesaria formalidad que marcan las Ordenanzas. Tal y como había vaticinado en la cámara, no

perdió tiempo Huidobro y solicitó permiso para desembarcar, que le fue concedido sobre la marcha con un afectuoso apretón de manos. Sin embargo y para mis adentros, quedé con el pensamiento de que aquellos dos hombres no habían conectado en bonanza. De esta forma y sin más espera, mi alargado antecesor en el puesto tomaba camino de tierra con sus dos criados, sin volver la vista atrás, norma inalterable en todo oficial que abandona destino. Y debía reconocer mi suerte, porque había dispuesto de una magnífica ocasión para recibir una importante relación informativa por boca teóricamente desapasionada.

El comandante me invitó a su cámara con abierta cordialidad, tomándome del brazo en los primeros momentos de nuestro paseo por cubierta. Lógicamente, debíamos mantener la necesaria charla inicial, ésa que nos mueve en ríos de cuarentena, porque el dios particular de a bordo impone especial respeto y es necesario calibrar el terreno donde debemos mover los brazos.

El capitán de navío don Juan Vicente Yáñez era hombre entrado de largo en la treintena y, tal y como me había anunciado Huidobro, en espera de recibir el entorchado de plata de un momento a otro, lo que no significaba posibilidad alguna de desembarco, ya que los dos empleos figuraban en el reglamento para mandar un navío de tal porte. De estatura mediana a la baja, no ofrecía rasgos especialmente notables en su estructura y habría pasado desapercibido en cualquier escenario. Moreno de cabello y piel, cara redonda y un poco cargado de hombros, destacaban sus ojos pequeños y saltones, con las cejas en permanente y nervioso movimiento. Sudaba de forma copiosa por la obligada uniformidad de presentación y el día entrado en calores, cuando me invitó a tomar asiento frente a él. Y no esperó segunda ocasión, porque disparó de entrada.

—Acabo de mantener audiencia con el general Gravina, que me ha ofrecido afectuosos recuerdos para usted, Leñanza, si me permite llamarle así y aliviar el tratamiento de nobleza.

—Por supuesto, señor.

—Le tiene nuestro general en jefe en muy alta estima, lo que me alegra infinito y espero que sean ciertas todas las virtudes que de usted me ha relatado.

Esa fue la primera llamada a cubierta baja, porque no me entró por barlovento ni el tono ni las palabras, aunque ofrecí media sonrisa de falsa comprensión.

—Me alegro que haya disfrutado la posibilidad ofrecida por el capitán de navío Huidobro antes de su desembarco, lo que me alivia de ponerle al día de nuestras mermas y problemas de dotación, supongo que muy similares a las que habrá sufrido en otras unidades. Nuestro mayor problema, aparte de la escasa formación marinera y de guerra en muchos de nuestros hombres, con las que deberá lidiar desde el primer momento, son los víveres, porque no salimos a la mar rellenos para tres meses según lo ordenado, sino con raciones que no alargaremos más allá de los cuarenta días, y con calidades muy a la baja. El general nos prometió reponer en su momento, aunque ya veremos cómo se mueve la marea. En cuanto a un posible aumento de la pólvora a

disposición, ni una sola onza de aderezo, con lo que nos mantendremos en los 280 quintales estibados, por bajo del cargo establecido, y la obligación de restringirla a la mano cerrada.

—Eso cierra posibilidades de ejercicios con los artilleros, tan necesarios para que sepan cómo se mueve una pieza al abrir fuego, especialmente las de a 24.

—Los cierra al ciento y ya puede olvidar esa posibilidad. Mucho ejercicio simulado de cañón y poco más. Después de todo, hemos tenido suerte de mantener los seis esmeriles y sesenta fusiles, sin mayores requisas. Por el contrario, esta tarde nos embarcarán dos cajas de pistolas y algún frasco de fuego más, no sé para qué.

Callé en cortesía, aunque no pude evitar un ligero pensamiento hacia el general Barceló, que tanto estimaba esas armas, así como mi experiencia personal a bordo del jabeque Murciano. Pero ya continuaba el comandante.

—Saldremos a la mar el día diez o el once, aunque el general intentaba acortar fechas, así que dispone de escaso tiempo para hacerse al buque. Y es larga su faena, porque en la última navegación a Cádiz lo pasamos mal en los momentos de capa y viradas. También deberá cargar la mano en ese aspecto. Espero que su propio celo y abnegación, que tanto me ha ensalzado el general, supla las inconveniencias.

Otra vez el tono de cuerno infantil, para conformar una segunda andanada sobre mi aparejo mental en negro. En esta ocasión no abrí sonrisa a las bandas, sino que contesté con decisión.

—No lo dude un solo segundo, señor, que ésa ha sido siempre mi norma de actuación, desde que senté plaza de guardiamarina en el mejor servicio de Su Majestad.

El comandante sonrió en falsete, o así me lo pareció, mientras parecía buscar algún documento en su mesa. Pensaba que entraríamos en tema sobre la próxima campaña o previsiones necesarias a tomar, pero salió de cuerdas en flojo.

—Para los detalles que necesite, le recomiendo al teniente de navío don Sebastián Pancorbo, con mucha experiencia a bordo, así como el primer contra maestre, muy hábil en la maniobra general.

Como obró el silencio por largo, no sabía si daba por terminada la conversación. Decidí entrar por sinceros.

—¿Alguna medida en especial a tomar, señor? Me refiero a las futuras acciones de guerra o necesidades previsibles de mar.

—Nada en especial. Creo que disfrutaremos de mucho fondeo en la bahía de Rosas y poco trapo. Aunque el golfo^[76] es malo de aguas y cielos, nos encontramos en meses de favor. El general espera ofrecer apoyo a las operaciones en tierra, aunque las misiones principales de fuego las llevarán a cabo las pequeñas cañoneras, bombarderas y obuseras, así como otras unidades menores. También es posible que se nos destaque en vigilancia hacia la costa francesa por el norte del frente, para evitar aprovisionamientos, aunque entiendo que la escuadra francesa del Mediterráneo continuará bloqueada en sus puertos.

Y otra vez el silencio en todo. He de reconocer que no disfrutaba del ambiente, lo que me producía cierta desazón. No quiero decir que encontrara ninguna alarma en el comportamiento del capitán de navío Yáñez, pero no se entablaba la necesaria confianza que debe reinar entre el comandante y quien ha de sustituirlo en caso de falta o enfermedad. Ni siquiera se había ofrecido a presentarme en la cámara de oficiales u otro detalle normal en tales circunstancias. Es posible que sus consecutivos mandos en diferentes navíos, algunos de pocos meses tan sólo, así como el próximo ascenso a la puerta lo hicieran caer en la rutina, cuestión bastante normal aunque no aconsejable. Como no se abría a ningún rumbo, intenté la retirada en orden.

—Pues si no ordena nada más, señor, comenzaré a instalarme y repasar el buque.

—Muy bien —parecía despedirse, cuando debió recordar algún aspecto importante—. Por cierto, Leñanza, ¿sabe algo de la historia particular de este navío? —ofreció una agradable sonrisa.

—¿La historia? Sé que fue construido en el arsenal de Ferrol en 1757. Pero, la verdad, poco más.

—Es importante encontrarse al día de ciertos detalles. El Triunfante es un navío que cuenta ya con importantes servicios en diferentes reinados. En sus primeras pruebas llegó a marcar nueve nudos navegando de bolina, y más de doce a un largo, lo que no es oreja de rata. En mi opinión, aunque los navíos últimos son de características marineras superiores, no presentan la robustez de estos primeros que diseñó don Jorge Juan. Su primera comisión importante fue la de formar parte de la escuadra del marqués de la Victoria, que transportó desde Nápoles a Barcelona a don Carlos III con la Real familia. En este navío embarcaron los infantes don Antonio y don Francisco Javier, cuando su comandante era precisamente don Juan de Lángara. En 1767 fue el encargado de transportar a la península, desde Mogador, a la embajada extraordinaria de España que presidía don Jorge Juan y Santacilia, tras firmarse el famoso Tratado de Amistad con Marruecos que tanto bien nos trajo por aquellos días. Su bautismo de fuego tuvo lugar en 1769, cuando retomó a los argelinos un bergantín, apresado por tres jabeques de la famosa escuadrilla del arráez Sain Bugah. Después sufrió bastante en la fracasada expedición de Argel de 1775, aquella nefasta del general O'Reilly, que en paz descansa. Posteriormente, formó parte de la escuadra de don Luis de Córdova, que estuvo presente en el Gran Sitio a Gibraltar y participó en aquella triste y sangrienta jornada de las flotantes.

—Participaría como espectador, señor, porque ningún buque del general Córdova atacó la plaza en auxilio, para desgracia de la empresa.

—¿Andaba usted por aquellas aguas? —Otra vez el tono ligeramente desabrido, como si sospechara de mi sinceridad o no gustara de mis palabras.

—Me encontraba embarcado en la flotante San Cristóbal, que mandaba el entonces capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, y en ella volé hacia las alturas cuando reventó la santabárbara. Salvé el pellejo de milagro y con bastantes

meses de convalecencia. Pero como le decía, don Luis de Córdova estimó no conveniente tomar parte en aquella gran oportunidad de recuperar la plaza para nuestras armas.

—Pues allí estuvo a punto de perderse este navío. Cuando el violento temporal que lanzó hacia el Mediterráneo a las escuadras española e inglesa, el Triunfante fue arrastrado por las turbonadas hasta el muelle nuevo de la plaza gibraltareña, recibiendo un buen número de balas rojas a bordo y contestando a la brava. Por fortuna, había largado un ancla por largo y pudo salir a la espía^[77]. Días después tomó parte en el brillante combate de cabo Espartel, contra la escuadra del almirante Howe.

Callé para no enturbiar las aguas en curso, porque no consideraba tal combate como glorioso en ninguna escala, sino pequeña escaramuza después de que el inglés hubiese repostado la plaza situada con hombres y armamento, importantísimo objetivo que perseguía. Pero ya continuaba el historiador, como comencé a llamarlo en mi interior.

—Por último, también formó parte en la escuadra del entonces brigadier don Gabriel de Aristizábal, en la comisión de buena voluntad hacia Constantinopla. Por desgracia, entró a continuación en el muelle de desarme del arsenal de Cartagena, hasta que se formaron las escuadras de los generales Borja y Lángara. Y ahora asistiremos de nuevo a un conflicto más. Es importante conocer nuestra historia, Leñanza.

—Desde luego, señor. Mucho gusto en leer los libros que hablan de ella, y poseo una excelente colección en la biblioteca que heredé de mi suegro, el duque de Montefrío, Secretario que fue de Su Majestad don Carlos III.

Lancé las últimas palabras, poco habituales en mi persona, para encarar en bravo el tono paternal que no me agradaba. Y parecieron afectarle en diana blanca, porque se abrió en agradable sonrisa.

—Es un punto a su favor, sin duda. Me gustan los hombres que cuidan su propia instrucción cultural, Leñanza. Por desgracia, muchos compañeros nuestros desconocen las más importantes acciones y merecimientos históricos de nuestra Armada.

De esta forma dimos término a una extraña y, en mi opinión, un tanto alambicada conversación. Porque no está mal hablar de Historia y otros menesteres culturales al paso, pero la guerra se abría por nuestro horizonte en pocos días y eran muy distintas mis preocupaciones. Por fin, me concedió la venia para retirarme y encarar mi trabajo. Y juro por mis antepasados que respiré a pulmón de pellejo cuando alcancé la cubierta del alcázar y encontré el rostro de Setum, abierto en feliz sonrisa como de costumbre, un bálsamo que enderezaba el ánimo en la ocasión.

16. Faena de lomos

A diferencia de mi estado emocional, tendido a la baja tras la conversación mantenida con el comandante, Setum parecía disfrutar como niño enredado en felicidad con juegos de galería. En estos días que recuerdo con especial nostalgia aquellos años, comprendo el trascendental papel que este buen hombre ha corrido a mi lado durante tanto tiempo, y no sólo me refiero a que salvara mi vida y mi alma en diversas ocasiones, sino su oferta de sonrisa abierta y permanente en los momentos que más lo necesitaba. Aunque ya había pasado por diversos buques a mi lado, incluso navegado en derrota larga a bordo de un magnífico Ildefonsino^[78], en esta ocasión parecía más a gusto, como si cada elemento que encontraba a su paso representara una extraordinaria novedad en su vida. Y no tardó mi fiel africano en atacar los detalles que estimaba oportunos.

—La verdad, señor, creo que hemos embarcado en un hermoso buque, como si se tratara de varios palacios reunidos en un común ensamblaje.

—Me gusta esa nueva definición para un navío. Pero no creo que te tome de nuevas un buque como éste, tras aquella navegación que disfrutamos hacia las Indias, a bordo del San Ildefonso.

—Era distinto, señor. Aquel buque lo tomamos en comisión de transporte, lo que, después de todo, es como morar en posada ajena y de prestado. Ahora se trata de casa propia y al gusto.

—Bueno, enfocado desde ese punto de vista, es posible que tengas razón.

—Ya sé que estima como de mayor calidad para la guerra a los nuevos navíos, como el que acaba de mencionar y ese otro, el Montañés, que tanto se alaba. Pero encuentro éste más suntuoso y de mayor categoría, fabricado en maderas nobles y acicalado con molduras de extrema belleza. Ya sólo resta un pequeño detalle. Es de esperar que enferme el comandante bien pronto, y haya de tomar el mando que merece.

Me hizo gracia la naturalidad en las palabras de Setum, como si se tratara de una obra escrita.

—No debemos desear el mal a ninguna persona, Setum, ni para el caso que expones. Ya me llegará el momento, si así lo dispone Dios y no se opone la Secretaría de Marina —esboqué una sonrisa—. Pero tienes razón en tus apreciaciones. Precisamente, los nuevos navíos son más ligeros al utilizar maderas, digamos menos nobles pero más livianas en las cubiertas y superestructuras, así como haber desechado esos aderezos, tallas y molduras de los carpinteros de lo blanco, que ofrecen dignidad y galanura a popa pero aumentan el peso.

—Sin embargo, señor, he de reconocer que me pierdo en esta maraña de cubiertas, que denominan con nombres que jamás he escuchado. Ya sabe que me gusta conocer a fondo los buques en los que hemos prestado servicio, pero he debido

dar mil vueltas para salir a la luz, una vez estibadas sus pertenencias.

Volví a sonreír ante las tribulaciones de Setum, a la vez que sentía alivio al comprobar su felicidad, porque no era hombre de los que esconden sus sentimientos. Lo tomé por el hombro con la confianza que le concedía.

—Eso tiene sencilla solución. Acompáñame y te aclararé la cuestión en directo, que no es tan complicada.

Seguido de quien podía ser denominado sin posible error como mi Ángel de la Guarda particular, bajamos dos cubiertas desde el alcázar, para encontrarnos embutidos entre grandes cañones de a 24 libras por ambas bandas. Setum miraba hacia proa y popa con marcado interés, esperando mis explicaciones.

—Mira, Setum, ahora mismo nos encontramos en la primera cubierta o principal, así definida por ser la primera que se encuentra en la obra muerta del buque, es decir, por encima de la línea de flotación. Pero normalmente se la llama como cubierta de entrepuentes y primera batería. En ella se encuentran los cañones que forman la citada primera batería, puente o andana, también denominada batería baja. Como es lógico pensar, aquí se asientan las piezas de mayor calibre, porque al ser más pesadas, ayudan a estabilizar el buque.

—Pero hay más espacios hacia abajo.

—En efecto. Bajo esta cubierta se encuentra otra que recibe el nombre de sollado^[79].

—¿Y más abajo?

—Setum, si me dejas, te lo explicaré todo —asintió con la cabeza, sumiso—. Bajo el sollado, todo el espacio restante se denomina bodega, que desde proa a popa acomoda el pañol^[80] del contra maestre y el asiento para el lastre o enjunque, un conjunto de piedras y elementos pesados como cañones en desuso, galápagos de plomo y balerío viejo que ofrecen el contrapeso necesario para ofrecer la debida estabilidad del navío. En el Triunfante, el lastre es de once mil quintales nada menos. Por encima del lastre se sitúa la aguada, compuesta por unos cincuenta toneles, sesenta toneletes, cien pipas y cuarenta quarterolas, así como los barriles del vino. También se dispone de un falso sollado sobre la bodega y a proa, donde se estiban los cables de las anclas, tan necesarios en los fondeos cuando la mar achucha a muerte. A continuación, hacia popa del falso sollado, encontramos los cuerpos de las bombas de achique, así como la estiba del balerío y el mamparo de la santabárbara, compartimento capital porque es donde se almacena la pólvora en jarras de cobre. En este navío todavía no sé si ese mamparo tan importante se encuentra construido de madera con ladrillo protector, o doble mamparo relleno de arena húmeda, que ambos sistemas se utilizan para rendir la función de cortafuegos. A continuación tenemos los pañoles del condestable, forrados de plomo para su debida protección, porque en él se encartucha la pólvora en saquitos para su uso en los cañones. ¿Lo vas comprendiendo todo?

—Por supuesto, señor. Ya sabe que Setum las caza al vuelo. ¿Y qué hay en esa

cubierta llamada sollado, inmediata a ésta de la primera batería?

—En el sollado se abre un pasillo por ambas bandas de proa a popa, que recibe el nombre de callejón de combate, separado del centro por un pequeño mamparo que no supera los dos pies. Es de extrema importancia, ya que por él se puede circular con entera libertad, y allí trabajan algunos carpinteros y sus ayudantes durante el combate cuando se reciben disparos enemigos a la lumbre del agua, que atraviesan el costado y es necesario cerrar por medio de los tapabalazos^[81], para que no se inunde el buque. En el espacio central que deja el pasillo, se encuentran, de proa a popa, el pañol de velas, así como los del carpintero y el sangrador. Este último se convierte, durante los combates, en la enfermería, y por esa razón presenta cierta amplitud. En el centro aparecen las cabezas de las bombas de achique y la escotilla del pañol de balas. Más a popa, los pañoles del pan, del queso, las legumbres y la cecina.

—Todo esto me recuerda el castillo de las cuatro torres elevadas que me mostró en la Mancha. Claro que para dar de comer a tantos hombres, es necesaria una frondosa despensa.

—Bien, continuemos y no hablemos de manduca que ya me suenan las tripas. Por encima de donde nos hallamos situados se encuentra otra cubierta llamada del combés y segunda batería, aunque también se la conoce como segunda cubierta. En ella se acomodan los cañones de mediano calibre, en este caso de a 18 libras. Tanto la primera como la segunda cubierta deben encontrarse despejadas en situación de combate, para permitir el uso de la artillería. De ahí proviene la famosa orden de zafarrancho y prevención para el combate, en la que zafarrancho significa despejar las cubiertas para que puedan ser utilizados los cañones con libertad.

—Ese detalle no lo sabía, por mucho que lo he escuchado en otras ocasiones.

—No debes olvidar que nos encontramos en un navío de dos puentes, porque en los de tres se dispone de una cubierta más, la tercera, como es lógico pensar.

—Y en el Santísima Trinidad, una más.

—Es un caso especial, porque la cuarta batería se consiguió embonando^[82] la cubierta del alcázar. Algún día deberemos embarcar en ese navío, que tanto admiras y nombras a diario.

—Mucho me gustaría. Lo vi por primera vez en la bahía de Algeciras, cuando la jornada de las flotantes, y quedé sin habla durante muchos minutos. Pero continúe, señor.

—En la cubierta del combés, la segunda cubierta —señalé hacia arriba con el dedo—, a popa del palo trinquete se encuentran las grandes bitas, dobles y de bronce, por donde han de laborear los cables^[83] de las anclas. Este buque debe disponer de seis cables, con calibres entre las 20 y las 22 pulgadas. Y ya nos queda solamente una cubierta, la llamada del alcázar y castillo, aunque también es, si hablamos con propiedad, la tercera cubierta, por la que se mueve el personal al aire libre. De todas formas, a partir del palo mesana hacia popa, aparece otra pequeña cubierta superior que se llama...

—La toldilla.

—En efecto. Pasemos a los alojamientos. La marinería duerme entre cañones, como se suele decir en la Real Armada, porque entre los montajes de artillería cuelgan sus coyotes, pero especialmente en la cubierta de entrepuentes. En la del combés se alojan los oficiales de mar, y a popa del mesana, aparece la cámara de oficiales de guerra y mayores, así como sus alojamientos. Todos ellos se forman al separar los compartimentos con lonas de quita y pon, que permitan pasar con rapidez a la situación de combate. En el alcázar, a proa del palo mesana se encuentra la rueda de gobierno o caña que tú mismo has utilizado en la fragata Sirena, mientras que a su popa se abre el despacho de la mayoría o detall y el camarote del comandante, con mamparos de madera, así como su cámara que da, finalmente, a la galería o balconada. Por último, en la toldilla, junto al coronamiento, se encuentran los camarotes de los pilotos, así como el pañol de banderas.

—¡Qué barbaridad! Menos mal que en el nacimiento me concedieron un cerebro apropiado para retener tanta información —Setum rascaba su cabeza en significativa señal—. Me interesa otro aspecto, señor. Hace pocos minutos se encontraban estibando un ancla a proa. ¿De cuantas disponemos a bordo?

—Aunque parezcan muchas, nunca son suficientes, que a ellas nos amarramos como cabo de salvación cuando un temporal intenta atacarnos contra la costa. Se pueden observar en las amuras cuatro, dos a cada banda, tres de ellas de leva o pendura, mientras la cuarta se estiba en firme a estribor. Además de la palabra ancla, se utilizan a bordo para describirla, y con más frecuencia, las de ferro y fierro, aunque algunos contramaestres viejos todavía las denominan áncora. La principal de las cuatro estibadas en las amuras, aunque sea tercera en el orden de contar, es la de la esperanza, también llamada ancla de horma, de forma o formaleza. Se encuentra estibada en la amura de estribor. En este buque debe pesar unos 72 quintales y se larga por un cable de 22 pulgadas, con unas 120 brazas de longitud. También cuenta con las otras tres anclas, la menor llamada ancla sencilla, de leva o de cabeza. A continuación viene la conocida como ancla de uso o del ajuste. Y por último, nos queda el ancla cuarta o de respeto, estibada en firme como te decía en la amura de babor. Sus pesos oscilan entre los 50 y los 60 quintales aproximadamente. Y algunos navíos, todavía desconozco si se da el caso en el Triunfante, mantienen una quinta llamada ancla de la caridad, aún de mayor peso que la de la esperanza. Suelen aparejarla como último respeto, y se almacena en posición desembarazada en la bodega. —Y luego tenemos los anclotes.

—Tres anclotes, con pesos entre 17 y 25 quintales. Más los rezones^[84] utilizados por las embarcaciones menores, que en este navío son la lancha, el bote y el serení. Los de tres puentes incorporan una falúa para el general.

—Pero en la fragata llamábamos falúa a...

—A la mejor de las embarcaciones menores. Se hace como norma porque la utiliza el comandante, aunque no lo sea en realidad, sino una lancha.

Me detuve para mirar a Setum, que movía la cabeza hacia ambos lados.

—Bueno, con esto me parece que cerramos la lección del día, que ya te informé sobre el aparejo durante el viaje.

—Sí, señor. No se preocupe que pronto llegaré a dominar este navío como si se tratara de casa propia. Si me lo permite, una pregunta más y finalizo.

—Dime lo que quieras.

—¿Cuántos hombres han de convivir a bordo?

—Según me comunicó el segundo comandante que acaba de desembarcar, en estos momentos la dotación al completo se compone por 527 hombres, contando contigo que eres el personaje principal, al menos para mí —golpeé su hombro con afecto—. Y no lo estimes como cantidad exagerada porque no son suficientes, que para marinar y guerrear esta montaña tal y como se debe, harían falta más de seiscientos.

—¿Más de seiscientos hombres? Es cantidad que conforma un poblado numeroso en mi tierra de nacimiento. Alá es grande —mostraba cara de asombro—. Rezaré para que sea usted capaz de manejar este mastodonte.

—Nunca vienen de más los rezos, Setum, aunque sean dirigidos a tu Dios.

Tras la alargada exposición a Setum, que me sirvió para llevar a cabo una ligera inspección en solitario del Triunfante, me dirigí a la cámara, donde ordené la presencia del teniente de navío Pancorbo, oficial de guerra más antiguo. Y he de reconocer que, en mi opinión, tanto Huidobro como el comandante acertaban de pleno, porque se trataba del oficial que todos deseamos tener a nuestras órdenes en cualquier buque. Aunque no se podía denominar como de carrera lenta, quedaba a la luz que se merecía ese prometido ascenso a capitán de fragata sin demasiada espera, porque debía ser un par de años mayor que yo. Pero por encima de cualquier cualidad, me demostró en todo momento y a lo largo de los meses el valor y la lealtad que siempre exigí a mis subordinados.

Pancorbo me confirmó las opiniones recibidas sobre el personal por el antiguo segundo, así como algunos detalles de necesario conocimiento para encarar el día a día a bordo. Sin embargo, me quedó en el ala de la duda la verdadera calidad del primer contramaestre, porque también apoyaba la opinión del comandante.

—Puede estar seguro de que es un magnífico profesional, señor, y ya lo comprobará con sus propios ojos. En mi más desinteresada opinión, y con bastantes meses en su compañía, estimo que dirige la maniobra de los tres palos con la mirada y al tienta, mientras sus pitadas no ofrecen duda ni discusión posible. Si me lo permite, creo que el capitán de navío Huidobro le tentaría sobre él a la mala. Pero entiendo que no le habló con la sinceridad debida, aunque no sean muy correctas mis palabras al enjuiciar a un superior, porque se esconde una historia particular y desafortunada entre ambos, que debería quedar en sobre cerrado. Pero le aseguro que puede confiar en don Plácido con bruces abiertas y sin asomo de duda.

—No sabe cómo me alegran sus palabras, porque es balazo de necesidad.

—Y más en nuestro caso, con mucha gente de secano al servicio de la maniobra.

Hablé largo y tendido con el veterano oficial, con más de dieciocho meses a bordo en permanencia, hasta poner al día los ejercicios de mar y guerra que deberíamos llevar a cabo hasta la definitiva salida a la mar, un poco dejados de la mano tras la información recibida. Y me alegró comprobar su acuerdo con la medida de la que no gozaría la mayor parte de la dotación, porque él debía ser mi mano derecha en el adiestramiento.

Por fin, ordené al corneta que tocara llamada de oficiales, con lo que pude presentarme a todos ellos en la cámara, con la excepción del contador que se mantenía en tierra. Y allí sí que había garbanzos de todo tipo en la perola, aunque necesitaría de tiempo suficiente para ser capaz de enjuiciarlos al punto, que no es buena medida basarse en los rostros de las personas para indagar su interior. Pero como primera impresión general, entendí que disponíamos de suficiente legumbres para formar una menestra adecuada.

Como última medida, tras el almuerzo, al que no asistió el comandante, reuní a los oficiales de mar en su chaza, para conocerlos en persona. Y ya de entrada les expliqué mis planes, que no eran fuente de rosas sino chaparras de cardos y espinos. Pero también en vuelo de paloma comprobé una respuesta positiva, salvo alguna mirada torcida de la que tomé buena nota en la petaca.

Para rematar un día alargado, mantuve una nueva charla con el comandante. Deseaba exponerle mi opinión sobre el personal y el material, así como el plan de ejercicios elaborado con Pancorbo para los próximos días. Y aunque no parecía interesado al máximo mientras narraba los detalles, aplaudió con alegría cada uno de los puntos, animándome a continuar en esa línea. Debo confesar que a pesar de sus sinceras expresiones, creí entender cierta desgana o dejadez en su pensamiento, aunque es posible que me dejara llevar por los prejuicios abiertos en mi cerebro durante la reunión de la mañana, un defecto que debemos evitar aunque no sea cuestión sencilla.

Tomé la cama como forzado tras jornada de muerte. Aunque en general debía sentirme feliz por el destino que encaraba en un navío, el sueño final de todo oficial de la Real Armada, la comezón interior no acababa por desaparecer. Era mucha la leña a cortar porque, a primera vista, aquella dotación no conformaba el plantel que se estima como necesario en un navío de Su Majestad, y menos todavía en tiempo de guerra abierta, aunque se tratara de situación repetida en mi carrera. Sería necesario atar los machos al troncho por ambas bandas, aunque debiéramos desenfundar el rebenque y dar cañón sin misericordia, que nunca me han dolido prendas cuando no entra el ganado por la ribera ordenada. Y con estos pensamientos entré en sueños, agitado de trabajos pero con el alma recuperada en cubierta. La mar volvía a ejercer su bendito bálsamo en mi espíritu una vez más.

Los días siguientes fueron catalogados por muchos marineros, grumetes y artilleros como de sogas y martillo, y no les faltaba razón. Nos empleamos de sol a sol

en ejercitar al personal, sin concesión a los cielos y con los oficiales de guerra y mar en carrera de bulto por las cubiertas. Aunque no provocara alarma desmedida en mi espíritu, conforme pasaba el tiempo y observaba los movimientos descubría más lagunas de las esperadas, especialmente en la gente de mar, una novedad en mi propia experiencia naval, porque siempre debí dedicar más atención al manejo de las piezas artilleras. A tal punto llegó mi pesimismo en la primera jornada, que echaba de menos todas las dotaciones de los buques en los que me había movido, incluso en la Helena-presa con aquellos hombres recién llegados en racimo de sorteo.

En la misma línea continuamos durante tres días más, con mucho pito, toque de corneta a rebato acelerado y poco sesteo, porque zurrábamos la badana segundo a segundo y por todas las esquinas. Fue en aquellos momentos, con la mar oscurecida en el cerebro, cuando me abrí en claros con el primer contramaestre, que a él no le entraban las dudas, despotricando a gritos del cielo y del infierno. Y aunque se vislumbraba liviana mejoría, no cuadraba el paño ni a medio ras. Creo que fue al término del cuarto día cuando me entró don Plácido por vía sincera.

—No es fácil convertir esta chusma en gente de mar de la noche al día, señor, bien lo sabe el dios Neptuno, por más que le cruce los dedos en dirección de su santuario. Algunos zangandungos andan con las manos desolladas en sangre, como damiselas de corte, que aunque rufianes, debían cuidar la piel por sales para los naipes.

—Nada me gusta la marabunta, don Plácido, y me preocupa la cercanía a la acción. ¿Cree que con esta cuadrilla seremos capaces de capear a proa y popa, aferrar con emergencia o virar por avante en ampollas?

—Si me jugara en la respuesta la salud de mi alma, señor segundo, no le aceptaría el envite. Nos falta mar, que en permanente movimiento se aclaran muchas conductas. A ver si en la navegación hacia el norte continuamos la brega y conseguimos entrar la pesca en la red. Recuerdo otros tiempos en los que habría enviado a muchos de nuestros hombres al Cuartel de Presidarios y Moros por alargada estancia, sin esperar un segundo más, para recibir los oportunos reemplazos. Pero para nuestra desgracia, con esta tela hemos de apañar el vestuario.

—Espero que se ordene pronto la salida a la mar, entremos en aguas bravas y podamos cumplir ejercicios desde la galleta a cubierta. Ya meterán el hocico en la horma, quieran o no.

—Y que la Gran Señora escuche sus palabras.

Dos días después, primer domingo a bordo, dimos de mano para cumplir con los preceptos divinos, que no sólo debemos dirigir la mirada a los cielos en combate o temporal corrido. Y me gustó el oficio del capellán aragonés, don Sebastián, con palabras en acierto al rogar por el éxito en la próxima campaña contra los que renegaban de vida y religión. Como el sábado se había apreciado una ligera mejoría, recomendé al comandante abrir la mano en el rancho dentro de las posibilidades, con vino añadido, a lo que accedió en silencio y rumor cerrado. Pero es necesario dar y

retirar la vela según el viento, para que se comprenda el fin perseguido.

Ese mismo día, 7 de mayo, me sorprendió la aparición a bordo de Pecas, aunque era una situación normal en nuestra vida marinera y nadie como él para escaquear la casaca de su servicio diario. Tras una ligera presentación al capitán de navío Yáñez, que se excusó con trabajos inciertos, nos recogimos en la cámara, donde ya Setum nos alargaba tajadas de tocino y una frasca de las de especial reserva. Y no esperé para entrar en indagaciones.

—¿Cómo discurre la vida en el Estado Mayor del general en jefe? ¿Qué noticias se reciben?

—Antes de darte noticias, he de comunicarte que tu querido general Gravina me ha incluido en el cupo de sus ayudantes, con lo que me será más fácil recabar información de primera mano en todo momento y mantenerme preparado para alguna misión de riesgo. Pero las nuevas que puedo ofrecerte son malas y con prisas. Por esa razón he venido, ya que no nos veremos de nuevo hasta llegar a la bahía de Rosas.

—¿Salimos a la mar?

—Ayer a última hora recibió el general Gravina urgente recado del Secretario. Según parece, las plazas de Collioure y Port-Vendres están a punto de ser copadas y necesitan auxilio inmediato. Don Federico no estima como posible que aguanten mucho tiempo, si les han cortado la línea, por lo que es posible que se necesite una evacuación por mar. A bordo del Reina Luisa se azuza a muerte y se intenta salir de inmediato.

—Muchos buques no han izado la señal de encontrarse listos para hacerse a la mar.

—Lo harán en precario o deberán incorporarse al tranco. En dos o tres días como mucho, los que puedan acompañarán al insignia. Y sin rumbos alternativos, sino bien derechos al meollo. Parece ser que al conde de la Unión se le está atragantando la situación por derecha y revés. Y según tengo entendido, deberá tener lugar una entrevista entre los dos generales.

—¿Son buenas las relaciones entre Gravina y Unión?

—Lo desconozco. Pero no creo que don Federico manifieste abierta enemistad con nadie.

—Entonces, ¿no nos dirigimos a las plazas sitiadas por derecho?

—Así es, merluzo, pero en la primera oportunidad que se le presente, deberá dejar la división, o bien podríamos llamar escuadra del general Gravina, bajo el mando de Grandallana, y arrumbar a Rosas para pasar a tierra y conferenciar con Unión.

—Mal cariz toma esta guerra, aunque ya lo comentamos por largo hace pocas semanas. En tierra, mientras se avanza todo se abre en pico de loro, pero cuando hay que virar en redondo no es fácil contener a los hombres.

—Ese es el temor, que el frente se venga a nivel de bodega en bandada. Pero, bueno, de momento nuestra misión es la de alcanzar las plazas sitiadas en el menor tiempo posible, aunque a don Federico todavía le molesta la herida, que no parece

sanar del todo.

—Poco le importará.

—Confías demasiado en nuestro general, Gigante —Pecas hablaba ahora con seriedad—. Como sé que le tienes en alto aprecio, me duele expresar la sincera opinión. Creo que este hombre desea contentar a todos sin ofender a nadie, especialmente a los situados por encima en la escala, y así no se puede hacer la guerra ni mandar escuadra con rigor. Pero, bueno, me gustaría equivocarme.

Me dejó pensativo el análisis de Pecas, porque no solía errar el pequeño cuando hablaba en serio. Pero cambió el tercio con rapidez.

—Bueno, ¿cómo andáis a bordo de este viejo cascarón? ¿Crees que aguantará una marejada gruesa?

—Las tablas y aparejos aguantarían la mar en ampollas, pero la dotación deja mucho que desear, tanto en número como, especialmente, en calidad. Las unidades menores tapan los lunares con cierta facilidad, pero para marinar esta montaña es necesario disponer de muchas almas con sangre salada. Con sinceridad y sin que salga de estas lonas, dudo que en un momento serio seamos capaces de dar el do de pecho.

—Te queda bastante mar para apretar la clavazón. Y no te entristezcas en demasía, que los demás andan en niveles parejos. Ni siquiera el comandante del insignia se siente contento, y eso que con la alargada sombra de don Federico a bordo, ha recibido lo mejorcito de las últimas levas. ¿Este Yáñez que acabo de saludar entra al trapo?

—Si te digo la verdad, todavía no soy capaz de enjuiciarlo. Es un hombre extraño, aunque afable y con mano ancha en mi función. Pero lo veo un poco ausente, más pendiente de las reuniones de generales y comandantes que de lo que se cocina en su propia casa. Ya veremos en la mar, que es donde se cierran las interrogantes.

—Bueno, brindemos por nosotros —Pecas bebió de su vaso con generosidad—. Por desgracia, no espero acciones importantes para nuestra división en la mar, sino mucho fondeo en la bahía de Rosas y, me temo, contemplar momentos duros del Ejército.

—Eso parece.

Dimos término a nuestra charla con más rapidez de la normal, pero mi amigo debía regresar al buque insignia, que las noticias volaban al segundo y con nuevas desde la Corte en inesperada abundancia. Lo despedí con un fuerte abrazo, quedando en un posible encuentro si las aguas se remansaban por el norte.

No quedé con el ánimo abierto a luces tras la conversación mantenida con Pecas. Aunque era siempre el encargado de elevar la moral en corrillo, no parecía soplar el viento en esa dirección, lo que me preocupaba por alto. De esta forma, entre los problemas a bordo, los blancos y negros que atisbaba en la conducta del comandante y la perentoria necesidad de alistar un navío en paños, cuadré la noche sin la paz necesaria.

17. Aparejo al viento

Los acontecimientos, novedades y sorpresas comenzaron a cubrirnos en bullanga de mar a partir de la visita girada por Pecas a mi navío, y no es fácil llevar a cabo una relación cronológica exacta de los hechos con el paso del tiempo, aunque revise mis notas personales que ya se blanquean en el papel. Según me comentó días después mi buen amigo y cuñado, el día 11 de mayo recibió el general Gravina perentoria orden de don Antonio Valdés, Secretario de Marina e Indias, para salir a la mar y aproar directamente a las plazas sitiadas de Collioure y Port-Vendres, con objeto de ofrecer apoyo y auxilio en la posible evacuación. La retransmitía don Federico a los buques de su división de inmediato, tras requerir junta de generales y comandantes, estableciendo la salida a la mar para las primeras horas del día siguiente, con independencia de la situación particular a bordo de las unidades, salvo excepciones de granada.

Tras la reunión mantenida por mi comandante en el buque insignia, fue parco don Juan Vicente en información al regresar a bordo, limitándose a comunicarme la orden superior expuesta y sin mayor detalle. Le sugerí, como era habitual en mi norma de conducta, la posibilidad de reunir a los oficiales en la cámara para que dispusieran de una idea general de las operaciones a encarar. Sin embargo y para mi sorpresa, contestó con su habitual indolencia que bastaba con una transmisión por mi parte, al no haberse tratado en la junta materia de enjundia suficiente, sino una repetición de los hechos conocidos. No se parecía en este aspecto el capitán de navío Yáñez a otros jefes bajo cuyas órdenes había servido en anteriores destinos, ni lo consideraba edificante, porque siempre el subordinado agradece encontrarse al día del aspecto general de la guerra. Pero ya podía establecer con bastante claridad que mi comandante era corto en conversación con el resto de la oficialidad, incluido su segundo, así como largo en concesiones a todo lo que le sugería. Se trataba, desde luego, de un nuevo espécimen a analizar.

La primera noticia inesperada y a fuego de bombarda saltó pronto, para sorpresa de muchos. En las primeras horas de la tarde del mismo día 11, comenzaron a entrar los buques de la escuadra del general Lángara en la dársena cartagenera que, de esta forma, volvía a verse inundada de maderas y velas, la imagen que siempre permanece en mi cerebro. En el navío insignia mostraba luz particular el pendón del Serenísimo Señor Príncipe don Luis, rendidos los honores y servido a bordo como infante de Castilla. Sin pérdida de tiempo ni reparo en gastos suntuosos, algunos con flores en las cofas, se formó la comitiva de acompañamiento hacia la Corte para tan alta dignidad, presidida por el Mayordomo de Semana, marqués de Valdeolmos. Según parecía, para nuestro Soberano era más importante la visita principesca del pariente, que los problemas declarados a la brava en nuestro ejército del Rosellón, porque no se escatimaron gastos y fuerzas para la ocasión.

Como el Triunfante había enmendado su situación para quedar fondeado frente a

las murallas, con lo que disponía de una magnífica atalaya, llegué a pensar que algunas unidades del general Lángara pasarían a engrosar nuestra división, o que el mismo general en jefe comandaría la urgente petición del Secretario de Marina. Sin embargo, nada de esto sucedió y, para sorpresa de muchos, ni siquiera rindió visita don Federico Gravina al general recién arribado, de quien dependía orgánicamente, sino que con absoluta independencia, y acorde con las precisas instrucciones del baillío, encaraba su misión por vía particular. Sentí no tener cerca a Pecas para recibir la succulenta información que tal situación propiciaba, pero ésta quedaba para futuros.

Cuando ya los buques de nuestra división se hacían a la mar, todavía recibió el general Gravina una última notificación del Secretario Valdés, exponiéndole con más detalle la crítica situación de las plazas sitiadas, así como algunas instrucciones reservadas que nos abrieron horizontes con posterioridad. Y como es lógico pensar, por mi parte suponía que las fuerzas navales permanentes en Rosas, dos navíos, dos fragatas y numerosas unidades menores, habrían comenzado la cooperación a la que tanto se urgía.

Aparte de estas disquisiciones tan poco comprensibles de nuestra política cortesana, y mientras se preparaba en Cartagena el despliegue de carruajes y personal para el traslado del Serenísimo Príncipe al Real Sitio de Aranjuez, con fuerzas de boca y orden como para componer un pequeño ejército, los buques de nuestra división encarábamos las órdenes recibidas.

De esta forma, cuando picaba la campana de la ermita de la Guía a rezos de salud en las primeras luces del día 12, ordenó el comandante levar los dos ferros fondeados y, auxiliados por un terral fresquito, abandonar el puerto de Cartagena. Por mi parte, mientras el pito del contra maestre de proa azuzaba a los hombres que arrimaban brazos a los pales del cabrestante^[85] y virador, oraba en mis adentros ante la primera e incierta maniobra de nuestro personal, reforzados a última hora con diez grumetes con muescas de sangre en sus espaldas y rostro de presidio.

Como el viento nos favorecía y fuimos los primeros en sacar cabeza de puntas, convencí al comandante para largar el paño en etapas y sin rastros de fuerza, con lo que izamos mayores al compás, para largar gavias a continuación y engolfar el trapo a medida de la ocasión. Pero he de ser sincero y declarar que las primeras maniobras habrían escandalizado a los muertos, porque el murmullo y las voces apagaban los chifles y se corría demasiado por cubierta en desorden. Los contra maestres llegaron a utilizar pitos, boca y brazos a batientes, señal de que no entraba la marea en su curso.

Por fin, con ayuda del Santísimo y algún dios menor de las aguas, quedamos en facha^[86] por fuera de la isla de Escombreras en distancia de resguardo, a la espera de órdenes posteriores. Fue el momento que aprovechó el contra maestre primero para dar una pasada en voz a los tres palos y establecer órdenes de hierro en acciones venideras, con amenazas de fuego por la llana. Y ya entrábamos en calores de meridiana cuando se situaban en nuestras cercanías a la capa de espera los navíos San Antonio, Serio y San Francisco de Asís, con las fragatas Perla y Esmeralda

establecidas a levante en crucero de libertad. Y se hizo tedioso el aguardo, porque el navío de tres puentes Reina Luisa, con la insignia de don Federico largada en firme, mostraba el bauprés entre puntas cuando ya el sol comenzaba a declinar. Por fortuna, el viento parecía entablarse en un lebeche fresco y a la baja, lo que facilitaba la facha de los navíos y el previsible rumbo de avance.

Nada más entrar en vista, hizo señal el general por banderas para que los navíos gobernaran al levante franco, lo que ejecutamos al punto y sin especial esfuerzo con sólo marear^[87] las mayores mediante las brazas, y cazar la cangreja a voluntad. Mientras las fragatas abrían camino como gacelas en prado salvaje, con cierta envidia en mi interior al pensar en la inolvidable Sirena, a los navíos, abiertos en franquía y enmendadas las proas al rumbo NNE^[88], tan sólo se nos dirigió la orden de seguir aguas a la capitana. Y como el insignia largaba a los vientos hasta la manta del cirujano, también en el Triunfante dimos el aparejo al copo, no sin algún esfuerzo añadido con la maniobra de los estayes.

La primera anochecida en esa nueva comisión de guerra que encaraba se abrió con cielos y horizontes foscos, marejada suave, lebeche persistente y fresco aunque con tendencia a aumentar. De esta forma, manteníamos el aparejo largado al ciento, con ese viento de damas al que llaman de todas las velas, que nos entraba por el anca a bendición del cielo, al punto de concedernos un andar generoso a los buques que se apresuraban en subir latitud. Y como la mar es bálsamo, pero también azogue para las venas, comenzó a disminuir el tono de voces durante las maniobras, con lo que el pito de don Plácido llegó a escucharse como orquesta de palacio. Para satisfacción propia, pude observar que no echaban espuma los navíos de cuño sobre nosotros, porque andábamos más de siete millas, avanteando a veces al San Francisco de Asís, anterior a nosotros en la línea, con lo que debíamos reducir trapo a condición. Y aunque éste había sido construido en Guarnizo en 1767, tampoco destacaba por largo el San Antonio, construido a la moderna, como aseguraban.

Aunque el comandante se retiró pronto a su camarote, dejando el Triunfante en las manos de su segundo, con inmensa alegría para mi persona, pronto comprendí la razón del capitán de navío Huidobro al advertirme su temor sobre la calidad de los paños embarcados de reciente manufacturación. Entrada la medianoche y navegando a un largo como príncipes, acudió don Plácido a comunicarme que se había rifado la gavia por el tercio del mastelero, mala noticia con trabajo añadido para marineros y maestros veleros. Por fortuna, era la gavia una de las velas de las que se guardaban en el pañol dos ejemplares de respeto, por ser con el velacho y el trinquete las más propensas a desgracias. Fue repuesto el paño con rapidez y sin mayores sobresaltos, aunque en la noche todo pinta en negro bastión y las jarcias se empequeñecen para los poco versados en la práctica marinera.

En las primeras veinticuatro horas navegamos más de ciento cuarenta millas a rumbo directo y sin bordos de necesidad, libres de sobresaltos de mar y como príncipes de Corte, en demanda del cabo de la Nao. Estimé que la idea del general,

que no ofreció un solo minuto de navegación independiente a los buques para llevar a cabo ejercicios particulares, era la de atracarse por corto al cabo, para enmendar a continuación lo necesario y aproar a la costa catalana; en resumen, acortar el tiempo por manguera en lo posible. Si la mar y el viento continuaban a favor de rosas, podíamos cabalgar hacia el destino y esperar una próxima arribada, lo que se encontraba como meta importante en todas las cabezas, conocidas las urgencias de los sitiados.

Por desgracia y como tantas veces he repetido, la mar es caprichosa y mudadiza como cortesana en velos. El lebeche fresco fue a la baja a partir del segundo día, y cuando ya avistábamos por corto el cabo de la Nao y abríamos derrota a estribor para no atracarnos demasiado a la costa, que nunca es buena medida salvo necesidad, el dios de los vientos decidió tomar un descanso largo e inesperado. De esta forma, en pocas horas nos atacó un calmazo de lomos que podría derivar en calma chicha sin discusión, de esas que los contramaestres viejos llaman antillana, una acepción que nunca compartí porque aquellas lejanas aguas se abren en crestas blancas con demasiada facilidad. Pero, sin duda, la división de don Federico quedó fondeada sobre superficie de plata, con las velas tendidas en suspiro, situación que si normalmente produce desánimo en los hombres de mar, se convierte en nerviosismo y desazón cuando se intenta progresar en derrota con urgencia.

La calmería nos mantuvo trabados a pique, a la altura de ese cabo que acabó grabado a fuego en nuestros cerebros, durante dos singladuras^[89] completas. Bien es cierto que aprovechamos la situación con redoble de ejercicios para los hombres de mar y guerra, aunque el sudor corriera por las espaldas a chorrera gentil. Suponía el estado de ánimo que debía sufrir nuestro general, porque estas situaciones de la mar abierta que producen retrasos y, como consecuencia, incluso desastres en acciones guerreras, son mal asumidas por el personal del Ejército, que nada entiende de las variables que acometen a un buque en su navegación, hasta achacar los efectos a la simple desidia de los miembros de la Armada. Mucho he sufrido en mi carrera estas situaciones, al punto de conllevar graves y fuertes discusiones entre generales de mar y tierra que poco benefician el objetivo común.

Como la dama seguía en capricho de alcoba, el día 16 amaneció de mal cariz, con horizontes ahumados de calima, para dar paso poco después a cielos con celajería densa por el primer cuadrante, que se fue extendiendo hacia nosotros como aceite en las aguas. Aunque pareció que levantaba una ventolina inestable en las primeras horas, que aliviaba el pensamiento al alza, fue Don Plácido el primero en entrar en sospechas.

—Poco me gusta ese celaje, señor, amparado en toninas de tripas turbias. Apostaría el futuro y fortuna de mis hijos a que un gregal^[90] de orden aparecerá con sufrimiento añadido.

—No me tuerza las aguas con malos augurios, don Plácido, que ya conozco a los de su clase —apliqué la normal confianza que se concedía a los nostramos^[91]—. Dios

no lo quiera, que sólo nos faltan vientos contrarios para complicar la faena.

—Pues las cruces se encuentran vertidas en esa marcación, señor, como no lo remedie nuestro querido dios Neptuno, que no creo ande por esa línea en estos momentos.

—Espero que yerre y se abra algún viento del mediodía, para beneficio de nuestra derrota y alegría del general en jefe.

—No cantan las luces en esa dirección, señor, por mucho que lo sienta.

Pero los viejos contraмаestres narran sus predicciones en escasas ocasiones cuando juran hacia los vientos, y me temía lo peor porque ya me entraba por derecho don Plácido y sus argumentos. La inmediata confirmación nos llegó desde el navío Reina Luisa, donde se comenzaron a barajar precauciones de orden. Como único buque de la división con barómetro a bordo, anunciaba bajada brusca del mercurio, así como la necesidad de enmendar a estribor si el viento lo permitía. La razón no era otra que alargar piedras a sotavento, que nunca conviene ver el rompiente a esa banda indefensa. Y ya la mar y el viento llamaban a nordeste entablado en fresco, cuando ejecutábamos la orden, arriando en prevención los juanetes.

El contraмаestre acertó de lleno para nuestra desgracia. En efecto, el gregal se entabló a fuerza de cañón, pasando con rapidez a frescachón y cascarrón, lo que nos hizo tomar rizos a las gavias, porque ya escupíamos espuma a popa como donceles. Y gracias a Dios y Nuestra Señora de Valdelagua, que siempre me protegía, conseguimos en los primeros momentos abrir suficientes millas a barlovento, porque en las primeras horas de la tarde se cerró el cielo, al tiempo que el gregal mudaba en tramontana de orden, con un ventarrón que nos obligó a aferrar las gavias, manteniendo las mayores y preparando los cuerpos para el temporal que se veía venir sin remisión.

Durante la anochecida del día 16, recibimos la última orden de la capitana en el sentido de capear a pecho y por libre, orden innecesaria en la mar cuando la espuma te obliga a tomar caminos propios. De esta forma, comenzamos la capa con trinquete y mesana, para rematar a la baja con el contrafoque y la cangreja disminuida tan sólo, porque las fugadas y rachas alcanzaban cotas de infierno. Y la mar, que suele seguir el dictado del viento, acabó por ampollarse en gruesa, con olas que nos barrían al gusto. Sin embargo, es en estos momentos cuando descubrimos el verdadero ser que lleva el buque en sus cuadernas, porque el Triunfante se amoldó al sufrimiento como eremita abierto en rezos, tomando las crestas con orgullo y prepotencia aunque debiera meter los penoles en el agua de banda y banda^[92].

La mar y los cielos nos mantuvieron en cuarentena de boca durante dos largos días, esos que parecen abarcar cien horas de cien minutos. Sin llegar a la manta negra que sufriera a bordo del jabeque Murciano, o el último descalabrado tortolero recibido por la Sirena, nos tocó lidiar un temporal de respeto, de esos que suelen abrir heridas a quien no cuida el solar con cariño. También es cierto que la apreciación del tamaño y fuerza de un temporal, varía dependiendo que se sufra a bordo de una ligera

goleta o un navío de tres puentes, que la debilidad de maderas hace subir la escala mental y altura de las olas observadas con facilidad.

Aunque nuestra dotación era dulce en exceso, los que debían dar el pecho lo dieron y por alto, que siempre debemos reconocer las buenas acciones. Por desgracia, la primera noche perdimos un marinero valenciano al que apodaban picado, despedido a las aguas desde la jarcia mayor sin posibilidad de retorno. Allí quedó el pobre en su tumba particular, sin más ceremonia que una leve oración del capellán en mi presencia. Y posiblemente el peor momento fue cuando nos faltó el puño de la escota del contrafoque, lo que hizo necesario arriarlo para envergar el de respeto. Pero no fue tarea sencilla, que cuando vuelan pendones al viento, algún aparejo puede golpear los cuerpos sin remisión.

En la distancia podíamos observar a nuestros compañeros, cada uno a la suya y en casa propia. Y algunos con problemas, como el navío Serio que vio desarbolado su mastelero mayor, lo que significaba trabajo de muerte para su personal.

Por fin, que todo tiende a la llana en esta vida de mar si se persevera, en la amanecida del día 18 comenzó a decaer la furia y hasta apareció el azul por alturas. Y con la misma rapidez que nos abatió, característica de ese Mediterráneo que ejerce en sorpresas, el viento rolaba a gregal y levante, para acabar entablado del sudeste y frescachón, que nos permitió agrupar fuerzas y reemprender la marcha hacia nuestro objetivo. Después de todo, la vida corrió a la normalidad con extrema rapidez, y el temporal corrido no significó más que una nueva muesca en nuestra piel. Pero también nos entregó su parte positiva, que la mar abierta en ampollas y el viento en turbonadas agiliza la mente del marinero, hasta meter el salitre necesario en sus venas dulces.

Como el comandante no había aparecido mucho por cubierta, dejada la maniobra en mis manos, debo reconocer que acabé agotado aunque feliz. Y como ya caminaba a bordo con mi paso, decidí felicitar al contramaestre, para que lo hiciera extensivo a sus hombres.

—Le agradezco su dedicación, don Plácido, y la de sus hombres. En la primera oportunidad que se nos presente, lo regaremos generosamente con vino, antes de que se avinagre en las bodegas.

—Muchas gracias, señor segundo. La verdad es que, aunque corto, nos ha dado sufrimiento el temporal, pero han respondido los hombres a mejor nivel del esperado. Lástima del Picado, un buen gaviero que ya se encontrará en esa paz duradera que ofrece la mar. Espero que el dios Neptuno lo recoja en su seno.

—Dios lo tenga en su gloria. Esperemos que no haya más sobresaltos, o alcanzaremos la costa catalana con el armisticio establecido.

—No lo creo, señor. Este jaloque con la rumazón^[93] abierta a levante parece de confianza, o así lo entiendo yo. Si se mantiene en fuerza de gaviás o juanetes, arrimaremos millas al gusto del general.

—Lo necesitamos.

Una vez más acertó el contra maestre, porque el sueste^[94] se mantuvo con la necesaria terquedad, al punto de comenzar a amainar en la noche del 24, para quedar en bonanza cuando recalamos al norte de la bahía de Rosas el día 25 de mayo en las primeras horas de la mañana. Sin dudarle un momento, la capitana ordenó enmendar el rumbo en demanda del puerto, donde largamos las anclas en el fondeadero recomendado por los prácticos, con 11 brazas^[95] de profundidad en un lecho de algas y fango, un magnífico tenedero. Y allí se encontraba el navío San Julián con la insignia del brigadier don Bruno de Heceta, así como la fragata Mahonesa y algunas unidades menores.

Quedé perplejo ante lo que consideraba como un repentino cambio en los planes previstos, porque estimaba como urgente y necesaria la presencia de nuestros buques en las plazas sitiadas más al norte. El comandante, sin embargo, era de la opinión que las últimas noticias recibidas por el general del bailío el mismo día de nuestra partida de Cartagena, debían apuntar en esa dirección. Y no andaba desajustada su opinión, porque tras recibir la visita en el buque insignia de un general del Ejército, acompañado de otros oficiales, así como la del brigadier Heceta, partió don Federico en su falúa a tierra para tomar carruaje sin pérdida de tiempo y, como después supimos, trasladarse con urgencia a la plaza de Figueras, distante menos de cuatro leguas de la ciudad portuaria, donde debía conferenciar con el conde de la Unión, general en jefe del ejército del Rosellón.

Aunque esperábamos entrar en acción de forma inmediata, dada la cercanía a las plazas que estimábamos sitiadas con inminente peligro, debimos quedar con los brazos cruzados y en nerviosa espera hasta que regresara nuestro general. Pero era grande el trasiego que se observaba en tierra de tropas y pertrechos, lo que no aparentaba buena disposición general en la guerra, porque las prisas en los transportes auguran falsos y peligrosos movimientos. Y no andaba mal encaminado, porque la situación se encontraba rajada en negro y así lo podríamos comprobar en días futuros, al tiempo que Ejército y Armada se enzarzaban en mutuos reproches, como ya era situación normal y conocida en las campañas, para desgracia de España.

18. Dificultades en el frente

Grande era la confusión creada entre nuestros oficiales, lo que siempre acaece en la guerra si se cambia la derrota del buque al tiento y sin advertencia previa. Es en esos momentos cuando más nos interesa encontrarnos al punto de la situación, recabando información por cualquier conducto, aunque las más de las veces nos alcance con error en bulto y corrillos interesados. Pero las dudas se apagaron en gran parte gracias a mi amigo Pecas, fuente inagotable de información y a la que concedía el mayor crédito. No tardó mucho el pequeño en arribar al Triunfante con sonrisas abiertas a las bandas, porque una hora después de la salida del general Gravina hacia Figueras, avistaba la lancha del Reina Luisa en nuestra dirección y a rumbo directo, lo que me hizo pensar en tal posibilidad.

En efecto, Pecas, aprovechando la ausencia de su general, que había escogido al capitán de navío Estera entre sus ayudantes para la jornada, trepaba por el portalón pocos minutos después. Y tras respetuoso pero rápido saludo al comandante, se retiró conmigo a un aparte en la toldilla, aunque en este caso mostrara el capitán de navío Yáñez más interés en mi cuñado, sin resultado. Lo abordé por derecho y sin pérdida de tiempo.

—Siendo uno de los ayudantes del general y en vista de tu fino oído y esmerada percepción, espero que dispongas de jugosa información. Ha cambiado los planes don Federico para sorpresa de todos. ¿No debemos socorrer a las plazas sitiadas?

—Nada ha cambiado de lo que se encontraba previsto, merluzo. En tal sentido y de forma tajante se declaraba el último recado recibido a bordo desde la Secretaría de Marina, pocos minutos antes de nuestra partida de Cartagena. En él explicaba Valdés a Gravina con claridad, y puedes creerlo porque lo leyeron mis ojos, que debía hacer por la bahía de Rosas y reunirse a la mayor brevedad con el conde de la Unión, para establecer las urgentes misiones a realizar. En cuanto a las plazas sitiadas, te adelanto que se encuentran a punto de caer en manos de los revolucionarios.

—¿Hablas de rendición? —Mi sorpresa era real—. ¿Volvemos a perder esa tierra que fue española? Explícate, por favor, si tienes algún detalle de cómo se encuentra la situación en los frentes.

—Dispongo de todos los detalles, como es normal en mi persona —Pecas gozaba al ofrecer rodeos en nuestras conversaciones, cuando lo requería con urgencia—. Por suerte, uno de los oficiales del Ejército que acudieron con mensaje de Unión al buque insignia, era el coronel de artillería Federico Espinel, primo lejano por vía materna, que ha tenido a bien sincerarse conmigo y ponerme al día de la situación que, ya te adelanto, es mala por toda la rosa de los vientos. También me ha prevenido de las serias diferencias surgidas entre mandos del Ejército y la Armada, aunque según asegura el brigadier don Bruno de Heceta, ha echado el resto en sus intervenciones, a pesar de las malas condiciones meteorológicas sufridas.

—Explícate con detalle, enano, y no te andes por la ribera.

—A mediados de abril comenzaron los franceses a presionar en serio, desde la situación que la mala estrategia de Unión les había concedido. Con todo, el día 28 forzaron el paso del Monte de San Bernardo el chico, con lo que el duque de Monferrat debió retirarse a Aost y, posteriormente, al castillo de Bard. Sin embargo, ya los franceses dominaban la mayor parte de las alturas y podían entrar a la llana por casi todos los pueblos circundantes. Por fortuna, parece que ha sido de actuación decisiva el general don Eugenio Navarro, comandante de los puestos de Collioure y Port-Vendres, para enmendar en lo posible la situación.

—Si no entras en mayor explicación, no podré comprender lo que expones.

—Es más sencillo con un plano en las manos, pero intentaré aclarar tus ideas de memoria. El 2 de mayo nos retiramos de Argeles, quedando el frente establecido entre Puich Oriol y San Telmo, siendo este último un fuerte o castillo de elevada importancia estratégica, construido por nuestro Emperador don Carlos, que defiende las plazas portuarias de Collioure y Port-Vendres. Por desgracia, los franceses se corrieron el día 3 de mayo sobre las alturas de Port-Vendres, aunque nuestras tropas en su retirada dejaron clavadas las piezas artilleras. La precipitación fue tal que los revolucionarios llegaron a pasear por el puerto de la plaza, aunque nos rehicimos y fueron rechazados, quedando por fin acantonadas nuestras tropas en el puerto fortificado. Pero aquí, según parece, comenzaron las desgracias. Con la precipitación de la retirada, algunas de nuestras fuerzas buscaban directamente la evacuación por mar, sin otros pensamientos. El brigadier Heceta había destacado dos fragatas, tres jabeques y otras unidades menores, incluidas unas veinte cañoneras al puerto de Port-Vendres, con lo que se hicieron a la mar con heridos y la marinería de los mercantes, trasladándolos a Collioure. En la maniobra, un tanto precipitada, se perdió tan sólo la cañonera 14, que varó en Argeles.

—Pero, ¿no se había recuperado el puerto de Port-Vendres?

—Eso fue después y gracias a la ofensiva del brigadier Ezpeleta. Pero sin dominar las alturas, en poder de los franceses, el futuro se presentaba más negro que las tripas de un tiburón rajado. Para nuestra desgracia, y me refiero a la Armada, la sorpresa nos entró el día 5.

—¿Qué sorpresa?

—Pues que ese día, aparecieron 17 velas enemigas que formaron una línea frente a Collioure, disparando durante la tarde y la noche 1200 balas y 44 granadas sobre nuestras fuerzas.

—¿Unidades revolucionarias bombardeando la plaza? ¿Y los buques de Heceta?

—Pues, la verdad, no sabría decirlo, porque este coronel tampoco parecía comprenderlo, aunque su visión del panorama fuese limitado. Debes tener en cuenta que la base de operaciones para las fuerzas del Apostadero es Rosas, pero las lanchas cañoneras, que son las que dan el pecho como de costumbre en operaciones cercanas, se trasladan al puerto de la Selva para proyectarse hacia los puntos necesarios, con el apoyo de fragatas y jabeques. Sin embargo, es difícil comprender cómo con un navío

y demás unidades de fuerza no se hacen dueños de estas aguas en su conjunto, porque los buques franceses no son de línea.

—Cada vez te comprendo menos. ¿No estaba la escuadra francesa bloqueada en Tolón?

—La escuadra, como tal y en su conjunto, es posible, aunque tampoco podría asegurarlo. Recuerda que te topaste en la fragata Sirena con una división más que respetable. Según aseguran, los franceses basan algunas unidades menores, procedentes del comercio o la pesca, en puertos más cercanos al frente, capaces de tomar tenederos de escaso fondo, y esos son los que ofenden a nuestras fuerzas.

—¿Unidades menores? —Mostraba mi dificultad para comprender la situación—. No debe ser difícil dominar el escenario marítimo contra un enjambre de unidades menores y mercantes adaptados, manejando algunas fragatas y jabeques. Bueno, continúa.

—Los franceses siguieron artillando las alturas, con el claro objetivo de batir el fuerte de San Telmo, nuestra gran baza defensiva, porque su pérdida significaría la caída de las dos plazas portuarias principales, donde se habían retirado la mayor parte de nuestras fuerzas, pensando en una posible evacuación naval. El día 8 salieron de Bañuls cuatro cañoneras al mando del teniente de navío Ramón de Uzarte, para oponerse a dos francesas que se retiraron, tras intentar bombardear el fuerte de San Telmo, que ya sufría ataques desde cotas superiores artilladas por el general Dugommier. Pero el día 9 volvieron las fuerzas navales francesas a barajar aquella costa, trece velas muy atracadas al puerto de Port-Vendres, con lo que cortaron la comunicación del puerto.

—¿Cortaron la comunicación? —Sentía hervir mi sangre, conforme avanzaba el relato—. Cómo pueden cortar nuestras comunicaciones un conjunto de unidades menores. ¿Nos hemos vuelto locos? ¿Dónde se encontraban las fuerzas navales del Apostadero?

—A mí no me grites, gigantón, que nada he empeñado en esa acción. Tampoco debemos creer al ciento a ese coronel, aunque sea primo lejano mío. No sabemos la realidad de la situación naval, que no siempre es fácil de comprender en tierra, porque las cañoneras se multiplicaban con acciones por puertos menores. Pero el ambiente en las fuerzas del Ejército era el de sentirse desasistidos, especialmente las que se reunían en Port-Vendres.

—Normal y lógico. Presumimos de haber bloqueado, con el auxilio de los britanos, las fuerzas navales francesas en su puerto de Tolón, disponemos de dos escuadras en el Mediterráneo, aunque una se encontrara de travesía cortesana, y resulta que unas cuantas lanchas revolucionarias cortan la comunicación de nuestro puerto principal en el escenario bélico, en momento de máxima tensión. Eso no lo puede comprender ni el santo del desvarío.

—Por fin —Pecas pareció ignorar mis palabras—, los franceses consiguieron artillar los parapetos del Coll de Port-Vendres, rompiendo el fuego contra nuestras

lanchas en puerto y hacia el fuerte Presqueille. Esta vez reaccionaron las cañoneras al quite, porque hicieron callar a los cañones de a 24 establecidos en las alturas.

—Menos mal.

—Pero las unidades navales francesas seguían en presencia. Ese mismo día, por la tarde, intentó tomar el puerto una tartana mallorquina que arribaba con un cargamento de paja para las caballerías, elemento de máxima necesidad. El patrón creyó que los buques por fuera de puntas eran españoles y se dirigió en directo hacia el puerto.

—¿Fue tomada por las unidades francesas? —La indignación seguía creciendo en mi interior.

—Fue más rápido y avisado el mallorquín que, una vez comprobado su error, salió con espuma a popa y no pudieron darle alcance ni recibió disparo alguno a bordo. Consiguió entrar en el puerto de la Selva más tarde, para entregar su cargamento sin mermas. Pero el peor aspecto de la presencia naval enemiga es el transporte de los trenes de artillería a su favor, porque gracias a su acción pudieron artillar las alturas poco a poco, cerrando el copo de las piezas sobre San Telmo, con lo que Collioure y Port-Vendres quedaban en máximo peligro. Por fortuna, la mar en crestas que nos asaltó a nosotros, también se ampolló en estas aguas, con lo que buques franceses y españoles cesaron en sus acciones.

—Pero, por Dios bendito. ¿Qué fuerzas navales oponen los franceses?

—En general, creo que se trata de diez o doce tartanas^[96] latinas, pero con cañones a proa de a 24y algunas con una pieza de a 36, aunque me cuesta creerlo como posible. También disponen de otras cuatro con aparejo redondo, que no las imagino, algún doguen^[97] con mortero de a placa y cañón de a 24, así como una polacra que hace las veces de capitana.

—¿Y no pueden las fuerzas de Heceta barrer de un plumazo esa miseria? ¡Por todas las barraganas de Argel! ¿Dices que los del Ejército se encuentran desasistidos? No me extraña. Puedo imaginar sus comentarios al verse atacados y casi bloqueados por esos buques franceses del tres al cuarto.

—No calientes las chumaceras^[98], Gigante, que te conozco. El brigadier Heceta había organizado un importante convoy de refuerzo que debía arribar a Port-Vendres, y lo hizo el día 13, aunque las dos fragatas debieran quedar fuera del puerto a causa de los cañones de a 24 establecidos en las alturas. Como era de esperar, a la vista de las fuerzas del Apostadero se retiraron las unidades francesas, seguidas por los disparos de nuestras unidades, especialmente las cañoneras de Port-Vendres, bajo el mando del capitán de fragata Miralles, que ha debido rendir un magnífico trabajo. Fue entonces cuando trató Ezpeleta con el brigadier Heceta la forma de desbaratar la escuadrilla enemiga de una vez para siempre, y disponer de la necesaria comunicación libre por mar, así como impedir a los franceses desembarcar más artillería en Bañuls. Pero no parece que llegaran a ningún acuerdo, por las dificultades que le expuso nuestro brigadier.

—¿Dificultades? ¿Qué dificultades ha de encontrar un navío, dos fragatas y unos pocos jabeques en desbaratar esa escuadrilla de mariposas?

—Calma, tiburón antillano. No prejuzgues sin conocimiento, que suele inducir a error. Nada sabemos de la base a utilizar por las unidades del brigadier Heceta, así como su disposición. Ya sabes que nuestras cañoneras dependen al ciento del estado de la mar y necesitan permanente apoyo y abastecimiento. Al mismo tiempo, las fragatas y jabeques no se pueden mantener en la mar con absoluta dedicación.

—¿Por qué? Puede ser incómodo y hasta peligroso, pero esa es nuestra misión.

—Toda la información que te transmito me la pasó a la rápida el coronel Federico Espinel, mi pariente, y aunque no creo que dispare en nuestra contra por mera cortesía, puede haber errado en sus comentarios. Pero es cierto como los Santos Evangelios que no nos miran con buenos ojos nuestros compañeros del Ejército en estos días, porque sólo había que ver sus rostros avinagrados cuando embarcaron en el buque insignia.

—Y con toda razón, a no ser que exista alguna excusa razonable que, por ahora, no alcanzo a comprender. Bueno, acaba el relato.

—A partir del día 15, los revolucionarios centraron sus fuegos en el fuerte de San Telmo, como era de esperar, atormentándolo noche y día. Hizo un intento el general Navarro los días 16 y 17 para recuperar las alturas desde las que tanto los ofendían, y aunque comenzó a la brava y con éxitos parciales, tuvo que retirarse después de algunas horas con pérdidas importantes. Debió ser entonces cuando empezó a estimar por claro que San Telmo se encontraba con los días contados, lo que significaba perder las plazas portuarias de Collioure y Port-Vendres y, lo que es peor, poner en peligro el frente en aquella región. El 19 ya se encontraba la guarnición de Collioure en situación crítica, y sólo bastaba observar las muescas en el fuerte de San Telmo para comprender que no resistiría mucho tiempo. El general Navarro, recibida la tercera intimación por parte del general Dugommier, ese sanguinario que Dios confunda pronto en los infiernos, le pidió plazo para consultar al conde de la Unión. El general en jefe le previno lo conveniente para tomar una acertada decisión según las circunstancias, pero exponiéndole que estimaba como más acertada la evacuación por mar de la plaza, con objeto de salvar a la guarnición y todos los efectos que fuesen posibles. Y así se lo transmitió Unión al brigadier don Bruno de Heceta, según mi pariente, exponiéndole el peligro en que se hallaba la referida guarnición a causa de no haber conservado aquellas aguas, y repitiéndole que nada importaba la exposición de los buques cuando se trataba de socorrer aquellas tropas.

—¿Decías que aparecían algunos roces? Esa frase del conde de la Unión encierra lagartos de bombarda, y si no me entran explicaciones muy claras en contra, parece albergar toda la razón. ¿Qué hizo el brigadier Heceta?

—El general Navarro —Pecas pareció no haber escuchado mi pregunta una vez más— pasó a Dugommier unas condiciones de rendición que, estaba seguro, no serían aceptadas, por lo que el día 20 se rompió el fuego por las dos partes una vez

más, con el fuerte de San Telmo transformado en un miserable montón de ruinas. Pero el francés tenía la sartén por el mango, y el día 21 llevó a cabo un ataque general, alargando sus alas hacia Port-Vendres, y acometiendo San Telmo con escalas por las bravas antiguas, aunque fueron rechazados con elevadas pérdidas. Los revolucionarios repitieron la maniobra dos veces más, pero nuestros compatriotas consiguieron rechazarlos. Al mismo tiempo, se continuaba con el embarque en el puerto de los heridos, enfermos y provisiones, bajo el mando del teniente de fragata don Bartolomé de Torres, comenzado el mismo día 15, aunque no eran muchas las lanchas a disposición.

—¿Lanchas? ¿Por qué no utilizar buques mayores, capaces de entrar en esos puertos con facilidad, aunque caigan balas sobre ellos? Parece que las fuerzas de Heceta sólo pueden actuar sin enemigos a la vista. No lo comprendo, Pecas.

—Si te digo la verdad, yo tampoco, aunque solamente conocemos una versión de los hechos que, como sabes, no siempre es la acertada. La última noticia recibida del frente es de esta misma mañana. El general Navarro acaba de comunicar al conde de la Unión que se encuentra en situación tan apurada, que intentó capitular. Pero Dugommier, que es perro de presa y no se conduce muy acorde a las normas de la guerra, exigía que se contaran por prisioneros de guerra aquellas tropas sin poder servir contra ellos, y recibiendo igual número de prisioneros, con cuya circunstancia podrían retirarse por mar a España. Navarro, por su parte, demandaba retirarse por tierra y con honores militares, pero no habiéndose conformado la propuesta, se volvió a romper el fuego por ambas partes. Según parece, Navarro ha decidido retirarse a las posiciones fortificadas de Collioure, cuando el fuerte de San Telmo no pueda resistir más, y aunque la posición no sería nada buena y muy expuesta, intentaría esperar la llegada de alguna escuadra para embarcar durante la noche y abandonar la plaza.

—Válgame el cielo y el infierno. Qué desastre más absoluto. Nunca aprenderemos aunque nos invadan España de parte a parte. ¿Cuándo podrán emprender acciones el Ejército y la Armada de común acuerdo, sin piques cortesanos más propios de infantes, ni estúpidos resquemores?

—Me extraña que te sorprenda, amigo mío. Pero en este caso particular, no debemos adelantar acontecimientos, que por esa razón viajó el general Gravina para mantener la entrevista con el conde de la Unión en Figueras.

—¿Y se debía haber esperado a momento tan peligroso para llevar a cabo esa reunión y planificar las operaciones? ¿Por qué no se trazaron las diferentes líneas de acción en la Corte, cuando asistieron los generales de los tres ejércitos a deliberar con Godoy, dejando a la Armada de lado? Y, por supuesto, también se podía haber ordenado la llegada de la escuadra con suficiente antelación.

—Eso he pensado yo también, pero así se encuentra el potaje servido y no valen lamentos. Supongo que se intentará la evacuación urgente por mar de las guarniciones agrupadas en Collioure. Pero debes tener en cuenta otra variable de la mayor importancia, porque la situación ha cambiado en nuestras fuerzas.

—¿A qué situación te refieres?

—En la última comunicación recibida, el Secretario Valdés ha decidido desgajar la división de Gravina de la escuadra del Océano, al tiempo que lo nombra Comandante en jefe de las fuerzas navales del Apostadero de Rosas, que ya son de cierta consideración. Eso quiere decir que lo deja como única cabeza visible, sin intermediarios y bajo su mando directo, lo que justifica que nuestro general ni siquiera presentará sus respetos a Lángara antes de su salida de Cartagena.

—Es posible que así lo haya exigido don Federico.

—¿Exigirlo? No me lo creo. Aunque pueda parecer que le ofrece la guinda y sacarlo de la bota de Lángara, Gravina es largo de olfato y huele la lumbre a distancia. Don Federico es de la opinión que lo quieren dejar a las órdenes de Unión, una circunstancia a la que se rebela.

—¿Por qué? Sería llegada la hora de que un mando único dictara las órdenes para las operaciones en común. Ya se intentó con el duque de Crillon en la toma de Gibraltar, y por culpa de que la escuadra de Córdova se mantuviera fuera del marco, nos llegó el desastre.

—Nuestro general estima como peligrosa tal dependencia, porque en demasiadas ocasiones los generales del Ejército solicitan apoyos y misiones imposibles desde un punto de vista naval, sin comprender la necesidad de resignarlos por parte de nuestros jefes. Por supuesto que desea colaborar para beneficio de la empresa común que, después de todo, es la de España, pero prefiere mantener su independencia y actuar allí donde lo estime oportuno, manteniendo, eso sí, permanente comunicación con el conde de la Unión, con oficiales de la Armada destacados en su Estado Mayor.

—Me parece que has cambiado de opinión, Pecas —le dirigió una sonrisa cargada de ironía—. Siempre defendimos la postura contraria.

—Yo no he cambiado un ápice mi criterio y creo que, más bien, no me comprendes. ¿Por qué ha decidido esta línea de acción el secretario de Marina Valdés, que es hábil como rata culebrona? En mi opinión, no sólo porque Unión sea un teniente general más antiguo que Gravina, como exponía el jefe de escuadra don Juan Ovando, ni porque el bailío le tenga especial aprecio a don Federico, opinión del jefe de escuadra don Antonio de Yepes, Mayor General de Gravina. Mi opinión personal es que nuestro jefe, y creo no equivocarme, es incapaz de decir no o rebelarse contra lo que de arriba le llueve en orden o recomendación, con lo que es la persona idónea para lidiar este toro.

—¿Por qué dices eso? —No me gustaba la opinión de Pecas, y así debía expresarlo mi rostro—. ¿Crees acaso que don Federico carece de categoría personal y decisión para imponer su criterio?

—Por favor, Gigante, no seas tan apasionado cuando enjuicias aquellos jefes a los que admiras sin medida, y te sientes agradecido con razón. Aunque no te guste, empiezo a barruntar que don Federico Gravina es un excelente general subalterno pero, hoy por hoy, poco hecho para el mando de escuadra. Es una opinión personal,

pero en los próximos días podré ampliarte los detalles, si mantengo la oreja bien pegada a la fuente.

—No estoy de acuerdo con esa opinión. Y bien que lo demostró en Tolón.

—Bajo las órdenes del general Lángara, no lo olvides —finalizó Pecas la frase con una significativa señal.

Continuamos nuestra conversación, aunque una vez expuesta la situación con claridad, nos desviamos hacia otros derroteros, en especial los detalles que el pequeño era capaz de comentar sobre todo lo que se cocía en el buque insignia, así como las acciones particulares de los demás jefes, sin olvidar alguna chanza en ocasión.

Como es lógico pensar, aunque el capitán de navío Yáñez me tentó la ropa e inquirió para disponer de suficientes noticias, nada le transmití sobre las opiniones vertidas sobre el general Gravina y la distribución de responsabilidades. Pero para que se mantuviera satisfecho, le informé de la situación que atravesaban las fuerzas del Ejército, así como la precaria situación en que se encontraban las plazas sitiadas.

El general Gravina regresó al navío Reina Luisa en las últimas horas de la tarde y poco después, con las últimas luces del día, ordenaba junta de generales y comandantes, a la que se aprestó mi jefe directo. Y debió entrar al grano don Federico, porque dos horas después retornaba don Juan Vicente a bordo del Triunfante con su habitual e inexpresivo rostro, del que nada se podía entresacar. De todas formas, lo acompañé a su cámara para recabar la información que afectara al buque y sus futuros movimientos.

—Supongo, señor, que salimos hacia Collioure y Port-Vendres.

—Todavía no, segundo. Mañana se dedicarán todos los buques a llevar a cabo la necesaria aguada, así como el embarco de los víveres que nos ofrezcan, mientras algún navío acaba de rematar los desperfectos menores sufridos en el temporal. Ha previsto el general la salida a la mar para las primeras horas del día 27.

—¿Pasado mañana? Tenía entendido que la situación de nuestras fuerzas era desesperada y el general Navarro se encontraba a la espera de urgente evacuación.

—Así parece ser. Pero poco se arregla en esta vida con precipitación.

No entró en comentarios el capitán de navío Yáñez sobre la posible dependencia de Gravina respecto a Unión, bien porque nada supiera sobre el tema, o porque deseara mantener aquella distancia y falta de comunicación conmigo, a la que me tenía acostumbrado. De esta forma, me retiré de su cámara sin mayor debate.

Por mi parte, cité a los oficiales en la cámara, a los que informé de la situación en el frente terrestre, sin comentarios ni detalles que pudiesen entrar en desconcierto. Tan sólo me sinceré con el teniente de navío Pancorbo, a quien expuse en líneas generales lo que parecía suceder en las alturas. De momento, tomaríamos las medidas ordenadas y retocaríamos los pequeños desperfectos sufridos en el aparejo durante el temporal corrido. Y así deberíamos permanecer más de 24 horas, una decisión que, en mi interior, no era capaz de comprender y, en verdad, no encajaba con la imagen que

mantenía viva de don Federico de Gravina y Nápoli.

19. Diferentes opiniones

El día 26 transcurrió a ritmo de tortuga, condición habitual cuando se abren gusanos en nuestra barriga, impacientes por entrar en acción. Aunque el sol brillaba en todo su esplendor, con visibilidad extendida a medio mundo, un viento generoso del nordeste evitaba los calores abiertos, hasta conceder una temperatura agradable para la época del año que atravesábamos. A bordo del Triunfante se retocaron los detalles precisos, que no eran muchos, especialmente en la lancha, con un trozo de regala desprendida por toconazo, y las velas rifadas. Empleé buena parte de la mañana en conversaciones con los contramaestres y maestros veleros, intentando buscar una posible solución a los problemas del paño, en especial a los puños de las escotas de los foques que presentaban cierta debilidad a la vista.

En cuanto a las promesas de abastecimiento, quedaron en suspiros de necesidad, aunque no se niegue a bordo media galleta. La aguada fue generosa y de calidad, según aseguraban, lo que en épocas de calores es de enorme importancia para no aparejar enfermedades que se extienden a bordo como la sangre por cubierta en combate. Sin embargo, los víveres entraron a porción de rata y con regular cariz, porque las legumbres parecían bailar entre los gusanos, aunque también estos conformen perola adecuada y dan fuste en momentos de necesidad. Y para qué hablar de posible reposición en pólvora y balerío, con las fuerzas del ejército mantenidas en mínimos, lo que hizo pensar a Gravina en la imperiosa necesidad de un futuro reabastecimiento desde Cartagena, y en esta línea dirigió recado a la Secretaría.

Por fin, en las últimas horas de la tarde, la capitana ordenó alistar los buques para salir a la mar en las primeras horas del día siguiente, lo que no cargó las espaldas a fardo en la ocasión, porque todo andaba en racimo y a la vista por su orden. Una vez apagadas las luces, el viento disminuyó a fresquito, apareciendo las estrellas en el firmamento como siempre desea el navegante, con luz en destellos de color.

De acuerdo a las estimaciones previstas, cuando el alba se abría en claros azules comenzamos a levar las anclas para cubrir la misión que, en mi opinión, debíamos afrontar con la mayor celeridad. La antigua división del general Gravina, a la que podríamos denominar a partir de aquel momento con mayor precisión como fuerzas del Apostadero de Rosas y composición propia de escuadra, se componía en la jornada de seis navíos, tres fragatas, dos jabeques y un bergantín. No se estimó de orden la compañía de las cañoneras que reparaban o se abastecían en puerto sino, como futura posibilidad, añadir las destacadas en el puerto de la Selva, si la ocasión así lo requería. Tampoco a esta decisión se acolchaba mi pensamiento en voluntad, porque con el tiempo disponible desde nuestra arribada, se podían haber enviado en la fecha precedente con suficiente apoyo y margen disponible. Si era necesario evacuar un ejército numeroso, no sólo serían elementos de gran utilizad para el necesario barqueo las imprescindibles cucarachas, sino que se podría utilizar su poder de fuego una vez encajonadas en puerto.

Como el viento se mantenía del nordeste y fresco de fuerza, nos abrimos braceando en caja al límite de la bolina^[99] para librar la punta Falconera y ganar suficiente barlovento, con el que enfrentar con suficiente seguridad el cabo Creus y sus preciosas islas cobijadas en abrigo que, sin embargo, han tragado entre sus piedras y por limpio más de un buque. Fue camino espeso, porque debimos ofrecer diversos bordos de ocasión, con las maniobras añadidas. Y con las necesarias bordadas llegó el momento de ofrecer cal y arena, porque de las viradas por avante que se intentaron, fracasamos en más de una ocasión, con el contramaestre y oficiales de cubierta en permanente manejo de almas y cuerpos.

Eran las viradas por avante una de nuestras losas más pesadas en las maniobras, aunque no fuimos los únicos en tragar la manta por boca cerrada, que nuestros compañeros también demostraron sus carencias a la vista. Llegó a tal punto la perentoria necesidad, que en mi interior celebraba con satisfacción cuando el primer contramaestre elevaba la voz para afirmar con energía, ¡el viento abre!, señal de que había pasado la proa a barlovento y la virada estaba ganada. Tan sólo las fragatas y los buques menores cruzaban el viento como pájaros, con envidia en muchas miradas.

Cuando, una vez avanteada la latitud del cabo Creus, y abiertos del abrigo por más de lo necesario, aproamos a besar la costa y por directo al cabo Bear, tras el que se refugian los puertos de Collioure y Port-Vendres, comprendí que dejábamos de lado el empleo de las cañoneras en forma definitiva, al quedar por babor el puerto de la Selva y sin ánimo de enviar requisa en tal sentido. Llegué a pensar que el general Gravina no deseaba perder más tiempo y aliviar el andar por lo llano, aunque no encajaba tal idea con el día que, en mi opinión, habíamos perdido lastimosamente en el fondeadero. Dos de las fragatas fueron lanzadas a proa para llevar a cabo el reconocimiento inicial de las plazas sitiadas, en la esperanza de que llegáramos a tiempo y pudiéramos arrimar nuestros fuegos contra el enemigo si era necesario.

Cuando ya se percibía en la distancia nuestro objetivo, me entró a cerrazón el pesimismo al observar cómo la fragata Perla navegaba en nuestra dirección, con todo el aparejo al alza y las prisas en muestra por sus gallardetes. Debía haber descubierto alguna noticia de suficiente interés, que era necesario poner en conocimiento del general con rapidez. Y para nuestro mal, la fragata llegaba con la peor nueva que se puede ofrecer en la guerra. En ambas plazas que estimábamos sitiadas por el enemigo, ondeaba la bandera tricolor revolucionaria por todo lo alto, con el significado añadido de que las fuerzas del general Navarro se debían haber rendido al francés.

Como después supimos con detalle, en las primeras horas del día 26 se vio forzado Navarro a admitir del general Dugommier la dura ley de rendición que tanto había rehusado hasta entonces. Las tropas españolas se habían retirado por tierra, siendo la única condición positiva que los prisioneros franceses entregados al enemigo, al igual que las fuerzas rendidas, no podrían tomar las armas en el resto de la contienda, perdiéndose además gran cantidad de armamento y pertrechos que no

sobraban en nuestras filas. Nada quedaba a la vista cercana, por lo tanto, como misión para nuestras unidades, salvo la promesa expresada por Gravina al conde de la Unión de dominar aquellas aguas a partir de aquel momento.

Al menos, nuestro general tuvo el detalle de hacer desfilar a sus buques a pique de ferros, disparando nuestras piezas contra las plazas en poder francés, mucho cañón de fuego y efecto de paloma, porque son las granadas las que en verdad ofenden con vigor a las fuerzas en tierra, y esa función quedaba reservada casi al ciento para las lanchas bombarderas y obuseras. Sin embargo, sirvió para desahogar nuestro espíritu, a la vez que lo agradecía en mi interior, porque las siete andanadas largadas a ritmo de falsete, sirvieron de acicate y adiestramiento a nuestras brigadas artilleras. Así lo comenté con el teniente de navío Pancorbo minutos después.

—Si combatiéramos contra el inglés en estas condiciones, nos habrían quintuplicado en el ritmo de fuego, con las negativas consecuencias que tal efecto produce. Mucha leña falta por cortar con nuestros artilleros.

—Tiene razón, señor. Pero para cortar la leña hay que utilizar las sierras con cierta permanencia. La mayor parte de nuestros artilleros no han disparado tres andanadas seguidas en toda su vida, y para no pocos ha sido el bautismo de fuego.

—Ya lo sé, Pancorbo. Debemos seguir con los ejercicios, aunque sea sin fuego y demasiada simulación. Asimismo, es necesario acabar con la algarabía de voces y alaridos dispares que se producen entre andanadas, que más parecemos enjambre de indios. Si es necesario, recurriremos a la vieja costumbre de la mar para imponer el silencio en maniobras y combate. Que cada marinero y soldado mantenga una bala de pistola entre los dientes, y quien no la entregue al final será severamente sancionado. Las órdenes no llegan a su destino por el griterío generado a bordo.

—Me parece una medida acertada, señor. Recuerdo que se llevaba a rajatabla a bordo del navío Príncipe de Asturias, cuando andaba embarcado en él de guardiamarina.

—Pocos comprenden la necesidad de ejercitar el cañón a fuego real día sí y el siguiente también, como hacen los britanos en paz y guerra. Lo que se gasta en pólvora y balerío, se compensa por mil con menos barcos hundidos en combate.

—Nunca lo conseguiremos, señor, aunque nos pese, que las malas costumbres encastradas en la piel son difíciles de erradicar. He oído que algunos barcos británicos llegan a disparar tres disparos cada dos minutos, aunque es difícil de creer.

—Lo estimo como posible. Gracias a ese tesón, un buque inglés de 74 cañones es capaz de lanzar al aire tantas balas como el Santísima Trinidad. Por ahora, me conformaría con una andanada cada tres minutos, lo que no alcanzamos ni de lejos. En fin, aunque hayamos hecho exhibición de fuerza ante los franceses, las plazas quedan en su poder y así pasará a la Historia. Y me temo que traspasarán los Pirineos como duendes en vuelo.

—¿Penetrar en suelo español? —Pancorbo parecía extrañado—. Creo que exagera, señor.

—Collioure también fue tierra española desde que fundaron la ciudad los íberos. El rey godo Wamba la conquistó en el año 673, y la mantuvimos en nuestras manos hasta que la entregamos al rey francés Luis XIII en 1642. Tenía esperanzas de que ese Rosellón español volviese a manos de sus legítimos poseedores. Pero no lo veo ya como empresa posible.

—¿Qué sucederá a partir de ahora, señor? —Pancorbo preguntaba con cierta tristeza en sus palabras.

—Pues que nuestras tropas se atrincherarán en la fortaleza de Bellegarde, última posesión en lo que los franceses estiman como tierra propia, y será sitiada por los hombres de Dugommier a muerte y cuchillo. Supongo que todas nuestras tropas repasarán los Pirineos para establecer allí el nuevo frente.

—Pintan bastos en esta nueva campaña —entristeció el semblante—. Estos revolucionarios no conforman la tropa desarrapada e incompetente que estimábamos en los primeros días.

—Son bravos, cuentan con soldados en abundancia y ya desearía disponer de su parque de artillería. Y no les faltan generales avispados.

Tras la demostración artillera que de poco servía a la empresa, nuestro general ordenó aproar en tornaviaje hacia la bahía de Rosas, donde parecía establecer su base de operaciones en forma definitiva. Debo declarar que no me sentía feliz ni de lejos. La verdad es que continuaba extrañado por no haber entrado de lleno en las plazas sitiadas en nuestra derrota desde Cartagena, como estaba previsto en un principio, un pensamiento que no podía desterrar de mi cabeza. Es posible que no hubiéramos evitado la pérdida de las dos plazas, pero se podían haber evacuado las tropas del Ejército al completo y con sus pertrechos, una derrota menor después de todo.

De esta forma, navegamos por libre hacia el sudeste, acariciados por un gregal persistente y a favor de ruedas, aunque comenzara a declinar en fuerza. Nada sabíamos entonces de las conversaciones mantenidas por el general Gravina con el conde de la Unión, ni del trabajo que quedaba estibado sobre nuestros hombros. Pero no se abría la situación en claro para las armas de España, ni mucho menos.

Arribamos al fondeadero de Rosas bien entrada la mañana siguiente, tras haber navegado en comisión de damas durante toda la noche, como si las dotaciones necesitaran de un descanso a todas luces inmerecido. Y entiendan mis palabras con los negros sentimientos que en aquellos momentos bullían en mi cabeza, porque era grande el desencanto entablado en el espíritu, como si hubiésemos fallado en importante comisión a Su Majestad el Rey y a España. Setum, que tan bien me conocía, entró a levantar tiendas con sonrisa abierta.

—No todo ha de salir a gusto del amo, señor. Alegre esa cara, que todavía resta mucha campaña a proa. Tiempo habrá de restañar heridas y refrescar la cara al francés, como ya hicimos en aguas de Cerdeña. Seguro que don Santiago, que de todo saca noticia cierta y de altura, le dará oportuna aclaración a lo que no parecemos comprender en estos momentos.

—Es posible que en mis adentros le haya ofrecido demasiada importancia a la defensa y posible evacuación de esas dos plazas que, según parece, estaban perdidas. Pero el aspecto principal, y te hablo con cierta reserva, es que no andan las relaciones Ejército-Armada como para dar la blanda y en público al primer envite.

—Siempre ha sido difícil el entendimiento entre la gente de mar y la de tierra, porque son elementos tan dispares como el agua y el aceite, con mentes que navegan en diferentes espacios sin llegar jamás a encontrarse. No sé si me comprende.

—Te explicas como los ángeles, Setum, y así es en verdad. Pero es imprescindible aunar esfuerzos en determinadas campañas, por el bien común que todos deseamos, dando de lado los fines particulares. Y si es necesario, habrá que macerar el aceite y el agua para formar un líquido compacto.

—No le reclame peras al olmo, señor.

Una vez fondeados muy cerca del tenedero^[100] utilizado en la anterior ocasión, transcurrieron dos días sin noticias de interés a la vista ni visita informativa de Pecas. Estimé que mi cuñado debía andar con trabajo cruzado a las vergas, con sólo observar el continuo vaivén de visitas que se recibían en la capitana, en muchas ocasiones por generales y jefes del Ejército. De esta forma, me dediqué al trabajo a bordo, que no era poco, hincando el diente a los artilleros y, por encima de todo, al personal de maniobra que había mostrado el esqueleto demasiado a la vista en la última navegación.

Por fin, debíamos entrar en los dos últimos días del mes de mayo cuando decidí visitar a mi cuñado y recabar el estado de la situación, porque el capitán de navío Yáñez apenas largaba palabra por su boca. Solicité su venia para abandonar el Triunfante por unas horas, petición que, fiel a su costumbre, me autorizó como toda proposición que le elevaba. De esta forma, tomé la lancha con Setum a la caña, costumbre que el africano había retomado con sumo orgullo, para dirigirme hacia el navío Reina Luisa. Una vez a bordo del insignia, no necesité de especiales presentaciones ni preguntas al oficial de guardia que me recibió a pie de meseta, porque encontré al pequeño en plena cubierta, mientras acompañaba a una comisión del Ejército en su visita al general. Me hizo una significativa seña para que lo esperara, por lo que me mantuve a la banda en el alcázar.

Pecas debió lidiar con rapidez su misión de recibo y acompañamiento, porque no habían transcurrido más de cinco minutos cuando regresaba a mi lado con rostro alegre y esa típica sonrisa cuyo significado no me ofrecía dudas.

—Supongo que tendrás mucho que contarme. Y para empezar, espero una razón que justifique haber retrasado el apoyo y posible evacuación de las plazas sitiadas.

—No hables al grito y acompáñame, que en este navío se mueven demasiadas sombras.

Amante de los misterios y situaciones en gris, Pecas me hizo subir la escala de la toldilla y desplazarnos a popa, a la banda de fuera. Y no esperó para comenzar su exposición.

—En primer lugar, gigantón, la llegada directa a Rosas venía obligada por el Secretario de Marina e Indias, don Antonio Valdés. Nuestro general debía entrevistarse con el conde de la Unión a la mayor brevedad, y establecer las prioridades del apoyo de la Armada a las operaciones del Ejército. Las plazas sitiadas se daban por perdidas, y ya durante la entrevista mantenida se pensaba que Navarro habría aceptado la rendición.

—De todas formas, el efecto de la presencia naval es a veces de la mayor importancia, y se podía haber evacuado por mar a todo el personal con sus pertrechos. Habrá que oír lo que de nosotros comentan a los vientos los hombres de Navarro.

—Nos tirarán como carnaza a los tiburones, siguiendo la tradición de estos días. Pero no te alteres ni caigas en el error de pensar como ellos. Para un general del Ejército, los buques de la Armada deben navegar a veinte nudos^[101] en todo tiempo y lugar, si así lo requieren las operaciones en curso. Los problemas aparecen cuando se les intenta explicar que las cañoneras no aguantan la marejada sencilla, que con temporal abierto ni un navío de tres puentes se mantiene al abrigo, y muchas otras características de la vida marinera que desconocen por completo —levantó un dedo, como si fuera a ofrecer especial información—. Pero aquí entró la mano sibilina del Secretario Valdés.

—¿Mano sibilina? ¿A qué te refieres?

—Lo sé todo —mostró una sonrisa de orgullo—, y los acontecimientos me han dado la razón. Tal y como te expuse en opinión personal y presunción avanzada, Gravina queda bajo las órdenes directas de Unión. En la reunión que mantuvieron en Figueras, así se lo explicó el general del Ejército por las claras, a lo que Gravina se oponía, en privado —recalcó con soniquete las últimas palabras—. Nuestro general estaba dispuesto a dominar estas aguas, transportar tropas y ofrecer apoyo a las operaciones del Ejército tras acuerdos previos, aduciendo, además, que en cualquier momento podía ser llamado por el jefe de su escuadra, el general Lángara. Esto último era una maniobra falsa de don Federico, pues se sabe independiente. Pero nada de eso era posible porque, te repito, Unión lo quiere subordinado al ciento.

—¿Aceptó Gravina?

—En principio dijo que esperaría instrucciones del Secretario de Marina, para dar tiempo, porque conociendo a nuestro general, es incapaz de no mostrarse cortés y cumplido hasta la galleta, ni ofrecer una negativa tajante. Pero no dispuso de ocasión para notificarlo a Valdés, porque al regreso de Figueras le esperaba un recado muy reservado del Secretario, explicándole la situación, una situación que ya le podía haber expuesto con anterioridad y no por entregas, aunque sean muy reservadas. Por lo visto, Unión había exigido a Godoy que Gravina quedara bajo su bota, tras lo que consideraba como continuados fiascos en el apoyo naval. Valdés protestó, o eso asegura, pero don Manuel Godoy tiene más fuerza y apoyó al conde con absoluta resolución.

—¿Y qué decía Valdés en ese recado tan reservado, si es que has tenido oportunidad de...? —Su alargada sonrisa me hizo cortar la frase.

—Ya sabes que tu buen amigo y compañero no sólo dispone de un oído muy fino, sino que sus ojos leen a gran velocidad. Y un ayudante debe estar al punto de lo que acaece a su general en todo momento. Lo que vas a escuchar es muy reservado, Gigante —por primera vez, Pecas endureció el semblante—, y en esta ocasión hablo en serio.

—Ya sabes de mi discreción, enano.

—En su escrito, el Secretario comenzaba diciéndole a Gravina: Usted se hallará con una orden que no esperaba a vista de lo que yo le tenía anunciado, porque la estimación que vm. merece al Rey, y la persuasión de que nadie desempeñará mejor este delicado encargo, han hecho que yo no pudiera disuadirle en su intento... —Pecas hizo un gesto de contrariedad con su cara—. Creo que no sería correcto por mi parte ofrecerte más información privada. Las notas a las que tuve acceso son demasiado reservadas.

—¡Vete al cuerno, Pecas! —Tentado estuve de tomarle por la pechera y levantarlo en peso—. Continúa o te lanzo al agua con esta magnífica casaca ligera que te has hecho fabricar en la Corte.

—No seas brusco de modales, animal, si quieres escuchar noticias muy interesantes. El Secretario Valdés continuaba argumentando que también Godoy era de la misma opinión, porque estimaba que con Gravina al frente de las tropas de mar y bajo el mando de Unión, se libraría la Armada de injustas críticas. En fin, que debía echar el pecho al agua y aguantar el chaparrón. Pero continuaba el sibilino de nuestro Secretario Valdés: Para lo cual encargo a usted muchísimo que evite oficios y que aparente vm., a lo menos, una estrechísima amistad con Unión, que es el modo de que él se entregue en manos de vm. como que es el que puede sacarle del barranco, y entonces hará los elogios que hizo en Oran de todo el Cuerpo^[102]. Después insiste en que es importante mantener en alto el crédito de la Armada, el cual, por desgracia, depende de los que no lo entienden, y sólo se satisfacen con que se diga que obedecen ciegamente a sus disposiciones, y así no ande vm. escaso en hacérselo creer, porque conviene e interesa al Rey, que ha elegido a vm. por el buen concepto que le merece de activo, inteligente y enemigo de etiquetas, no se vea comprometido con los que sostienen a Unión; vm. me entiende y no puedo hablar más. ¿Qué te parece la táctica que emplea el Secretario de Marina con sus generales? —Pecas parecía exultante—. ¿Sabes cómo finaliza el recado don Antonio Valdés?

—¿Cómo lo voy a saber, enano, si no me lo cuentas? Desembucha.

—Pues sus últimas palabras eran, si las recuerdo bien. Compadezco a vm. como nadie en la comisión crítica que se le encarga, pero también le abro el camino de acertar porque me intereso muy de veras por sus aciertos, y en que callen los enemigos del Cuerpo. Como puedes comprobar, tenía razón en mis conjeturas. Este molondrón podrido se lo ha cargado Valdés a las espaldas de Gravina porque, en mi

opinión, los generales Borja y Lángara no lo habrían aceptado ni por millas. Así quitan de en medio al brigadier Heceta, que se las tuvo tiesas con Unión y se miran de costadillo, con Gravina por encima.

—No debes olvidar un aspecto importante, Pecas. Don Federico Gravina es mucho más moderno en el empleo de teniente general que el conde de la Unión.

—Aunque pueda parecerlo, no es cuestión de antigüedad sino de talante, al menos ésa es mi opinión. Te repito que Gravina es incapaz de enfrentarse con Unión ni otra autoridad elevada. Y conste que comprendo la mala situación en que se encuentra nuestro Secretario.

—¿La comprendes? Cambias de opinión como una veleta al viento. Era yo quien comprendía el mando de Unión sobre las tropas y buques en esta campaña decisiva.

—Me refiero a que las críticas contra la Armada suben como la espuma en las últimas semanas, y no sólo alcanzan los oídos del impresentable valido, sino los de Sus Majestades. No tienes más que leer la Gaceta de Madrid, donde nunca aparecían tales acusaciones, aunque se susurraran en abierto. Y bastante negra es la situación que ha de lidiar Valdés con Godoy, que nada quiere saber de armamentos para los buques, como para ofrecerle más quejas en bandeja por boca de Unión.

—Entonces, ¿cómo queda la situación?

—Muy sencillo. También ha llegado a bordo la Real Orden en la que se especifica con claridad, que todas las fuerzas navales del Apostadero de Rosas quedarán a disposición del general del Ejército conde de la Unión, como responsable que es de tan importante empresa.

—Eso era fácil de imaginar. Pero yo me refería a cuál va a ser la conducta de Gravina, los planes embastados para nuestras fuerzas y todo lo demás.

—Pues como tu querido general Gravina es así, se llevará a partir un piñón con Unión, no lo dudes, como ya lo hace con otros generales del Ejército, y hablo de lo que he visto y oído. Debemos dominar estas aguas, apoyar todas las operaciones que designe Unión y, cuando se estime necesario, ofender al enemigo en sus transportes y operaciones navales. Como sólo sabe decir que sí a sus superiores...

—No exageres, Pecas. Una cosa es que obedezca al Secretario Valdés por el bien del Cuerpo, y otra muy distinta lo que dejas entrever.

—¿Otra muy distinta? Por favor, Gigante. ¿Sabes lo que escribió nuestro general a ese impresentable de don Manuel Godoy, poco después de su segunda entrevista con el general en jefe de este ejército? Pues le dice, y lo recuerdo con precisión: Ayer estuve a ver al conde de la Unión, manifestándome gustoso con la real Orden que me mandaba estuviese a las suyas, y que me hallaría siempre pronto a ejecutar cuanto dispusiera para el beneficio de las operaciones de su Ejército. Puedes asegurar a Sus Majestades que por mi parte contribuiré con la mayor eficacia para auxiliar al Ejército —Pecas exhibió una sonrisa de incontestable triunfo—. ¿Qué te parece?

—Pues que sigue los pasos recomendados por el Secretario, hacer las aguas claras para alargar nuestro crédito que anda tan a la baja en la Corte. Si rompemos la baraja,

será la Armada la perjudicada.

—Ya estamos siendo perjudicados sin medida. No eres ecuánime en tus juicios, y lo sabes. Pero tiempo tendremos de analizar a los diferentes generales y sus actuaciones, que esta guerra mantiene todavía canela en grueso para tiempo largo.

—¿Nos haremos a la mar?

—Por fases. El general pretende patrullar la costa hasta el cabo Leucate, pero de forma arbitraria e irregular, sin normas fijas, a no ser que se reciban noticias de algún transporte enemigo o cometido especial. A partir de ahí, según quedó acordado con Unión, quedaremos a expensas de sus peticiones y caprichos.

—No me gusta el panorama, Pecas.

—Ni a ti ni a nadie. Bellegarde quedará sitiada en pocos días y con difícil apoyo, si es que existe tal posibilidad. Unión piensa que las tropas repasen los Pirineos y establecer una línea de fuertes de gran extensión, demasiado alargada según algunos generales, porque no tiene personal ni artillería suficiente. Y también el peligro nos puede llegar del general Lángara.

—¿De Lángara? ¿No se han independizado de sus garras las fuerzas de este Apostadero?

—Sí, pero en código de revista seguimos dependiendo de su escuadra y por ahí nos tiene agarrados. Ya se escuchan amenazas de cambios en las fuerzas navales de este Apostadero, según su libre disposición. Por ejemplo, creo que la fragata Esmeralda será reemplazada por la Santa Florentina, con el capitán de navío don Juan Pablo Lodaes al mando, aunque sólo son rumores de momento. Podía aclarar la situación a favor de Gravina el Secretario, pero le tiene demasiado respeto a Lángara. En fin, no creo que tu admirado general sobreviva a tanto frente.

—Ni a mí me gustaría encontrarme en su pellejo, lo juro por las barbas del caballero de Rodas.

Una vez largada la información, Pecas me invitó con su habitual generosidad a beber una frasca de un vino extraordinario, que se había agenciado por conductos inconfesables, según sus propias palabras, así como unos chorizos que no probaba en algunas semanas. De todas formas, ni el paso del vino por la garganta llegó en refuerzo de altura, que el espíritu se encontraba a la baja y sin visos de aliviar.

20. Cal y arena

A partir de aquel momento, la vida se ralentizó entre las fuerzas navales del Apostadero en pendiente crecida, al punto de hacernos vegetar sobre las aguas como párroco sin feligreses. Era una situación poco alentadora la de mantenerse fondeados sin avistar misión acuciante por la proa, ni perspectiva adecuada para nuestra escuadra. La verdad es que tan sólo las lanchas cañoneras debían encontrarse alistadas al punto, aunque fueran requeridas en escasas y puntuales ocasiones, las más de las veces con urgencias imposibles de cumplir, o falsos argumentos que se deshacían con extrema rapidez antes de ordenar su despliegue. En cuanto a las fuerzas que podemos denominar como mayores, fuimos empleadas con ritmo lento y aleatorio, lo que más parecía capricho de timonera y sin rendimientos de altura.

En cuanto a las operaciones del Ejército, que era en la ocasión quien debía enfrentar la torta por derecho y revés, en los dos primeros meses las acciones se redujeron a ataques parciales, tomando y perdiendo mutuamente puestos españoles y revolucionarios sin mayor interés. Tal y como se preveía y en contra del parecer de algunos generales, el conde de la Unión había establecido un frente muy amplio, con la fortaleza de Bellegarde adelantada y en visos de quedar sitiada en firme.

De las dos misiones encomendadas al navío Triunfante durante los meses de junio y julio, la primera podemos considerarla como de paseo en carroza, con mar en dulce y sin avistamientos enemigos de interés que obstaculizar. La segunda, sin embargo, se abrió con ciertas sorpresas, circunstancia que siempre se aprecia en la mar cuando el hastío corre por nuestras venas.

Nuestra segunda salida a la mar tuvo lugar el día 8 de julio, con órdenes de patrullar hasta los 43° de latitud, cerca de la laguna de La Palme, por si los franceses alistaban cargamentos o aparecía su escuadrilla de buques menores, camuflada normalmente en pequeños puertos. Para la ocasión nos acompañaban la fragata Perla y el jabeque Menorquín, llamado normalmente en la Armada por su advocación a San Leandro. Por fortuna, el viento se encontraba entablado del levante y fresco de intensidad, y asevero que se trataba de fortuna no por el beneficio ofrecido a la derrota, ya que obraba en contrario, sino por la necesidad de llevar a cabo bordos y viradas, un ejercicio que mucho necesitaba la dotación para su adiestramiento mariner, maniobras que pensaba repetir sin medida hasta que el personal entrara en caja.

Desde el momento que doblamos el cabo Creus, con mucho esfuerzo para la gente de mar tal y como nos propusimos, decidió el comandante ceñirnos para manejar la costa a la mínima distancia, alcanzando la altura del puerto de la Selva en gozosa empopada, que ninguna situación es más agradable al navegante. Como asegura el proverbio mariner con su sabiduría habitual, con viento en popa y mar en bonanza, navegaba hasta Sancho Panza. A partir de ese punto, viramos para aproar al norte franco y rascar el cabo Cerbere, en permanente inspección de pequeños

abrigaderos. Era a partir de aquel punto cuando debían los vigías centrar su visión costera al máximo, porque tras el cabo de L'Abeille se abre la pequeña ensenada donde se refugia el puerto de Bañuls, uno de los puntos más utilizados por los franceses para acarrear provisiones, pertrechos y artillería a sus fuerzas de tierra.

Debían ser las primeras horas de la mañana y nos encontrábamos tanto avante con el cabo Cerbere, con el sol levantando altura y calor, cuando se escuchó la inconfundible voz del vigía, esa llamada que abre surcos y levanta sangre en el amodorrado corazón del hombre de mar.

—¡Velas a proa! ¡Siete u ocho latinas^[103]!

En ese preciso momento me encontraba en el alcázar con el comandante y el contramaestre primero, comentando las maniobras exigidas a nuestros hombres durante muchas horas de navegación, con el beneficio de visible mejora, aunque todavía caminaran los remos en flor. Sin dudarlo un momento, me dirigí al guardiamarina Baltasar Montesinos, un niño de corta alzada y pelo color zanahoria, pero hábil y perspicaz como una rata de sentina.

—¡Montesinos, suba volando a la cofa para ampliar información!

Trepó la jarcia el niño como un mono por los árboles, guarnido con el anteojo de la guardia en el blusón. Y poco después escuchábamos su voz aflautada pero con firmeza.

—¡Ocho tartanas a seis millas, con proa al SSO y mura a babor, en demanda de Bañuls! Las conserva una fragata pequeña o corbeta de unos 20 cañones.

El comandante no dudó un segundo y reaccionó como esperaba.

—Icen señal al Menorquín y a la Perla. Que piquen espuelas y ataquen a barrer y con independencia, en cuanto lleguen a distancia de tiro. A ver si les impedimos entrar en puerto.

Como el viento se mantenía de levante, beneficiaba su pulso a las tartanas, aunque pronto la fragata y el jabeque batían alas y largaban el trapo a los cielos. Pero no pensaba mantenerme de espectador, por lo que me dirigí al comandante.

—¿Apuramos el trapo, señor?

—Por supuesto, a ver si llegamos a tiempo de largar alguna andanada contra esos bellacos.

Como hasta el momento navegábamos al gusto y sin atacar los puños, largamos todo el aparejo, cayendo a babor lo que la costa nos permitía para embolsar el mayor viento posible.

Al encontrarnos de vuelta encontrada^[104] con las unidades enemigas, las distancias se cerraban con extrema rapidez, por lo que, poco después, podíamos observar a las tartanas y la corbeta con claridad, apurando al máximo en demanda de su puerto de abrigo. Y debían embarcar pesada carga, que la línea de flotación se hundía en los balances hasta la raya de peligro, y se les notaba más pesadas de lo habitual, único punto que nos beneficiaba en la situación. Pero ya la Perla echaba espuma como corcel tras cuarentena, tanto así que las tres tartanas que se encontraban

más retrasadas, arribaron^[105] al máximo, aunque rascaran los fondos y limpiaran sus quillas al palmo. Por nuestra parte también conseguimos un favorable andar, pensando que podríamos cortar la proa a la corbeta, que parecía dudar sobre el camino a tomar.

La Perla, a la que se apreciaba su reciente carena, alcanzó la distancia de tiro con anterioridad al Menorquín, abriendo fuego sobre las tres tartanas de cola, cuando ya las primeras embocaban el puerto a urgencia y sin remisión. Y fue de estallido jubiloso para todos nuestros hombres, porque en la primera andanada hizo saltar el codaste de una de ellas, momento en el que las otras dos caían en franquía a estribor para varar en la playa cercana. No pudo llevar a cabo dicha maniobra la que se encontraba dañada, que volvió a ser batida por nuestra fragata en una segunda ronda, haciendo que la tripulación y personal embarcado se lanzara al agua para ganar la costa a nado. El Menorquín, por su parte, se dejaba abatir hacia la costa, con evidente peligro de su integridad, para abrir fuego con su batería de babor sobre las tartanas que ya varaban en la arena. Y también con éxito e impactos a la vista, lo que obligó a los franceses a correr tierra adentro sin ocuparse del precioso cargamento. Fue el momento en el que escuché las palabras del comandante.

—Icen señal a la Perla y el Menorquín para que rematen las tartanas varadas de la playa, hasta que no se pueda recuperar una sola bala de su cargo.

Mientras el guardiamarina Ricardo Cifuentes, gaditano en espera de la anhelada charretera, envergaba las señales con rapidez, pregunté a mi jefe.

—Si nos abrimos a estribor, señor, podríamos cortarle la proa a la corbeta.

—De acuerdo, Leñanza, tome la proa adecuada.

Como ya se había dado el toque de corneta correspondiente a zafarrancho y prevención para el combate, sólo tuve que hacer una señal a don Plácido, para que intentara sacar una milla más a nuestro buque. Y no estimen como idea delirante intentar dar caza a una corbeta de 22 cañones, porque aquella unidad era panzuda y cargada hasta los penoles, con artillería de campaña a la vista en su cubierta. De esta forma, una vez más emprendía la caza en mi carrera, circunstancia que en ocasiones anteriores me había brindado la captura de un bergantín y una fragata a los franceses.

La verdad es que una vez largado todo el aparejo y emprendida la caza, nos bendijeron los cielos, porque el viento parecía rolar con suavidad y al toque hacia el ESE, con lo que podíamos engolfarlo en nuestro trapo como pollera de dama. La corbeta se encontraba a dos millas del cabo Bear, cuando todavía nos avanteaba en más de tres mil yardas, aproando sin dudarle para ceñirse a la costa. Pero era un error por su parte. Al intentar que evitáramos navegar por aguas someras, nos cedía el corte en amplitud, cuestión que no dudé un solo momento. Don Federico Puente, el piloto primero, llegó en auxilio.

—Se puede ceñir a la costa sin miedo, señor, que hasta pocas yardas de tierra, cubren más de diez brazas y los fondos son de arena y fango.

—Muchas gracias, don Federico, aunque ya lo barruntaba.

Debíamos darle alcance antes de que se abrigara en el puerto de Port-Vendres, lo que parecía empresa difícil. Fue el momento en el que el comandante, como transmisión de pensamientos, dio la orden que ya rondaba en fuerza por mi cabeza.

—Que disparen en continuo los cañones de mira^[106]. Aunque nos encontremos fuera de alcance, siempre acompleja al perseguido.

Y así fue, sin duda. Entre que acertábamos distancia a la vista y el retumbo del cañón con piques todavía cortos, observamos cómo en la corbeta comenzaban a lanzar al agua cajas y material embarcado sobre la cubierta, intentando ganar algunas yardas que le podían conceder la salvación. Fue enorme la alegría al comprobar que aquellos hombres tan poco ariscados, largaban hasta la última moneda sin dudarlo, con lo que la embarcación pareció tomar alas.

Libre de pesos, la corbeta alcanzó el cabo Bear con rapidez, para arribar en franquía hacia el puerto más cercano, Port-Vendres. Y aunque continuamos la caza, ya se veía con claridad que no sería posible la empresa. Sin embargo, en esta ocasión me sorprendió la postura del capitán de navío Yáñez, apocado en exceso hasta el momento. Llegábamos tanta avante con el cabo, cuando ordenó a las claras.

—Seguir aguas a la corbeta. Cuando comience la maniobra para entrar en puerto, podremos despedirla con una andanada de luces. Preparadas las dos baterías de babor.

Y así lo hicimos. La unidad francesa, con la cercanía a su puerto confió la maniobra y cuando doblaba la punta roja, andaba al límite de nuestras baterías, que abrieron fuego con el alma rajada. Fue un espectáculo hermoso escupir fuego por tanta boca, que atronó la paz del día hasta convertirla en infierno. Y repetimos una segunda más, aunque ya se tratara de pura intimidación y elevación del propio orgullo.

—Bueno, creo que le metimos el miedo en el cuerpo a esos revolucionarios de tres al cuarto. Segundo, a estribor y continuemos nuestra patrulla hacia el norte. Hoy podremos dormir más a gusto, que hemos cumplido la raya.

—Al menos, todo el armamento que llevaba a bordo esa corbeta, que no era poco, no será utilizado contra nuestro Ejército.

—Ni el que cargaban las tartanas, que llevaban la panza metida en el agua. Lástima de no haberlo apresado todo en provecho propio. Debíamos haberlas avistado quince millas más al norte, para completar la faena y regresar al fondeadero con armamento requisado.

—Pudo ser mejor —dije con cierta tristeza—, pero, de todas formas, notarán la pérdida. ¡Cifuentes! —Me giré hacia el guardiamarina—. Ice señal a la Perla y al Menorquín para que se incorporen a nosotros, una vez rematada su faena.

—Sí, señor.

Nuestros dos compañeros habían acabado por desbaratar a las tres tartanas sin mayor complicación, porque el piloto tenía razón y la costa era limpia a chorros. Recuerdo que aquella acción, aunque no supusiera riesgo cierto para nuestras unidades, elevó la moral de las dotaciones hasta la cofa, lo que necesitábamos sin

medida en aquella tediosa guerra que tan poco atractivo ofrecía a las fuerzas de mar. Sin embargo, me extrañó un comentario del comandante, al mencionar lo que consideraba como un éxito de nuestras unidades.

—Esperemos que cuando rinda el parte, sea creído por nuestros compañeros del Ejército.

—¿Cómo no lo van a creer, señor? —Aunque entendía sus palabras, no podía admitir que tal situación llegara a producirse.

—Mire, Leñanza, tal y como andan las relaciones en estos días, más de uno pensará que se trata de baladronada marinera y exageración guerrera, no lo dude.

—Eso sería poner en duda su palabra, señor.

—La pondrán.

Me dejó perplejo y con el ánimo a la baja aquel comentario aunque, por desgracia, entraba dentro de lo posible. Pero la acción en la mar hace olvidar los malos pensamientos con rapidez, y continuamos nuestra patrulla hacia el norte, la fragata Perla y el jabeque Menorquín lanzados a proa y con los ojos abiertos.

Regresamos a puerto, una vez rendida la comisión de acuerdo a las órdenes recibidas, el día 15 de julio, para pasar al fondeadero y volver a la situación de mano sobre mano. Al menos, en esta ocasión teníamos algo que contar y de lo que presumir, lo que no aparecía como situación habitual en las patrullas. Era escasa la manteca a ofrecer, es cierto, pero con los horizontes vacíos a plomo, hasta el vuelo de una gaviota merece atención.

El resto del mes de julio se hizo eterno y con un calor pegajoso, especialmente la tercera semana en la que el viento pareció haberse despedido del mundo por una larga temporada. Tan sólo algunas noches, el terral parecía beneficiar los cuerpos en dulce soplido, mientras rebajábamos los ejercicios a nivel de cubierta.

Continué mis charlas con Pecas en cuanto se presentaba la menor oportunidad, porque era la única fuente para mantenerme al día de las operaciones y con alto grado de exactitud, aunque con la necesaria confidencialidad. De todas formas, he de reconocer que muchas de sus informaciones me entraban a la mala en demasiadas ocasiones, en especial cuando hablábamos de las relaciones del general Gravina con el conde de la Unión, al que parecía rendido, así como con otros generales del Ejército. Don Federico protestaba ante el Secretario Valdés con buenas palabras, pero no abría el pico en contra de algunas disposiciones de Unión cuando, en nuestra opinión, debía hacerlo y con suficiente energía. Tampoco la noticia del sitio firme de la fortaleza de Bellegarde, sin posibilidades reales de recibir refuerzos, ofrecía buenas perspectivas. De esta forma, entramos en el mes de agosto, un mes del más negro color por los acontecimientos que tuvieron lugar.

En los primeros días de agosto, el conde de la Unión había madurado un plan de reacción muy ambicioso, que involucraba a la Armada. Se proponía un ataque general en toda la línea del amplio frente, desde Camprodón hasta la ribera marítima. A la escuadra del general Gravina se le dictaron dos misiones simultáneas. Por una

parte, algunos buques de orden deberían dejarse ver a la vista de Portuon con objeto de distraer al enemigo, al tiempo que unas pocas lanchas cobijadas en sus fuerzas hacían fuego sobre tierra. Por otra parte, el conjunto de lanchas al completo, se desplazarían para llevar un importante ataque de diversión sobre Collioure y Port-Vendres. De esta forma, se intentaba distraer al enemigo en dos vertientes del ataque general por tierra, que llevarían a cabo las fuerzas del Ejército el día 13 de agosto.

Como primera medida, el general Gravina ordenó a las lanchas estacionadas en Rosas, su traslado al puerto de la Selva en la tarde del día 11, uniéndose a las allí establecidas, que formaban un apreciable conjunto cercano a la treintena. Al anochecer del día 12, deberían salir todas a la mar bajo el mando del brigadier don Bruno de Heceta, que embarcaría para la ocasión en la fragata Perla, al objeto de mantenerse más cercano a la acción. Por su parte, Gravina mudaba su insignia a la fragata Esmeralda con el mismo objeto, y acompañado de dos navíos, dos jabeques y las tres cañoneras mencionadas, llevaría a cabo las acciones sobre Portuon.

El plan estaba previsto al detalle, como suelen llevar a cabo los Estados Mayores con extrema diligencia..., en tierra y sobre el papel. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que cuando se acometen operaciones navales, el hombre propone y la mar dispone, sin posible excepción aunque entre orden cerrada de capitán general. De esta forma, cuando a las nueve de la noche del día 12 se encontraban ya algunas lanchas a la vela, y dispuestas las demás para cruzar la derrota prevista hasta alcanzar el objetivo de Port-Vendres, saltó un viento del norte bastante frescachón, esa tramontana opaca y veraniega que tanto duele a los pescadores de la zona. Tras consultar con sus oficiales y decidir que no podían operar en aquellas circunstancias las pequeñas unidades, el brigadier Heceta ordenó que las lanchas se retiraran para amarrar en el puerto de la Selva, y esperar a ver si amainaban las condiciones.

Por desgracia, se entró en el día 13 con las mismas condiciones, por lo que estimando Heceta que ya se habría llevado a cabo el ataque de Unión, y teniendo en cuenta que necesitarían más de seis horas en navegar hasta Port-Vendres, dio aviso a Gravina de haber abortado la operación. Por su parte, nuestro general cumplió su misión a la vista de Portuon, rompiendo el fuego las tres lanchas acoderadas a sus mayores y en circunstancias mucho más favorables de resguardo y distancia.

Debemos aquí recordar, que las lanchas cañoneras, bombarderas y obuseras creadas bajo las ideas del general Barceló, y que tan importante papel habían cursado en mi carrera naval, eran embarcaciones con casco plano, redondas, de 56 pies de eslora y 18 de manga^[107]. Para su impulsión disponían de 14 remeros, aunque incorporaban un palo con vela latina que podía ser abatido y colocado a plan, para efectuar las últimas y necesarias maniobras a remo. Es fácil comprender lo que las condiciones de viento y mar afectaban a estas unidades, hasta hacerlas inservibles en muchas ocasiones.

La operación general, de la que la Armada tomaba una mínima parte, no resultó como esperaba el general en jefe. Aunque el inicio tomó por sorpresa a las fuerzas

revolucionarias y se progresó con suficiente ánimo, se malogró el ataque general por la rapidez con que se movieron algunas líneas de refuerzo francesas, así como la llegada tardía de una de nuestras columnas en la parte oriental. De todas formas, los combates fueron sangrientos, perdiendo la vida el general republicano Mirabel, al tiempo que quedaban heridos de cierta gravedad los generales Lemoine, Suaret y el famoso Augereau. Había sido un intento infructuoso, pero sin modificación del frente ni pérdidas notables por nuestra parte.

La sorpresa llegó a continuación, cuando Gravina tuvo conocimiento de que en la Gaceta de Madrid se lanzaban dardos contra la Armada a fuego grueso, al tiempo que el conde de la Unión ordenaba formar consejo de guerra contra el brigadier don Bruno de Heceta. Y aunque sea ésta medida normal en la guerra y en la paz, en muchos casos con el único propósito indagatorio, no llegaba la iniciativa en momento oportuno. Apenas podía creerlo cuando, en una conversación mantenida con Pecas a bordo del Triunfante, despotricaba por alturas.

—¿Cómo lo ha consentido Gravina? —pregunté en cerrado, porque ya imaginaba la respuesta.

—Pues como de costumbre, protestando vivamente ante el Secretario, sin perder su eterna cortesía, pero mordiendo lana gruesa ante el general en jefe, que dispone del mando y capacidad para ordenar el Consejo de Guerra. Para colmo, don Antonio Valdés exhorta a nuestro general para que se mantenga imparcial en el asunto. ¿Cómo puede mantenerse imparcial, si el brigadier don Bruno de Heceta se encontraba bajo sus órdenes directas en la operación? Ese Consejo de Guerra, de haberse considerado necesario, debería haberlo ordenado el teniente general don Federico Gravina y no el conde de la Unión.

—Estoy de acuerdo contigo. Pero ya sabes lo que significan en España esos Consejos.

—Esa es otra cuestión. Por supuesto que en nuestra Armada, así como en el Ejército, celebramos muchos Consejos de Guerra, donde son absueltos casi siempre los encausados y, si llega a dictarse alguna condena, es rebajada a continuación por Su Majestad o suspendida poco después. Hay algunos tenientes generales con vergonzantes Consejos de Guerra en sus expedientes personales, y tú conoces más de uno. Pero no importa esa cuestión en estos momentos. Debemos buscar el significado y lo que en realidad pretende ese huevón con mando en plaza y condado en la cabeza. Ha fracasado su plan de ataque, criticado por algunos de sus generales, y larga la estera de higos contra la Armada en particular, como si fuera la única responsable de su propio descalabro. Además, no he contado toda la historia y te falta por saber lo peor.

—¿Puede haber algo peor todavía? —pregunté con cierto temor.

—En cuanto a la elección de los miembros del Tribunal que han de juzgar al brigadier Heceta, Gravina propuso para ocupar el cargo de fiscal al Mayor General de la escuadra, el jefe de escuadra don Antonio de Yepes, que es la norma a tener en

cuenta. Según parece, Valdés propuso y Su Majestad aceptó que nombraran los miembros del Tribunal el conde de la Unión y Gravina de mutuo acuerdo. Nuestro Secretario, en un recado privado, recomienda a nuestro general que no presione a Unión, porque confía que le deje escoger al fiscal, como pretende. Pero resulta que nada de nada, ese generalito en jefe no le ha ofrecido esa justa y merecida prebenda a Gravina, que tan bien lo trata en cortesía permanente. Pero no sólo no ha nombrado a don Antonio Yepes, sino que el fiscal será un mariscal de campo del Ejército.

—¿Un mariscal de campo del Ejército como fiscal en un Consejo de Guerra naval? No lo puedo creer. ¿Lo ha aceptado don Federico?

—Desde luego. Una vez más, enérgica protesta de nuestro general al Secretario de Marina, pero la callada ante el conde de la Unión, en vez de tirar las patas por alto y romper la baraja si es necesario. Y para colmo, en un último recado, Valdés le anuncia con una ironía que debía guardar en mesa cerrada, que los cargos a elevar por el fiscal serán una pieza de ver. ¿Cómo va a ser posible que un general del Ejército, se atreva a enjuiciar la conducta de don Bruno de Heceta, si no tiene la menor idea de las condiciones de viento y mar que le condujeron a abortar la operación naval? ¿Acaso se cree cubierto de suficiente sapiencia marinera, para enjuiciar la conducta de un brigadier de la Armada en operaciones navales? Sencillamente, se trata de algo bochornoso.

Se hizo el silencio. Debo declarar aquí por verdades, que en los últimos meses mudaba con rapidez la opinión entablada en mi cerebro sobre el general Gravina, que caía muchos enteros en mi escala particular. Quede claro, sin embargo, que se trataba solamente de juicios profesionales, porque como persona seguía creyéndolo ejemplar. Aún así, no deseaba mostrarlo ante Pecas.

—¿Qué podría hacer Gravina?

—¿Cómo? —Pecas me miraba con rostro de asombro—. Son muchos los caminos que puede tomar un oficial de la Armada, con razón y honor a la espalda. Para empezar, poner las cartas sobre la mesa ante el conde de la Unión, cantarle las cuarenta a la brava y dejarse de tanto politiquero cortesano con sonrisas y frases al compás. Gravina no es ningún grumete, sino un teniente general de la Real Armada, con broches de oro en su expediente y rendida admiración de Su Majestad. Y en último caso, podría resignar el mando y reventar la piñata.

—¿Resignar ante Su Majestad?

—No sería el primero, que ya lo hicieron otros y con más riesgo personal. Ya está bien de componendas y acciones sin un mínimo orgullo propio. Mira, Gigante, Gravina ha tragado tanta estopa por la boca en estas últimas semanas, y se ha creado una situación tan complicada y poco lucida que, estoy convencido, desea la llegada de Lángara para tomar el mando, aunque se las tenga tiasas con él por los manejos que le tuerce sobre su escuadra en la distancia. Y en ese sentido creí entender alguna de las misivas enviadas al Secretario.

—Cuesta trabajo creerlo.

—Pero tampoco es capaz de enfrentarse a las claras con el general Lángara sino que, por su manida discreción y buenas formas, protesta solamente ante Valdés, su permanente confidente, sin contar otro carteo paralelo con Godoy que se mueve en latitud completamente distinta y más cordial todavía. Le ha escrito tantos recados al Secretario, que su correspondencia podría conformar una frondosa biblioteca. Como te dije una vez, se trata de un magnífico general subalterno, pero yo nunca lo elegiría para mandar una escuadra en importante misión.

—No seas exagerado.

—No lo soy. Y como te conozco, gigantón de San Juan de Berbio —ahora Pecas sonreía—, sé que me das la razón por dentro, aunque te cueste reconocerlo.

—Es posible, aunque no de forma tan exagerada como tú. No envidio la situación del general y siento cierta pena, porque le tengo en alto aprecio.

—Lo comprendo y es normal con las atenciones que te ha otorgado a lo largo del tiempo. De bien nacidos es ser agradecidos, dice el refrán, y eso no lo has de regatear una pulgada. Pero entre nosotros podemos hablar con sinceridad.

Como es lógico suponer, me dejaron un regusto amargo las palabras e informaciones de Pecas, en especial porque concordaba con sus opiniones al completo. No es agradable reconocer en nuestro interior debilidades en persona a la que mucho estimamos y debemos, y ése era mi caso con el general Gravina sin lugar a dudas, a quien sería leal hasta la muerte, que son derrotas distintas.

21. Pintan bastos

Continuamos con la vida relajada y al tiento raso durante el resto del verano, muy caluroso y húmedo, así como escaso de vientos salvo excepciones. Poco a poco, los ánimos se rendían a boca cerrada, porque la situación no se abría en el horizonte como para abrigar anhelos blancos. Además, desde la capital del departamento marítimo cartagenero no se recibían las provisiones y reposición de armamento necesario, tantas veces solicitados por nuestro general, sino un simple goteo que no alcanzaba a cuadrar la quinta. Gravina, aprovechando que era subalterno de Unión, aunque poco le gustara la expresión, solicitaba al conde por segunda vía munición y elementos de boca, que también nos racionaban en platillo de limosna.

Las dotaciones protestaban en sus rostros, con las tripas en baile de posesos, pero poco podíamos hacer. Por fortuna para mi persona, el almacén de Pecas se mantenía bien asistido de vinos y carnes, adquiridos algunos a través de personas de..., de poco recomendable trato. Pero el pequeño se manejaba como las ganzúas y al gusto en esos tenebrosos menesteres. Debo aquí recordar que, en tales situaciones, los pequeños mercantes del comercio juegan un importante papel, aunque arriesguen el pellejo con ventas a precios de gavia.

Como creo haberles comentado, desde finales del mes de junio mantenía el general republicano Dugommier bloqueada a castigo de fuego la plaza de Bellegarde, una vez cortada al copo la comunicación con el resto de nuestro ejército. Y aunque el conde de la Unión intentó un refuerzo desesperado como última posibilidad, salió la maniobra en desastre abierto, con huida atropellada de nuestras tropas y abandono general de su armamento. A tal extremo llegó la desordenada retirada, que el general en jefe se propuso ofrecer un castigo ejemplar, al punto de llegar a dictar el diezmo a muerte de los hombres y largo presidio para el resto, aunque se viera obligado a suavizar la medida posteriormente.

En este punto debemos reconocer el espíritu numantino que se prende a cerrazón en el corazón de los españoles, cuando confluyen en un mismo escenario determinadas circunstancias, lo que tuvo lugar en la fortaleza sitiada. El gobernador, marqués de Valdesantoro, exigió la defensa a ultranza y hasta los cueros a todos sus hombres, llegando a sufrir la guarnición las peores penalidades, especialmente el hambre, de tal forma que no quedó a la vista animal inmundo sin apurar a la boca. Y mucho resistieron aquellos valientes, porque la defensa con ignorancia del desarrollo de la guerra, sin conocimiento de las propias fuerzas en el frente y la convicción del imposible refuerzo, tuercen a la mala la horma de la esperanza.

Por fin, el 18 de septiembre se vieron obligados a capitular y entregarse sin condición alguna, envueltos en harapos los más de ellos y heridos en alto porcentaje. Fue muy celebrada la conquista de la fortaleza por los miembros de la Convención, al punto de decretar día de fiesta nacional en toda la Francia, por ser Bellegarde la última plaza que ocupaban los extranjeros en suelo de la República, según su propia

expresión.

Para aumentar las desgracias, que parecían cabalgar en conjunto demoníaco contra nosotros, por esos días agarró don Federico Gravina unas tercianas de las de bronce y fuego, aunque mejor las podríamos declarar como agravamiento del mal que ya venía de lejos, y con poca dedicación de nuestro comandante general a su curación. Según el cirujano mayor de la escuadra, don Faustino de Azcárraga, eran tercianas de mala catadura, de esas que cuando parecen cortadas a raya, aparecen con mayor virulencia y dejan al enfermo postrado y sin pensamientos. Por fortuna, los momentos de peor crisis le achacaron cuando todavía se abría escasa faena en el monte.

Para continuar con las desgracias para nuestras armas y evidenciar el mal signo que tomaba la guerra sin solución de continuidad, pocas semanas después padecemos una serie de penalidades sin fin, como maleficio agudo de curandero. Aunque el conde de la Unión se sentía muy orgulloso de la prolongada y extensa línea de fuertes que había hecho construir desde San Lorenzo de Muga hasta la ribera marítima, se trataba, sin duda, de un frente demasiado extenso para el personal y armamento disponible. Atento a la situación, el avispado general Dugommier no lo dudó un momento y el 17 de noviembre fingió un ataque general por la derecha y el centro del frente, aunque en realidad, con un ejército superior, dirigió el ataque de orden a la izquierda de la línea, cuyos puestos tomó el intrépido y aguerrido general Augereau.

Los combates fueron reñidos y encarnizados durante tres días, como si en ellos se forzara el envite final de la guerra. El general Dugommier moría en el paraje conocido como la Montaña Negra, pero también nuestras tropas perdían a su jefe, el general conde de la Unión, quien caía herido de muerte, atravesado el pecho por dos balas de fusil. El general marqués de las Amarillas lo sustituía de forma interina, mientras a la cabeza de las fuerzas republicanas se alzaba el general Perignon, que completó la derrota de nuestro ejército en su arrollador avance. Aunque el nuevo jefe del ejército español ordenaba la retirada y reunificación de tropas en Bascara, entre Figueras y Gerona, el desconcierto se apoderó de muchos jefes y algunas partidas desmoralizadas del frente que se derrumbaba comenzaron a llegar hasta la plaza de Rosas, presas del pánico, al punto de intentar algunos hombres tomar a nado los buques de la escuadra. Ahí tuvimos que dar el pecho por alto, porque el general Gravina ordenó devolverlos a la disciplina con decisión y establecer el orden perdido.

Fue, sin duda, el momento glorioso de don Federico, acudiendo al Cuartel General y conjurando a los generales del Ejército para la defensa y salvamento de la Patria, al tiempo que, sacrificando puntas de honra y quejas personales que tanto abundan en nuestros generales de mar y tierra, apoyaba con decisión al marqués de las Amarillas. Una vez regresado a Rosas y de acuerdo con el nuevo general en jefe, ordenó las tropas en comisión de servicio reglamentario, unas en defensa de la plaza para contener el avance francés si llegaba el caso, mientras las unidades de la escuadra transportábamos las restantes hasta el puerto de Palamós, para su

integración en el ejército golpeado que intentaba reunificarse.

De todas formas, la mayor sorpresa, el aldabonazo de muerte que nadie podía siquiera conjeturar, tuvo lugar el día 27 de noviembre, cuando las primeras avanzadillas del ejército francés se presentaron a la vista de Rosas, intimando al general Gravina a la rendición, como se había rendido Figueras.

Fue un golpe de tal magnitud, que no éramos capaces de creerlo, y así lo pensamos en los primeros momentos, como si se tratara de estratagema enemiga, que los republicanos eran capaces de tales argumentos sin un mínimo de honor. Pero, por desgracia, se impuso la realidad. La fuertísima plaza de Figueras, punto principal y muro de contención en nuestra defensa, cuyos muros de fuerza coronaban doscientas piezas de grueso calibre, guarnecida por diez mil hombres, provista de diez mil quintales de pólvora, de agua en abundancia y provisiones sin medida de toda especie, que veía las tropas francesas por primera vez en la guerra, se entregó con alarmante sorpresa y escándalo increíble al general Perignon, sin haber disparado un simple fusilazo. Fue otro momento grandioso de Gravina, o así lo entendía yo entonces, con escasa información en la bolsa. Tras ordenar lo necesario para oponerse al francés, convocó junta de generales y comandantes a la que debí asistir, porque ahora era el capitán de navío Yáñez quien se veía atacado por tercianas y en momento cumbre de la calentura.

La reunión en la cámara del navío Reina Luisa poco se parecía a otras a las que asistiera como comandante de la fragata Sirena, porque los rostros evidenciaban la tristeza y los malos augurios que pesaban en la guerra. Gravina tomó la palabra con decisión, aunque se le veía abatido en su interior.

—Bien señores, ya saben la situación que atravesamos en esta guerra, que tan poco propicia se presenta en estos momentos para nuestras armas. Al menos, conseguimos restablecer el orden entre nuestras tropas en un momento muy delicado y de gran confusión, tarea ingente que llevamos a cabo gracias a su apoyo, que les agradezco personalmente, uniendo en la misma línea los parabienes recibidos del marqués de las Amarillas. Ayer regresaron las últimas unidades que transportaron las tropas del Ejército al puerto de Palamós, con lo que hemos culminado esa necesaria misión.

Gravina tomó un documento de la mesa entre sus manos, para ojearlo con rapidez antes de continuar.

—En realidad, en estos momentos dependíamos de la imponente plaza fuerte de San Fernando de Figueras, considerada por todos los ingenieros como inexpugnable, y hemos de reconocer aunque nos duela, que lo habría sido con un poco de gallardía y valor en sus defensores. Pero ya habrán tenido noticia de su rendición, que nadie es capaz de comprender. Por lo tanto, nos queda Rosas y nada más, una plaza de tercer orden donde tan sólo disponemos del pequeño castillo de la Trinidad y la ciudadela. También sabrán que las primeras tropas francesas se encuentran a la vista desde hace pocos días y me intimidan a la rendición, que he negado de forma tajante. Preparan el

terreno para el asentamiento de su artillería, que comenzarán a utilizar contra nosotros en pocos días, y aseguran que el propio general Perignon se encuentra presente para dirigir el sitio. De todas formas, no entregaremos la plaza y su fortaleza sin dejar bien puesto el honor de las armas de nuestro Soberano; y si San Fernando se ha intimidado y rendido a las insinuaciones, nada imponen éstas a la guarnición de esta plaza, que ha resuelto defenderse hasta el último extremo y borrar la mancha que aquella ha puesto a su nación.

Gravina se tomó un descanso necesitado, al punto de apoyarse en la mesa con el brazo. Se le veía agotado de cuerpo y alma.

—Es mi intención reunir toda la tropa de Marina disponible en las diferentes unidades de la escuadra para establecer la guarnición en el castillo, bajo el mando del teniente de navío Esteban Morera, al tiempo que rodeamos la plaza de trincheras con el incuestionable concurso de las fuerzas del Ejército disponibles. Y debemos afanarnos en el tiempo, porque Rosas quedará sitiada en escasos días, por poco que nos agrade. Debemos olvidar todos los piques y ramalazos habidos entre Cuerpos y ceñirnos a la empresa principal, que no es otra que la defensa de nuestra Patria. De acuerdo con el general en jefe entregaré el gobierno de la plaza al ya mariscal de campo don Domingo Izquierdo, militar brillante y aguerrido que como brigadier fue mi segundo en las operaciones de Tolón, y que debe arribar a Rosas en los próximos días.

Una nueva pausa que parecía necesitar. Se dedicó a observar nuestros rostros, como si buscara en ellos el aliento que tanto echaba en falta. Sin embargo, su voz se mantenía firme.

—Para mayor dificultad, entramos en época de malos vientos en esta bahía, cerrada a las tramontanas pero abierta como pórtico de gloria a los temporales de levante que, tarde o temprano, sufriremos por alto. Por esa razón, recomiendo a los comandantes revisar los cables de fondeo y amogerarlos en vuelta si es preciso, para establecer una situación de anclaje segura y a la cara de posible temporal. Como guinda negativa, que pocas nuevas venturosas puedo añadirles en el día de hoy, les informo del rumor, extendido entre los franceses y con ciertos visos de realidad, de que la escuadra republicana de Tolón se ha visto liberada del bloqueo sufrido, al correrse los britanos hacia las costas italianas, con lo que se estima como posible un ataque por su parte en estas aguas. En el caso de que las fuerzas navales sean de nuestro orden o ligeramente superiores, nos haríamos a la mar para enfrentarlas en combate abierto. Pero si la escuadra francesa se presentara en absoluta superioridad, no abandonaremos el puerto, sino que acoderaremos los navíos y situaremos las lanchas de fuerza en posición, especialmente las que disponen de hornillos para balas rojas. De esta forma, nos defenderemos hasta el hundimiento, con lo que, al menos, evitaremos su libre entrada.

Un nuevo descanso, mientras por mi parte observaba la postura y movimientos de los presentes, muescas de voluntad tendida aunque con la moral a la baja.

—Todo lo he comunicado al Secretario de Marina, para que, si a bien lo tiene, decida ordenar que tomen estas aguas las unidades de la escuadra del general Lángara con la mayor brevedad, un apoyo que necesitamos en cualquier situación de combate por mar o tierra. Al menos, confío en que establezca el crucero necesario para impedir el arribo enemigo a esta bahía, en decisivo apoyo de sus fuerzas de tierra.

Después, diversos comandantes elevaron sus peticiones, algunos en líneas de angustia, porque no sobraban los pertrechos ni los alimentos. Pero ya estaba lidiada la reunión sin más comentario importante. Una vez concluido el consejo, me tomó Pecas por el brazo para apartarme de los demás.

—Esto es el principio del fin, Gigante.

—Aunque sea optimista por naturaleza, me parece que hablas con razón. No podía creer como cierta la rendición de Figueras.

—Ha sido una de las páginas más bochornosas de nuestra historia militar y el borrón definitivo de esta guerra. Creo que Su Majestad ha declarado la conducta como criminal e infame. Espero que, por una vez, se tomen medidas adecuadas tras los Consejos de Guerra, y Torres, Keating, Allende y Ortúzar sean pasados por las armas, que ya es hora de dar ejemplo a nuestras fuerzas comenzando por los generales.

—Estoy de acuerdo contigo.

—Pero mucho duele a nuestro Secretario la indecorosa conducta, porque el gobernador de la plaza, el general Torres, es el marido de su sobrina Concepción a la que tanto quiere, aquel que mostrara valor y arrojo junto a Gravina el año pasado.

—¡Lo recuerdo! —En efecto, caí en la cuenta con rapidez—. Cómo ha podido llegar a tal extremo de indignidad. Al menos, el general Gravina ha dado el do de pecho, porque éste sí es el general que yo conocía.

—No sabes de la misa la mitad, Gigante —Pecas endureció el semblante, al tiempo que entristecía el tono de su voz—. Nuestro general se siente desbordado, por tener que atender a la plaza y a la escuadra. Por eso está encantado con la presencia de Izquierdo. Pero desde que llegamos a esta situación se ha desmoronado por dentro, aunque no lo aparente. Escribió un recado al baillío, en el sentido de repugnarle la responsabilidad que cae sobre sus hombros, y no sentirse capaz de afrontarla. Y eso le sucede en la primera ocasión que, en calidad de comandante general, responde ante Su Majestad de una escuadra de ley. En su misiva, llegaba al punto de preguntarle a don Antonio Valdés por las líneas de conducta a seguir si es atacado por mar y tierra.

—Siento decirte, Pecas, que no puedo creerlo. Ofreces demasiado crédito a comentarios...

—¡Nada de comentarios, por todas las putarronas de Portobelo! Debes creerme a luces, amigo mío, porque leí su recado, así como la respuesta del Secretario, en la que le comunica textualmente a nuestro general:... sería un disparate quererlo gobernar desde aquí, y ligarle a vm. las facultades que tiene para estos casos como Comandante General; pues aunque vm. sienta serlo por la responsabilidad en que le

constituye, es preciso mientras lo sea resolver por sí lo que más convenga, cuyo partido bien tomado es el que acredita los buenos generales y el que los constituye dignos del aprecio y gracias de los Reyes.

He de reconocer que me dejaron sin palabras las argumentaciones de Pecas, porque sabía que no mentía ni hablaba por largo. Pero ya continuaba el pequeño.

—Y en el mismo recado, le explicaba lo que ha de hacer si es atacado. Punto por punto lo que os ha expuesto en el Consejo, eso de acoderar los navíos, establecer la situación de las lanchas y todo lo demás. Tan sólo ha callado un punto, cuando Valdés le dice que si la plaza está perdida y aparece la escuadra francesa con fuerzas superiores, debe ir en busca de Lángara y presentarle los dos juntos la batalla. También nuestro Secretario declama al teatro, porque todos nos preguntamos lo mismo. ¿Dónde se encuentra la escuadra de Lángara? ¿Es que don Antonio Valdés no posee jurisdicción sobre ella? Aunque conociendo a nuestras Majestades, es posible que se encuentren en viaje regio para traer a la Corte algún príncipe desconocido.

—No cargues las tintas, Pecas, que la ocasión es de abatir palos.

—No las cargo, Gigante, y no me muevo estos días en ese sentido precisamente. Lo único que alegra a Gravina es que, con la misiva del Secretario, se aprueba su defensa a ultranza de Rosas, una defensa que, sin duda, puede poner en peligro la escuadra bajo sus órdenes.

—Pero él quiere defender Rosas hasta el último suspiro.

—Por supuesto, y eso le honra. Pero el comandante general de una escuadra no necesita permanente autorización del Secretario de Marina e Indias para tomar cualquier medida que estime pertinente. Llegamos siempre a la misma posición, amigo mío, que Gravina ha de tener, o prefiere tener, en todo momento algún jefe por encima que le dicte la norma y, si es posible, cercano. Por esa razón, aparte otros aspectos de índole naval, está deseando que aparezca Lángara en el horizonte. Para colmo, y sé que no te va a gustar —Pecas volvió a entonar a la baja—, en el último recado recibido del Secretario, en el que aprueba sus disposiciones, le comunica:... vm. tiene conocimiento, prudencia y oficiales con quienes consultar, y resolverá lo que más convenga. Y acaba con estas palabras que tanto aclaran:... Adiós, mi querido Gravina, tenga usted constancia que en breve llegará Lángara para eximirle de la responsabilidad que tanto le incomoda.

—¿Hablas en serio? —No podía dar crédito a aquellas palabras—. ¿No serán comentarios...?

—Lo he leído con mis ojos.

—Es una frase muy esclarecedora que, te aseguro, nunca habría llegado a creer si me llegaran de otra boca. Es posible, y no trato de defender a ultranza lo indefendible, que Gravina arrastre mala salud. Se incorporó a esta escuadra con su herida sin acabar de rematar a la buena, ha sufrido tercianas de altura, y todo se le complica a la vista.

—No te engañes, Gigante. Para eso es un teniente general con mando de

escuadra, situación a la que aspira cualquiera de nuestros compañeros con verdadera vocación de mando. Y para colmo de males, Lángara moviendo aguas turbias en la distancia. Gravina deberá mudar la insignia al Meregildo^[108], para que el Reina Luisa abandone la escuadra. También se espera la llegada del navío San Francisco de Paula, pero habrá que ver las unidades que nos arrebatan. Lo mismo te incorporan con el Triunfante a las fuerzas de Lángara, en este contrasentido que parecemos sufrir.

—No lo desearía, bien lo sabe Dios. ¿Por qué no le canta las cuarenta nuestro general a don Juan de Lángara? Se encuentra en situación de guerra, sitiado y con mando de Su Majestad. ¿Qué más razones de peso desea?

—Vienes a mi terreno, hermano. Pero, bueno, cambiemos de tema y evitemos caer en desmoralizaciones que a nada conducen. Habrá que apretar los dientes, porque la situación no ofrece ni un pequeño resquicio de horizonte esperanzador.

—Tienes razón. Por mar o por tierra nos pueden llegar las rasas y algunas bien calentitas^[109]. Y poco me gusta este tenero para los meses de invierno. Un levantazo de altura o uno de los sudestes que tanto bullen en la zona, nos pueden enviar contra la arena en un santiamén. Me parece correcta la idea expuesta por el general, para que los navíos y fragatas enmienden el fondeadero y se sitúen más abiertos a la mar. De esa forma, además de intentar evitar los disparos enemigos, dispondremos de más carril si es necesario salir en volandas.

—En pocos días quedaremos sitiados a cerrazón. Menos mal que he aumentado en lo posible mi despensa particular —volvió a ofrecer una sonrisa desgastada—. No será fácil la defensa de ese castillejo con baluartes de papel, si los franceses establecen un adecuado número de piezas artilleras. Se rumorea que Perignon acabará por disponer de más de veinte mil hombres y un generoso parque de artillería. Pero, por otra parte, la situación ofrece la bondad de que nos encontramos, sin duda, en el momento de lucirse.

—¿Lucirse? ¿De qué hablas?

—Me ofrecí al general Gravina para asumir el mando del castillo, aunque alegó que no era puesto para un capitán de fragata, y se lo concedió a Morera. Pero si la situación pasa a malas, será el momento de cubrir vuelos por alto. Ya sabes que necesito el ascenso a capitán de navío.

—No digas majaderías, Pecas, ni pienses en el riesgo innecesario.

—No te preocupes, era una broma.

Pero yo sabía que no bromeaba en la ocasión mi buen amigo, porque conocía bien su mirada y ya debía tejer planes ocultos. Sentí miedo por él, lo que me hizo mirarle con el verdadero afecto que le profesaba.

—No hagas locuras y cuídate, que tienes familia y casa que proteger.

—Lo mismo te digo. Por cierto, que olvidaba una noticia importante. Recibí tardío recado de la Corte, en el que María Antonia me anuncia el alumbramiento, el pasado 3 de octubre, de una niña preciosa y rubia como el oro. Se llamará Cristina y seguro que se parece a su difunta tía.

—Enhorabuena, pequeño —lo abracé con fuerza—. Vas aumentando la prole en oleadas. Espero que se parezca a Cristina, aunque sienta una punzada de dolor al pensarlo. ¿María Antonia se encuentra bien?

—Perfectamente. Es mujer fuerte, como bien sabes.

—Razón de más para que te cuides y no proyectes locuras, que te conozco.

A pesar de la buena nueva habida en la familia, regresé a bordo con el espíritu en los talones, como es fácil comprender. Encontré a mi comandante ligeramente mejorado, aunque se le apreciaba la calentura en el rostro. Y no debieron beneficiarle las noticias que me vi obligado a transmitirle, porque eran una mala y la siguiente peor. Fue el primer momento en el que sentí cierta pena por aquel hombre que me miraba con aflicción, mientras movía pesaroso la cabeza hacia ambos lados, como si no pareciera comprender la realidad. Y fiel a su norma, me concedió libertad para enmendar el fondeadero por medio de los botes, así como organizar la tropa de infantería que deberíamos entregar para la defensa del castillo.

Aunque intenté entregarme a la acción para elevar mi alicaída moral, fueron unos días de granada mental y cruces en vuelta encontrada. Dos días después de la reunión mantenida con el general, Rosas, completamente situada, comenzaba a recibir el fuego del enemigo. Y los vigías se encontraban en sus puestos bien arriba de los palos, que también debíamos acechar el horizonte de la mar, por si se presentaba la escuadra francesa. Pero no era momento de abocarse a los fondos, sino de intentar elevar el ánimo de nuestros hombres con arengas, en las que solía faltar a la verdad con demasiada asiduidad.

22. Sitio y temporal

La situación de la plaza de Rosas, así como de la escuadra del general Gravina surta en su bahía, empeoraba día a día y a la vista, lo que a nadie tomaba por sorpresa. Era fácil comprobar, por el nutrido fuego que se recibía, el progresivo aumento en hombres y artillería de las fuerzas sitiadoras, así como el continuo montaje de piezas cada vez más cercanas a sus objetivos. Entre ellos, fue de extrema importancia el establecimiento artillero de los revolucionarios en la cota que denominaban del Puig Rom, desde donde podían dirigir los fuegos con mayor precisión hacia sus blancos escogidos, especialmente el castillo que mandaba con acendrado valor el teniente de navío Morera. En conjunto podíamos aventurar, sin riesgo a error, que nada bueno presagiaba el futuro. Don Federico Gravina, en perfecto acuerdo con el mariscal de campo Izquierdo, estaba decidido a defenderse con total entrega hasta el último esfuerzo, previéndose como última medida la evacuación de todas las fuerzas en las unidades de la escuadra, para su reposición al campamento español que se agruparía más al sur.

Por mi parte, estaba convencido que para el general Gravina presentaba especial preocupación la situación que se sufría en el castillo de la Trinidad, situado al sur del espolón que cierra la bocana al puerto. Poco a poco, se convertía en el blanco principal sobre el que disparaban las fuerzas del general Perignon, por lo que cada mañana, al pisar cubierta en el Triunfante, dirigía la mirada hacia su coronamiento para comprobar con orgullo cómo la bandera roja y amarilla de la Real Armada seguía ondeando en su mástil.

Desde el departamento marítimo de Cartagena parecieron comprender, por fin, las necesidades urgentes de la escuadra, porque comenzó a recalar en la bahía un generoso grupo de buques, mercantes incluidos, con las provisiones y armamentos que tanto necesitábamos. Se invirtió de esta forma la norma establecida, porque ahora éramos nosotros los que manteníamos un permanente barqueo para aprovisionar a los hombres del general Izquierdo, que también se mantenían a la brava en fortificaciones y trincheras. Y aunque con cuentagotas y no en el número deseado, arribaron refuerzos de diversos regimientos que suplían algunas bajas, lo que recibió el gobernador de la plaza con reconocido agradecimiento.

La situación nos mantenía a los buques mayores en permanente vigilancia, debido a la progresión o cambio de ubicación de las baterías enemigas, que nos ofendían día a día con sus fuegos. Para solucionarlo debimos enmendar no pocas veces el fondeadero, también con la vista puesta en los vientos, que ya se anunciaban poderosos y con fugadas de alcance. Pero no quedaban en blanco nuestras unidades, porque las lanchas se mantenían en fuego permanente sobre las posiciones enemigas, perfectamente dirigidas por el brigadier don Bruno de Heceta, una vez recobrada al ciento su dignidad empañada y haber sido absuelto en el Consejo de Guerra. Por desgracia, la utilización y efectividad de las pequeñas cañoneras y obuseras dependía

como siempre en alto grado del estado de la mar, especialmente cuando se abrían en arco para batir posiciones enemigas solicitadas por el mariscal de campo Izquierdo.

Aunque no se conocía con detalle, en aquellas tirantes y enrevesadas relaciones que don Federico Gravina mantenía con el general Lángara, nos llegaba la onda de que las unidades de la escuadra del Océano se establecían en crucero para atisbar la posible presencia del francés, así como mantenernos en aviso permanente de su próximo arribo a la bahía. Recordé las palabras de Pecas, porque esta noticia debería alegrar al general Gravina que, de esta forma, podría traspasar la responsabilidad del mando a su anterior jefe. Poco me agradaba la noticia como hombre de mar, porque no era la ensenada, con peligro inminente de temporal abierto, apta para un nutrido número de navíos, lo que tanto puede complicar la maniobra de escape.

De esta forma abandonamos el año de 1794, cuyos rendimientos en la guerra contra la Convención francesa presentaban resultados muy dispares y mucho más negativos a la precedente, y con tintes de amargar por alto. Y no tomamos el nuevo año con dulces de miel, porque nos entró un ventarrón de levante en toda regla con las primeras horas del primer día de enero, que no se apreciaba con tendencia a amainar. De todas formas, la peor de las noticias fue la pérdida de la bombardera número 2, bajo el mando del teniente de navío don Fernando Somoza, con la desgracia de haber recibido una bomba en el depósito de pólvora que la hizo volar por los aires. De los 28 hombres de su dotación, tan sólo nueve pudieron ser recogidos por los botes de la escuadra y trasladados al buque insignia, donde dos más murieron sin remedio pocas horas después con láudano servido.



Bahía de Rosas

Pero no era la primera ni la última pérdida en estas esforzadas unidades, a fuego diario y con recibo de metralla por más. Como es de suponer, era normal que nuestras lanchas cañoneras sufrieran impactos y accidentes marinos cada día, con pérdida de vidas, heridos y desperfectos de mayor o menor consideración. Pero las mismas condiciones padecían los botes de la escuadra que acudían a socorrerlas, como el perteneciente al navío San Antonio, echado a pique de forma violenta al recibir un disparo a la lumbre del agua. No por ello desesperaban las cañoneras y obuseras en su misión aunque, a veces, los grandes balances que la mar gruesa les producía, evitaban su utilización en regla.

El primer día del nuevo año cumplía la plaza los 37 días de sitio cerrado, mientras el viento sobrepasaba la escala del cascarrón y la mar comenzaba a ofendernos sin

descanso en el fondeadero. El día anterior había decidido Su Majestad nombrar para el Gobierno y Capitanía General del Principado de Cataluña, al teniente general don José Urrutia, que de esta forma relevaba en el cargo de general en jefe del ejército a quien lo ostentaba en forma interina, el marqués de las Amarillas. Tanto en el castillo como en los reductos de la plaza se recibía un cañoneo diario y en aumento, especialmente en nuestra fortaleza de la Trinidad por las baterías emplazadas por los franceses en el Puig-Ron. Y como las condiciones de viento y mar crecían a la mala, no sólo se impedían los fuegos de las lanchas, sino también el barqueo tan necesario de las unidades de la escuadra con tierra, especialmente para suministro de necesidades a las tropas y embarque de los heridos. En este punto es de destacar muy por largo la labor de nuestros cirujanos, con enfermerías agrandadas en cubierta y rellenas al tope.

Al amanecer el día 4, comencé a preocuparme por la seguridad de nuestro navío, que de tanto pensar en el castillo y la plaza, parecíamos olvidar nuestra propia y nada favorable situación. Ya se había entablado el viento del sudeste en ventarrón de fuerza, al tiempo que entraba la marejada gruesa con espuma en crestas elevadas, mientras las turbonadas del viento nos hacían cabecear a ritmo de feriantes. No debemos olvidar que la bahía de Rosas, cuya costa abierta corre de norte a sur, nos dejaba como recién nacidos contra el viento y la mar de los dos primeros cuadrantes, especialmente desde el nordeste al sudeste.

Por desgracia para el devenir de las actuaciones marineras, una granada enemiga había levantado un generoso pique de agua a escasas yardas de nuestro costado de babor tres días atrás, tras haber establecido el enemigo en ventajosa posición una de sus baterías, razón por la que el comandante ordenó enmendar el fondeadero con urgencia. Conseguimos llevar las dos primeras anclas con rapidez, pero a pesar del esfuerzo de nuestros hombres, empleados en forzosos relevos, costaba mucho izar la de ayuste, como si las uñas se hubieran engarzado en obstáculo infranqueable. Sin pensarlo dos veces, el capitán de navío Yáñez ordenó picar^[110] el cable para aligerar la maniobra, aunque perdiéramos ancla y maroma, elementos vitales en nuestra situación. Y bien que renegué en mis adentros de tal medida, demasiado apresurada en mi opinión, aunque no lo mostrara a las claras, porque no andaba la mar para perder un solo amarradero.

En la noche del día 4 pude comprobar con cierta resignación el aumento del viento a límites cercanos al temporal, así como los quejidos de los cables a rechina-motón^[111], lo que me hizo mantener una vigilia permanente, al tiempo que establecía a bordo guardia de gomena^[112] de forma continua y a doble cuerpo. Esa misma tarde, había ordenado el general fondear la cuarta ancla o de respeto, calar mastelerillos y disminuir la ventola^[113] en lo posible, medidas que ya había acometido por mi parte sin necesidad de misivas, porque eran de estima y prevención obligada. Sin embargo, no pudimos cumplimentar la orden referida al ancla aunque ya nos habría gustado, por haber fondeado la cuarta en reemplazo de la de ayuste, perdida en el anterior

fondeadero. Fue en aquel momento cuando más eché en falta la antigua costumbre de mantener el ancla de la caridad en la bodega, aunque ya sólo se les incorporaba en cargo a los navíos de tres puentes.

Por desgracia, en la amanecida del día 5 solicitaba el castillo de la Trinidad auxilio de lancha por medio de señales, lo que significaba que no podía resistir más el empuje francés, con brecha abierta en sus muros desde tres días atrás. Poco se podía hacer en auxilio de aquellos hombres con el estado de la mar impuesto, por lo que Gravina les contestó que debían mantenerse lo más posible, hasta que pudiera enviar las lanchas a recogerlos. Es necesario aclarar que impedidos de retirarse por el camino hacia el puerto, que los franceses ya dominaban, la única posibilidad de los defensores era utilizar escalas para descender a la playa y proceder al barqueo. Por esta razón, llamó don Federico Gravina a Junta de Generales con urgencia, a la que asistían los jefes de escuadra Grandallana, Ovando y el Mayor General don Antonio de Yepes. También de forma inesperada y sorprendente, pidió mi comandante la lancha para asistir al encuentro y ofrecerse en cualquier misión, decisión que no podía comprender por mi parte. Debo declarar que, en esta ocasión, le entré a sinceros y sin resquicio posible.

—No se encuentra la mar para barqueo de seguridad, señor. Le costará a nuestra lancha alcanzar el buque insignia con los cuerpos en seco. Además, una vez allí, si el viento aumenta un solo grado, lo que es de suponer, me temo que no pueda regresar sin riesgo elevado.

—Debo acudir a esa llamada, por si necesitan de mi concurso. Además, dejo el buque en buenas manos —me ofreció una sonrisa que encontré banal y a destiempo—. Le otorgo absoluta libertad, Leñanza. Si, llegado el momento, considera la situación a malas, haga lo que estime oportuno.

—Desde luego, señor, aunque no estimo como necesaria tal recomendación.

Empleé un tono ligeramente desabrido, del que me arrepentí a continuación. Pero era absurda de tamaño la libertad que me entregaba, porque una vez a bordo como comandante en su ausencia, ya tomaría yo los caminos que dictara mi conciencia y sabiduría marinera. Por esta razón lo despedí a las claras con cierta frialdad. Y juro por los dioses del mar que no me asustaba un ápice la responsabilidad, sino que estimaba deplorable su actitud e impropia en quien ejerce mando de buque, cuya seguridad ha de primar por encima de cualquier consideración. Tantos años después, me reafirmo en estas palabras sin dudarle una mota, porque, como confirmación a mi teoría, pude observar que ningún comandante de navío o buque menor acudía a la llamada, por considerar necesaria su presencia a bordo.

A partir de entonces, los acontecimientos se sucedieron a ritmo de escalada, lo que también es cualidad inseparable a la mar y sus componentes, que se ralentizan o aceleran a capricho de dama. Dos horas después, podía comprobar el aumento del viento, no sólo entablado en temporal de orden del sudeste, sino con rachas aturbonadas del infierno, tal y como había profetizado en razón de ley el piloto,

experto en aquellas costas. Fue el momento en el que llegué a considerar la posibilidad de calar masteleros por llano, aunque me frenara el análisis de lo que tal medida podría afectar al buque, si nos alcanzaba la necesidad de intentar abandonar el fondeadero y adoptar la capa de salvación. Tampoco nos favorecía el nuevo puesto de fondeo escogido por el comandante, porque los ríos cercanos largaban agua en torrentera, lo que nos formaba un extraño vaivén de proa y popa más propio de ruerno^[114], que desestabilizaba el normal borneo del buque. De esta forma, derivaba nuestra popa de forma inesperada a veces, hasta hacernos recibir alguna ola en peligrosa situación, condición anormal cuando el buque se mantiene prendido al ferro.

En estos momentos de duda que siempre se sufren en la mar, cuando la gran señora nos acogota a muerte, entrados en peligrosa estadía como juguete sin control y con mar ampollada en la misma bahía, comencé a recibir noticias negras en aluvión. A mediodía me avisó con urgencia el teniente de navío Pancorbo, de que los navíos Serio, San Julián y San Francisco de Asís habían comunicado la falta de alguno de sus cables, motivo de gran preocupación. Pero pocos minutos después observábamos con infinito asombro cómo el navío San Dámaso, falto de los cuatro cables en rápida cascada, derivaba con fuerza en la dirección del San Antonio, al que poco después abordaba por su costado de estribor sin compasión.

Mi primera impresión fue que, además de desarbolarse mutuamente, ambos navíos acabarían por varar en la playa, bajo fuego cercano del enemigo, con lo que se perderían aquellos dos hermosos buques de la Real Armada. Por fortuna y milagro divino amadrinado, que no era fácil de creer, consiguieron desembarazarse las jarcias, vergas y aparejos, aunque el San Dámaso arrastrara toda la maniobra de su compañero en pasada de castigo. Como resultado final, el San Antonio quedaba desarbolado al ciento, aunque se mantenía amarrado a los ferros como penitente a risco del infierno. Por su parte, el San Dámaso se afirmaba a él con los garfios cual naufrago a la tabla, aunque hubiese perdido el palo trinquete y la pala del timón.

Pero no había tiempo para espectáculos, que ya don Plácido me avisaba con urgencia de que había partido el cable del ancla de leva, con lo que nos manteníamos solamente con los pertenecientes a la cuarta y a la de la esperanza, a la que me ceñía en silenciosa oración como su nombre indica. En el castillo mantuve la necesaria conversación con el teniente de navío Pancorbo, el contraamaestre primero y la silenciosa presencia de Setum, que en momentos apurados no se separaba de mi persona.

—¿Cree que aguantarán los dos cables restantes, don Plácido?

—Debo serle sincero en estos momentos, señor. Si al navío San Dámaso le faltaron los cuatro al golpe, nos puede suceder a nosotros lo mismo con designio de Dios, porque adoptamos una posición de fondeo en peores condiciones. Como puede ver, llama muy por largo el cable entalingado^[115] a la esperanza, como si remolcáramos a dos navíos de tres puentes, y ésa es la que nos mantiene con vida en

estos momentos, que la cuarta trabaja muy por bajo.

—Ese cable nos lo repusieron hace pocos meses, por lo que debe aumentar nuestra confianza —intervino Pancorbo con seguridad, mientras señalaba el de 22 pulgadas que centraba la última esperanza—. Pero parece estrechar su mena con el esfuerzo en alto grado, demasiado quizás. La verdad, poco fío en la situación, señor.

—Bien —era el momento de la decisión, y nadie me podía arrebatarse la poca deseada prebenda—, toque a maniobra general y que todo el personal ocupe sus puestos, por si es necesario intentar salir de la bahía por barbas.

—Sí, señor. Ya lo huelen a bordo hasta las ratas.

Decía Setum en situaciones parecidas, que todo se encuentra escrito en el libro del destino, y a fe de mar que en esta ocasión parecía reservarnos con especial privanza una onza de plomo. El personal se encontraba alistado para izar el aparejo e intentar el escape si llegaban a faltar los cables, aunque con el viento aturbonado del sudeste, que nos acolchaba contra la bahía, y la situación del Triunfante cubierto al sur del puerto, no era la situación como para lanzar cohetes de bienaventuranza. Mi buen africano, la sombra de la guarda, intentó animar el ambiente.

—No se preocupe, señor, que este navío aguantará en tablas. Son muchas las millas que lleva grabadas en sus cuadernas y sabrá dar el pecho, si llega el momento.

—Dios y Alá te escuchen, amigo mío, pero no lo veo tan claro como tú y ya me gustaría. Como no disminuya el viento con rapidez, nos faltarán los cables, no lo dudes.

—Pues saldremos a por la vendimia, como suele decir don Santiago.

—Es cierto —le devolví la sonrisa—. Y confiemos en que sea buena la añada.

—Lo será.

Ese dichoso destino parecía jugar con nosotros. El viento no decaía una mota, pero el cable grueso parecía aguantar a la brava. Eran las cinco de la tarde cuando faltó el del ancla cuarta, a pesar de no trabajar con excesivo esfuerzo y disfrutar un calibre de 20 pulgadas, que era de orden mayor. Pero no me alarmó en exceso, porque la esperanza estaba tendida en el ancla de tan preciso nombre. Por si acaso, me encontraba situado en el alcázar, con el teniente de navío Pancorbo, el primer piloto, don Federico Puente, y don Plácido ajustados a mi vera, preparados para cualquier contingencia. Y una vez más agradecía a los cielos la extraordinaria profesionalidad del conmaestre, aunque lo dudara en aquellos primeros días por recomendación equivocada. El resto de los oficiales remoloneaban a nuestro alrededor al gusto, intentando encontrar rastros de preocupación en cualquiera de mis gestos, lo que no estaba dispuesto a ofrecer.

—¿Todo preparado, don Plácido?

—Sí señor.

—Si llega a faltar el cable, no perderemos un solo segundo. Largaremos mayores y gavias sin rizos. Una vez con arrancada, arriba el contrafoque y ya veremos si izamos la cangreja al mínimo.

—¿No es muy temerario izar las gavias sin rizos, señor? —intervino Pancorbo, con la sinceridad que siempre le concedía.

—Sí que lo es. Pero si no tomamos suficiente arrancada para, una vez caídos hacia la playa, ganar la primera virada, estamos perdidos. Y si desarbolamos los masteleros con la tensión, que se los lleve Satanás al infierno. De poco nos servirán varados en la arena. Por cierto, don Plácido, que no podemos fallar la primera virada por avante, porque si la perdemos, acabaremos en la costa sin remisión.

—La ganaremos señor, que nuestro dios Neptuno me debe varias cruces.

Continuamos en tensa espera, aunque pocos confiaban en un repentino cambio de viento que nos relajara la situación. Del castillo nos llegó la nueva de producirse severos toconazos en el cable de la esperanza, lo que hizo saltar al contramaestre.

—Va a faltar, señor.

—Eso parece. Don Federico —me giré hacia el piloto primero—. Por si acaso no conseguimos ganar suficiente barlovento para establecer la capa fuera de la bahía, busque un lugar arenoso e ideal para varar el buque una vez piquemos los palos. De esa forma, conseguiríamos salvar, al menos, a la mayor parte de la dotación y los pertrechos.

—Ya lo había pensado, señor, y no por pesimismo sino por cruda realidad. Llegado el caso, que Dios y los santos no lo permitan, el sitio ideal sería delante del poblado que llaman de San Pere Pescador, un poco al sur de la desembocadura del río Fluviá —señalaba con la mano en la dirección marcada—. Fondo muy arenoso y aplacerado, donde clavar la proa y saltar al agua. Como ahora mismo calamos a popa 24 pies, los hombres podrían ganar la playa con facilidad. Pero, repito, señor, que no lo quiera Nuestra Señora.

—No se preocupen, que salvaremos este navío de Su Majestad. Pero es de oficio conocer las posibles alternativas, por si aparece el dios negro cubierto a las malas.

Aunque pueda parecer desmedido orgullo por mi parte, puedo asegurar que me encontraba tranquilo y con esa sensación que siempre he denominado como de falsa felicidad, única forma de reaccionar en la mar con lucidez cuando acecha el peligro, virtud de la que gocé a lo largo de mis muchos años en la Armada por la gracia de Dios, porque así ha de recibirse en el nacimiento. Ya sé que les extrañará lo de la felicidad nombrada pero, después de todo, esa es nuestra misión, intentar ganar la partida a las olas cuando entran a gatillo, lo que produce cierto regusto interior, no exento de prevención. La situación era mala o peor, sin duda, pero nunca debemos entregar el espíritu al enemigo, aunque nos ataque con balas rojas o mares montañosas. La verdad es que el viento bramaba con rugido ensordecedor y era consciente de que muchos comandantes, en mi situación, habrían picado los palos sin dudarle un solo instante, para tomar la arena con rapidez y salvar a la dotación. Pero existía una posibilidad y debía encararla, que por esa razón existe solamente un comandante, un pequeño dios, en cada buque.

Como si leyera una obra por segunda vez y conociendo de antemano lo que ha de

suceder en cada página, el grito del castillo se escuchó en el alcázar con nitidez, aunque ya al tomar la primera ola se percibía la libertad recobrada.

—¡Faltó el cable! ¡Faltó el cable!

No tuve que dar orden alguna, porque todo estaba entablado en los cerebros. Don Plácido, orgulloso con el chifle de plata adosado en boquera, daba las órdenes de largar mayores y gavias, cuyos gualdrapazos iniciales concedieron nueva vida al ambiente. Escuché en la distancia algún grito de ¡alargar!, dado por algún guardián nervioso, pero ya el camino estaba doblado. No esperó mucho la proa para caer a sotavento, ayudada por el inmediato izado del contrafoque, una arribada necesaria que nos concedía el viento al gusto. Y de esta forma, cazadas las velas y braceadas las vergas en conveniencia, el Triunfante saltó hacia delante como un potrillo desbocado que añora la libertad.

Ordené la caña a estribor, aproando en primera intención hacia la desembocadura del río Muga. El joven alférez de navío Evaristo Bellanza me miró con rostro sorprendido al escuchar la orden, sin comprender todavía que necesitábamos navegar a un largo y tomar suficiente arrancada si queríamos tener alguna posibilidad de ganar la virada y evitar clavar la proa en la arena. Pero juro por los dioses menores que el Triunfante tomó el viento al rasero de los ángeles, recostado sobre las aguas como jamás vi un navío y con la primera batería bajo el agua, decidido a no dejarse rendir por los elementos. Fue el momento de izar la cangreja, aunque enfajada para ofrecer el mínimo trapo a los vientos y largada su escota con generosidad. Ahora escuché con claridad la voz de don Plácido, con cierto orgullo.

—Si no andamos las diez millas^[116], poco debería faltar, señor. Y eso que son maderas viejas las de este achacoso Triunfante.

—Mucho tiemblan los masteleros de mayor y trinquete, señor —apuntó Pancorbo al quite—. Recemos para no desarbolar.

—Preparados para virar por avante, don Plácido —hablé como si no hubiese escuchado las últimas palabras—. Y con los cojones bien largados al viento, que no hemos de dar la blanda en la ocasión.

—Cuando lo ordene, señor, que ya di las pitadas de prevención.

Me costó trabajo esperar lo necesario, porque ya veíamos la playa a corta distancia. Pero en estos casos en los que la mente intenta adelantarse al momento oportuno por natural prevención, debemos ofrecer un padrenuestro a los cielos, el tiempo necesario para que el cerebro no nos ofusque y acelere las órdenes. Pero el momento había llegado.

—¡Virada! ¡Todo a babor!

Aunque disponía de la bocina dorada en la mano, no llegué a utilizarla para dar la orden definitiva, por considerarlo innecesario. A continuación, tras las pitadas a ritmo y norma del contramaestre, escuché su ronca voz, elevada al trono como grito de guerra sin posible rendición.

—¡Allá va con Dios^[117]! ¡Al viento! ¡Al viento!

Más de uno y menos de mil debieron cerrar los puños con fuerza. En mi caso, me limité a masajear con suavidad la mano izquierda de madera con la que todavía cuadraba en carnes. Pero les aseguro que fue hermoso comprobar cómo caía a babor el navío, con fuerza y alegría, mientras los marineros y grumetes se multiplicaban al ciento, que no se trataba de rutinario ejercicio y la recompensa debía recibirse por blancas a la vista. De esta forma, alcanzamos con rapidez el momento culminante, cuando la proa ha de vencer al viento y meter la roda a la nueva banda. Y fue de dulce el primer y único intento disponible, porque no tardamos en escuchar la frase que en esos momentos nos rasca la piel en vivo.

—¡El viento abre! ¡El viento abre!

La virada estaba ganada por gracia de los cielos y profesionalidad en la gente de mar. El primero y más comprometido trecho se había cumplido, con lo que pronto braceábamos de vuelta y cazábamos contrafoque y cangreja para aparejar a la nueva vía. En esta ocasión, con escasísimo barlovento perdido y la playa a pocos metros, ordené aproar a la punta Falconera, aunque era consciente de que el abatimiento me impediría doblarla.

Como había dicho Pancorbo, se sentía en las venas las vibraciones de los masteleros proeles, aunque ya era momento de relajar las carnes y pensar en nubes rosas. De esta forma, ordené tomar una faja^[118] a la gavia en prevención, aunque comprendía la dificultad que, con las condiciones reinantes, representaba tal decisión para los marineros. Por fortuna, ningún hombre salió despedido hacia las aguas ni se produjeron contusiones peligrosas, tan normales en esas ocasiones. El Triunfante continuaba largando espuma a borbotones, mientras podíamos observar a las dotaciones de la escuadra en sus cubiertas, jaleando con gritos nuestras maniobras. Poco después, pasando a escasa distancia de los navíos desarbolados y abatidos media milla hacia la bahía, preparamos la segunda virada, cerca de la punta de Ullastrell, donde los franceses disponían de cuatro excelentes baterías, capaces de endosarnos algún agujero. Pero no era momento de pensar en el fuego enemigo, aunque creo que también los revolucionarios nos observaban con atención.

Conseguimos la segunda virada aunque llamara a la corta en la ocasión. Pero no suponía el envite anterior y aunque con mayor pérdida, conseguimos aproar hacia el sur al límite de la bolina, con la obsesión de ganar barlovento y salir del cajón de muerte que nos tendía la bahía sin remisión. Quedaba mucha faena por cortar y ahora disponíamos de algún tiempo para ofrecer un ligero descanso a los brazos, que no a la mente, porque podríamos navegar unas cinco o seis millas antes de volver a virar.

El tiempo se alargaba sin medida y sentía cierto rumor en el miembro de madera, habitual cuando el cansancio comienza a aparecer, aunque nadie habría sido capaz de reconocerlo en mi rostro. Comenzaban a caer las luces, con el Triunfante navegando de bolina y cierta dificultad, aunque todavía generoso en andar. Por fin, alcanzamos la posición que estimé adecuada, proa a la torre Mongó, tras la punta Grossa, aunque con un pronunciado abatimiento. De nuevo ordenamos virar por avante, con los

chifles en danza de orquesta y los brazos a molinete. Y para colmo de bienes, la conseguimos limpia y con escasa pérdida, mientras el rostro de don Plácido se iluminaba de felicidad.

—Ya le dije, señor, que este navío acabaría virando por adelante como una goleta britana. Y esta escapada que intentamos será la mejor de las lecciones para nuestros hombres. Tan sólo me preocupa el aparejo y los palos.

—Y a mí, don Plácido, y a mí.

—Lo conseguiremos, señor —la sonrisa de Setum me alcanzó en alivio, como tantas otras veces.

Sin embargo, eran demasiadas las blancas concedidas desde los cielos, sin orden contraria. Tomábamos el bordo apreados ya en franquía al cabo Norfeo, cuando saltó la primera voz del diablo.

—¡Se ha rifado la gavia, señor!

En efecto, la vela se hizo jirones en pocos segundos, al tiempo que nos obsequiaba con esa especial canción que tan poco agrada a los oídos. Pero continuamos como era de ley, momentos en los que dudaba sobre la cangreja, demasiado atacada pero imprescindible para el fin que perseguíamos. Continuamos abatiendo, al tiempo que las olas nos entraban en gorro, saltando por nuestras cabezas con entera libertad, lo que nos hociaba la proa y arrumbaba sin desearlo, con mucho ejercicio de los timoneles que debían relevarse por el esfuerzo. De forma inconsciente, elevé un rápido rezo a Nuestra Señora de Valdelagua para que disminuyera el viento o la mar una sola décima, necesaria para salvarnos, aunque no me parecía en gracia para la ocasión.

La siguiente virada se consiguió con más pena que gloria y con el buque entrando fuerte a sotavento. Era mi idea que en la siguiente pasada hacia el sur consiguiéramos librar las islas Medas y salir a la mar libre para capear como los ángeles, pero todavía quedaba la última bordada, esa que llaman de oro y pendones. De esta forma, pusimos la proa bien abierta de las islas, ciñendo a muerte, rezando para que pudiéramos librar las piedras.

La escasa luz que ofrecían las nubes cerradas caía a plomo, condición negativa porque debía avistar con claridad las Medas y librar el islote del Medallot, así como la punta de la Coetera que ofrece la isla grande al nordeste con su pedrusco adosado. Necesitaba hablar, condición fácil de comprender para quien haya sufrido condiciones parecidas, por lo que pedí una información al práctico que ya conocía.

—¿Podemos rascar las puntas del islote del Medallot y la piedra del Deu en la Meda Grande sin riesgo, don Federico?

—A besar el islote con cariño. Pero debería ofrecer un pequeño resguardo a la piedra, señor, porque deja velar unas pocas yardas. Pero como nos sigan atacando estas olas, lo veo complicado.

Nuestra parla se vio interrumpida por la voz de don Plácido, ahora con rumor oscuro y vista baja.

—Nos ha vuelto a faltar el puño de la escota del contrafoque, señor. ¡Así se ahoguen los jenízaros en las barbas de Neptuno, mientras se comen las toninas sus tripas! ¡Qué paño y aparejos se entregan a la Real Armada en estos días! Parece castigo de Dios.

No eran muchas las posibilidades, pero debíamos apurarlas, aunque en mi interior comenzaba a ver la procesión de luto.

—Largue otra faja de la cangreja, don Plácido. Si no ceñimos el viento una cuarta más, nunca libraremos esas islas del demonio.

—Tiene razón, señor.

Aunque la proa se mantenía franca hacia fuera, el abatimiento y las guiñadas a que nos forzaban los golpes de mar me hacían pensar en lo peor. Ya las Medas se ofrecían como un bulto negro rodeado de espuma blanca, cuando comprendí que no lo conseguiríamos. Y no era cosa de perder la virada y atacar el freu o las ensenadas de piedra, que podían acabar con la mitad de la dotación.

—¡Vamos a virar, don Plácido!

—Estoy de acuerdo, señor.

Sonaba su voz a canto de tristeza, una de esas coplillas que entonan los grumetes portugueses como si lloraran a sus muertos. Poco fiaba en la próxima virada por avante, con el trapo a disposición, por lo que me ofrecí el margen suficiente para, en caso de fallo, hacerlo en redondo a continuación, sin apurar la distancia a las piedras. Pero el Triunfante quería morir con orgullo, y nos concedió el privilegio de la última blanca, cruzando la proa el viento y saliendo a un largo como caballero en justa de amores. Pero a la alegría siguió la puntilla, porque dudaba en los siguientes pasos, sabiendo que la derrota se encontraba cercana, cuando un ruido clamoroso pero inconfundible se dejó escuchar en cubierta. No esperé a recibir la novedad.

—¿Hemos desarbolado el mastelero de gavia?

—Sí, señor —contestó el contramaestre, dirigiendo la mirada hacia la mar.

—Que aclaren la maniobra todo lo posible sin arriesgar, porque ya no es necesario. Arriar todo el aparejo menos mayor y trinquete. Rumbo de empopada. ¿Don Federico?

El piloto primero se acercó a mí. Entre tinieblas creí ver su rostro con ribetes de añoranza.

—Aquí estoy, señor.

—Rumbo para varar en esa playa que me comentó esta mañana.

—Sí, señor.

La decisión estaba tomada. Fue un momento muy especial en mi vida, aquel en el que decidía entregar a las aguas el primer navío donde rendía servicio. Bien sabe Dios que lo habíamos intentado a muerte, de comandante a paje, pero la suerte debía estar echada desde arriba con suficiente antelación.

Ahora, el rumor interior se hizo difícil de definir. No me crean entrado en delirio, pero en aquellos momentos intentaba hablar con el Triunfante, ese hermoso navío que

entregaba a su cementerio particular. Ya me han escuchado en ocasiones asegurar por ley que los buques disponen de vida propia, y aferrado a esa creencia deseaba despedirme de mi buen amigo. Sentí la mano de Setum sobre mi hombro, apretando con afecto.

—Ha hecho todo lo que era posible, señor, y mucho más. Puede sentirse orgulloso.

Nos pusimos de empopada, el trapo reducido a mayor y trinquete, con lo que comenzamos a navegar con cierta comodidad, llamando así en contraste de los balances y cabezadas de gigante que habíamos sufrido durante horas. Por fin, llegó el momento de caer a babor para encarar el final definitivo. Sin embargo, todavía debía disponer algunos puntos.

—Pancorbo, palos a punto de rendir y que revienten en la varada o poco antes. Todo el personal a cubierta y a popa, así nos clavaremos mejor en la arena. Don Federico —me giré hacia el práctico—, entiendo que debemos varar con la proa tendida a babor, de esa forma la mar nos amparará contra la playa y facilitará el desembarco del personal.

—Sí, señor.

Poco me restaba por mandar a bordo del Triunfante, con lo que dejé volar la imaginación en libertad. Escuchaba las hachas de los marineros conforme la espuma blanca de las olas en la playa se acercaban a nuestra proa. Y aunque esperaba un choque fuerte, el viejo navío quiso ofrecernos una guinda en postrera oferta, porque metimos la quilla en la arena con suavidad, y sólo en el último momento debimos aferrarnos a los machos para no perder la verticalidad, al tiempo que los palos se rendían.

Creo que ésa fue la primera vez que escuché el lamento con extraordinaria nitidez, ese quejido especial que emiten los buques cuando ven cercana su muerte, comidos por su inseparable amiga. Y no es fantasía de mar, puedo jurarlo, porque no fue la última ocasión en mi carrera de cubrir tal suerte. Puedo poner a Dios por testigo, que los lamentos del Triunfante se arremolinaron con especial dulzura a mi alrededor, hasta cubrirme los ojos en aguas.

23. Últimas acciones

Ningún miembro de la dotación del navío Triunfante, ni de los enfermos pertenecientes al Ejército embarcados, que mucho nos hicieron laborar, perdió la vida en la varada y traslado a tierra. Bien es cierto que aunque prendidos en la mala racha, el Triunfante quedó bien clavado a proa, mientras la mar nos recostaba contra la playa hasta dejarnos en posición más que favorable para el desembarco. Tampoco se presentó ninguna lesión o herida de importancia, lo que me levantó el ánimo por alto en los primeros momentos, porque siempre tuve a gala cuidar en mucho de los hombres bajo mi mando. Además, en los días siguientes a la desgracia, se recuperaron para nuestras fuerzas la artillería, pólvora, balerío, víveres y pertrechos del buque casi al completo, incluidos los documentos reservados.

Aunque había perdido un navío de dos puentes, cuestión que deja muescas en el corazón y no podría olvidar en mucho tiempo, las condiciones de la maniobra y el resultado final conformaron una recompensa moral de altura para mi persona, que se multiplicó al escuchar las palabras que me dirigía el general Gravina cuando, a la mañana siguiente, día de la Epifanía del Señor, me recibió en su cámara a bordo del Meregildo. Se encontraba acompañado por los generales Grandallana y Ovando, pero vino hacia mí con rapidez y una amplia sonrisa de satisfacción en su rostro.

—¡Leñanza! Benditos sean los Reyes Magos y Nuestra Señora de los Dolores, que me ofrecen esta agradable visión —sin mayor protocolo, me estrechó con fuerza y afecto entre sus brazos—. Estaba seguro de su proeza y así se lo decía ayer a los generales, cuando le veíamos desfilar por la bahía como buque prendido en el infierno, un espectáculo marineramente sin parangón y difícil de olvidar. Muy pocos habrían conseguido dar cuatro bordadas con esas condiciones de mar y viento, en busca de una imposible salvación.

—Pero he perdido un navío de Su Majestad, señor, lo que duele muy dentro. Al menos, me alegro de poder comunicarle que se ha salvado la dotación y fuerzas del ejército al completo, hasta el último de los criados.

—Otra noticia de alegría. No se apene, Leñanza, que todos hemos pasado por trances similares, y sin esa recompensa final. Recuerde siempre que un buque se puede construir con madera y clavazón en unos meses, pero no sobran los hombres, y menos los que albergan sus virtudes. Quiero asegurarle que escribiré en persona al Secretario de Marina don Antonio Valdés para que, en virtud a las extraordinarias cualidades y valor ofrecidos desde que le faltaron los cables, así como su impecable pericia marinera, se le exima del Consejo de Guerra que suele aparejar toda pérdida de buque, salvo excepcionales ocasiones. Y ésta lo es, bien lo sé yo.

—Mucho se lo agradezco, señor, que siempre me ha favorecido sin medida.

—Porque se lo merecía. Parece que su carrera se ha amadrinado a mi persona, y espero que así continúe en el futuro.

—Pues, ya sin barco, me tiene de nuevo a su servicio, señor.

—Nada de servicios. Goce de un merecido descanso a bordo de este navío, y que le registren a efectos de revista como miembro de mi Estado Mayor. Acuda a su cuñado, experto en esas lides, para que le asigne adecuado alojamiento. Por desgracia, se nos va reduciendo esta escuadra, porque ayer perdimos tres navíos y bastantes unidades menores, aunque espero que muy pronto arribe el general Lángara a esta bahía y nos compense.

—Si me permite una pregunta, señor. ¿Resiste todavía el castillo de la Trinidad?

—Así es, aunque parezca imposible. La mar continúa muy brava, pero parece que comienza a remitir el ventarrón unas onzas. Si el descenso continúa en la línea prevista, esta noche intentaremos la evacuación de esos valientes, y así se lo he comunicado al teniente de navío Morera. Espero que puedan resistir unas horas más y las condiciones de viento y mar lo permitan.

—Si me necesita, me tiene a su disposición para la operación que estime oportuna.

—Nada de eso, Leñanza. Descanse por unos días, que se lo ha ganado a pulso.

Gravina me despidió con esa especial afabilidad que siempre dispensaba a mi persona. Ya era mucha la historia corrida bajo sus alas, y no podía quejarme, más bien al contrario.

Cuando salí a cubierta y pude observar la bahía de Rosas con detenimiento, comprendí la magnitud del temporal sufrido. Aparte de los dos navíos desarbolados y la triste figura del Triunfante varado a la tumba junto a la desembocadura del Fluviá, con su costado de babor atacado por las olas sin piedad, se habían perdido la mayor parte de las lanchas, botes, serenies y falúas de la escuadra, algunos de ellos con los bancos todavía prendidos en sus amarras, arrancados por la fuerza del viento y la mar. Gran parte de las lanchas se encontraba entre dos aguas, aunque se esperaba recuperar la mayoría. Y a lo largo de la costa que corre de norte a sur por toda la bahía, podían descubrirse a la vista trozos de arboladura, jarcias, aparejos y otros buques menores destrozados, incluidos un jabeque mallorquín con su cargamento, tres faluchos particulares y una pequeña polacra del comercio. Pero una voz cercana me sacó de la ensoñación momentánea, y no dudé un segundo de su procedencia.

—¡Gigante!

Pecas me abrazó con fuerza, como si se le apareciera un muerto salido de la tumba. Se separó de nuevo para observar con atención el mal estado de mi uniforme, tras la larga noche sufrida.

—¿Con esta facha te has presentado al general? La verdad es que hueles a pestilencia —se echó a reír con sincera alegría, al tiempo que tapaba sus narices—. Ya repondremos este vestuario con rapidez, aunque no te sirvan mis casacas de paño fino. Por cierto, y seré sincero contigo por una vez en la vida, ayer, observando tus maniobras, me sentí orgulloso de ti, lo juro por mis antepasados aunque algunos no lo merezcan —ahora torció la boca en sonrisa—. Pude comprobar que has asimilado todas las lecciones marineras que te ofrecí a bordo de las cañoneras y aquella

hermosa fragata.

—Gracias, maestro. Pero también yo seré sincero por una vez. Me temo que, en mi caso, habrías picado los palos y varado en la playa sin perder un solo minuto.

—No me ofendas con esas palabras, gigantón —Pecas continuaba la chanza.

—Dejemos las historias y espabila el cuerpo con rapidez. Me ha dicho tu general que debes acomodarme a bordo, como un especial y destacado elemento de su Estado Mayor. Y te adelanto que no he comido desde ayer por la mañana.

—Mala cosa es ésa para el estado de mi despensa, que conozco tus costumbres. Ya encontré a Setum por cubierta, que me narró con detalle y fervorosa admiración cada milla navegada en la bahía, y te ensalza como a un Dios, aunque se trate de tela corrida. También a él lo meteré en lista a bordo.

—Bueno, si estás libre de servicio, cuéntame las últimas novedades.

—Poco hay que narrar, salvo que los días de resistencia numantina en esta plaza están contados y por corto, en vista de la situación general y comparación de fuerzas. Si las condiciones lo permiten, que así lo espero, esta noche intentaremos el barqueo de los hombres del castillo. Por cierto que me concedió el general el honor de dirigir la operación, al menos como segundo, que se presenta escabrosa. Pero ahora acompáñame a la cámara, que Setum te surtirá de algunos embutidos más que reglamentarios.

Iniciábamos el camino hacia popa, cuando topamos de frente con el capitán de navío Yáñez, mi antiguo comandante, quien abierto en sonrisas me tomó por los hombros.

—Enhorabuena, Leñanza. Una hazaña las viradas de ayer y su intento de salvar el Triunfante. Yo no lo habría hecho mejor.

No me gustó nada el soniquete empleado por quien ya no era mi mando superior. Y como los náufragos disponemos de tres días de locura admitida según la vieja costumbre, le solté el fuego por mi boca sin pensarlo.

—No podría haberlo hecho mejor ni peor, porque no se encontraba a bordo del buque bajo su mando, para cumplir con su responsabilidad en el momento de mayor compromiso, señor. Pero si me lo permite, me retiro a descansar por orden del general.

Y sin esperar contestación, continué por cubierta, acompañado por Pecas, que escondía la sonrisa con esfuerzo. Y no pudo esperar mucho tiempo el pequeño para largar por su boca.

—Creo que la experiencia de ayer te ha convertido en otra persona. Jamás creería que mi buen amigo Francisco de Leñanza contestara así a un superior. Pero debo declarar que se lo merecía ese mequetrefe.

Tal y como se esperaba, en el atardecer había caído el viento algunas décimas, lo suficiente para intentar el barqueo de los hombres del teniente de navío Morera. Aunque la noche se abrió con excesiva claridad por la inoportuna salida de la luna, las lanchas de fuerza bajo el mando de don Antonio de Yepes y Pecas como su

segundo, alcanzaron la base del promontorio sobre el que se erige el castillo de la Trinidad. Y nada más pisar tierra comenzaron a recibir fuego graneado del enemigo, aunque no cejaron en su empeño. Por fortuna, Morera había tenido la feliz idea de practicar un agujero desde el castillo hasta la playa durante el día, y por él se fueron descolgando uno a uno todos los hombres, hasta alcanzar las lanchas. El sistema de guardias funcionó a la perfección, y tras cuatro horas de laborioso trabajo con fuego abierto sobre la ribera, se retiraron hacia la escuadra sin haber perdido un solo hombre.

Había sido una labor formidable la de aquellos valientes dirigidos por Morera, porque gracias a su acción de resistencia se había protegido a la escuadra en momentos en los que no se podía enmendar el fondeadero. Y los republicanos estaban tan acostumbrados a batir el fuerte sin resultado a la vista, que a la mañana siguiente continuaban haciendo fuego contra él, sin atisbar que ya la bandera de la Real Armada había sido recogida y la guarnición escapado al completo.

Gravina, eufórico como no lo había observado desde el arribo a Rosas, ofreció una sincera felicitación general, resaltando la actuación de los defensores del castillo, así como la de las fuerzas de rescate, con especial mención a Pecas, propuesto por don Antonio de Yepes para recompensa por su decidida y heroica actuación personal, entablado defensa contra los franceses para proteger la operación. Parecía que el enano llegaría a conseguir el anhelado ascenso, con lo que me igualaría en la escala.

Por fin, en la tarde del día 8, con la mar tendiendo a la baja y en franquía, se dejaron ver en el horizonte las primeras velas de la fuerza del general don Juan de Lángara, cuya escuadra fondeaba en la bahía al completo el día siguiente. Y pocas horas después se celebraba Junta de Generales a bordo del buque insignia, presidida por el mismísimo comandante general de la escuadra que retomaba la denominación del Mediterráneo. Según me comentó Pecas, fuente inagotable de información, aunque en principio Lángara pensaba dejar a Gravina dos navíos solamente, acabó por ceder gracias a las palabras que pronunció don Juan Ruiz de Apodaca, dando la razón a nuestro general de que eran necesarios tres navíos al menos para mantener la defensa, apoyar a las lanchas y evacuar la guarnición si, como parecía, llegaba el momento de no poder resistir más las acometidas del francés.

Fueron tirantes las relaciones de los tenientes generales con mando, lo que era de esperar. Aunque nuestro general intentaba sumarse como una división más de la escuadra, lo negó Lángara de forma tajante, alegando que debía salir el 12 a la mar, mientras Gravina quedaría en la bahía con los tres navíos, una fragata y buques menores en escuadra independiente, como hasta el momento. No era ésa la promesa entablada por el Secretario, aunque nada alegó en contra nuestro jefe. Pero como el Meregildo, de tres puentes, se integraba en la escuadra del Mediterráneo por decisión de Lángara, Gravina debió mudar su insignia, y nosotros con él, al de dos puentes San Francisco de Paula, construido en el arsenal de Cartagena en 1788, no sin tragar tripas de flecos. Pero para mí que, después de todo, Gravina se alegró de ver alejarse

en el horizonte los navíos de Lángara, y no sólo por quitarlo de su vista, que ya era de peso, sino desde un punto de vista puramente marineramente, porque aquella bahía había demostrado no ser buena para albergar una escuadra de tamaño.

De esta forma, continuó la resistencia establecida por las fuerzas del Ejército y la Armada, aunque con más pena que gloria en vista de la proporción de fuerzas. Debía tenerse en cuenta, además, que las fortificaciones de la plaza se habían convertido en informe amasijo de escombros, con el disfavor que presentaba el frío intenso, más la penosa aparición del tifus en mar y tierra, con la cobranza de vidas que tal peste suele conllevar. Sin embargo, aumentó la felicidad de Gravina al recibir un recado de don Manuel Godoy, que me llegó por vía del enano, como de costumbre. Tras resaltar parabienes y futuras recompensas, finalizaba de la siguiente forma:... el celo tuyo y espíritu de los que sirven bajo tus órdenes harán eterna época del valor y fidelidad española, y por fin, aunque no pueda remediarse la pérdida, se habrá conseguido con su retardación que el crédito de nuestras tropas desanimadas al verse vencidas vuelva a restablecerse en el Ejército.

Llegó el momento en el que el general Izquierdo consideró que era un absurdo suicidio continuar la resistencia. La decisión se tomó al tener conocimiento del plan de ataque francés, con tres mil escalas preparadas para el asalto. Era el momento de aprovechar la oportunidad que ofrecía la mar para embarcar tropa y pertrechos durante alguna noche, con lo que se conseguiría enmascarar la acción al enemigo, que ya intimidaba a la rendición. Se estableció llevar a cabo el barqueo en la noche del 2 de febrero.

Para llevar a cabo el plan de evacuación, se formaron tres líneas de embarcaciones, siendo la primera formada por los botes, lanchas, falúas y sereníes. La segunda oleada estaría compuesta por los jabeques, faluchos, así como las lanchas cañoneras, bombarderas y obuseras. Por último, la tercera sería acometida por el bergantín San León, así como los galeones San Lino y Carmen, alistados para la empresa, y el concurso de otras unidades particulares al crédito. Cada línea marcharía protegida a las bandas por dos cañoneras y dos obuseras.

A primeras horas de la noche comenzó el embarque. La primera línea se puso al mando del capitán de navío Sierra, con Pecas en calidad de segundo. A continuación y repartidos por toda la extensión de la segunda fila, se encontraban el propio Gravina, así como su mayor General y los comandantes Yáñez, Pineda, Peñaranda, Benázar, Valcárcel y yo mismo, que me incorporé con gusto a la campaña. La tercera sería reagrupada con el apoyo de las anteriores.

La operación se llevaba a cabo con el mayor sigilo, lo que era de necesidad porque si despertaba el francés, podía darse por perdida la jornada. Por fin, cuando parecía que remataríamos la faena con el mejor orden, sin que mediase ningún infortunio, a las cinco de la mañana, siendo pocos los que faltaban por embarcar, una avanzadilla alarmó en el sentido de que los franceses atacaban en columna, por lo que las tropas debían salvarse a la carrera. La confusión hizo que ciertos grupos pequeños

quedaran copados en el pueblo y alguno de los reductos defensivos, aunque se trató de un porcentaje mínimo, situación que todos habríamos firmado con antelación.

En la mañana del día 3 de febrero, mientras los franceses entraban en la plaza, se comenzó el despliegue naval para abandonar la bahía. En primer lugar, las lanchas sin artillería deberían dirigirse hacia Palamós con la necesaria conserva^[119] de los jabeques. A continuación, bergantines, galeones, lanchas de fuerza y mercantes tomarían la misma derrota. Y por último, los tres navíos y la fragata, tras unos pocos días de estancia en Palamós para aclarar la situación general, nos reincorporamos a la escuadra de Lángara, de acuerdo a la orden recibida del Secretario de Marina.

Según las noticias que nos llegaron, no éramos más felices por el frente establecido en los Pirineos occidentales, donde los republicanos atacaron a golpe de maza, para tomar con increíble facilidad Fuenterrabía y, en especial, San Sebastián, con grave mengua y deshonor de los jefes encargados por Su Majestad para su defensa. Aunque no parecían los franceses decididos a avanzar más, tanto las acciones expuestas como las del general Moncey en amenaza de Pamplona y las Castillas, llevaron al más desastroso efecto moral a tropas y gobernantes, sin olvidar la inmensa penuria en que se movía la Real Hacienda. Y según noticia personal de Pecos, experto en serpientes, también en la Corte había cundido el miedo, con planes encubiertos para una posible escapada de la Real Familia hacia el virreinato de Nueva España, aunque me costaba creer como cierto lo que estimé como simple fabulación.

Parece que fue don Manuel Godoy quien, finalmente, entendió y convenció a Su Majestad de una necesaria y rápida paz, según muchos entablada con esa prisa aligerada que a ningún buen puerto conduce. Bien es cierto que ya se habían producido los precedentes del rey de Prusia, del príncipe de Parma y de los estados Generales de Holanda. También los republicanos consideraban en forma positiva el fin de la contienda con España, que en el 95 comenzaba a tomar algunos signos positivos para nuestras armas, como la recuperación de la Cerdaña. Por fin, se llevaron a cabo las conferencias secretas en Basilea por las representaciones de ambas naciones, que dio lugar al tratado de paz con dicho nombre, firmado el 22 de julio, conviniendo como principales condiciones la restitución de las plazas y territorios conquistados por los franceses, a cambio del abandono por España de la parte que nos correspondía en dominio de la isla de Santo Domingo. Siguiendo la norma establecida a lo largo del siglo que agonizaba, debíamos pagar un peaje en toda guerra, aunque este bocado era minúsculo en comparación con otros padecidos anteriormente.

Durante el resto de la campaña hasta la firma de la paz, incluido un jugoso bombardeo en la plaza de Rosas contra las posiciones francesas, me mantuve en compañía de Pecos al lado del general Gravina, como miembro de su Estado Mayor. De esta forma, volvimos a recordar nuestros tiempos de embarque bajo la misma cubierta, lo que mucho nos hizo disfrutar, aparte la sonrisa corrida en el rostro de Setum, que volvía a encontrarse con sus dos señores al tiempo. Bajo el manto del

general Gravina mudamos al Paula, San Francisco de Asís y Meregildo, para regresar nuevamente al Reina Luisa, en esa propensión de nuestro general de izar su insignia en diferentes buques, según el momento y disposición.

Entrados en el mes de abril se produjo el esperado ascenso de Pecas a capitán de navío, al tiempo que me comunicaban oficialmente haber quedado exento del Consejo de Guerra por el hundimiento del Triunfante, acontecimientos que celebramos a lo grande con una íntima bacanal en una fonda de Mahón, donde nos hallábamos en descanso por unos días.

Debo confesar aquí y en estos momentos mi altísimo aprecio personal hacia el general Gravina. En verdad que le profesaba un extremo agradecimiento por los favores recibidos tantas veces de su mano, así como por su alargada bondad y cortesía, aunque fuese consciente de alguna de sus..., de sus debilidades como general, comentario que jamás llegó a brotar de mi boca, salvo en conversación privada con mi gran amigo. Una clara demostración de las teorías expuestas por Pecas, que tanto habíamos discutido, quedó refrendada más adelante y bien que lo sentí en mis adentros.

En la Isla de León había muerto, para desgracia de la Real Armada, el genial marino y científico don Antonio de Ulloa, motivo de gran duelo en nuestro Cuerpo. Para sustituirlo se había nombrado como Capitán General del departamento marítimo a don Juan de Lángara lo que, de forma inmediata, catapultaba a Gravina como Comandante General de la escuadra del Mediterráneo. Es necesario declarar aquí, aunque poco me atraiga, que tal disposición hizo renacer en él aquella antigua repugnancia al mando que ya sufriera en la bahía de Rosas. Pero pronto quedó obviado el problema por el propio Secretario Valdés, quien conocía bien el paño, al anunciarle a Gravina que llegaría el teniente general Mazarredo a ocupar el puesto, quedando él de subalterno. Y el recado lo remataba el bailío en excusa con esa frase tan certera, punzante y real:...me ha dicho vm. infinitas veces que no quiere mandar.

Puede parecer a primera vista que Gravina debía dudar en alegrarse al recibir a su nuevo jefe, porque Mazarredo tenía ganada fama de ser el general más duro e inflexible de la Real Armada, lo que era cierto para el bien general. Con este gran personaje perdió nuestra Institución la gran oportunidad, posiblemente la última, porque nadie como él para entender la necesidad inexcusable del permanente ejercicio y el mantenimiento de la más severa disciplina. Pero ya comprenderán en su momento la fatalidad que acechaba a la Armada de lejos, hasta perder a este hombre cuando más lo necesitaba.

A pesar de todo, no quiero que se malinterpreten mis palabras. Como les he asegurado, siempre le tuve especial aprecio y agradecimiento a don Federico Gravina, con quien todavía rodé por escenarios de extrema importancia para las armas de España. Sin embargo, en estos momentos de sinceridad, es de ley reconocer las debilidades que entreveía en su carácter, como también es de recibo admitir, sin dudarlo, que pocos oficiales atendieron con tal generosidad a sus hombres, como

quien fue mi general durante mucho tiempo.

Dimos fin a un nuevo conflicto bélico, que acabó por llamarse como la Guerra contra la Convención. Y como son ya muchos los años que calzo a la espalda, debo declarar que he discutido muy a fondo con compañeros y cortesanos los efectos de aquel suceso, desde una óptica particular de la Armada. Es cierto que se trató de reyerta corta en el tiempo, sin combates navales de importancia y cobranzas de unidades a nuestro favor. Pero el temor que se instaló en los políticos y la misma Corte a la invasión de las tierras de España desde el Norte, nos hicieron perder el más mínimo sentido de la realidad.

He alegado en ocasiones aquella frase atribuida a don Manuel Godoy de, no más navíos para la Armada, sino cañones y fusiles para el Ejército. No estoy seguro de que el valido dijera aquellas palabras con exactitud, pero el reflejo en la práctica fue categórico. Entablada la paz, los buques mayores acudían al desarmos, siguiendo la malhadada costumbre nacional. Pero en este caso con una especial y negativa diferencia, que las gradas de construcción en los arsenales se encontraban vacías y, en efecto, no se construyó un navío más, al tiempo que las asignaciones a la Armada bajaban a niveles imposibles de sospechar años atrás. Por estas razones expuestas, afirmo con rotundidad la gran importancia que me merece esa guerra mantenida contra los franceses, porque significó el principio del fin para nuestra Armada.

Aparte esta consideración que estimo de la mayor importancia, otro negro aspecto vino a establecerse en nuestros pensamientos sin posible ajuste. La Real Familia y su entorno alcanzaban cotas de indignidad difíciles de admitir, cuestión capital porque no hay nada peor para los pueblos que comprobar la falta de honor en sus Reyes. Como decía un buen amigo, si el obispo entra en cuarentena, la diócesis sufre epidemia de castigo. En fin, se trata de opiniones personales, que estimo de conveniencia mostrarles por las claras y a sinceros.

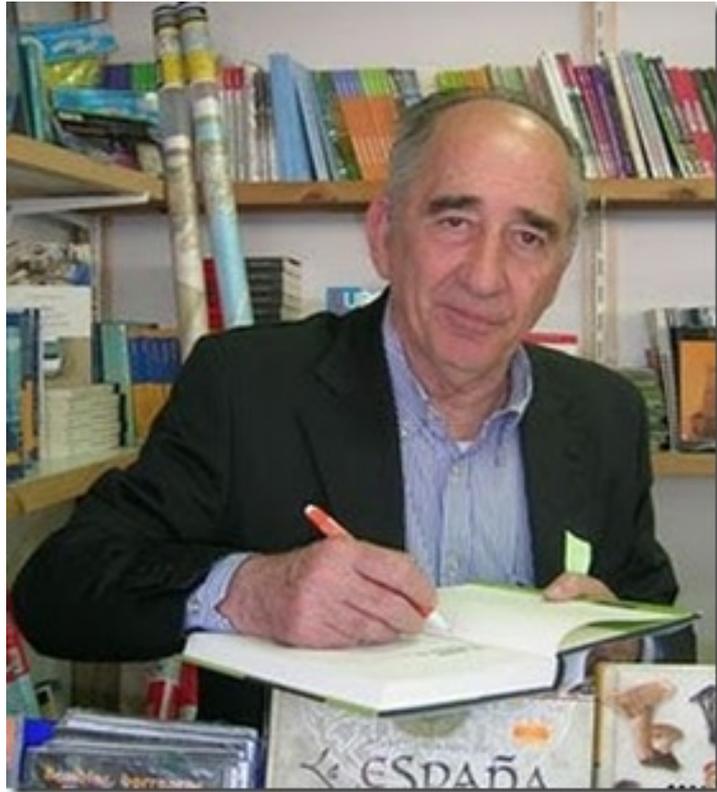
Como resultado de la paz establecida en Basilea, que Sus Majestades calificaron de extraordinaria consecución, don Manuel Godoy, el favorito de la Reina y valido de su Señor, ascendido anteriormente a Capitán General de los Ejércitos, recibió el título de Príncipe de la Paz, una distinción que estaba reservada en exclusiva para los herederos de la Corona. Y satisfecho por más el joven príncipe, propuso a Su Majestad gracias, mercedes y recompensas sin medida a todos los niveles y estamentos. En el magnífico y generoso reparto, a la Real Armada le correspondió la promoción de diez jefes de escuadra a teniente general, doce brigadieres a jefe de escuadra, mientras que veinticinco capitanes de navío nada menos, recibían el entorchado de plata de un plumazo.

Aquí les alcanzará una nueva sorpresa, porque en los ascensos promovidos por la Corte, la ostentación de nobleza ayudaba en mucho. De esta forma, sin esperarlos ni de lejos, los capitanes de navío Santiago de Cisneros, duque de Montefrío, y Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, fueron ascendidos al empleo de brigadier, nombramientos en los que me pareció entrever de lejos los manejos de Pecas,

incombustible en esa tarea que utiliza estrechos pasillos por la Corte. Y no crean que intentara rechazar el ascenso, no alcanzaba tal locura, pero lo habría entendido como más adecuado por las acciones acometidas a bordo de la fragata Sirena contra la escuadra francesa, o mi actuación en la bahía de Rosas aunque perdiera un navío. Pero así se mueven los hilos de la fortuna, para bien o para mal.

Con el fin de la contienda y la escuadra del Mediterráneo arribada a Cartagena, mientras muchos buques tomaban el destino de los muelles de desarmo, Pecas y yo emprendíamos camino hacia la Corte, sin destino y pasados a cuartel, es decir, con sueldo de miseria y a futuros, pero con un entorchado de plata en las vueltas, lo que abría la sonrisa de Setum de oreja a oreja.

Como les hablo desde la distancia y el conocimiento que conceden los años, puedo asegurarles que continuaré exponiendo mis vivencias en la mar lo que, después de todo, componen los momentos principales de la Armada a lo largo de ese extenso recorrido. Y no crean que se arriman mis huesos al gusto, porque mucho me dolerá la continuación de los próximos cuadernillos, donde deberé entrar en momentos tan poco decorosos para la Institución a la que he entregado mi vida y a la que tanto quiero. Pero decidí la sinceridad como única vía para relatar mi vida, y no he de cambiar ahora. Además, la verdad, aunque resulte negra como el demonio a veces, siempre puede servir para que los que han de proseguir nuestra tarea, no caigan en los mismos males y desatinos de sus predecesores.



LUIS M. DELGADO BAÑÓN (Murcia, 8 de enero de 1946) es un escritor y militar español, capitán de navío del Cuerpo General de la Armada Española.

Entre sus obras destaca su proyecto, aún en curso, de escribir una serie de 56 novelas que ilustren sobre la historia naval de España entre el momento de su mayor esplendor, durante la segunda mitad del siglo XVIII, hasta la Guerra Civil Española de 1936-1939. Su interés principal en la escritura de esta serie es el de llenar un hueco necesario en la narrativa histórica española que hace muchos años ya han cubierto otras naciones que rememoran con orgullo su historia naval, en especial los británicos quienes, siendo excelentes novelistas, no reflejan adecuadamente siempre la realidad de las armadas desde el punto de vista naval e histórico, según Delgado Bañón, por falta de la adecuada investigación historiográfica, y tienden a denostar las de otros países ocultando a menudo los fracasos, no pequeños, de la *Royal Navy*.

El autor, que reivindica la importancia de la historia de la Real Armada en el pasado de España, es un gran conocedor de sus hechos que ha sido director del Museo Naval de Cartagena y delegado del Instituto de Historia y Cultura Naval en el Mediterráneo durante trece años. La serie se denominada *Una saga marinera española*.

En la saga, el autor refiere la historia de la familia Leñanza usando el punto de vista de las memorias que, por tradición establecida, van escribiendo sus miembros a lo largo de varias generaciones. Los Leñanza, familia de orígenes humildes, empiezan a hacer carrera naval con el comienzo del segundo volumen de la serie, y su paso por diferentes episodios históricos de la vida de la marina de guerra española (el sitio de

Gibraltar, la Guerra de la Convención, los combates navales del Cabo de San Vicente y Trafalgar, la política de expansión ultramarina en el Pacífico norteamericano con referencias a episodios como los de la isla de Nutka, las alianzas durante la Guerra de la Independencia Española, la decadencia de la Armada Española desde el reinado de Carlos IV y el germen y desarrollo de los movimientos independentistas americanos, el reinado de Fernando VII, los afrancesados, el trienio liberal y los exilios de la Década ominosa, la primera Guerra Carlista...) pretende ilustrar sobre aspectos determinados muy deficientemente conocidos de la historia española, donde la Armada tuvo un papel más importante, tanto en sus luces como en sus sombras, del que usualmente se le reconoce. También pone de relieve los logros pioneros en navegación marítima de España y sus grandes descubrimientos, a menudo silenciados o usurpados por otras naciones. Todos los libros de la serie cuentan con notas explicativas de la terminología marinera, de aclaración histórica y geográfica o de los usos y costumbres en los regímenes de funcionamiento de las naves y sus ordenanzas.

Además de las de la Saga marinera, Luis Delgado Bañón es autor de otras novelas anteriores como *Jasna* (1997), *Las perlas grises* (1998), *Los tesoros del general* (1999), *La tumba del Almirante* (1999), *Aventuras y desventuras de un galeote* (2000), *El diamante del III Reich* (2000) y *Operación 2001: Gibraltar español* (2001).

Ha publicado numerosos artículos historiográficos en diversas revistas de su especialidad nacionales y extranjeras, y es autor de los ensayos históricos *Gibraltar 1704-2004: tres siglos de desidia, humillación y vergüenza* (2004) y *Antonio de Escaño, antes y después de Trafalgar* (2005), publicación esta última vinculada a la exposición del mismo nombre que comisarió el autor junto con Arturo Pérez-Reverte en conmemoración del combate de Trafalgar.

Notas

[1] Reloj de arena. Los había a bordo de media hora, de un minuto, de medio minuto y de cuarto de minuto. <<

[2] Bitácora: Especie de armario, fijo a la cubierta e inmediato al timón, donde se coloca la aguja de marear para gobierno del timonel. Cuaderno de bitácora: Libro donde se apuntan el rumbo, velocidades, maniobras, condiciones meteorológicas y demás accidentes acaecidos en la navegación. <<

[3] Se denomina trapo al velamen del buque en su conjunto. <<

[4] Se entiende por calmería, calma chicha, calmazo, calmaría, calmía, jacio y calma muerta a la ausencia absoluta de viento y plena tranquilidad de la mar. <<

[5] Se entiende por surgidero, surgidor o fondeadero, al lugar apropiado de la costa donde largar las anclas. Transfretano se refiere a lo que se encuentra a la otra parte de un estrecho o ría. <<

[6] Maderos de fuerza que atraviesan de babor a estribor, y sirven para aguantar los costados del buque. <<

[7] Piezas curvas de madera que nacen desde la quilla y se extienden para formar el casco o cuerpo del buque. <<

[8] En la Armada se denomina tripulación o equipaje a la totalidad de la gente de mar, mientras que el de guarnición se reserva para la tropa embarcada. El conjunto de los dos, más la chusma o grupo de remeros en el caso de las galeras, constituye la dotación. <<

[9] La fragata Sirena (ex Helène) había sido apresada en aguas de Cerdeña y disponía de fusilería francesa nueva. Estas operaciones aparecen con detalle en el volumen VI de esta colección. <<

[10] El calibre de los cañones se medía por el peso de la bala que disparaban en libras. Los había de a 36, a 24, a 18, a 12, a 8y a 4. <<

[11] Se entiende por ceñir, navegar de bolina, bolinear o costear el viento, a navegar contra la dirección del viento en el menor ángulo posible. <<

[12] En los buques de guerra se juzgaba el porte por el número de sus cañones, mientras que en los mercantes se hacía por el de sus toneladas. <<

[13] Gallardete corto que, izado en el tope del palo mayor, se utiliza para que indique la dirección del viento. También se le conoce como catavientos. <<

[14] Nombre que recibe el viento nordeste en el Mediterráneo. También se le llama grecales, greco y griego. <<

[15] Antigua voz para denominar a los contra maestros. <<

[16] Conjunto de pipas, botas, cuarterolas y barriles en los que se almacena la aguada.

<<

[17] Especie de sopa compuesta por las migajas de la galleta marinera quebrantada. Era usada a bordo cuando escaseaban los víveres. También se la conocía como calandraca. <<

[18] Ciñendo al máximo. <<

[19] Una cuarta pasada del rumbo leste (este) hacia el sueste (sudeste). <<

[20] Se refiere al freu, esrecho, freo o canal de Menorca. <<

[21] Se denomina el viento como cascarrón, cuando es necesario tomar rizados a las gavias. Se encuentra situado, por su fuerza, entre el frescachón y el ventarrón. <<

[22] Leñanza, en el empleo de guardiamarina, sufrió cautividad en el poblado africano de Tarfí con su compañero Pecas, donde conocieron a Setum. Ver volumen 2 de esta colección. <<

[23] Viento fresco, también llamado viento de todas las velas, anterior en el escalón de fuerza al frescachón. <<

[24] Llamada en la actualidad como mar de fondo, es la agitación de las aguas desde su interior, rescoldo de marejadas gruesas o Temporales con tendencia a disminuir.

<<

[25] Marineros destinados de guardia en los ropes de los palos, para descubrir los objetos que pueden aparecer en el horizonte a mayor distancia. También se les conocía por vigiador, y en las galeras como atalaya o descubierta. En la actualidad se los denomina serviola. <<

[26] Al igual que barlovento es el costado del buque por donde entra el viento, y sotavento el contrario, se entiende por barlofuego la banda desde la que se dispara.

<<

[27] Anclas. <<

[28] Aparecen en el volumen V de esta colección: *La Fragata «Princesa»*. <<

[29] Viento del noroeste. <<

[30] Así se nombraba en el siglo XVIII al mareo, definiéndolo como: inquietud de estómago con indisposición corporal y vómitos que padecen los que se hacen a la mar por primera vez, y algunos en permanencia. <<

[31] Se entiende como viento por el anca, cuando alcanza al buque por su aleta, entre el través y la popa. <<

[32] Se enriende por viento bonancible, el de fuerza moderada que permite largar hasta las velas más menudas. También se le conoce como suave, apacible, blando, benigno, fresquito, galeno o viento de sobrejuanetes. <<

[33] Se entiende por capear o ponerse en capa, a la disposición que adopta una embarcación para aguantar un temporal, bien con el empleo de velas de fuerza o sin ellas, condición última que se denomina como capear a palo seco o ala bretona. También se utiliza tal acepción cuando, por conveniencia, no se desea que el buque avance, en cuyo caso es conocida como ponerse en facha o al paio. <<

[34] Tomando el sol en su máxima altura, puede obtenerse una latitud de confianza.

<<

[35] Viento muy flojo que no llega a la superficie del agua. Algunos lo denominaban vahajillo. <<

[36] Aunque los tres palos principales del buque son, de proa a popa, trinquete, mayor y mesana, también se considera como tal el bauprés, que sale de la proa hacia fuera con mayor o menor inclinación, y desde el que se marean los focos. <<

[37] Madero que conforma, con mayor o menor composición, la proa de las embarcaciones. <<

[38] Se refiere al moco del bauprés, palos verticales hechos firmes en el tope del mismo. <<

[39] Barra de hierro ochavada con extremo en base circular, o dos balas unidas por barrote, de acuerdo al calibre del cañón. Se utilizaba para cortar y destrozar más fácilmente los aparejos y palos del buque enemigo, en combates a corta distancia. <<

[40] Se entendía a bordo como dar cañón a la pena de azotes, porque normalmente éstos, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se endosaban al penado de bruces, bien amarrado a una pieza artillera. <<

[41] A bordo se empleaban las voces anteojo y largomira para designar al catalejo, instrumento óptico para aclarar los objetos distantes. <<

[42] Mesa empernada en los costados, para ofrecer mayor ángulo a los obenques que en ella se afirman. En este caso, se refiere a del palo trinquete en su costado de babor.

<<

[43] Armazón de arboladura y aparejo provisional. <<

[44] Mastelero del bauprés. <<

[45] Balazos cercanos a la línea de flotación, con necesidad de ser taponados para evitar la entrada de agua. <<

[46] Camino que debe hacerse para Trasladarse en la mar de un punto a otro. <<

[47] Se denomina como combate a tocapenoles, aquel que tiene lugar a tan escasa distancia, que los extremos de las vergas (penoles) podrían llegar a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate a muy corta distancia. <<

[48] Nueva armazón de arboladura y aparejo provisional que se abre en fortuna por medio de mastelero o madero equivalente, una vez desarbolado de algún palo principal. <<

[49] Se refiere al palo mayor. <<

[50] Se refiere a la vela mayor, la primera o más baja del palo del mismo nombre. <<

[51] Cirujano 2.º destinado en la fragata Sirena. <<

[52] Denominación de los aspirantes a pilotos, que acabaron por constituir los de tercera clase en su cuerpo. <<

[53] Compartimento separado con mamparos de lona o tabla, donde se almacenan los efectos de mesa y cocina del comandante, así como alojamiento de sus criados. También los oficiales disponían de una propia. <<

[54] Teniente general al mando de la escuadra del Océano. <<

[55] Teniente general don Francisco de Borja, marqués de los Camachos, comandante general de la escuadra del Mediterráneo. <<

[56] Se denominaba puente, a las andanas o baterías donde se instalaba la artillería. El prototipo de buque de línea contaba con dos puentes y un porte aproximado de 74 cañones. De tres puentes se construyeron 12 en España, con 112 cañones, aunque el Santísima Trinidad, tras embonar y correrse su batería de cubierta, llegó a montar 140 cañones, siendo considerado el único cuatro puentes y, sin duda, el más poderoso y armado del mundo. <<

[57] Se refiere al nombramiento de gentilhombte de cámara. <<

[58] Secretaría (Ministerio) de Marina de Indias. <<

[59] Baylío frey don Anronio Valdés y Fernández Bazán, capitán general de la Armada, Secretario de Marina e Indias, nombrado para ese cargo por Carlos III en 1783 y ratificado en el mismo por Carlos IV. <<

[60] Al declararse la guerra contra la Convención francesa en 1793, se formaron tres escuadras, la del Océano, la del Mediterráneo y la de las Antillas, bajo las órdenes de los tenientes generales Lángara, Borja y Aristizábal, respectivamente. <<

[61] Distintivo de brigadier. <<

[62] Navío de tres puentes y 112 cañones. <<

[63] Dentro de los navíos, se denominaba *de línea* a cualquiera que dispusiera de dos puentes o baterías y un mínimo de sesenta cañones. Recibían tal denominación por considerarse aptos para entrar en la formación de la línea de combate. <<

[64] Ancla. Se refiere a mucho tiempo fondeados y sin navegar. <<

[65] Molusco que horada y penetra las maderas húmedas en tanto grado que no pocas veces inutiliza los fondos de los buques. También se le conoce como *mosillo*. <<

[66] Se entiende por guinda la altura o dimensión de la arboladura de un buque. <<

[67] 52,5 metros aproximadamente. <<

[68] Cañón corto desarrollado por los ingleses en Carrón (Escocia), de poco peso y mucho calibre, montado sobre corredera. Especialmente indicado para lanzar metralla a corta distancia. <<

[69] Momento cercano al mediodía en el que el sol alcanza su máxima altura. <<

[70] Se entendía por *solanazo* el viento solano (de levante) muy caliente y molesto. <<

[71] Se entiende por gratil la extremidad de la vela por donde se une a su verga, palo o nervio. <<

[72] Los pajes, último escalón de la gente de mar a bordo, eran jóvenes dedicados a labores de limpieza y aseo en el buque, al tiempo que aprendían la labor del marinero, para optar a la plaza de grumete al entrar en edad. <<

[73] Se entiende por *barajar la costa* navegar paralelo y muy inmediato a ella. También se denomina *manejar*. <<

[74] Se daba el nombre de *guardián* a una clase de *contramaestres* inferior a los *primeros* y *segundos*. Años después fueron transformados en *terceros contramaestres*. <<

[75] Los contramaestres utilizan un pito de plata, con hechura particular que recuerda el cuerno de pólvora para cebar las piezas de artillería, utilizado en las maniobras y honores de ordenanza. Antiguamente se denominaba *chifle*. <<

[76] Se refiere al golfo de León. <<

[77] Se entiende por *espiar* mover una embarcación cobrando de la *espía* (cabo o cable) que se ha dado de antemano, normalmente sobre ancla o rezón. <<

[78] Apelativo que recibieron los navíos construidos a imagen del *San Ildefonso*, prototipo de la serie. <<

[79] Aunque en la actualidad se entiende como sollado los diferentes alojamientos de la marinería, en los buques de vela se trataba de la primera cubierta bajo la línea de flotación. <<

[80] Cualquiera de los compartimentos o divisiones que se hacen a proa y a popa en la bodega y sollado de un buque, para resguardo de los pertrechos y provisiones. <<

[81] Zoquetes de madera revestidos de estopa, encastrados a golpe de maza en los agujeros que hacen las balas en los costados. <<

[82] Agregar o clavar tablonos sobre el forro de un buque por la parte inferior de su cinta principal, a fin de aumentar su manga y concederle mayor estabilidad. <<

[83] Maromas o cabos de cáñamos muy gruesos que, asidos al ancla, sirven para amarrar el buque en un fondeadero. <<

[84] Se entiende por razón, el ancla pequeña de cuatro uñas y sin cepo, utilizada normalmente por las embarcaciones menores. <<

[85] Máquina de armazón fuerte de madera que gira sobre un eje vertical por medio de las palancas o pales aplicados a su circunferencia. Sirve para hacer grandes esfuerzos, envolviendo en su cuerpo y con su giro la maroma o cable que ha de laborear. <<

[86] Se denomina como *meter, coger* o *ponerse en facha* a la capa que se hace braceando unas velas en contra de otras para que el barco se mantenga sin avance. <<

[87] Se entiende por *marear* disponer las velas de modo que tomen viento por su cara de popa, y den impulso al buque para andar (navegar). También se puede indicar como *velejar*, *velejear*, *regir* y, si se trata de velas redondas, *meter en viento*, *botar*, *echar* y *meter en vela*. <<

[88] Nornordeste. Rumbo intermedio entre el norte y el nordeste, es decir, $022^{\circ},5$. <<

[89] Intervalo de veinticuatro horas de un buque en la mar, que comienza a contarse normalmente a las 00.00 horas. Antiguamente también definía la distancia recorrida por un buque en un día, contada desde un mediodía al siguiente. <<

[90] Viento del nordeste en el Mediterráneo, también llamado griego, greco y galerno.

<<

[91] Nostramo o nostromo (contracción de la expresión nuestro amo) es el antiguo tratamiento que se concedía a los contramaestres. <<

[92] Se entiende por *penol* cada una de las puntas o extremos de toda verga de cruz. La expresión *meter los penoles en el agua de banda y banda* expone la gravedad de los balances que sufre el barco. <<

[93] Conjunto de nubes que se reúnen en el horizonte y lo ponen fosco. También se denomina *arrumazón*. <<

[94] Viento del sudeste. <<

[95] Unos 18,5 metros aproximadamente. <<

[96] Embarcación menor de vela latina y un solo palo perpendicular a la quilla en el centro, aunque otras incorporen un palito chico, parecido a un asta de bandera, donde largan una mesanilla. Usada normalmente en el Mediterráneo para pesca o cabotaje, también recibe el nombre de *taratana*. <<

[97] Embarcación menor de un palo latino proel, normalmente utilizada como pesquero. <<

[98] Pequeña tabla que se fija en la regala donde se apoya el remo, forrada de cuero o cobre para suavizar el roce. <<

[99] Cobrar de las brazas de sotavento lo que permitan las jarcias de los palos, para bolinear el aparejo y navegar de forma que la línea de la quilla forme con el viento el menor ángulo posible. <<

[100] Se entiende por *tenedero* o *fondeadero* el paraje de mar donde hay fondos a propósito para largar o fondear las anclas y aguantarse las embarcaciones. <<

[101] Se entiende por *nudo* la medida de velocidad en la mar equivalente a una milla por hora. <<

[102] Se refiere a la evacuación de la plaza de Orán, que dirigió el entonces brigadier don Federico Gravina en 1790 y le valió, precisamente, su ascenso a jefe de escuadra.

<<

[103] Se refiere a buques aparejados con vela latina. <<

[104] Se dice que dos buques navegan de vuelta encontrada cuando se cruzan en la mar a rumbos contrarios. <<

[105] Se entiende por *arribar* meter la caña en una embarcación para que esta caiga hacia sotavento, es decir, alejándose de la dirección del viento. <<

[106] Se llamaba *cañón de mira* al último de popa y proa de la batería corrida en cada banda, útiles para disparar en caza o retirada. Algunas unidades mayores, como los navíos, solían montar dos cañones a proa, una a cada lado del bauprés en el castillo, que se llamaban *miras* o *cazadores*. <<

[107] En la Armada, se utilizaba como unidad de longitud el Pie de Burgos, equivalente a 0,278 metros, dividido en 12 pulgadas. Las lanchas disponían, por tanto, de 15,6 metros de eslora y 5 de manga. <<

[108] Se refiere al navío de tres puentes *San Hermenegildo*, conocido comúnmente en la Armada como el *Meregildo*. <<

[109] Se refiere a las balas rojas, calentadas en un hornillo hasta quedar incandescentes, momento en el que se arrojan sobre los buques para provocar su incendio. <<

[110] Se entiende por *picar* cortar cualquier elemento a golpe de hacha, como los palos, cables, maromas, concretos, etc. <<

[111] Se dice que un cabo laborea a *rechina-motón* cuando lo hace excesivamente tirante y con amenaza de partir. <<

[112] cuando se estimaba como posible la falta de los cables de las anclas en un fondeadero, se establecía la llamada como *guardia de gomera* —antigua acepción para denominar a los cables—, para tentar a mano su estado, así como el posible garreo de las anclas. <<

[113] Se entiende por *ventola* el bulto, el volumen y la multiplicidad de elementos a bordo que ofrecen resistencia al empuje del viento. <<

[114] Buque o embarcación panzuda, pesada y de poco andar. También se denomina porrón y pótala. <<

[115] Se entiende por *entalingar* amarrar el extremo de un cable o calabrote al arganeo (argolla de hierro en su extremo) del ancla o anclote para darle fondo. <<

[116] Debe entenderse como diez nudos de velocidad. <<

[117] Exclamación que profería el contraamaestre al comenzar una virada por avante.

<<

[118] Se refiere a tomar la primera fila de rizos para acortar superficie vélica y disminuir la presión del viento sobre los palos. <<

[119] Se entiende como navegar en conserva, cuando uno o más buques lo hacen en compañía de otros, que le ofrecen la necesaria protección. <<